

EREWTHON

O AL OTRO LADO DE LAS MONTAÑAS

SAMUEL BUTLER



Lectulandia

A partir de una visión negativa de la teoría de la evolución de Darwin, Butler crea en «Erewhon» una fantasía filosófica sobre un país situado en un lugar remoto del mundo que representa una antítesis de la Inglaterra de su época. Prácticamente todos los usos y costumbres sociales de los erewhonianos son los opuestos, los contrarios exactos de la sociedad victoriana: la enfermedad, la salud, el delito..., todo se concibe y trata de forma antagónica a ella, dejando al descubierto la hipocresía que la caracterizaba y su inconsistencia social. Al tiempo que una muestra de literatura de viajes y una novela de aventuras, «Erewhon» es una utopía muy especial que, situada en la frontera del género utópico clásico y el que arranca en el siglo xx, ha sido considerada como un antecedente del surrealismo y el subgénero distópico.

Lectulandia

Samuel Butler

Erewhon, o al otro lado de las montañas

ePub r1.0

Titivillus 03.05.16

Título original: *Erewhon, or Over the Range*

Samuel Butler, 1872

Traducción: Andrés Cotarelo Jiménez

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Estudio preliminar

Erewhon, una utopía darwiniana

Casi todas las utopías son obras sorprendentes porque constituyen ejercicios de imaginación. Describen lugares inexistentes, o remotos y desconocidos, incluso en otros planetas; y tiempos pasados o futuros hasta en otra dimensión, como el de un tiempo pasado visto desde el futuro. Y todas también cuentan con dos anclas que las fijan al presente, una consciente y otra inconsciente. Esto es, el deseo del autor de valerse de su imaginación para ajustar cuentas con el aquí y el ahora, que es lo que ha prestado al género utópico su vertiente crítica a lo largo de la historia; y, por otro lado, el hecho inevitable de que sólo pueda lograrlo en el horizonte intelectual de ese aquí y ahora, lo cual convierte a las utopías a su vez en valiosos testimonios de su tiempo. Lo que hace tan interesante el género utópico es la actitud deconstructivista, como de espía, que adopta el lector. Es fascinante vernos con los ojos de alguien que en el pasado pensó que estaba viéndonos y comprobar así qué diferentes somos de cómo nos vimos en su momento y cuán iguales al mismo tiempo.

Erewhon cumple con los requisitos habituales del género, esto es, una civilización en un lugar remoto, desconocido; es más, en ningún lugar, según reza el título en un anagrama de *Nowhere*, en el que suele señalarse que el orden de la w y la h está invertido; si bien el propio Butler decía hacerlo a propósito, como se ve en la *aclaración* que ofrece al principio sobre la pronunciación de la palabra. La organización social es muy distinta de la nuestra, en muchos aspectos contraria, como una especie de imagen invertida que hace que los surrealistas tuvieran en aprecio la obra a la que consideran como un antecedente (Raby, 1991, p. 130), sobre todo a partir de la exquisita traducción al francés que, junto con otras obras de Butler, hizo Valéry Larbaud. Y no solamente los surrealistas; algunos filósofos contemporáneos, como Gilles Deleuze y Félix Guattari han acuñado la expresión de los *erewhonianos* como aquellas personas que se oponen al progreso y la industrialización (Deleuze/Guattari, 1991). Los *erewhonianos* dan razón cumplida de sus instituciones y, aunque el protagonista encuentre algunas de ellas absurdas, el conjunto parece tener cierto sentido.

Por lo general el protagonista habla en primera persona porque es el que va explorando el territorio y la civilización nuevos. Lo relativamente insólito de

Erewhon es que, así como los descubridores de las otras utopías suelen ir acompañados de una especie de guía nativo, por así decirlo, o buen conocedor del entorno, según el ejemplo que inmortalizaría Dante en *La divina comedia*, el protagonista en este caso viaja solo y solo afronta las vicisitudes (que las hay y muchas) de su descubrimiento. Es más, el maorí que había de acompañarlo como guía (del terreno, no de la sociedad), huye despavorido en los primeros capítulos precisamente porque esa sociedad a la que el explorador quiere llegar le produce un terror extremo. El narrador, a su vez, está tan enfrascado en su proyecto que el abandono del guía no lo asusta, y tan embebido en la historia que cuenta que se olvida de decirnos cómo se llama y en toda la obra su nombre no aparece.

Para enterarnos del nombre del protagonista, Higgs, tendremos que esperar a la segunda parte de *Erewhon: Erewhon Revisited Twenty Years Later, Both by the Original Discoverer of the Country and by His Son* [«Retorno a Erewhon, veinte años después, contada por el descubridor original del país y por su hijo»]. Ésta es una diferencia muy notable con respecto a las demás utopías, que no suelen tener un «veinte años después» (en realidad, treinta) para hacer un balance de cómo hayan ido las cosas. Es cierto que la segunda parte no añade (ni quita) nada al mérito de la primera y, sin duda por ese motivo, se publica y traduce mucho menos y es más difícil de conseguir^[1]. Pero también lo es que forma una unidad. Se trata del mismo sitio y de las mismas gentes pero de dos historias distintas, una contada por un joven de treinta y tantos (con textos escritos a los veintitantos) y otra por un hombre mayor de sesenta y tantos. En resumen, que no es la misma historia y no porque las peripecias sean distintas, sino porque su sentido, su moral, ha cambiado.

El Butler que escribe *Erewhon*, lo hace imbuido de la polémica del evolucionismo darwinista. Darwin había publicado *El origen de las especies* en 1859, provocando un terremoto en las concepciones reinantes sobre esta cuestión esencial que dura hasta al día de hoy. Butler lo leyó durante su estancia en Nueva Zelanda y ello le sugirió el artículo «Darwin entre las máquinas», publicado en 1862 en un periódico local; un trabajo que se incorporaría años más tarde a *Erewhon* bajo la forma del famoso *Libro de las máquinas*, que ocupa tres capítulos de la utopía. Ese artículo lo puso en contacto con Darwin, con quien mantuvo una complicada relación a lo largo de su vida que se fue deteriorando; probablemente porque Butler siempre pensó que la teoría de la evolución de Lamarck era superior a la de Darwin. En todo caso, en los años setenta la relación era buena, lo cual explica la amargura del autor al negar que su libro contenga crítica alguna a Darwin.

Porque lo característico de *Erewhon* es que es una utopía darwiniana en el sentido de que trata de un aspecto negativo, disfuncional, por así decirlo, de la evolución. También por este motivo cabe pensar que está en la frontera entre el género utópico clásico, que es fundamentalmente optimista, y el que arranca en el siglo XX, que suele ser, en cambio, fundamentalmente pesimista. *Erewhon* no sólo es un antecedente del surrealismo sino también del subgénero distópico.

La aventura de la composición de *Erewhon* es igual de curiosa que su destino posterior como libro. Al publicarse anónimamente, conoció un gran éxito, con tres ediciones en muy poco tiempo porque la gente creía que el autor era Bulwer-Lytton, un autor muy popular en la época que acababa de publicar otra utopía con leves concomitancias con la de Butler, *The Coming Race* (traducida como *La raza futura*), también llamada *Vril*^[2]. La hipótesis era tanto más verosímil cuanto Bulwer-Lytton también publicaba ocasionalmente de forma anónima. El caso es que, cuando se supo el nombre real del autor, las ventas cayeron en picado y *Erewhon* dejó de editarse por entonces y tardaría algunos años en ser reconocido como el clásico que es y vuelto a editar en todos los países y todas las lenguas. De aquí arranca la defensa que Butler hace de su texto frente a las acusaciones de plagio. Es curioso comprobar cómo casi ciento cincuenta años después, *Erewhon* sigue editándose, pero de *La raza futura* nadie se acuerda y, si no fuera por *Los últimos días de Pompeya*, nadie leería hoy a Bulwer-Lytton.

Acusar de plagio a Butler por *Erewhon* demuestra ignorancia sobre el modo en que se gestó la obra y que ya se ha mencionado. Entre los años de 1862 y 1872 fueron apareciendo otros relatos, como los de los derechos de los animales, los de las plantas, los bancos musicales o la cuestión de los nonatos, que al final se incorporaron en la historia de *Erewhon*, con lo que se trata de una obra escrita en realidad a lo largo de unos diez años, y que sólo alcanzó la forma de libro por el empeño de sus allegados ya que el autor, entonces concentrado en la pintura, lo escribió con muchas reticencias (Raby, 1991, p. 116). Diez años presididos por la controversia sobre el darwinismo, de la que nadie se libraba^[3]. En verdad no deja de tener cierto simbolismo que prácticamente en coincidencia con *Erewhon* (1872) se publicara *The Descent of Man* (1871), la obra en la que Darwin aborda el tema que había hecho por entero a un lado en *El origen de las especies*, esto es, el origen del hombre. Era la segunda parte de una explosión controlada de la visión teológica del mundo. En aquel momento, los lectores encontraban dos visiones distintas de la evolución de la especie humana, la científica y la literaria.

Ésta, la literaria, en realidad no sólo se prolongaría durante los diez años de la juventud de Butler sino que, como se ha visto, duró toda su vida, hasta la publicación del *Retorno a Erewhon*, en donde el espíritu del autor ha cambiado por entero. Ya no es la implicación en las cuestiones evolucionistas lo que se da, sino un regreso a otra de las preocupaciones esenciales y permanentes de la vida de Butler, esto es, las creencias religiosas. Son, pues, dos obras distintas, pero forman el mismo ciclo vital del autor y la creación está siempre presente en su vida. Y Butler, quien nunca se casó ni tuvo hijos, supone que el narrador de *Retorno a Erewhon* sea el hijo de Higgs, el cual se basa en el relato que le hizo su padre a su vuelta tras su segundo viaje antes de morir. Un curioso desdoblamiento de personalidad que también caracteriza la otra gran obra de Butler, *The Way of All Flesh* «El destino de todos los seres humanos», otro texto que el autor estuvo diez años redactando (entre 1873 y 1884) y que sólo se

publicó como obra póstuma por expreso deseo suyo, porque no quería arrostrar la indignación que sabía de sobra que su publicación provocaría entre sus familiares (sus padres y sus hermanas), a quienes atacaba sin piedad.

En el aspecto científico, *The Descent of Man* era el resultado de un gigantesco y paciente trabajo de recogida de pruebas y una defensa completa de la teoría de Darwin que, sin embargo, con aquella modestia que lo caracterizaba y llama tanto la atención, reconocía que su teoría presentaba dificultades y, aunque opuesta a la de Lamarck, no cerraba del todo el paso a ésta. De hecho, al no haberse descubierto aún las leyes de Mendel y no saberse casi nada de genética, no existía una razón plausible para que la «selección natural» actuara como lo hacía y dejaba así abierta la posibilidad de la teoría lamarckiana, a la que se aferraba Butler (quien también sostenía que el abuelo de Darwin, Erasmus Darwin, entendía mejor la evolución que su nieto) (Raby, 1991, pp. 168-176).

Butler escribió bastantes más libros: una biografía de su abuelo, libros de viajes por el norte de Italia, ensayos sobre el evolucionismo, una interpretación de los sonetos de Shakespeare, entendiéndolos como cantos de amor homosexual, y un ensayo sosteniendo que el autor de *La Odisea* es, en realidad, una mujer, en concreto Nausícaa. El razonamiento no carece de interés y, entre otros ejemplos, ha sido muy importante en la interpretación de la mitología realizada por Robert Graves cuando sostiene que toda ella no es más que la ocultación por fabulación de la victoria del patriarcado sobre el matriarcado originario. Tradujo los dos grandes poemas homéricos, tuvo cierta actividad pictórica de no muchos vuelos, era aficionado a la música, especialmente, casi obsesivamente, de la de Händel, y vivió toda su vida en la misma casa de Londres de las rentas del capital que trajo de Nueva Zelanda, con inversiones que conocieron diversas fortunas. Gozó de cierto renombre y el respeto de los círculos ilustrados, pero no de la fama que en el fondo esperaba conseguir, cosa que él atribuía a su condición de *enfant terrible* de la literatura y la ciencia (Butler, 1985, p. 183).

Es decir, fue un hombre peculiar, que vivía en relativo aislamiento, sólo en contacto con dos o tres amigos a lo largo de su vida con los que tuvo relaciones difíciles de definir, pues implicaban, al menos de su parte, sentimientos que iban más allá de la amistad pero no llegaban al amor y nunca estuvieron claros del todo (Raby, 1991, p. 93). Apenas tuvo éxito con sus obras literarias, mucho menos con la pintura. Y, sin embargo, es el autor de dos de las que quizá sean las más contundentes críticas a la era victoriana: *Erewhon* es un ataque a los valores sociales victorianos y *El destino de todos los seres humanos* a los valores familiares. Y las dos son autobiográficas, si bien la segunda mucho más que la primera que, sin embargo, arranca de la experiencia directa de Butler como emigrante en Nueva Zelanda y propietario de una floreciente explotación lanar. Al cabo de unos años, la venta del negocio le permitió duplicar el capital inicialmente invertido y regresar a su Inglaterra natal, de la que ya no se movería hasta su muerte si se exceptúa una

prolongada estancia en Canadá, donde trató de salvar unas inversiones ruinosas, y sus frecuentes viajes de placer y turismo a Italia. Butler alquiló una vivienda en el número 15 de Cliffords Inn, en el corazón de Londres, que sería su residencia hasta su muerte.

La época

La Inglaterra victoriana es una época con un estilo muy acusado que ha influido en el mundo entero. La secular pugna europea por el dominio de los mares y la extensión de los imperios se había decidido finalmente a favor de una especie de difícil equilibrio entre Francia e Inglaterra, sólo ocasionalmente roto por crisis que, como la de Fachoda (1898), eran aparatosas pero no tenían graves consecuencias. El resto de Europa no contaba; los Estados Unidos estaban muy lejos y no eran obstáculo a nada. En la cúspide de su poderío después de la derrota de Napoleón, Inglaterra podía permitirse el lujo de ser el baluarte del liberalismo y no formar parte de la Santa Alianza, que mantuvo la tiranía y el legitimismo en toda Europa hasta la revolución de 1848. Por entonces, el prolongado reinado de Victoria (desde 1837 hasta 1901) enunciaba el altanero *Britain rules de waves!* Y en 1876 la reina pasó a ser también *Emperatriz de la India*. Inglaterra era el faro del mundo, su taller, su industria, su bolsa, la base del comercio. El Imperio tenía intereses en los más apartados lugares del planeta y los defendía gracias a su irresistible poderío naval, mientras que en tiempos de paz, la cultura inglesa era el modelo que imitaban las clases acomodadas del mundo entero y que venía a sustituir la hegemonía francesa del siglo XVIII.

En Europa, algunas intervenciones inglesas para contener a los turcos, en la guerra de independencia de Grecia entre 1827 y 1830 y en la de Crimea para hacer lo propio con los rusos entre 1853 y 1856, mantuvieron el continente en ese estado de equilibrio precario entre los poderes que tanto había interesado a Inglaterra desde siempre. La guerra franco-prusiana tenía entretenidos a los alemanes y los franceses. El ascenso militar de Alemania todavía no se vislumbraba y, además de la derrota, Francia pasará por la Comuna de 1871 y se enfrascará en la política tumultuosa de la III República. Inglaterra vivía una época de extraordinaria creatividad; los continuos avances técnicos en todos los campos (comunicaciones, transportes, industria, etc.) iban acompañados de una intensa efervescencia científica, filosófica y artística. La explosión del darwinismo impregnaría las ciencias sociales con formulaciones

organicistas y el utilitarismo o radicalismo filosófico el conjunto del pensamiento, incluida la economía. El romanticismo inglés toma la forma de la novela histórica a partir de la gigantesca obra de Walter Scott, cuya influencia llega a nuestros días y la recuperación del ciclo artúrico (Tennyson y otros), todo lo cual desemboca en una nueva idealización del mundo gótico, que ya no es el espíritu de siniestro terror que respira *El castillo de Otranto*, sino la ingenua idealización del movimiento prerrafaelita, que quiere alcanzar una pureza y sencillez luminosas y primigenias. El prerrafaelismo casaba bien con las gazmoñerías de rígida moral de la época victoriana y, al mismo tiempo, revelaba una contradicción interna entre una estética elegante y una ética sórdida. La pintura del gran triunfador, el holandés nacionalizado británico Alma-Tadema, ya del prerrafaelismo tardío, con su brillante artificiosidad, contrasta con el proceso y condena de Oscar Wilde. Son los límites del sistema.

El prerrafaelismo, surgido de los cánones estéticos de John Ruskin, tiene un elemento pronunciadamente arcaizante como reacción frente al industrialismo predominante en la época. Esta reacción cristalizaría en dos corrientes relacionadas pero distintas: de un lado, por la vía teórica, las formulaciones socialistas. Ruskin propugnaba un socialismo cristiano mientras que uno de los más significados prerrafaelitas, William Morris (también autor de una utopía), era partidario del socialismo marxista. Por el lado de la vía práctica, la reacción antimquinista tuvo su manifestación más violenta con los *ludditas* o seguidores del legendario Ned Ludd, que postulaba destruir las fábricas textiles para oponerse a la miseria que engendraban.

En este contexto de agitación intelectual, si bien es imposible rastrear influencia socialista alguna en Butler, quien nunca prestó atención a estas cuestiones ni se le ocurrió dudar del individualismo típico de la era victoriana, no es infrecuente encontrar quien ponga en relación el capítulo de *Erewhon* sobre las máquinas con el citado movimiento antimquinista. La verdad es, sin embargo, que la visión de Butler respecto a las máquinas es muy distinta de la del mundo luddita; no es social ni política ni tiene en cuenta la economía del empleo, sino que es filosófica.

Apasionado por la pintura, la música y la ciencia, Butler no era un gran lector y, al margen de su polémica sobre el darwinismo, apenas participó en las preocupaciones específicas del momento y no leyó a muchos de sus contemporáneos. Cuando él mismo menciona las que considera las «obras más gloriosas del mundo», la relación es muy significativa: «*La Ilíada, La Odisea, Hamlet, El Mesías*, los retratos de Rembrandt, de Holbein o de Giovanni Bellini» (Butler, 1985, p. 173). Al referirse al carácter de su época, sus afinidades son concretas. Tiene coincidencias con el espíritu de autores rebeldes, enfrentados a la moral dominante y a los que sí ha leído y cita, como Carlyle, o Matthew Arnold, quien aplicó el término «filisteo» a la satisfecha burguesía victoriana. Coincidió con los dos en atacar la hipocresía de aquella sociedad y eso es lo que hizo en *Erewhon*.

No obstante, con toda su crítica de la era victoriana, Butler fue exactamente eso:

un inglés victoriano, un carácter que dominaba sus pasiones, respetaba el orden constituido y organizaba su existencia de forma meticulosa, llevando la contabilidad de sus negocios y hasta de su propia vida, si bien, cosa extraña, jamás perteneció a club alguno. Como todos los victorianos, mantenía una actitud de respetuoso distanciamiento teñido de superioridad hacia las mujeres pero, quizá por ello, abrigaba las ideas más extrañas acerca de ellas. Por ejemplo, no contento con atribuir a una la autoría de *La Odisea*, sostiene que el cristianismo es también cosa de mujeres:

El cristianismo es una religión de mujeres, inventado por mujeres y hombres *amujerados* para sí mismos. El fundamento de la Iglesia no es Cristo, como se dice habitualmente, sino que es una mujer. Llamar «Nuestra Señora» a la reina de los cielos no es más que una forma poética de reconocer que las mujeres son el principal apoyo de los curas (Butler, 1985, p. 334).

No es aquí irrelevante que la época victoriana lleve el nombre de una mujer.

Butler es un rebelde frente al conformismo victoriano, un rebelde en su fuero interno, porque en el externo se adapta perfectamente a las convenciones sociales. En realidad, este es el espíritu victoriano porque eso es lo que sucede con la mayoría de los autores de la época. Casi todo el arte victoriano es, por decirlo así, «antivictoriano», en el sentido de que pone de relieve la hipocresía, la inconsistencia moral de la época. Las obras de autores de éxito, como Dickens, Trollope, Thackeray o Elliot exponen con un realismo de fuerte vena literaria, a veces cómica, a veces dramática, los conflictos de una sociedad rígida, clasista, pacata y frecuentemente inhumana. Pero ellos, como autores, estaban adaptados a la corriente, incluso cuando trasgredían sus principios. George Elliot (Mary Ann Evans), por ejemplo, mantuvo su pseudónimo toda su vida en parte por ocultar una relación adulterina. Y lo mismo sucede con otros autores y creadores con más fuerte temperamento que podrían a veces frisar en lo permitido, como Aubrey Beardsley.

La época victoriana es circunspecta y concede el máximo valor a las apariencias. En la vida privada cada cual puede hacer lo que quiera, pero en el ámbito público hay que guardar las formas. Eso era lo que Butler criticaba en la familia, que hacia el exterior formaba una unidad de altruismo y amor, y hacia el interior podía ser un auténtico infierno. El triste destino del mencionado Oscar Wilde es como una metáfora de la época, y hasta cabe decir que este escritor dandi pagaría con tanta dureza no solamente su osadía por hacer públicos sus asuntos íntimos, sino por haber escrito *El retrato de Dorian Gray*, en sí mismo una metáfora de la era victoriana, mucho más agresiva que la que suele ponerse como ejemplo: *La importancia de llamarse Ernesto*: la apariencia pública es hermosa; la privada, oculta y secreta, horripilante.

En realidad, y no deja de ser irónico, si hubiera que buscar una obra

acabadamente victoriana habría que ir a encontrarla en las novelas de Benjamín Disraeli, como *Coningsby* o *Sybil*, en las que desarrollaba la teoría de las *dos naciones* y sostenía que debía darse una alianza de la nobleza y los trabajadores frente a la clase media. Esas ideas tienen un trasfondo victoriano, como lo tienen las sucesivas reformas que Disraeli, como primer ministro, hizo aprobar en el Parlamento en beneficio de las clases más necesitadas.

Ésa es la época que *Erewhon* ridiculiza, como lo dejó Butler sucintamente expuesto en una de aquellas anotaciones que fue haciendo a lo largo de su vida^[4]: «Queremos una Sociedad para la Eliminación de la Investigación Erudita y la Sepultura Decente del Pasado. Los espíritus de los muertos pasados quieren tanto descansar como alzarse» (Butler, 1985, p. 180).

El hombre

Samuel Butler nació en la rectoría de Langar, en Nottingham, en 1835, hijo de un estricto reverendo de la Iglesia de Inglaterra, Thomas Butler, y de su no menos piadosa mujer, Fanny Worsley. De las relaciones con ambos da una idea ajustada la reflexión que hace Ernest Pontifex, él mismo, en la autobiográfica *The Way of All Flesh*, cuando se entrevista con sus padres a la salida de la cárcel: «Allí, por supuesto, al otro lado de la mesa, muy cerca de la puerta, estaban las dos personas a quienes consideraba los dos enemigos más peligrosos que tenía en el mundo: su padre y su madre» (Butler, 1994, p. 250).

Entre el hijo y el padre, un hombre intransigente y durísimo que azotaba a aquél prácticamente a diario, nunca hubo buena relación. El mismo Butler lo reconocería años después: «Nunca le gusté, ni él a mí: desde mis primeras memorias, no puedo recordar momento alguno en que no lo temiera ni lo detestara. Una y otra vez trataba de acercarme a él, diciéndome que, después de todo, era una buena persona. Pero, apenas lo había hecho cuando hacía o dejaba de hacer algo que me indisponía contra él» (Raby, 1991, p. 221).

Esta amarga relación marcaría a Butler para toda su vida, y la novela *The Way of All Flesh* es un largo ajuste de cuentas con su progenitor. Ciertamente es más cosas, entre ellas una de las mejores novelas victorianas en la que, como haría después en *Retorno a Erewhon*, el protagonista se desdobra en dos personajes: él mismo, como el niño, luego joven y adulto Ernest Pontifex, y su padrino y mentor, Edward Overton, que es quien narra la historia en primera persona. Lo que en ésta se cuenta es, en

realidad, el desarrollo de un adolescente, sus años de aprendizaje en la tradición de las *Bildungsromane* alemanas. Butler tuvo tiempo de reflexionar sobre la educación de los hijos y, tanto al principio como al final de *The Way of All Flesh*, se inclina por las concepciones del famoso William Cobbett, consistentes en que los padres eduquen directamente a los hijos de una forma no autoritaria, en contacto con la naturaleza e integrándolos desde el comienzo como iguales en la marcha de la familia (Jeffers, 1981, p. 83).

El resultado final es un ataque a la hipocresía de la familia victoriana, que es el origen de todas las desgracias en la clase media:

Creo que de esta fuente proceden más desgracias que de todas las demás; quiero decir del intento de prolongar indebidamente la conexión familiar y de hacer que las gentes se mantengan artificialmente unidas cuando no lo harían de modo natural. El desastre no es muy grande entre las clases bajas. Pero entre las medias y las clases superiores se producen más daños que de cualquier otra forma. Y a los ancianos no les gusta más que a los jóvenes (Butler, 1985, p. 31).

Butler estudió en Cambridge, en donde adquirió una notable formación en lenguas clásicas que más tarde le permitiría traducir los dos grandes poemas homéricos y publicar el ya mencionado y curioso ensayo sobre el autor de *La Odisea*, así como un estudio comparativo de los Evangelios en lo referente al crédito que merecen éstos en la cuenta que dan de la resurrección de Cristo. A poco de licenciarse, y cuando estaba previsto que siguiera los pasos paternos entrando en la Iglesia, el autor de *Erewhon* tuvo una crisis de conciencia y renunció a la vocación religiosa. El motivo de este trance fue su oposición a la práctica eclesiástica del bautismo, que le parecía un abuso, como expuso en *The Way of All Flesh*, así como en el relato de los nonatos en *Erewhon*. Fue el comienzo de una larga evolución que lo llevaría finalmente a prescindir de toda creencia religiosa, considerarse ateo (Muggeridge, 1936) y lanzar la sátira final del cristianismo bajo la forma de la religión *heliofilial*, esto es, la religión del hijo del Sol, que se ridiculiza en *Retorno a Erewhon*.

El hecho es que la renuncia al proyecto supuso el enfrentamiento definitivo con su padre, quien acabó dando el visto bueno al proyecto del hijo de emigrar a Nueva Zelanda y lo financió. En 1859 Butler embarcó para la colonia, compró una extensión de tierra y puso en ella una explotación lanar. Llamó al lugar «Mesopotamia» (porque estaba entre los dos ríos Rakaia y Rangitata) y así sigue figurando en el mapa de la zona que aquí reproducimos^[5].



Fue en Nueva Zelanda, como se ha dicho, en donde Butler leyó la obra inicial de Darwin, lo que le sugirió su primer trabajo y le hizo interesarse por un asunto que lo ocuparía la mayor parte de su vida. Convencido lamarckista, Butler encontró muy estimulante la tesis de Darwin, pero continuó creyendo en la superioridad de la hipótesis de Lamarck, planteada en su *Filosofía zoológica*, por cuanto la de la selección natural de Darwin no daba respuesta a la cuestión de por qué se mantenía la extraordinaria variabilidad en las especies. Butler, que dedicó a la controversia evolucionista varios ensayos más^[6], llevaba muy mal que el evolucionismo darwinista no concediera más importancia a sus puntos de vista. El propio Darwin, consciente de la insuficiencia de su teoría en relación con la de Lamarck, postularía la hipótesis de la *pangénesis*, que los avances de la genética han hecho ya inútil (Jeffers, 1981, p. 23) a la hora de aceptar actualmente la superioridad del darwinismo sobre el lamarckismo.

El propio Butler resumiría años más tarde lo que creía que habían sido sus principales aportaciones a la teoría de la evolución del modo siguiente: «1. la identificación de herencia y memoria. [...] 2. la Reintroducción de la teleología en la vida orgánica [...]; y 3. Un intento de presentar una explicación del fundamento físico de la memoria [...]» (Butler, 1985, p. 66). La discrepancia teórica con Darwin se mantendría al extremo de que en su *Evolution, Old and New* (1879) en la que comparaba las teorías de la evolución de Erasmus Darwin, Lamarck y Charles Darwin, sostenía que la teoría del abuelo Erasmus, era superior a la del nieto (Butler, 1911). La discrepancia se convirtió finalmente en un enfrentamiento personal por un asunto de negra honrilla entre ambos a raíz de la traducción al inglés de un artículo alemán sobre Darwin. Se encuentra una descripción detallada del asunto en la obra de su albacea (Jones, 1968, I, p. 322), quien incluso llegó a escribir un opúsculo aclarándolo tras la muerte de Butler (Jones, 1911).

De regreso a Inglaterra en 1864, vino en compañía de su amigo Charles Paine Pauli, quien alquiló una vivienda próxima a la de Butler, al que asignó una pensión anual de 200 libras anuales, cantidad nada desdeñable y que el afortunado cobró hasta su muerte en 1897. Pauli fue el primero de los tres hombres con los que Butler mantuvo estrechas relaciones que suscitan la idea de si el autor de *Erewhon* era un homosexual reprimido por la asfixiante moral victoriana; en definitiva, una víctima. Los otros dos fueron Alfred Emery Cathie, a quien contrató en 1887 como criado y secretario pero al que trataba también como amigo, y Henry Festing Jones, posteriormente su albacea testamentario y el autor de una monumental biografía de Butler literalmente repleta de manuscritos, notas, cartas y todo tipo de documentación sobre el autor, de obligada consulta para quien quiera hablar de éste.

Cambiaba Butler la vida al aire libre en las montañas neozelandesas por la apacible existencia en el centro de Londres, pero en su fuero interno siguió siendo la misma persona inquieta y aventurera. Finalmente poseedor de una considerable fortuna, pudo permitirse el lujo de dedicarse por completo a su pasión, la pintura, así como a continuar con su implicación en la polémica del evolucionismo y a viajar por la parte de Europa que más le apasionaba, y de la que dejó una especie de curiosa guía con ilustraciones suyas, del pintor Charles Gogin y de Henry Festing Jones^[7].

También hacia esta época, 1870-1871, conoció a la que parece ser la mujer con la que tuvo una relación intelectual más intensa, Eliza Mary Ann Savage, y quien más influyó sobre él; la que lo impulsó a escribir *Erewhon*, leyó el manuscrito según el autor iba produciéndolo y en pruebas, haciendo las necesarias correcciones (Jones, 1968, I, p. 144), y la que proporcionó el modelo para la Alethea de *The Way of All Flesh*. Ella hubiera querido que la relación fuera de otro tipo, pero ese aspecto lo cubrió durante casi veinte años con toda discreción y elegancia una francesa residente en Londres, Lucie Dumas, que proporcionó una descripción famosa de Butler: *Il sait tout; il ne sait rien; il est poète* (Jones, 1991, II, p. 130).

Butler pasó el resto de su vida dedicado a sus múltiples ocupaciones: escribir ensayos, algunos de ellos provocativos, viajar por las zonas europeas de su predilección, cultivar sus amistades, pintar cuadros mediocres, componer alguna música en el espíritu de su adorado Händel, tan mediocre como su pintura, y gestionar meticulosamente sus negocios. Era un hombre conocido y respetado, pero que jamás alcanzó el éxito que sonrió a otros contemporáneos suyos. Él creía conocer la causa:

Ataqué a gente que carecía de escrúpulos y era poderosa y no entré en ninguna alianza. No quería que me fastiadaran ni que me hicieran perder el tiempo o renunciar a mis placeres. Tenía bastante dinero para vivir y preferí dirigirme a la posteridad antes que a mis contemporáneos, excepto algunos de ellos (Butler, 1985, p. 159).

Sus contemporáneos le hicieron el vacío, con alguna excepción^[8]. Finalmente, meses antes de morir, dio a la imprenta *Retorno a Erewhon*, mostrando así que, como le dijera en cierta ocasión el editor Trübner, era un *homo unius libri* (Butler, 1985, p. 155), y ese libro, en el que había estado pensando toda su vida, al que considera como el comienzo y el fin de su periplo literario, era *Erewhon*.

La obra

Ya se ha visto que la publicación de *Erewhon* se debe a una serie de circunstancias fortuitas que han concurrido en el feliz resultado de que el mundo cuenta hoy con una de sus utopías más imaginativas y sorprendentes. Lo dice Butler con su habitual claridad: «Nunca escribo libros, sino que estos crecen. Vienen a mí e insisten en que se los escriba y en ser de una forma u otra. No quería escribir *Erewhon*, sino que quería seguir pintando, y me pareció una abominable molestia verme obligado a escribirlo» (Butler, 1985, p. 106).

Pero lo hizo, concibiéndolo como el relato de un viaje que en verdad había emprendido con resultados muy distintos. En él habló de una sociedad perdida en algún remoto lugar del planeta del que no quiso dar pistas porque, según explica al final de la obra, pretende retornar bien provisto de fondos y otros medios, como navíos armados, para establecer un monopolio de explotación de los recursos y los nativos erewhonianos. No se trataría de nada parecido a la esclavitud porque, además de llevar a Erewhon los beneficios del comercio y la industria, Butler tenía previsto adoctrinarlos en la verdadera fe. Todo en la obra está a tono con este nivel de sarcasmo.

Erewhon es un territorio imaginario cuyo difícil acceso a través de un paso en una cordillera está guardado por unas monstruosas estatuas de origen desconocido que emiten sonidos espeluznantes al canalizar el viento por la abertura de sus bocas, y cuya obvia misión es intimidar a los visitantes indeseados, haciéndoles volverse por donde han venido. Pasado ese primer sobresalto, que viene a ser como el trauma del nacimiento a un mundo nuevo, el visitante se encuentra en unas agradables llanuras que recuerdan los paisajes del Piamonte, tan caros al autor. Y con el paisaje unos habitantes que de nuevo se asemejan a los de aquella zona del norte de Italia: su piel tiene el blanco ligeramente oscuro de los italianos o los españoles, son de fuerte complexión, ágiles y elegantes ellos y de una extraordinaria belleza ellas.

Pero hablan una lengua incomprensible, por lo que el héroe supone que pueda

tratarse del hebreo, idioma del que no tiene ni idea. Ello le lleva a suponer que ha dado con las diez tribus perdidas de Israel lo que, en el fondo, viene a ser como si sostuviera haber dado con la tierra del Preste Juan de las Indias.

Los erewhonianos lo acogen afablemente, lo llevan a la ciudad más cercana, que no es la capital del reino, lo tratan con cortesía y curiosidad y, finalmente, al haberle encontrado en posesión de un reloj de bolsillo, lo encierran en la cárcel por una razón que a él se le escapa. La prisión es relativamente cómoda y los erewhonianos se cuidan de que el viajero aprenda su lengua. Para ello, la autoridad designa un profesor que lo visita todos los días y, entre esto y los amoríos en que entra con la hija del gobernador de la prisión Yram (un anagrama de Mary), en poco tiempo está en situación de entenderse con los nativos.

A partir de este momento, ya dominando la lengua, de no ser por el desgraciado e incomprensible asunto del reloj el protagonista gozaría de plena libertad y gran consideración a causa de su piel blanca, sus cabellos rubios y sus ojos azules, caracteres desconocidos en Erewhon, en donde todos son morenos, de cabellos negros y ojos oscuros. La propiedad del desdichado reloj, sin embargo, lo sitúa en una mala posición, incluso con amenaza de un proceso de consecuencias muy desagradables. En una primera indagación alcanza a saber que en Erewhon las máquinas de todo tipo están prohibidas. Las únicas que ha alcanzado a ver se encuentran en trozos y lamentable estado en un museo. Deduce que las máquinas plantearon un conflicto político en un pasado lejano, que se resolvió en contra de ellas y que, en consecuencia, Erewhon es un lugar antimquinista, pero aplaza a un momento posterior una investigación más a fondo.

Entre tanto, hecho ya a la vida erewhoniana, recibe la orden de trasladarse a la capital del reino a una audiencia con el rey. Como lugar de residencia le han fijado la casa de uno de los más acaudalados y respetados miembros de la comunidad, la familia del señor Senoj Nosnibor (un anagrama de Robinson Jones que no parece tener otra intención que la de divertir a Butler), compuesta por su mujer y dos hijas casaderas, esto es, el prototipo de la familia victoriana como podría serlo la del propio Butler.

Para encarecer la figura del señor Nosnibor ante el visitante, su interlocutor le explica que ha tenido un desgraciado accidente por el que está siendo debidamente tratado y hay esperanzas de pronta recuperación: el señor Nosnibor defraudó a una anciana y le arrebató toda su fortuna. Indignado el protagonista de que quieran alojarlo en casa de un delincuente, afirma que jamás pondrá los pies en ella. Es entonces cuando le informan de que en Erewhon los hurtos, los robos, los fraudes y estafas no se consideran delitos sino enfermedades y se atiende cuidadosamente a quienes los cometen, procurando su pronto restablecimiento. En cambio, los achaques, las enfermedades, las infecciones son consideradas delitos, castigándose con dureza a quienes las padecen, incluso, llegado el caso, con la pena capital. Una tuberculosis puede significar la pena de muerte.

Es una inversión de los términos que pone en solfa la falsedad e hipocresía de la sociedad victoriana en la que la riqueza y las apariencias exteriores son prácticamente todo, mientras que determinadas circunstancias como la pobreza, la mendicidad, la prostitución entran en la categoría de enfermedades morales o incluso delitos. La stirpe erewhoniana es saludable y está compuesta por individuos hermosos. Las horrendas estatuas a la entrada del país deben proteger contra las deformidades físicas (que son también consideradas culpa de quienes las padecen), y el héroe cree haber oído, si bien no está seguro, que antaño se sacrificaba a los niños deformes con la clara intención de preservar la pureza de la raza.

Ya plenamente adaptado a los usos y costumbres erewhonianos, el héroe deja constancia de los más sobresalientes. El principal, tanto por el lugar que ocupa como por el interés que el autor le dedica, es la red de los llamados *bancos musicales*, unas instituciones bancarias cuya relación con la música es remota (pues, según se nos informa, los erewhonianos desconocen la escala diatónica), pero que cumplen una funcionalidad de tipo estructural. De hecho, son instituciones solemnes y muy antiguas en las que gran parte de la población tiene depositados unos (normalmente exiguos) ahorros y que distribuyen una moneda de valor simbólico pero no real que nadie hace circular, por cuanto la economía erewhoniana descansa sobre la existencia de unos bancos de verdad que emiten una moneda sana, que es la que está en circulación. En Erewhon, por tanto, circulan dos tipos de monedas: la buena (en términos económicos) y la mala. Pero, contrariamente a la Ley de Gresham, la moneda mala no expulsa a la buena, sino que no circula, ya que su valor real es nulo y sólo tiene uno simbólico. La descripción de uno de estos bancos musicales que las mujeres Nosnibor acuden a visitar de vez en cuando, una de ellas en compañía del héroe, recuerda una catedral. En realidad, la institución es una parodia de la Iglesia: gestiona una moneda carente de valor y que sólo lo tiene simbólico, pero es fundamental que las gentes la visiten y simulen hacer transacciones para que el orden social sobreviva.

El orden social erewhoniano descansa sobre la adoración a la diosa Ydgrun que, una vez más, es un anagrama de Grundy, si bien aquí la justificación es patente por cuanto *Mrs. Grundy* viene a ser la personificación de lo que llamaríamos el «sano sentido común», esto es, las relaciones sociales basadas en las convenciones, los valores tradicionales y el fundamentalismo de las opiniones recibidas; todo ello adobado por una angustiada necesidad de guardar las apariencias. De nuevo hay un vapuleo a la era victoriana, caracterizada por la sensatez de las cuestiones prácticas, la preferencia por los discursos realistas y las realidades tangibles y la desconfianza, cuando no desprecio, hacia los caracteres fantasiosos o imaginativos. Los más sensatos de los erewhonianos, qué duda cabe, empezando por el señor Nosnibor, son todos sólidos ydgrundistas.

Y aquí no se llega por casualidad, sino habiendo preparado el camino cuidadosamente. ¿Cómo? A través de un sistema educativo concebido para fabricar

ciudadanos adaptados a esta forma de vida, caracterizada por la mediocridad, la ramplonería, la falta de originalidad y el aborregamiento. La sociedad erewhoniana es así feliz, más o menos con el tipo de felicidad que caracterizaba a la victoriana. La descripción de dicho sistema educativo es una sátira del inglés al uso que Butler conocía muy bien por haber pasado por él. Su piedra angular son las llamadas «Facultades de la Sinrazón», en las que se enseña la disciplina fundamental, necesaria para el saber en Erewhon, que es la «Hipotética». De este modo, los catedráticos en la «sabiduría mundana» enseñan a pensar, pero no de modo propio, sino como todo el mundo, a mantenerse en el camino trillado y a no aventurar ideas nuevas.

El visitante reconoce que el sistema educativo erewhoniano es del todo similar al inglés, que trata de erradicar la originalidad de pensamiento. A ello contribuyen las doctrinas que, basadas en la inconsistencia y las evasivas, consiguen acabar con todo atisbo de genialidad, como en Inglaterra. De hecho, Butler, formado en lenguas clásicas, da un giro interesante al significado tradicionalmente admitido de «idiota». Éste ya no es el que se ocupa exclusivamente de sus propios asuntos, sino el que tiene ideas propias y por eso está hoy condenado por la sociedad erewhoniana, como los otros idiotas lo estaban por el aristotelismo de la griega.

Es en este contexto en el que el famoso *Libro de las máquinas* expone lo que, en el fondo, es la esencia misma de la utopía erewhoniana. Cuatrocientos años antes, Erewhon estaba muy avanzado en el desarrollo de las máquinas, más que la Inglaterra de la época. Pero entonces, uno de aquellos profesores de Hipotética publicó un libro en el que vaticinaba que las máquinas evolucionarían, llegarían a ser más inteligentes que los seres humanos y acabarían sustituyendo a éstos como los señores de la tierra y poniéndolos a su servicio.

Se trata de la primera formulación de ese tema tan recurrente en la ciencia ficción del siglo veinte; esa pesadilla de la rebelión de las máquinas contra sus creadores. Es la idea que también aparece en *R.U.R. [Robots Universales Rossum]*, de Karel C. Čapek (escrita en 1920) y que prosigue a través de la película de Stanley Kubrick, *2001, La odisea del Espacio*, de 1968, basada en un relato anterior de Arthur C. Clarke. Sigue una especie de ensayo filosófico tratando de demostrar que si las plantas, los animales, los seres humanos pueden evolucionar, también pueden hacerlo las máquinas, que terminarán por dominar el mundo llegando a ser respecto a los hombres lo que éstos son hoy respecto a los primates. No hay constancia de que Butler hubiera leído a Nietzsche, pero en esta figuración hay un eco indudablemente nietzscheano.

Para evitar tan espantoso futuro, el sabio profesor de Hipotética aconseja acabar con todas las máquinas de su tiempo, evitar así que puedan evolucionar y hacer que la vida humana se lleve a cabo en un mundo sin máquinas. Se sigue una guerra civil entre maquinistas y antimaquinistas en la que finalmente ganan los segundos, quienes proceden a la destrucción de casi todos los aparatos técnicos y artificiales, dejando los más básicos para la existencia y promulgando leyes que castigan duramente la

tenencia de máquinas del tipo que sean. Eso explica el trato que recibiera el visitante al comienzo a cuenta de su reloj.

Como se ve, *Erewhon* no es propiamente una utopía antimquinista o antiindustrialista, como pudieran ser *Walden*, de Henry David Thoreau, o el movimiento de los *luddistas*, sino una fantasía filosófica a raíz de la teoría darwiniana de la evolución que empezó a tomar cuerpo en aquel temprano artículo de «Darwin entre las máquinas», de 1862.

Este juego especulativo, esta anticipación un poco siniestra debieron de parecer incompletos a Butler, y añadió otros dos capítulos hacia el final del libro dejando ya libre cauce a su fantasía y que, sin embargo, habían de resultar claramente anticipatorios: uno en el que defendía los derechos de los animales sobre la base de que no por no ser humanos dejaban de ser racionales a su modo, lo que obligaba a prohibir los alimentos de origen animal, y otro sobre los derechos de los vegetales, basándose más o menos en los mismos principios. Aunque el segundo, el de los vegetales, está escrito con clara intención satírica del primero, no deja de tener su interés.

Erewhon es una utopía especial por muchos conceptos, pero también es una muestra de literatura de viajes y una novela de aventuras. El héroe incurre en el desplacer del rey. No así de la reina, quizá más sentimental o más crédula. La cuestión del reloj se complica y es posible que acaben procesándolo. Para mayor desgracia, también incurre en las iras del señor Nosnibor, su anfitrión, desde el momento en que decide romper la sacrosanta ley erewhoniana de que todo joven que entre en un hogar en el que haya muchachas casaderas tendrá que casarse con la primogénita (llamada Zulora), siendo así que él está enamorado de la más joven, Arowhena. En estas circunstancias no tiene más remedio que huir en compañía de su amada, cosa que pone en práctica construyendo, con ayuda de la reina, un globo aerostático con el que él asegura que irá a charlar con el dios de la lluvia para convencerlo de que ponga fin a una época de sequía en Erewhon. Su verdadera intención, sin embargo, es escapar, volver a Inglaterra, cosa que consigue luego de algunas peripecias.

Pero, al final de su vida, Samuel Butler volvería a Erewhon, ese país que era suyo, que sacó de la nada y en el que había dejado un hijo tan ficticio como el otro en Inglaterra, al que cuenta su viaje de retorno.

Bibliografía

- Arnold, M. (2009), *Culture and Anarchy*, Oxford, Oxford University Press [ed. cast.: *cultura y anarquía*, Madrid, Cátedra, 2010].
- Butler, S. (1911), *Evolution, Old and New*, Londres, A. C. Fifield.
- (1921), *Erewhon revisited*, Londres, Jonathan Cape.
- (1985), *The Notebooks of Samuel Butler*, H. F. Jones (ed.), Londres, The Hogarth Press.
- (1986), *Alps and Sanctuaries*, Stroud, Sutton Publishing Ltd.
- (1994), *The Way of All Flesh*, Londres, Wordsworth Classics [ed. cast.: *El destino de la carne*, Madrid, Alba, 2001].
- (2002), *Erewhon*, Mineola, Nueva York, Dover Publications, Inc.
- Carlyle, T. (1904), *On Heroes and Hero-Worship, and the Heroic in History*, Londres, Grant Richards [ed. cast.: *Los héroes: el culto de los héroes y lo heroico en la historia*, México, Porrúa, 2000].
- (1970), *Past and Present*, Londres, Dent and Sons, Everyman's [ed. cast.: *Pasado y presente*, Madrid, La España Moderna, 1903].
- Cole, G. D. H. (1947), *Samuel Butler and The Way of All Flesh*, Londres, Home and Van Thal.
- Darwin, C. (1975), *The Origin of Species*, Harmondsworth, Penguin [ed. cast.: *Origen de las especies*, Madrid, Akal, 32010].
- (1998), *The Descent of Man*, Nueva York, Prometheus Books [ed. cast.: *El origen del hombre*, Barcelona, Crítica, 2009].
- Furbank, P. N. (1948), *Samuel Butler*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Henderson, P. (1953), *Samuel Butler: The Incarnate Bachelor*, Londres, Cohen & West.
- Jeffers, T. L. (1981), *Samuel Butler Revalued*, University Park, The Pennsylvania State University Press.
- Jones, H. F. (1911), *Charles Darwin and Samuel Butler: A Step Towards Reconciliation*, Londres, Fifield.
- (1968), *Samuel Butler, author of Erewhon*, Nueva York, Octagon Books, Inc., 2 vols.
- Muggeridge, M. (1936), *The Earnest Atheist: A Study of Samuel Butler*, Londres, Eyre & Spottiswoode.
- Raby, P. (1991), *Samuel Butler. A Biography*, Londres, The Hogarth Press.
- Stillman, C. G. (1932), *Samuel Butler: A Mid-Victorian Modern*, Nueva York, Viking.

**EREWHON
O AL OTRO LADO DE LAS MONTAÑAS**

του γὰρ εἶναι δοκουντος ἀγαθου χάριν πάντα πάντα
πραττονσι πάντες.

Aristóteles, *Política*

No hay acción que no se base en una ponderación de consideraciones.

Paráfrasis

Prefacio a la primera edición

El autor desea aclarar que Erewhon se pronuncia como una palabra de tres sílabas, todas ellas cortas. Así: E-re-whon.

Prefacio a la segunda edición

Ya que el favor del público ha permitido agotar una edición de *Erewhon* de tirada inusualmente grande en un corto plazo de tiempo, aprovecho la oportunidad de esta segunda para hacer las correcciones necesarias y añadir unos cuantos pasajes donde me pareció que sería apropiado introducirlos. Estos son pocos y es mi firme intención no volver a tocar la obra de nuevo.

Se me permitirán aquí quizás unas palabras en referencia a *The Coming Race*, a cuyo éxito se ha atribuido con frecuencia la publicación de este libro. Si bien es comprensible que se haya pensado algo así, se trata de una idea equivocada. El hecho es que *Erewhon* estaba terminado, a excepción de las últimas veinte páginas y una o dos frases introducidas de vez en cuando aquí y allí a lo largo del libro, antes de que el primer anuncio de *The Coming Race* apareciese. Al llamarme la atención un amigo sobre uno de los primeros anuncios y al sugerir que se trataba de un trabajo de características similares al mío, entregué *Erewhon* a una conocida editorial el 1 de mayo de 1871 y lo dejé en sus manos para ser evaluado. Partí entonces al extranjero y al enterarme de que aquella editorial rechazaba el manuscrito lo dejé estar unos seis o siete meses, en los que, por encontrarme en una parte remota de Italia, no leí ni una sola crítica de *The Coming Race*, y tampoco cayó en mis manos ejemplar alguno de la obra. A mi regreso, evité a propósito leerla hasta haber hecho las últimas correcciones de la imprenta. Tuve entonces ese placer y me sorprendió por supuesto la multitud de pequeñas similitudes entre ambos libros, a pesar de ser completamente independientes el uno del otro.

Me apena que los críticos hayan interpretado los capítulos de Máquinas como un intento de reducir la teoría del señor Darwin al absurdo. Nada más alejado de mi intención. Pocas cosas me resultarían tan desagradables como un intento de mofa hacia el señor Darwin; pero debo admitir que el malentendido es responsabilidad mía puesto que me sentía seguro de que se malinterpretarían mis intenciones. Preferí sin embargo no cargar los capítulos con explicaciones y además estaba seguro de que la teoría del señor Darwin no se vería perjudicada en modo alguno. Mi única duda era hasta qué punto podía permitirme que se interpretase incorrectamente que estaba burlándome de aquello por lo que siento la más profunda admiración. Me sorprende, sin embargo, que a ningún crítico se le haya ocurrido hacer esta objeción, que sería mucho más razonable, a aquel libro, cuyo nombre no pienso citar aquí, aunque entiendo que se sobrentiende cuál es.

Sostienen algunos, cuya opinión respeto, que en el libro niego que las personas sean responsables de sus actos. Quien de tal forma actúe es un enemigo que no merece cuartel. Supuse haber sido lo suficiente explícito, pero he hecho algunas adiciones al capítulo de los Descontentos que servirán, creo, para imposibilitar futuras confusiones al respecto.

Un correspondiente anónimo (por la letra probablemente un clérigo) me informa

de que, al citar de la gramática latina debería, al menos, haberlo hecho de forma correcta y de que debería haber escrito «agricolas» en vez de «agricolæ». Agrega un comentario acerca de cómo cualquier alumno de secundaria, etc... que no voy a transcribir pero que me hizo sentir bastante incómodo. Podría decirse que cité incorrectamente a propósito, por ignorancia o por error, pero en los tiempos que corren deberíamos admitir que es complejo asignar límites a las infinitas facetas de la verdad y asumir, con más tino que *cada una* de las posibles causas haya tenido parte en el supuesto error. El arte de escribir cosas que suenen bien aun siendo incorrectas, ha creado tantas buenas reputaciones y deleita a tantos lectores que no quise arriesgarme a dejarlo de lado. Sin embargo, la gramática latina es un tema muy delicado para algunos de los miembros más jóvenes de la sociedad, así que he escrito ahora «agricolas». También he descartado la palabra «infortuniam» (muy a mi pesar), pero no me he atrevido a tocar otras inexactitudes similares.

Respecto a las inconsistencias del libro, soy consciente de que no son pocas y ruego la indulgencia del lector. La culpa, de todas formas, es de los Erewhonianos mismos, ya que son un pueblo realmente difícil de entender. Las irregularidades más patentes parecen no incomodarles demasiado y tampoco hace mella en ellos el argumento sobre la pérdida de dinero y felicidad que su desatino les causa (mientras que no vean salir el dinero físicamente de sus bolsillos o sufran algún dolor). De todos modos, no me quejo de ello, puesto que así podía prácticamente espetarles a la cara que llevaban toda la vida engañándose a sí mismos. Ellos respondían que era cierto y que carecía de importancia.

No quisiera terminar sin expresar mi más sincero agradecimiento a la crítica y al público por la indulgencia y la consideración con que han recibido mis aventuras.

9 de junio de 1872

Prefacio a la edición revisada

Desea el señor Grant Richards que escriba unas palabras acerca del origen de esta obra cuya edición revisada y ampliada presenta ahora al público. Por lo tanto dejaré constancia de todo aquello que recuerdo tras los más de treinta años que han pasado.

Lo primero que escribí de Erewhon fue un artículo titulado «Darwin among the Machines» que firmé como Cellarius. Lo escribí en el Alto Rangitata, distrito de la provincia de Canterbury (como entonces se llamaba) de Nueva Zelanda y se publicó en el periódico *Press*, de Christchurch, el 13 de junio de 1863. Existe una copia de este artículo en el catálogo de mis obras del Museo Británico. De pasada mencionaré que los capítulos iniciales del libro también se basaron en el distrito del Alto Rangitata, con las modificaciones que consideré oportunas.

Un segundo artículo, sobre el mismo tema, apareció en *Press* poco después, si bien no dispongo de copia alguna. Trataba las Máquinas desde un punto de vista diferente y fue la base de las páginas 270-274 de la presente edición de *Erewhon*. Esta perspectiva fue la que en último término me llevó a la teoría que propuse en *Life and Habit*, publicada en noviembre de 1877. Los rudimentos de esta teoría los pongo en boca de un filósofo erewhoniano en el capítulo xxvii de este libro.

En 1865 reelaboré y amplié «Darwin among the Machines» para el *Reasoner*, periódico londinense publicado por el señor G. J. Holyoake. Se publicó el 1 de julio de 1865 bajo el título «The Mechanical Creation» y puede consultarse en el Museo Británico. Volví a reescribirlo y ampliarlo hasta que tomó la forma en que apareció en la primera edición de *Erewhon*.

La siguiente parte que escribí fue «World of the Unborn» del cual envié una versión preliminar al periódico del señor Holyoake, pero al no encontrarla en las copias del *Reasoner* archivadas en el Museo Británico, deduzco que no lo aceptaron. Sin embargo, tengo la noción de que fue publicado en algún periódico londinense similar al *Reasoner* no mucho después del 1 de julio de 1865 si bien carezco de ejemplar.

También sobre esa época escribí el núcleo de lo que acabaría siendo el capítulo de los bancos musicales y el juicio al hombre que tenía tuberculosis. Creo que estos cuatro ensayos separados son todo lo que escribí de *Erewhon* antes de 1870. Entre 1865 y 1870 apenas escribí, abrigando la esperanza de obtener un éxito como pintor que no llegué a alcanzar. Pero en el otoño de 1870, cuando empezaban a exhibir de vez en cuando mis cuadros en la Royal Academy, mi amigo, el difunto Sir F. N. Broome (por entonces señor Broome), me sugirió que ampliase los artículos que ya había escrito y los unificase en un libro. La idea me apasionó pero como trabajaba en el manuscrito tan sólo los domingos, pasaron varios meses antes de que pudiera completarlo.

Observo en mi segundo prefacio que mostré el libro a los señores Chapman &

Hall el primero de mayo de 1871. Cuando ellos lo rechazaron lo dejé estar, por consejo de uno de los literatos contemporáneos más reconocidos hasta que, a principios de 1872, se lo ofrecí al Señor Trübner. En cuanto al rechazo por parte de los señores Chapman & Hall, creo que su lector les dio un sabio consejo. Me dijeron que en su informe consideraba la obra como un ensayo filosófico y con pocos visos de agrandar a gran número de lectores. Supongo que, de haber sido yo el lector y habérseme entregado el mismo libro, mi juicio habría sido similar.

Erewhon salió a la venta el último o penúltimo día de marzo de 1872. Atribuyo su éxito contra todo pronóstico a dos tempranas críticas favorables, la primera en el *Pall Mall Gazette* del 12 de abril y la segunda en la *Spectator* el 20 de abril, y a un tercer motivo. En cierta ocasión, me quejaba a un amigo de que, aunque *Erewhon* había sido calurosamente recibida, mis siguientes obras habían muerto prácticamente al ver la luz. Dijo él: «Olvida usted el encanto que tenía *Erewhon* que ninguno de sus libros posteriores puede tener». Le pregunté en qué consistía y me respondió: «El sonido de una voz nueva, una voz desconocida».

La primera edición de *Erewhon* se vendió en unas tres semanas. Como la demanda era grande y no había sacado planchas, se compuso de nuevo la obra. Hice algunas alteraciones y adiciones carentes de importancia y añadí un prefacio del que no puedo decir que me enorgullezca demasiado. No habría que confiarle a un escritor inexperto al que, en cierta medida se le ha subido a la cabeza un éxito inesperado, la escritura de un prefacio. Introduje algunas correcciones más antes de que se hicieran las planchas, pero desde el verano de 1872, todas las tiradas, dado que de vez en cuando se pedían más, se hicieron con esos estereotipos.

Habiendo cumplido, me temo que en demasía, con el deseo del señor Richards, me gustaría añadir algunas palabras por cuenta propia.

Incluso ahora estoy relativamente satisfecho con aquellas partes de *Erewhon* que reelaboré en alguna ocasión, pero de entre las que no modifiqué, de buen gusto quitaría unas cuarenta o cincuenta páginas si pudiera. Esto no puede ser, sin embargo, puesto que los derechos de autor probablemente expiren dentro de unos doce años. Por lo tanto, era necesario hacer una corrección completa de torpezas literarias (de las cuales encontré más de las que esperaba) y también hacer adiciones sustanciales que le diesen nueva vida, al menos en lo referente a los derechos de autor. Así que, si en vez de eliminar digamos cincuenta páginas, me he visto obligado a añadir unas sesenta *invita Minerva*, no se nos puede achacar esto al señor Richards o a mí, sino a las leyes de los derechos de autor. Sin embargo, puedo asegurar al lector que, pese a que me ha resultado fastidioso retomar este trabajo del que creí haberme librado hace treinta años y del que en su mayor parte me avergüenzo, he intentado por todos los medios que el nuevo material tenga un tono similar al de los mejores pasajes del antiguo, de manera que tan sólo los mejores críticos percibirán en qué lugares se encuentran estos lapsos temporales.

Finalmente, si mis lectores perciben una considerable diferencia entre la técnica

literaria de *Erewhon* y la de *Erewhon Revisited*, me gustaría recordarles que, como ya se ha dicho, escribí *Erewhon* en un plazo de diez años, e incluso así, con gran dificultad. Sin embargo, *Erewhon Revisited* lo escribí cómodamente entre noviembre de 1900 y el final de abril de 1901. *Erewhon* carece de idea central, mientras que su secuela gira alrededor del intento de examinar las consecuencias de un supuesto gran milagro. En *Erewhon* apenas existe una historia y el intento de dar vida e individualidad a los personajes resulta pobre. Errores que espero haber evitado en *Erewhon Revisited*. *Erewhon* no tiene unidad orgánica en donde *Erewhon Revisited* puede con toda justicia demostrar la suya. Sin embargo, pese a que en maestría literaria no me cabe duda de que este último supera al anterior, mucho y muy gratamente me sorprendería quien no me dijese que *Erewhon* es, pese a todas sus carencias, el mejor de los dos.

Samuel Butler
7 de agosto de 1901

Capítulo 1

Páramos

Con perdón del lector no voy a revelar mis antecedentes ni las circunstancias que me condujeron a abandonar mi tierra natal. El relato sería, de todas formas, tedioso para él y doloroso para mí. Baste decir que cuando abandoné mi hogar lo hice con intención de ir a una nueva colonia y encontrar, o quizás adquirir, tierras de la corona apropiadas para la crianza de ovejas y vacas, pensando que de tal forma mejoraría mi forma de vida más rápidamente que en Inglaterra.

Como se verá, mis planes no tuvieron éxito y, aun habiendo encontrado cosas novedosas y extrañas, he sido incapaz de extraer beneficio pecuniario alguno.

No obstante creo haber hecho un descubrimiento que me otorgaría incontables beneficios y me aseguraría una prominencia tan solo comparable con la de quince o dieciséis personas desde la creación del Universo, si fuese yo el primero en aprovecharlo. A este efecto, debo reunir una considerable cantidad de dinero. Ignoro cómo recaudar esta cantidad, excepto si no es interesando al público en mi historia y persuadiendo a las almas caritativas a salir en mi ayuda. Con esta esperanza publico mis aventuras, pero lo hago con gran recelo, puesto que temo que se dude de mi narración a menos que desvele todos los detalles y aun así no me atrevo a hacerlo, no sea que otros con más medios que yo me saquen ventaja. Prefiero que se dude de mi palabra a que alguien se me adelante y por eso oculto mi destino al partir de Inglaterra, así como el lugar desde el que comenzaron las etapas más importantes y arduas.

Mi principal consuelo reside en el hecho de la que la verdad deja su propia impronta, y de que mi historia será convincente por sus muestras intrínsecas de veracidad. Por lo tanto, a ningún lector honrado le cabrán dudas respecto a la fidelidad de mi relato.

Llegué a mi destino en uno de los últimos meses de 1868, si bien no me atrevo a mencionar la estación, por si el lector pudiese deducir en qué hemisferio me encontraba. La colonia no llevaba abierta más de ocho o nueve años, ni siquiera para los colonos más osados. Previamente había estado desierta salvo por algunas tribus de salvajes que frecuentaban la costa. La parte conocida por los europeos consistía en un litoral de unas ochocientas millas de longitud^[9] (incluyendo tres o cuatro buenos puertos), y una extensión de terreno entre doscientas y trescientas millas; llegando a las faldas de una sierra excepcionalmente majestuosa que podía verse a lo lejos desde la planicie, cubierta de nieves perpetuas. La costa, tanto al norte como al sur de esta región que he aludido, era bien conocida si bien no había un solo puerto en quinientas millas a la redonda en ninguna de las dos direcciones y las montañas, que descendían

casi hasta el mar, estaban cubiertas de espesos bosques de tal forma que a nadie se le ocurriría establecerse en ellas.

En esta bahía, sin embargo, la situación era diferente. Había puertos adecuados, y bosques no demasiado densos. El terreno era admirablemente apto para la agricultura, también contenía millones y millones de acres de las más bellas praderas del mundo, muy apropiadas para todo tipo de ganado ovino y vacuno. El clima era moderado y muy saludable, no había animales salvajes ni tampoco nativos peligrosos, siendo estos últimos poco numerosos y de disposición inteligente y amistosa.

Se entenderá que, no bien hubieron llegado los europeos al territorio, comenzaran a explotar sus recursos. Se introdujo ganado vacuno y ovino que se multiplicó con gran rapidez. Cada colono ocupaba terrenos de unos 50 000 o 100 000 acres^[10], avanzando hacia el interior uno tras otro hasta que, en unos pocos años no había un solo acre libre entre el mar y la primera cordillera y los ranchos de ambos tipos de ganado estaban diseminados en intervalos de veinte o treinta millas a lo largo de todo el territorio. Las colinas iniciales detuvieron la marea de colonos por un breve plazo de tiempo. Se decía que había demasiada nieve en las cimas durante demasiados meses al año, que las ovejas se perderían al ser el terreno difícil para el pastoreo, que el coste de transportar la lana hasta los embarcaderos mermaría los beneficios de los granjeros y que el pasto era demasiado duro y amargo para que las ovejas medrasen. Sin embargo, uno tras otro, los colonos decidieron probar suerte y les fue maravillosamente bien. Se internaron más y más en las montañas y encontraron una considerable extensión de tierra tras la primera cordillera, entre ésta y otra más elevada aún (si bien no era ésta la más alta tampoco, aquella enorme cordillera nevada que se podía ver desde las llanuras). La segunda cordillera, sin embargo, parecía marcar el límite de las tierras de pastoreo y fue ahí, en un rancho pequeño recién establecido, donde me recibieron como peón y pronto me emplearon con regularidad. Contaba yo entonces apenas veintidós años de edad.

Me apasionaba el territorio, así como la vida en el campo. Mi tarea diaria era ascender a la cima de cierta colina y descender por una de sus crestas hasta la planicie para así asegurarme de que las ovejas no cruzaban los límites. Tenía que vigilarlas, no necesariamente de cerca; ni siquiera tenía que agruparlas en rebaños, tan sólo tenerlas a la vista aquí y allá para estar seguro de que todo iba bien. No era una tarea difícil puesto que no había más de ochocientas y, al ser todas ovejas de crianza, eran bastante tranquilas.

A algunas de ellas las reconocía, como a dos o tres ovejas negras y uno o dos corderos también negros. Otras tenían alguna marca distintiva por la cual podía diferenciarlas. Intentaba localizar a éstas y, si estaban todas y el grupo parecía lo suficientemente grande, podía dar por sentado que todo iba bien. Resulta sorprendente lo rápido que se acostumbra el ojo a no percibir la ausencia de unas veinte ovejas entre doscientas o trescientas. Disponía de un telescopio y un perro y también llevaba conmigo pan, carne y tabaco. Salía con las primeras luces y ya era de

noche cuando terminaba mi ronda, puesto que la montaña que tenía que ascender era muy alta. Durante el invierno estaba todo cubierto de nieve y no había necesidad de vigilar a las ovejas desde lo alto. En caso de ver excrementos de oveja o huellas que llevasen al otro lado de la montaña (donde sólo había un valle con un arroyo, no más que un *cul de sac*) debía seguirlos y traer a las ovejas de vuelta, pero nunca vi ninguna. Siempre descendían por su lado de la montaña, en parte por la costumbre y en parte porque ahí había pastos dulces en abundancia que se habían quemado a principios de la primavera, justo antes de que yo llegase, y estaban ahora deliciosamente frescos y ricos, mientras que el pasto del otro lado no se había quemado jamás y era agrio y maloliente.

Era una vida monótona pero muy saludable y uno no se preocupa demasiado cuando se encuentra bien. El territorio era tan magnífico como quepa imaginar. Cuántas veces me habré sentado en la montaña y habré observado las ondulantes colinas con las dos cabañas como pequeñas motas en la distancia y la pequeña parcela de jardín de atrás, el redil con el verde brillante de la avena sobre las cabañas y abajo, en el llano, el establo; todo ello como si estuviera viéndolo por un telescopio del revés de tan brillante y claro que era el aire, o como sobre una maqueta colosal o un mapa extendido a mis pies. Al pie de las colinas se extendía la planicie hasta llegar a un río de gran tamaño, en cuya orilla opuesta se erguían otras elevadas montañas con la nieve del invierno sin derretir todavía. Corriente arriba, el río serpenteaba en forma de varios arroyos por un lecho de unas dos millas de anchura y se avistaba aquella gran cadena de montañas en la que yo vislumbraba un estrecho cañón por donde penetraba el río antes de perderse. Sabía que todavía había otra cordillera más adelante, sólo se atisbaba desde una posición cerca de la mismísima cima de mi montaña. Desde este punto veía, cuando no había nubes, una sola cumbre cubierta de nieve a muchas millas de distancia, pienso que de las más altas del mundo.

No olvidaré jamás la absoluta soledad de aquel paisaje: la pequeña granja a lo lejos (lo único que revelaba la presencia humana), la inmensidad de la montaña y la planicie, del río y del cielo; los maravillosos efectos atmosféricos (a veces montañas negras sobre el cielo blanco y después, tras el frío, montañas blancas contra el cielo negro) y lo mejor de todo, cuando a veces ascendía a mi montaña entre la niebla, por encima de la bruma, subía y subía y veía hacia abajo un mar blanco en el que asomaban innumerables cimas montañosas como si fuesen islas.

Mientras escribo vuelvo a aquel paisaje; imagino que puedo ver las colinas, las cabañas, la planicie y el lecho del río, ese torrente de desolación, con el distante rugido de sus aguas. ¡Maravilloso! ¡Qué maravilloso! Tan solitario y tan solemne, con las tristes nubes grises en el cielo y ni un solo sonido excepto algún cordero perdido que bala en la ladera como si se le estuviese rompiendo el corazoncito. Entonces aparece trotando una oveja vieja, marchita y delgada, de voz ronca y aspecto desagradable que regresa desde el pasto seductor. Primero examina un barranco, luego otro y después queda inmóvil, escuchando con la cabeza levantada

para oír el lamento distante y obedecer la llamada. ¡Ahá! Ya se ven y corren el uno hacia la otra. Pero ¡ay!, ambos estaban equivocados. La oveja no es la madre del cordero, no son familia ni se tratan con cariño; se separan con frialdad. Deberán balar más alto y errar más lejos todavía. Esperemos que la suerte esté de su parte y que encuentren a los suyos a la caída de la noche. Pero divago y debo proceder.

No podía dejar de preguntarme qué habría río arriba, tras la segunda cordillera. No tenía dinero, pero si tan sólo pudiese encontrar tierras adecuadas, con algún capital prestado podría abastecerme y considerarme independizado. Es cierto que la cordillera era tan alta que cabían pocas posibilidades de abrir un camino adecuado para cruzarla. Pero nadie la había explorado todavía y es maravilloso el darse cuenta de que puede uno adentrarse (e incluso hacer un camino para caballos de carga) en todo tipo de lugares que a la distancia aparentan ser inaccesibles. El río era tan poderoso que debía drenar otro cauce, al menos eso pensaba yo, y aunque todo el mundo decía que sería una locura intentar llevar ovejas todavía más tierra adentro, yo sabía que hacía tan sólo tres años se había dicho lo mismo sobre el terreno que invadía ahora el rebaño de mi patrón. No podía sacarme estos pensamientos de la cabeza cuando descansaba en la ladera, me perseguían mientras hacía mi ronda diaria y se agrandaban en mi interior con el pasar de las horas hasta el momento en que decidí que, después del esquila no aguantaría más, ensillaría mi caballo, tomaría tantos suministros como pudiese e intentaría atravesar las montañas.

Pero por encima de esos pensamientos estaba el de la gran cordillera. ¿Qué había detrás? ¡Ah, quién podría decirlo! Nadie en el mundo entero tenía la menor idea, excepto aquellos que se encontraban del otro lado, si es que había alguien. ¿Podía cruzarla? Sería esta la mayor hazaña que cabría esperar, pero no debía soñar con posibles glorias del futuro. De momento acometería la cordillera más cercana y comprobaría cuán lejos podía avanzar. Incluso si no encontrase terreno, ¿acaso no podría descubrir oro o diamantes o cobre o plata? A veces me tumbaba para beber de algún arroyo y podía ver pequeñas motas amarillas entre la arena ¿Sería oro? La gente decía que no, pero la gente siempre decía que no hay oro hasta que se encuentra en abundancia. Había gran cantidad de pizarra y granito, que siempre se encuentran junto al oro según tenía entendido, e incluso aunque aquí no se encontrara en cantidades rentables, podría ser abundante en la cordillera principal. Estos pensamientos me revoloteaban en cabeza y no podía desterrarlos.

Capítulo 2

En el establo

Por fin llegó el esquila. Con los esquiladores había un viejo indígena a quien habían apodado Chowbok, aunque creo que su verdadero nombre era Kahabuka. Era una especie de jefe de los nativos, sabía un poco de inglés y era uno de los preferidos entre los misioneros. No trabajaba de forma regular con los esquiladores pero hacía como que ayudaba en los corrales. Su verdadero objetivo era apoderarse del ron, que siempre circula en mayor abundancia durante el esquila. No conseguía demasiado, puesto que era propenso a la violencia cuando estaba ebrio y le bastaban unos tragos para emborracharse. De todas formas lo conseguía a veces y si alguien pretendía algo de él, era el mejor soborno posible. Decidí preguntarle y obtener de él tanta información como pudiese.

Mientras me ceñí a preguntas sobre la cordillera cercana fue fácil entendernos: no conocía el terreno, pero había tradiciones en su tribu que contaban que no era tierra para la ganadería. No había nada de hecho, aparte de árboles raquíticos y unos pocos lechos de río secos. Por lo visto era terreno muy difícil de alcanzar, aunque había pasos: uno de ellos remontando nuestro río, si bien no siguiendo su curso, puesto que su desfiladero no era practicable. Él tampoco conocía a nadie que hubiese estado ahí, ¿acaso no era suficiente lo que había de este lado? Sin embargo, cuando tocamos el tema de la cordillera principal su actitud cambió al instante. Se incomodó y empezó a hablar con rodeos y evasivas. En pocos minutos me percaté de que sobre este tema también existían tradiciones en su tribu y a pesar de lo que me esforcé y argumenté no le saqué ni una palabra sobre ellas. Acabé por traer a colación el ron y en ese momento fingió aceptar un intercambio. Ahora que, no bien hubo bebido lo que le di, fingió una borrachera y se durmió sin siquiera moverse pese a los puntapiés que le propiné.

Estaba furioso. Había perdido mi ración de ron y no había sacado nada en limpio, así que decidí que al día siguiente habría que hablar antes de que le diese una sola gota.

Por consiguiente, cuando se hizo de noche, los esquiladores liquidaron el trabajo y cenaron, me serví la ración de ron en una cazuela y le hice una señal a Chowbok para que me siguiese al establo, cosa que hizo de buena gana escabulléndose después de mí sin que nadie se fijase en ninguno de los dos. Cuando llegamos al establo encendimos una vela de sebo, una vez encajada ésta en una botella vieja, nos sentamos sobre las pacas de lana y empezamos a fumar. Los establos de esquila son lugares amplios, construidos sobre una planta similar a la de una catedral, con naves a cada lado, llenas de rediles para las ovejas y una nave principal en cuya parte superior

trabajan los esquiladores con otro espacio dedicado a los clasificadores y empacadores de lana. Siempre me ha parecido que tienen cierto aire de antigüedad (algo muy valioso en un país joven), pese a que ya sé yo que el establo más viejo del asentamiento no tenía ni siete años y éste solamente dos. Chowbok hizo como si esperase obtener el ron inmediatamente. Ambos éramos perfectamente conscientes de lo que el otro quería y de que jugábamos el uno contra el otro. Él por ron y yo por información.

Fue una ardua pelea. Durante más de dos horas intentó desalentarme con sus mentiras pero no consiguió convencerme. El pulso mental continuó sin que él ni yo obtuviésemos ventaja alguna. Al final, sin embargo, tuve la certeza de que a la larga cedería y de que con un poco más de paciencia conseguiría sacarle la verdad. Igual que en un frío día de invierno uno bate y bate la nata en vano (como tuve que hacer yo a menudo) sin indicios de que vaya a cuajar hasta que el sonido cambia y la nata desaparece a medida que surge la mantequilla, de la misma manera yo le había dado vueltas y vueltas a Chowbok hasta que percibí que había llegado, por así decir, el momento de somnolencia en que, persistiendo sin prisa y con paciencia saldría triunfante.

De pronto y sin mediar palabra, Chowbok hizo rodar dos pacas de lana (tenía una fuerza tremenda) hasta el centro de la estancia, y encima de ellas colocó horizontalmente una más, agarró un saco vacío, se lo puso a modo de manto sobre los hombros, saltó sobre la paca más alta y se sentó en ella. En un momento su apariencia había cambiado. Dejó caer los hombros corpulentos, juntó los pies talón con talón y dedo con dedo, pegó los brazos al cuerpo y posó las manos en los muslos, mantuvo la cabeza alta y muy recta y la mirada fija hacia delante, frunció el ceño de manera horrible y puso una cara claramente diabólica. Incluso en sus mejores momentos Chowbok era muy feo, pero ahora superaba el límite de la monstruosidad. Sonreía espantosamente, con la boca abierta casi de oreja a oreja, mostrando todos los dientes. Los ojos fijos, brillaban y su frente estaba arrugada en una expresión malévola.

Me temo que mi descripción pueda haber transmitido sólo el lado ridículo de su apariencia. Ahora, que de lo ridículo a lo sublime sólo hay un paso y la grotesca expresión de maldad de Chowbok quedaba más cerca de esto último. Intenté tomarlo con humor y sin embargo un escalofrío me recorrió el cuerpo de pies a cabeza mientras lo observaba y me preguntaba qué querría decir. Continuó en esa postura alrededor de un minuto, sentado con el torso muy erguido, rígido como una piedra, con esa mueca aterradora. Salió entonces de entre sus labios un gemido como el del viento, que ascendía y descendía en gradaciones infinitamente diminutas hasta que se convirtió casi en un grito, tras el cual, el sonido decayó y murió. Después de eso, bajó de la paca y me enseñó los dedos de ambas manos extendidos, como alguien que quisiera decir «diez» aunque en aquel momento no le entendí.

Yo me encontraba boquiabierto de estupefacción. Chowbok hizo rodar las pacas

de lana rápidamente hasta su sitio y se paró delante de mí estremeciéndose de miedo, con el terror escrito en la cara (esta vez de forma involuntaria) del pánico natural de alguien que ha cometido un crimen horrible contra agentes desconocidos y sobrehumanos. Asintió con la cabeza, farfulló algo y apuntó varias veces hacia las montañas. No quería ni tocar el ron y, tras unos segundos, se marchó corriendo a la luz de la luna. No apareció hasta el día siguiente a la hora de la cena. Se presentó con aspecto avergonzado y tratándome de forma muy servicial.

No tenía idea de qué había querido decir. ¿Cómo podría tenerla? Tan sólo sabía que, fuese lo que fuese, debía ser cierto y le resultaba aterrador. Estaba convencido de que me había contado lo más importante de lo que sabía, si no todo lo que sabía. Aquello avivó mi imaginación mucho más que si hubiese pasado la noche contándome historias coherentes. Ignoraba qué podía ocultar la gran sierra nevada pero ya no cabía duda de que sería algo que merecía la pena descubrir.

Me mantuve alejado de Chowbok durante los días siguientes y no mostré intención de preguntarle más. Cuando hablaba con él le llamaba Kahabuka, cosa que pareció complacerle mucho: se diría que me hubiese tomado miedo y actuaba como si estuviera bajo mi poder. Ya había decidido salir a explorar en cuanto se acabase el esquileo y pensé que sería bueno llevar a Chowbok conmigo, así que le dije que me proponía ir a las cordilleras cercanas para hacer una prospección y pretendía que él viniese también. Le prometí ron por las noches y mencioné la posibilidad de encontrar oro. No dije nada de la cordillera principal puesto que sabía que le asustaría. Pretendía ir con él río arriba hasta donde pudiésemos llegar, hasta la misma fuente, si fuese posible. De ahí en adelante continuaría solo, en caso de sentirme capaz, o volvería con Chowbok.

Así que en cuanto el esquileo terminó y se hubo mandado la lana obtuve permiso para ausentarme. También adquirí un viejo caballo y una silla de carga para llevar gran cantidad de provisiones, mantas y una pequeña tienda. Mi tarea sería cabalgar y sondear los vados del río y Chowbok me seguiría guiando el caballo de carga, al que montaría a la hora de vadear. Mi patrón me dejó llevarme té y azúcar, galletas, tabaco y ñojo salado junto con dos o tres botellas de buen brandy, pues, al haberse enviado ya la lana, los carromatos volverían cargados de provisiones.

Una vez estuvo todo listo, los empleados del rancho vinieron a despedirnos y partimos. Habían pasado unos días del solsticio de verano de 1870.

Capítulo 3

Río arriba

El primer día el trayecto fue fácil, seguíamos las grandes llanuras al lado del río donde no había maleza que nos detuviera, puesto que la habían quemado dos veces ya, aunque el terreno era a menudo escabroso y tuvimos que avanzar un buen trecho por el lecho del río. Hacia la caída de la noche habíamos cubierto unas veinticinco millas y acampamos en donde el río entraba en un cañón.

Hacía un calor agradable, teniendo en cuenta que el valle en el que estábamos acampados debería estar al menos a doscientos pies^[11] sobre el nivel del mar. El lecho tenía aproximadamente una milla y media de anchura en este punto y estaba completamente cubierto de guijarros sobre los que fluía en muchos cauces serpenteantes que le daban la apariencia, vistos desde arriba, de un ovillo enredado de cintas que brillasen al sol. Sabíamos que el río era propenso a las crecidas súbitas y caudalosas, pero aunque no lo hubiésemos sabido podríamos haberlo visto por las ramas que debían de venir arrastradas desde muy lejos y por las acumulaciones de sedimentos vegetales y minerales estancados en las partes bajas, que mostraban que a veces el lecho debía de estar cubierto por un torrente estrepitoso, de gran profundidad y furia ingobernable. Por el momento el río iba bajo, con cinco o seis cauces demasiado profundos y rápidos para que incluso un hombre fuerte los vadeara a pie, aunque a caballo podía cruzarse sin peligro. A ambos lados había todavía algunos acres de planicie que se hacía más y más amplia río abajo hasta convertirse en las grandes llanuras que observábamos desde la cabaña de mi patrón. A nuestras espaldas se alzaban las primeras vertientes de la segunda sierra que se elevaban abruptamente más adelante y a una distancia de media milla comenzaba el desfiladero, donde el río se estrechaba y se volvía bullicioso y terrible. No hay palabras que describan la belleza de aquel paraje. Un lado del valle aparecía azul entre las sombras del atardecer a través de las cuales se vislumbraban bosque y precipicio, ladera y cima, mientras el otro brillaba todavía con la luz dorada de la puesta de sol. El río, ancho y pródigo, con su flujo incesante (también las hermosas aves acuáticas, que abundaban en las isletas y eran tan dóciles que podía uno acercarse hasta ellas), la inefable pureza del aire, la tranquilidad solemne de la región virgen. ¿Puede haber una combinación más cautivadora y estimulante?

Acampamos cerca de unos grandes arbustos que descendían de las montañas a la llanura y amarramos a los caballos en el terreno más despejado que encontramos para que no hubiese objetos a los que pudiesen dar vueltas y enredarse. No nos atrevimos a dejarlos sueltos por si fuesen a merodear río abajo hacia su hogar. Entonces recogimos leña y encendimos un fuego. Llenamos una cazuela de agua y la

calentamos sobre las ascuas. Cuando se puso a hervir le echamos dos o tres pizcas de té y lo dejamos hacerse.

Habíamos cazado media docena de patos jóvenes a lo largo del día. Era tarea fácil puesto que los adultos hacían tanto alboroto intentando alejarnos de la nidada (simulaban estar heridos como dicen que hace el chorlito), que tan sólo teníamos que caminar más o menos en la dirección opuesta hasta que oíamos el llanto de las crías y entonces teníamos que perseguirlas porque no podían volar, aunque estaban ya casi desarrolladas. Chowbok las desplumó y preparó. Las abrimos, las cocimos en otra cazuela y con eso terminamos los preparativos.

Cuando acabamos de cenar estaba ya bastante oscuro. El silencio y la frescura de la noche, la ocasional llamada aguda de alguna gallina silvestre, el brillo rojizo del fuego, el flujo atenuado del río, el bosque sombrío y en primer plano nuestras sillas de montar, mochilas y mantas componían una imagen digna de un Salvator Rosa o un Nicolas Poussin. Al recordar la escena, me deleito en ella, pero entonces no supe apreciarla. Casi nunca somos conscientes de los momentos en que nos encontramos bien, pero esto se aplica también en sentido contrario: puesto que si fuésemos conscientes de estos momentos, quizá también lo seríamos de cuando nos encontramos en malas situaciones. Muchas veces he pensado que hay tanta gente ignorante tanto de lo uno como de lo otro. Aquél que escribió: «*O fortunatos nimium sua si bona nôrint agricolas*», podría haber escrito con igual tino «*O infortunatos nimium sua si mala nôrint*^[12]». Pocos hay entre nosotros que no estén protegidos del más penetrante de los dolores por nuestra incapacidad para ver lo que hemos hecho, lo que estamos sufriendo y lo que en realidad somos. Demos gracias, pues, al espejo que revela únicamente nuestra apariencia.

Encontramos una zona de terreno mullida (si bien llena de piedras), recogimos hierba y nos acomodamos, nos arropamos con las mantas y nos dormimos. Al despertar en medio de la noche, vi las estrellas en lo alto y la luz de la luna reflejada en las montañas. El río fluía, escuché cómo uno de los caballos le relinchaba al otro y quedé tranquilo al saber que estaban todavía cerca. No tenía preocupaciones de cuerpo y mente más allá de las dificultades que sin duda debería superar, y me sobrevino un delicioso sentimiento de paz, una satisfacción plena que no creo que puedan experimentar salvo aquellos que han pasado varios días consecutivos a caballo, o al menos, al aire libre.

A la mañana siguiente encontramos las hojas de té congeladas en el fondo de las cazuelas, aunque el comienzo del otoño todavía estaba lejos. Desayunamos lo mismo que habíamos cenado la noche anterior y a las seis en punto estábamos de camino. A la media hora nos adentramos en el desfiladero y al girar en una esquina nos despedimos de las últimas vistas de la tierra de mi patrón.

El desfiladero era estrecho y las paredes casi verticales; el río ahora sólo tenía unas pocas yardas^[13] de anchura. Bramaba y rugía contra grandes rocas de toneladas de peso. El sonido era ensordecedor puesto que había un gran caudal de agua.

Tardamos dos horas en hacer menos de una milla, y eso corriendo muchos peligros, a veces en el río y a veces en las rocas. Encontramos ese olor a humedad sombría de las rocas cubiertas con vegetación viscosa de las grandes cataratas con rocío siempre en suspensión. El aire era húmedo y frío. No entiendo cómo los caballos consiguieron mantener el equilibrio, en especial el que llevaba la carga, y temía tener que volver casi tanto como seguir hacia delante. Supongo que recorrimos unas tres millas en estas condiciones, pero era ya pasado el mediodía cuando el desfiladero se hizo un poco más amplio en donde un pequeño cauce confluía desde un valle afluyente. Seguir el río principal era imposible puesto que las paredes descendían verticalmente, así que avanzamos por el cauce del afluyente ya que Chowbok pensaba que deberíamos encontrar un paso del que su gente tenía noticias. El trayecto era entonces menos peligroso pero más trabajoso y, tras infinitas labores entre las piedras y la vegetación enredada, conseguimos alcanzar, nosotros y los caballos, la loma desde la que aquella pequeña corriente fluía. Para entonces las nubes habían descendido y estaba lloviendo copiosamente. Además eran las seis y estábamos agotados, habíamos cubierto aproximadamente seis millas en doce horas.

En la loma había algo de hierba gruesa en plena madurez y por lo tanto muy nutritiva para los equinos. También había anís y cerrajas, que curiosamente les gustan mucho a los caballos, así que los dejamos sueltos y acampamos. Todo nuestro equipo estaba empapado y estábamos ateridos de frío; de hecho la situación era penosa. Había maleza alrededor pero no pudimos hacer fuego hasta que lijamos la corteza mojada de algunas ramas y nos hubimos llenado los bolsillos de astillas secas. Por fin logramos encender un fuego, nos aseguramos de que no se extinguiese y plantamos la tienda. Alrededor de las nueve ya estábamos relativamente secos y calientes.

A la mañana siguiente hacía un tiempo agradable; levantamos el campamento y, después de avanzar un poco, descendiendo por un terreno menos difícil que el del día anterior, nos encontramos de nuevo en el lecho del río principal, habiendo rodeado el desfiladero a través del cual descendía. Era patente a simple vista que ahí no encontraría terreno para pastoreo, no había sino unos pocos llanos cubiertos de matorrales a ambos lados del río y montañas que carecían de valor alguno. Sin embargo, veíamos la cordillera principal frente a nosotros. No cabía duda alguna, los glaciares descendían por las faldas de las cumbres como cataratas y parecía de hecho que llegaban hasta el cauce del río. No debía de ser muy difícil alcanzarlos remontando éste, cuyo cauce era aquí ancho. Sin embargo, no teníamos motivos para ascender, puesto que no parecía haber esperanzas de cruzar la cordillera y mi curiosidad acerca de las condiciones del terreno más allá del desfiladero estaba ya satisfecha. No se podía extraer beneficio alguno de la zona a no ser que hubiese minerales, de los cuales no había encontrado más señal que en zonas inferiores.

Aun así decidí seguir río arriba y no regresar hasta no verme forzado a ello. Ascendería por cada afluyente y batearía con paciencia en busca de oro. Parecía que Chowbok había superado su aversión hacia la cordillera principal y no se negó a

acercarse. Supongo que pensaba que yo no pretendía cruzarla y no temía lo que pudiésemos encontrar en esa vertiente, mucho menos si se trataba de oro. Sin embargo, el hecho es que ya había decidido qué hacer si me veía acercarme demasiado. A él le gustaba verme batear en el río, aunque jamás encontré oro, ni siquiera tuve un atisbo de color amarillo.

Tres semanas estuvimos explorando la zona. Jamás había sentido que los días pasasen tan rápido. El clima era grato, pese a que las noches se hacían muy frías. Ascendimos por todos los arroyos excepto uno y en cada uno de ellos llegamos a glaciares claramente infranqueables, al menos sin cuerdas y una partida más numerosa. Quedaba un arroyo que yo habría explorado antes de no ser porque Chowbok dijo que un día, levantándose temprano, había ascendido por él tres o cuatro millas mientras yo dormía y había visto que era imposible proseguir. Hacía ya tiempo que me había percatado de que Chowbok era un tremendo embustero, así que me empeñé en subir a comprobarlo por mí mismo. En resumen, ascendí por ese último cauce, lo que, lejos de ser imposible, resultó una travesía bastante fácil. Tras cinco o seis millas vi un collado a la distancia que, pese a estar cubierto de nieve, no era un glaciar y parecía parte de la mismísima cordillera principal. No hay palabras para expresar la magnitud de mi alegría. Me bullía la sangre de euforia y esperanza, pero al volverme hacia Chowbok, que venía detrás de mí, vi para mi sorpresa e indignación, que había dado media vuelta y estaba descendiendo por el valle tan rápido como podía. Me había abandonado.

Capítulo 4

El collado

Llamé a Chowbok con el reclamo que usábamos normalmente y no quiso escuchar. Corrí tras él, pero había cogido demasiada ventaja. Entonces me senté en una piedra a sopesar la situación cuidadosamente. Estaba claro que Chowbok pretendió alejarme de aquel valle deliberadamente, si bien no se había mostrado remiso al seguirme en mis anteriores exploraciones. ¿Qué otra cosa podría indicar su reacción salvo que me encontraba sobre el único camino que revelaría los misterios de la gran cordillera? ¿Qué hacer pues? ¿Debía regresar cuando estaba con toda certeza sobre la pista correcta? ¡De ninguna manera! Y sin embargo, continuar solo sería arduo y arriesgado. Volver al rancho de mi patrón atravesando los cañones rocosos sin ayuda ya era difícil; persistir en el avance sin un compañero sería una locura. Una torcedura de tobillo, una caída en un pozo del que se sale cuando le alargan a uno la mano o un poco de cuerda, son meros accidentes leves cuando hay otra persona a mano, pero pueden ser situaciones mortales si se encuentra uno solo. Cuantas más vueltas le daba, menos me gustaba la idea y aun así, cuando miraba al collado al fondo del valle y pensaba en lo sencillo que sería ascender la ligera pendiente nevada, no me animaba a regresar. Podía intuir una vía de ascenso desde muy cerca de mi posición hasta la misma cima. Después de muchas consideraciones decidí continuar hasta encontrar algún sitio claramente peligroso y entonces volver. Así podría alcanzar la cima del collado y contentar mi curiosidad respecto a lo que pudiese haber al otro lado, o al menos eso esperaba.

Serían entonces entre las diez y las once de la mañana, así que no había tiempo que perder. Afortunadamente estaba bien equipado, puesto que al abandonar el campamento y los caballos al fondo del valle me había provisto (como tengo por costumbre) de todo aquello que podría necesitar para unos cuatro o cinco días. Chowbok llevaba la mitad del equipo, pero lo había tirado (me imagino que en el instante en el que comenzó a correr) y lo encontré al salir en pos de él. Disponía pues de sus suministros y los míos. Por consiguiente, cogí tantas galletas como podía llevar y algo de tabaco, té y unas pocas cerillas y lo enrollé todo en mis mantas (junto con una petaca de brandy que hasta ahora había llevado en el bolsillo, no fuese que la agarrase Chowbok), las cuales até con fuerza, convirtiéndolas en un fajo de unos siete pies de longitud y seis pulgadas de diámetro^[14]. Después até los dos extremos entre sí y me lo puse sobre un hombro, pasando la cabeza través del anillo que formaba. Es esta la forma más fácil de acarrear un fardo pesado, puesto que puede uno descansar alternando el esfuerzo entre un hombro y el otro. Me ceñí el cazo y un hacha pequeña a la cintura y comencé mi ascenso del valle, enojado por el engaño de Chowbok y

decidido a no retroceder mientras no me fuese forzoso.

Crucé y volví a cruzar el arroyo varias veces sin dificultad, puesto que había muchos vados practicables. A la una me encontraba al pie del collado. Trepé durante cuatro horas, las dos últimas sobre la nieve, por donde era más fácil. A las cinco me encontraba a diez minutos de la cima, entusiasmado como no creo haberlo estado antes. Diez minutos más tarde el aire frío del otro lado me soplaba en la cara.

Eché un vistazo. Aquélla no era la sierra principal.

Eché otro vistazo. Había un río tremendo, de aguas turbias y furiosas que rugía en su inmenso cauce miles de pies por debajo de donde me encontraba.

Giré hacia el oeste y no pude ver más allá del valle excepto enormes glaciares que deberían extenderse sobre la fuente del río y de los que probablemente manaba éste.

Eché otro vistazo y entonces me quedé de piedra.

Se divisaba un paso fácil sobre las montañas que tenía en frente a través del cual atisbé unas inconmensurables llanuras azules en la distancia.

¿Un paso fácil? Sí, muy fácil; cubierto de hierba casi hasta la cumbre que era, como quien dice, un camino abierto entre dos glaciares desde los cuales un insignificante torrente descendía sobre laderas escabrosas pero practicables hasta que llegaba al nivel del gran río donde se formaba una llanura cubierta de hierba y arbustos raquíticos.

Casi antes de que pudiera creer lo que veían mis ojos apareció una nube desde el valle del otro lado y las llanuras quedaron fuera de mi vista. ¡Qué suerte maravillosa! De haber llegado cinco minutos más tarde, la nube habría estado sobre el paso y yo jamás habría sabido de su existencia. Ahora que, cuando la nube hubo tapado la cima comencé a dudar de mi memoria y ya no me encontraba seguro, podría haber sido una neblina azulada en la distancia. Sólo podía estar seguro de una cosa, esto es, que el río que fluía en el valle debía de ser el que pasaba al norte del otro río que discurría cerca del rancho de mi patrón, de eso no cabía duda alguna. ¿Podría ser que la fortuna me hubiese impulsado río arriba por el cauce equivocado y que, aun así, me hubiese traído al sitio exacto desde el cual se podía detectar la única brecha en las defensas de una cuenca más al norte? Aquello era inverosímil.

Sin embargo, mientras dudaba la nube se desgarró de nuevo. Era indudable, no había confusión posible, por segunda vez divisé las líneas azules de las ondulantes colinas desvanecerse gradualmente perdiéndose en una vasta llanura. Apenas me había cerciorado de mi impresión cuando el desgarrón de la nube se cerró y no pude ver nada más.

¿Qué debería hacer entonces? La noche se me echaba encima y me había enfriado al quedarme quieto tras el esfuerzo de la ascensión. Era imposible acampar en aquel punto. Debía regresar o continuar. Encontré una roca tras la cual protegerme de los vientos de la tarde y tomé un buen trago de *brandy* que en seguida me animó y me templó.

Me pregunté si podría descender hasta el río. No podía juzgar si los precipicios

me lo impedirían. En caso de encontrarme en el cauce del río, ¿osaría cruzarlo? Soy un gran nadador, sin embargo, la espantosa corriente probablemente me arrastraría a su voluntad quedando yo impotente. Además había que pensar en mi fardo. Si prescindiese de él moriría de frío o hambre, pero sin duda alguna me ahogaría si intentase cruzar con él. Estos inconvenientes eran muy considerables y sin embargo, la esperanza de encontrar amplios terrenos apropiados para el ganado (que estaba decidido a monopolizar tanto tiempo como fuese posible) fue más que suficiente para contrarrestarlos y en unos minutos concluí que, al haber descubierto la ruta a una tierra probablemente tan valiosa como aquella de la que provenía, me adentraría en ella y determinaría su valía incluso aunque hubiese de pagar el fracaso con la vida misma. Cuanto más lo pensaba, más me persuadía de ganar fama y quizá fortuna entrando en este mundo desconocido o dejar la vida en el intento. De hecho, sentía que la vida no tendría mucho valor si, tras haber tenido tal oportunidad al alcance de la mano, no hubiese intentado obtener todo el beneficio que pudiese extraerle.

Tenía todavía una hora de luz para realizar mi descenso a algún lugar apropiado para acampar, no había un momento que perder. Al principio avancé con rapidez puesto que, al encontrarme en la nieve, me hundía en ella lo suficiente como para evitar caerme, a pesar de que descendía en línea recta tan rápido como podía. Sin embargo, había menos nieve en esta vertiente que en la otra y pronto alcancé un barranco peligroso y muy pedregoso en el cual un desliz podría causar una caída fatal. Aunque avanzaba rápido procedí con sumo cuidado y llegué sano y salvo al fondo, donde ya había zonas de hierba e indicios de arbustos. Lo que pudiese haber más adelante escapaba a mi vista. Continué unos cuantos cientos de yardas^[15] más y me encontré al borde de un aterrador precipicio que nadie en su sano juicio intentaría descender. Me planteé entonces si el arroyo que desaguaba el barranco no se habría labrado un paso más cómodo. Al cabo de unos minutos me encontré en la entrada de una fractura de la roca muy parecida a Twll Dhu^[16], salvo que en una escala mucho mayor. El río había cavado un hondo canal en la roca que parecía más blanda que la del otro lado de la montaña. Debía de ser una formación geológica diferente, pero por desgracia no puedo estar seguro.

Examiné la brecha con gran desconcierto, y preferí inspeccionar el terreno a ambos costados de la apertura pero sólo encontré terribles precipicios sobre el río que rugía a unos cuatro mil pies^[17] por abajo. No me atreví a considerar otro descenso que el canal y pensando que la roca debía de ser blanda, albergué esperanzas de que el agua la hubiese erosionado de forma relativamente uniforme. A cada minuto que pasaba se hacía más oscuro pero debía de quedarme una media hora de penumbra así que, no sin miedo, me adentré por la apertura decidido a regresar y acampar para probar otro camino al día siguiente en caso de encontrar algún obstáculo de importancia. En unos cinco minutos había perdido el sentido de la orientación. Las paredes del desfiladero se elevaban cientos de pies y colgaban de tal manera que no se veía el cielo. Estaba lleno de rocas, caí y me golpeé numerosas veces. Estaba

empapado por el río, que, pese a no ser caudaloso, tenía tal fuerza que no podía evitar las caídas. En un punto hube de saltar por una cascada hasta una poza que creaba el río más abajo. Casi me ahogué con el peso del fardo. Sin duda escapé por los pelos, tuve suerte y la Divina Providencia me salvó. Poco después me pareció que el desfiladero se hacía más ancho y que crecía más vegetación; al rato me encontré en una amplia ladera cubierta de pasto y, tanteando el camino al borde del arroyo, llegué a un llano con árboles donde pude acampar cómodamente para mi sosiego, puesto que estaba ya bastante oscuro.

Pensé, antes que en cualquier otra cosa, en las cerillas. ¿Estarían secas? La parte externa de mi fardo se había empapado pero, al desenrollar las mantas encontré que mis pertenencias estaban secas. ¡Qué agradecido estaba! Encendí un fuego y me reconforté en su compañía y su calor. Preparé algo de té y tomé un par de galletas. No toqué el *brandy* puesto que me quedaba poco y podría necesitarlo cuando me faltase el valor. Todo aquello lo hice casi de forma mecánica puesto que apenas era consciente de la situación, más allá de que estaba solo y de que regresar por la grieta que acababa de atravesar sería imposible. El encontrarse aislado de los semejantes es un sentimiento terrible. Todavía estaba animado y me hice muchas ilusiones en cuanto el fuego y la comida surtieron sus efectos y, sin embargo, en esos estados de soledad empieza uno a dudar de su propia identidad y no creo que alguien pueda permanecer cuerdo a no ser que tenga, al menos, algún animal de compañía.

Recuerdo haber obtenido consuelo incluso al ver las mantas y escuchar el tic tac del reloj (cosas que parecían amarrarme a la civilización), pero el canto de las gallinas silvestres me asustaba, al igual que el cacareo de un pájaro que nunca antes había oído y que parecía reírse de mí. Sin embargo, pronto me acostumbré al sonido y terminó por darme la impresión de que llevaba años escuchándolo.

Me quité toda la ropa y me arrebujé en la manta mientras se secaba el resto de mis pertenencias. La noche estaba tranquila y encendí un fuego tal que pronto me calenté y pude también vestirme de nuevo. Después volví a arrojarme con la manta y dormí tan cerca del fuego como pude.

Esa noche soñé que había un órgano en el establo de mi patrón: el establo en sí se desvaneció y el órgano pareció crecer y crecer entre destellos de una luz brillante hasta convertirse en una ciudad dorada sobre la ladera de una montaña, con filas y filas de tubos entre acantilados y precipicios, unos encima de los otros y en misteriosas cuevas, como la de Fingal^[18], en cuyas profundidades brillaban columnas pulidas. En el frente había una línea de balcones majestuosos en los cuales se sentaba un hombre con la cabeza hundida en el teclado y su cuerpo se mecía en la tormenta de arpegios que chocaban a su alrededor. Entonces alguien me tocó el hombro y dijo: «¿Es que no lo ves? Es Händel». Apenas me hube percatado de aquello, intenté escalar los balcones y acercarme a él. Me desperté, deslumbrado por la claridad y la nitidez del sueño.

Un trozo de madera había ardido por el centro y los extremos habían caído sobre

las cenizas, provocando una llamarada. Supongo que esto fue lo que motivó el sueño así como su súbito fin. Me sentía amargamente defraudado e incorporándome sobre un codo, volví a la realidad y a mis extrañas circunstancias lo mejor que pude.

Estaba muy alterado, y además sentía un presagio, como si algo aparte del sueño hubiese llamado mi atención, aunque no lo hubiese percibido todavía. Mantuve la respiración y esperé. Entonces escuché. ¿O fue mi imaginación? No. Escuché otra vez y sí que oía música, débil y distante, como la de un arpa eólica^[19], traída con el viento que soplaba limpio y frío desde las montañas distantes.

Tuve un escalofrío. Intenté escuchar de nuevo, pero el viento había cesado y no se oía nada. Supuse que debía de haber sido tan sólo el aire, pero de repente recordé el ruido que Chowbok había hecho en el granero. Sí, eso era.

Gracias a Dios que, fuese lo que fuese, ya había cesado. Decidí que tan sólo había tenido un sueño más intenso de lo habitual, me convencí a mí mismo y recuperé la entereza. Al rato incluso me reía, pensando en lo ridículo que era asustarse por una nadería y que además, aunque pudiese en mi aventura, no sería algo aterrador al fin y al cabo. Recé entonces, tarea que a menudo descuidaba, y al rato caí en un sueño reconfortante del que no desperté hasta bien entrado el día y resultó muy reparador. Me levanté y escarbé entre las cenizas hasta encontrar unas brasas para reavivar el fuego. Tomé el desayuno maravillado por la compañía de varios pájaros pequeños que saltaban a mi alrededor y se posaban en mis manos y mis botas. Me sentía feliz, si bien el lector podrá entender que lo pasé bastante peor de lo que aquí puedo transmitir. Mi consejo es que se permanezca en Europa de ser posible o, al menos, en un país que haya sido explorado y colonizado, en vez de adentrarse en lugares a los que no ha accedido nadie antes. La exploración es algo maravilloso cuando se anticipa y cuando se recuerda, pero no resulta agradable mientras se pone en práctica, a no ser que se trate de algo tan insignificante que no merezca el nombre de exploración.

Capítulo 5

El río y la cordillera

Mi siguiente empresa fue descender hasta el río. Ya no se veía el paso de las montañas que había atisbado desde el collado, aunque lo había estudiado de tal manera en su momento que no podría dejar de encontrarlo. Estaba magullado y entumecido y mis botas empezaban a deteriorarse tras tres semanas de marcha por arduos terrenos, pero a medida que avanzaba el día, y ya que resultó ser un descenso sin grandes dificultades, recobré los ánimos. En un par de horas me encontré en un pinar con poca maleza por el cual descendí rápidamente hasta alcanzar el borde de otro precipicio que presentaba mayores dificultades, pese a que al final conseguí evitarlo. Sobre las tres o las cuatro alcancé el lecho del río.

Según mis cálculos acerca de la altura del valle que había al otro lado de la última cordillera que crucé, el paso en sí debía de alzarse al menos a nueve mil pies^[20] de altura y supongo que el lecho del río al que había descendido estaría a unos tres mil pies^[21] sobre el nivel del mar. La corriente era extraordinaria con una pendiente de, al menos, cuarenta o cincuenta pies por milla^[22]. Era, sin duda, el río que corría al norte del que pasaba por la explotación de mi patrón y debía de atravesar algún desfiladero impracticable (como suele pasar con los ríos de este país) antes de emerger en tierra conocida. Se calculaba que estaría casi a unos dos mil pies^[23] sobre el nivel del mar cuando salía del desfiladero a las llanuras.

En cuanto alcancé la ribera el asunto me gustó todavía menos de lo que había anticipado. Al estar todavía cerca de los glaciares, las aguas eran turbias. La corriente era ancha, rápida y tumultuosa. Alcanzaba a oír los cantos golpeándose entre sí por la furia de las aguas igual que en la costa del mar. Vadear el río a nado quedaba descartado. No podría mantenerme a flote con el fardo a cuestas y no me atrevía a prescindir de él. Mi única opción era fabricar una pequeña balsa. La construcción sería difícil y la balsa en sí no sería segura tratándose de una única persona en una corriente como aquélla.

Puesto que era demasiado tarde para hacer algo aquel día, dediqué el resto de las horas de luz a caminar río arriba y abajo en busca del lugar más favorable para el cruce. Elegí un lugar donde el río era ancho y relativamente tranquilo, unas setenta u ochenta yardas^[24] antes de unos violentos rápidos. Acampé temprano y pasé una noche tranquila y agradable sin música, de lo cual estaba muy agradecido, ya que venía atormentándome el día entero pese a la certeza de que se trataba de una imaginación avivada por la descripción de Chowbok y la excitación de la tarde anterior.

Al día siguiente comencé a recoger tallos secos de una planta parecida al lirio que

crecía en abundancia y cuyas hojas, al cortarse en tiras, resultaban tan resistentes como las mejores cuerdas. Las llevé hasta la orilla y comencé a crear una burda plataforma suficiente para transportarme a mí y mi fardo, siempre que lograra aferrarme a ella. Los tallos de la planta tenían una longitud de diez o doce pies^[25] y eran muy fuertes pese a ser ligeros y estar huecos. Con ellos construí la balsa, colocándolos en ángulo recto entre sí y atándolos fuertemente en grupos mediante las cuerdas fabricadas con la hoja de la misma planta. Además añadí otros tallos atados diagonalmente. La construcción me llevó gran parte del día, hasta las cuatro casi, pero tenía todavía suficiente luz como para cruzar y me lancé a ello en seguida.

Boté entonces la balsa, amarré mi fardo al centro, y subí yo también llevando conmigo una de las cañas más largas a fin de impulsarme con ella mientras la profundidad del río lo permitiese. Me las arreglé bastante bien las primeras veinte o treinta yardas, si bien incluso en tan corta distancia estuve a punto de volcar la balsa al desplazarme muy rápido de un punto a otro. Entonces el río se volvió mucho más profundo y tuve que inclinarme excesivamente para apoyar la caña en el fondo, me quedé quieto apoyado en la caña unos segundos y al levantarla, la corriente resultó demasiado rápida y me encontré a su merced entre los rápidos. Todo pasó volando en un segundo, no tenía control alguno de la balsa y no recuerdo sino la angustia, el ruido y las aguas que, al final, me hicieron zozobrar. Sin embargo, todo salió bien, llegué cerca de la otra orilla y con el agua hasta las rodillas tiré de mi balsa hasta llegar a tierra, afortunadamente del lado izquierdo del río, que era el que pretendía alcanzar. Cuando estuve en tierra firme me percaté de que estaba una milla, quizá un poco menos, más abajo del punto desde el que había comenzado el cruce. El fardo estaba mojado por fuera, yo estaba empapado, pero había conseguido cruzar y sentí que las dificultades habían quedado atrás, al menos por el momento. Prendí un fuego y me sequé. Una vez hecho eso, cacé algunos patos y gaviotas, que abundaban en los alrededores del río de manera que no sólo disfruté de una buena comida (de la cual estaba bastante necesitado, por la pobre dieta que había seguido desde que Chowbok me abandonó), sino que también preparé para el día siguiente.

Pensé entonces en Chowbok, en lo útil que me había resultado y cómo, en muchos aspectos, yo salí perdiendo por la separación puesto que ahora tenía que realizar todo tipo de tareas de las que, hasta el momento, se había encargado él. Tareas éstas que él hacía mucho mejor que yo. Por otra parte, me había decidido a convertirlo en un auténtico cristiano. Él ya había adoptado la religión, al menos en apariencia, si bien no creo que ésta hubiese enraizado en la impenetrable simpleza de su alma. Cuando acampábamos solía instruirle en la fe junto al fuego; le explicaba los misterios de la Santísima Trinidad y del pecado original con los que yo estoy familiarizado por ser nieto de un archidiacono por parte de madre, por no mencionar que mi padre era pastor de la Iglesia anglicana. Por lo tanto estaba cualificado para la labor y, más que mi sincero deseo de salvar al infeliz de una eternidad entre las torturas infernales, me motivaba el recuerdo de la promesa del apóstol Santiago^[26] de

que la conversión de un pecador (Chowbok lo era sin duda alguna) serviría para redimir múltiples pecados. Consideré entonces que la conversión de Chowbok podría compensar ciertas deficiencias e infracciones de mi pasado cuyo recuerdo me había turbado en más de una ocasión durante mis recientes aventuras.

De hecho, llegado el momento me atreví hasta a bautizarlo, tan bien como pude; en el entendimiento de que los misioneros tan sólo le habían otorgado el nombre de William, como él mismo me dijo, si bien no lo habían bautizado. Considero que no haber vertido agua bautismal sobre él fue una grave negligencia por parte del misionero, puesto que a mi parecer, este rito debe preceder a la ceremonia de otorgar un nombre y es sin duda más importante, tanto en adultos como en niños. Al considerar el riesgo que ambos corríamos en tal situación, me decidí a no aplazarlo más. Afortunadamente no eran todavía las doce, de tal forma que lo bauticé con uno de los cazos (los únicos recipientes a mi disposición) con reverencia y, espero, con éxito. Me dispuse entonces a ilustrarle sobre las doctrinas más elevadas de nuestra fe y a hacer de él un auténtico cristiano.

Es posible que haya fracasado en mi intento ya que era muy difícil adoctrinar a Chowbok. De hecho, la tarde en que lo bauticé intentó robarme el brandy por vigésima vez, lo cual me hizo replantearme con cierta amargura si lo habría bautizado bien. Él llevaba un libro de oraciones que tenía más de veinte años. Se lo habían dado los misioneros, pero lo único que parecía haber enraizado en él era el nombre «Adelaida, la viuda del rey^[27]», al que recurría cuando estaba conmovido y que parecía albergar para él un profundo sentido místico pese a que no lo diferenciaba claramente de María Magdalena, cuyo nombre también lo fascinaba, aunque en menor medida.

Era sin duda terreno pedregoso, pero trabajando con perseverancia podría haber llegado a privarle de la fe de su tribu, lo que habría supuesto recorrer la mitad del camino hacia una sincera creencia cristiana. Ahora se me había privado de esa posibilidad, no podía continuar mi guía espiritual y tampoco beneficiarme de su ayuda, sin olvidar también que cualquier compañía es preferible a la soledad.

Una gran melancolía me sobrevino al percatarme de esta situación, pero tras cocinar y saborear aquellos patos me encontré mucho mejor. Tenía un poco de té y aproximadamente una libra de tabaco, que debería durarme unos quince días más fumando con moderación. También tenía ocho galletas y, lo más preciado de todo, unas seis onzas de *brandy* que en aquel momento reduje a cuatro^[28] puesto que la noche era fría.

Me levanté con el alba y en una hora estaba de camino. Me sentía extraño, por no decir que me faltaban las fuerzas debido a la pesadumbre de la soledad. Aunque el considerar cuantos peligros había superado ya y que ese mismo día alcanzaría la cima de la cordillera divisoria me llenó de esperanza.

Tras una lenta pero continua ascensión de entre tres y cuatro horas, durante la cual no hallé obstáculos notables, me encontré sobre una meseta, cerca de un glaciar

que según mis cálculos llegaría a lo alto del paso. Sobre el glaciar se erguía una serie de escarpados precipicios y laderas nevadas. La soledad era sobrecogedora, la montaña que yo recorría en los terrenos de mi patrón parecía, en comparación con este lugar hosco y sombrío, un camino concurrido. Además, el cielo encapotado era tenebroso y opresivo y contribuía a hacer la soledad más angustiosa todavía. Allá donde no hubiese nieve o hielo se extendía una oscura penumbra. No había hierba.

Sentía cómo me invadía por momentos esa temible duda acerca de la propia identidad, sobre la continuidad entre el pasado y el presente, el primer signo de la enajenación que sufren los que se extravían en la naturaleza. Me había enfrentado antes a esta sensación y había salido triunfante; pero el silencio cerrado y la penumbra de este paisaje árido pudieron conmigo y me percaté de que estaba perdiendo la capacidad de dominarme.

Descansé durante un rato y luego continué sobre un terreno muy escarpado hasta que alcancé el extremo inferior del glaciar. Entonces vi otro glaciar que descendía desde la ladera este hasta un pequeño lago. Continué por la orilla occidental de éste, en donde el terreno era más fácilmente transitable. Habiendo cubierto la mitad del camino esperé vislumbrar aquellas llanuras que había visto desde las montañas del otro lado, pero no fue así puesto que las nubes se amontonaban en la cima del paso aunque sin adentrarse en la vertiente por la que yo ascendía. Por consiguiente, pronto me encontré envuelto en una neblina fría que me impedía ver más que unas pocas yardas. Encontré entonces un área cubierta de nieve vieja en la que pude distinguir claramente huellas medio derretidas de cabras y en un punto me parecía que incluso había habido un perro siguiéndolas. ¿Podría haber llegado a un territorio de pastores? El suelo, donde no estaba cubierto de nieve, era tan árido y rocoso, había tan poco pasto, que no se podía percibir señal alguna de camino o pista de ganado. Pero no podía evitar sentirme nervioso al pensar en la acogida que podría recibir si me cruzase de súbito con los habitantes de la zona. En esto pensaba mientras procedía con cautela a través de la niebla cuando comencé a vislumbrar unos objetos más oscuros que la nube que me envolvía. Me acerqué unos pasos y tuve un espasmo de auténtico terror al ver un círculo de formas gigantescas, grisáceas en la neblina, mucho más altas que yo, erectas y lúgubres.

Supongo que debí desmayarme, puesto que al rato me hallé sentado en el suelo, mareado y aterido de frío. Allí seguían aquellas formas, quietas y silenciosas, apenas perceptibles en la oscuridad, pero de indiscutible forma humana.

Se me ocurrió de repente algo que habría pensado antes de no ser por las premoniciones que me dominaban en el momento en que descubrí las figuras, esto es, que no se trataba de seres vivos, sino de estatuas. Decidí contar lentamente hasta cincuenta y, si en el transcurso de la cuenta no las viese moverse, no cabría pensar que fuesen seres vivos.

¡Qué agradecido me sentí al llegar al fin de mi cuenta y no haberlas visto moverse!

Conté por segunda vez y de nuevo todo fue quietud.

Avancé entonces tímidamente y en un instante comprobé que mi suposición era correcta. Había encontrado una especie de Stonehenge^[29] de toscas figuras bárbaras, sentadas tal y como Chowbok se había sentado cuando le interrogué en el establo y con la misma expresión de maldad sobrehumana en los rostros. Todas las figuras eran sedentes, si bien dos habían caído. Eran de una factura grosera, ni egipcia ni asiria ni japonesa, diferente y sin embargo similar a todas estas. Su tamaño era seis o siete veces superior al natural y estaban desgastadas y cubiertas de líquen. Debían de ser muy antiguas. Había diez en total, todas tenían nieve en la cabeza y allá donde pudiesen alojarla. Cada estatua estaba formada por cuatro o cinco enormes bloques de piedra, pero cómo se habían erigido y transportado hasta ahí, es algo que sólo saben aquellos que lo hicieron. Cada estatua era horrorosa a su manera. Una parecía rabiosa como si sufriese mucho dolor y una gran desesperación, otra era delgada y cadavérica como una víctima de inanición, otra parecía cruel y estúpida, con la más tonta de las sonrisas (ésta había caído y tenía un aspecto ridículo en su estado). Las bocas de todas ellas estaban abiertas en mayor o menor grado y al mirarlas por detrás percibí que las cabezas eran huecas.

Estaba mareado y temblaba de frío. La soledad me había dominado y era completamente incapaz de sobreponerme a tal asamblea de demonios en un entorno tan espantoso y sin preparación. Habría dado cualquier cosa por encontrarme de nuevo en el rancho de mi patrón, pero aquello no era factible, mi conciencia se nublaba y pensé que jamás regresaría.

Sopló entonces una fuerte ráfaga de viento acompañada de un quejido por parte de una de las estatuas frente a mí. Junté las manos, aterrorizado; me sentía como una rata apresada en una trampa, dispuesto a atacar a quien se acercase. La fuerza del viento se acrecentó y los quejidos provenientes de otras estatuas se unieron en coro, haciendo el sonido más estridente. Casi de inmediato me percaté de lo que sucedía, pero el sonido era tan sobrenatural que el conocer la naturaleza del fenómeno me ofrecía poco consuelo. Aquellos seres inhumanos a los que el Maligno había inspirado para crear estas estatuas, habían diseñado las cabezas con formas similares a los tubos de un órgano, de manera que el viento penetrase por las bocas y sonase a medida que pasaba. Era espantoso. Por valiente que fuese, ningún hombre aguantaría aquel concierto de tales labios en semejante lugar. Solté todos los improperios que pude pronunciar mientras huía entre la niebla. Incluso cuando las perdí de vista y detrás de mí no veía más que jirones neblinosos, podía oírse el canto fantasmal y temía que alguna de ellas pudiese perseguirme, atraparme y estrangularme.

Mencionaré aquí que tras mi regreso a Inglaterra, he escuchado a un amigo tocando unos acordes en el órgano que me trajeron a la memoria esas estatuas erewhonianas (puesto que Erewhon^[30] es el nombre de aquel país al que entonces entraba). Aparecieron claramente en mi mente en cuanto mi amigo comenzó a tocar. La partitura es la siguiente, debida al más grande de los músicos^[31].

Preludio: arpeggio

The musical score is written for piano in G minor, C major, and G minor. It consists of four systems of two staves each (treble and bass clef). The first system begins with a treble clef, a key signature of one flat (B-flat), and a common time signature (C). The piece features a steady arpeggiated accompaniment in the bass clef and a melodic line in the treble clef. The second system includes a key signature change to C major (no sharps or flats) and a common time signature. The third system returns to the key signature of one flat (B-flat) and a common time signature. The fourth system concludes with a key signature change to G minor (one flat) and a common time signature, ending with a double bar line and repeat dots.

Capítulo 6

En Erewhon

Me encontré entonces en un camino estrecho que seguía el curso de un pequeño arroyo. Estaba tan agradecido de tener una vía de escape fácil que no se me ocurrió lo que significaba su existencia. Sin embargo, pronto me percaté de que debía de estar en una zona habitada, si bien aún desconocida. ¿Cuál sería pues mi destino en manos de sus habitantes? ¿Sería apresado e incinerado en sacrificio a los gigantes guardianes del paso? Bien pudiera ser. Temblaba sólo de pensarlo pero la miseria de la soledad me había conquistado y estaba tan aturdido, aterido y angustiado que no conseguía asir un solo pensamiento de entre todas las fantasías que revoloteaban en mi cabeza.

Corrí hacia delante, bajando, bajando, bajando. Aparecieron más arroyos, después un puente, no más que unos troncos de pino cruzando la corriente, pero me sentí reconfortado, puesto que los salvajes no construyen puentes. Entonces me sobrevino una sorpresa tal que no tengo palabras para describirla, quizá lo más extraño e inesperado que he vivido, la experiencia que, salvo tres o cuatro excepciones, con más gusto volvería a vivir si fuese posible. Emergí por debajo del nivel de las nubes a la luz brillante de la tarde. Estaba mirando en dirección noroeste y el sol me daba de lleno en la cara. ¡Cómo me alegró su luz! Y en ese momento lo descubrí, era una extensión tal como la que se reveló a Moisés cuando, desde la cima del monte Sinaí contempló la tierra prometida en la que no se le permitiría entrar. La puesta del sol, con el cielo de colores carmesí y dorado, azul, plata y granate, era exquisita y tranquilizadora. Difuminándose en la distancia había explanadas en las que pude ver ciudades y pueblos con edificios de majestuosas torres y cúpulas abovedadas. Más cerca, descendiendo de la montaña, colina tras colina, silueta tras silueta, entre luces y sombras, había quebradas y barrancos. Vi amplios pinares y el brillo de un gran río que serpenteaba sobre la llanura. También muchos pueblos, aldeas y caseríos, algunos de ellos bastante cerca. Sobre estos fue sobre lo que más reflexioné. Me tiré al suelo al pie de un gran árbol y me pregunté qué hacer, pero no pude concentrarme. Estaba agotado y, entre la tranquilidad circundante y el calor del sol, caí en un profundo sueño.

Me despertó el tintineo de cascabeles. Al alzar la vista vi cuatro o cinco cabras pasciendo en las cercanías. En cuanto me moví, las bestias giraron sus cabezas hacia mí como maravilladas. No huyeron, sino que permanecieron quietas, mirándome desde todos los ángulos, igual que hacía yo con ellas. Entonces oí charlas y carcajadas y se acercaron dos muchachas encantadoras de unos diecisiete o dieciocho años, ataviadas ambas con amplios vestidos de hilo y una faja a la cintura. Me vieron. Yo permanecía quieto mirándolas, deslumbrado por su inmensa belleza. Durante unos

instantes sólo me miraron, luego se volvieron la una hacia la otra con gran asombro y después, con un grito de miedo, salieron corriendo tan rápido como pudieron.

«Ahí queda eso», me dije al verlas correr. Comprendí que lo mejor que podía hacer era permanecer en donde estaba y aceptar mi destino, fuese cual fuese. Incluso aunque hubiera alguna alternativa mejor, no tenía fuerzas para ponerla en práctica. Tarde o temprano tendría que cruzarme con los nativos, bien podría ser en ese momento. Sería mejor no dar la impresión de estar asustado. Si huyese ahora entenderían que tenía miedo e igual me darían alcance en uno o dos días aunque sería todo más confuso. Así, me quedé sentado y esperé. Al cabo de una hora aproximadamente oí voces en la distancia que hablaban con nerviosismo y en unos minutos más vi a las dos muchachas acompañando a un grupo de seis o siete hombres bien armados con arcos, flechas y picas. Nada podía hacer, así que permanecí sentado muy quieto, incluso después de que me viesan, hasta que se acercaron.

Estuvimos observándonos mutuamente durante un buen rato. Tanto las muchachas como los hombres tenían la tez oscura, pero no más que los italianos del sur o los españoles. Los hombres no llevaban pantalones, sino que estaban vestidos casi como los árabes que he visto en Argelia. Tenían un porte magnífico, siendo tan fuertes y hermosos como bellas eran las mujeres, y no sólo eso, sino que su semblante era cortés y benévolo. Pienso que me habrían matado si hubiese dado algún indicio de actitud violenta pero no tuve la impresión de que pretendiesen atacarme mientras estuviese tranquilo. No soy muy proclive a admirar a alguien a primera vista, pero estas personas me impresionaron mucho más de lo que jamás había creído posible, de tal manera que mientras examinaba sus rostros no me sentí intimidado. Los hombres eran todos corpulentos. Quizá luchando contra uno solo de ellos la cosa hubiese estado reñida, puesto que siempre me han dicho que en el aspecto físico he sido más agraciado que en ningún otro (mido más de seis pies^[32] y tengo una musculatura desarrollada), pero dos de ellos podrían someterme con facilidad incluso aunque no estuviese tan desprovisto de fuerzas como me encontraba, dadas mis recientes aventuras. Fue mi color lo que más pareció sorprenderles puesto que tengo pelo rubio, ojos azules y la piel clara. No concebían cómo podía ser aquello. Mi vestimenta también parecía asombrarlos. Me examinaron por todas partes y cuanto más miraban, menos parecían entender.

Al fin me levanté y, apoyado en mi bastón, me dirigí a aquel que consideré el más importante de ellos. Hablé en inglés pese a que estaba prácticamente seguro de que no me entenderían. Dije no saber en qué país me encontraba, que había acabado ahí casi por accidente tras escapar por los pelos de varias situaciones complicadas y que confiaba en que no permitirían que nada malo me ocurriese ahora que me encontraba a su merced. Todo esto lo dije con firmeza y tranquilidad, sin cambios en la voz. No me entendieron, pero se miraron entre sí con expresión de aprobación y parecieron complacidos (o eso me pareció) de que no estuviese amedrentado o demostrase sometimiento (en realidad me encontraba demasiado cansado para estar

atemorizado). Entonces uno de ellos gesticuló hacia la montaña, en dirección a las estatuas e hizo una mueca que las imitaba. Yo me eché a reír y temblé de manera teatral, lo que les hizo estallar en carcajadas a ellos también y parlotear rápidamente entre sí. No entendí nada de lo que decían, pero creo que les pareció divertido que hubiese recorrido el camino de las estatuas. Entonces, uno de entre ellos se acercó y me indicó por señas que les siguiese, cosa que hice sin dudar puesto que no me atrevía a desafiarlos; además me habían dado buena impresión y me sentí moderadamente seguro de que no tenían intención de hacerme daño.

Aproximadamente en un cuarto de hora llegamos a un pequeño caserío construido en la falda de una colina con una calle estrecha y casas apretujadas con amplios tejados con alerones. Algunas ventanas tenían cristales. En general, el caserío era asombrosamente similar a los que encuentra uno al descender por los pasos menos conocidos de los Alpes hacia Lombardía. Eludiré mencionar el alboroto que generó mi llegada. Baste decir que, aunque había gran curiosidad, no se tradujo en falta de respeto. Me llevaron al edificio principal, que parecía pertenecer a aquellos que me habían capturado, donde me recibieron con hospitalidad y me sirvieron una cena a base de leche y carne de cabra con una especie de pastel de avena, de la que di buena cuenta. Mientras comía no podía evitar desviar la mirada hacia las dos muchachas que había visto en primer lugar, quienes parecían considerarme como su legítima presa, cosa que sin duda era, pues hubiera atravesado mares de fuego por cualquiera de las dos.

Sobrevino entonces la inevitable sorpresa de verme fumar y que ahorraré al lector. Si bien me percaté de que cuando me vieron encender una cerilla, se formó un barullo sorprendente y no exento de desaprobación, cuya justificación no supe discernir. Entonces se retiraron las mujeres y quedé a solas con los hombres que intentaron comunicarse conmigo de todas las formas posibles. Únicamente pudimos aclarar que había llegado solo y desde muy lejos, más allá de las montañas. Al cabo de un tiempo se cansaron y yo, a mi vez, me estaba amodorrando. Mediante señas intenté decirles que dormiría en el suelo con mis mantas pero ellos me ofrecieron uno de sus camastros con abundantes helechos secos y hierba en el que caí dormido apenas me hube tumbado. No me desperté hasta bien entrado el día siguiente y cuando lo hice me encontré con que dos hombres hacían guardia y una mujer estaba cocinando. Al levantarme los hombres parecieron alegrarse y me hablaron como si me estuvieran deseando buenos días en un tono agradable.

Salí a bañarme en un arroyo que corría a unas yardas de la casa. Mis anfitriones continuaban tan interesados en mí como el día anterior; no me quitaban los ojos de encima, seguían cada una de mis acciones, por insignificante que fuese, y se consultaban con la mirada cada dos por tres. Se interesaron mucho por mis abluciones ya que parecían haber albergado dudas acerca de si yo era humano en todos los aspectos. Incluso me tomaron los brazos y los examinaron, dando muestras de aprobación al comprobar que eran fuertes y musculosos. Después comprobaron

mis piernas y en especial mis pies. Cuando hubieron terminado asintieron con aprobación entre sí y, tras haberme peinado y cepillado el pelo y haberme arreglado en la medida en que las circunstancias lo permitían, pude ver que su consideración hacia mí mejoró sobremanera hasta el punto de que no parecían estar seguros de haberme atendido con la deferencia necesaria (asunto sobre el cual no estoy capacitado para opinar). Todo cuanto sé es que me trataron muy bien, lo cual les agradecí de corazón, puesto que bien podrían no haberlo hecho.

Por mi parte, me resultaban agradables y dignos de admiración; desde el primer momento su serenidad y su dignificada placidez me causaron buena impresión. Tampoco sus formas me hicieron sentir desagradable a sus ojos, tan sólo que era algo completamente nuevo e inesperado que escapaba a su comprensión. Su físico era más similar al de los italianos más robustos que a cualquier otro y sus modales también eran similares a los italianos en su absoluta falta de reparos. Puesto que yo había viajado bastante por Italia, me sorprendieron los pequeños gestos de las manos y los hombros que constantemente me recordaban a aquel país. Me pareció que lo más sabio por mi parte sería continuar como había comenzado, siendo yo mismo y aceptando mi destino para bien o para mal.

Meditaba sobre estos asuntos mientras ellos esperaban a que terminara de bañarme y en nuestro camino de vuelta. Entonces me ofrecieron el desayuno: pan tostado y leche con carne frita de algo a medio camino entre el cordero y el venado. Su forma de cocinar y comer era europea, aunque a modo de tenedor usaban una broqueta y para cortar un cuchillo similar a los de carnicero. Cuanto más miraba alrededor más me sorprendían sus características cuasi europeas. Y si las paredes hubiesen tenido recortes del *Illustrated London News* y el *Punch*^[33], habría jurado estar en la cabaña de un pastor en el rancho de mi patrón. Pero en vez de eso, encontré pequeñas particularidades por doquier. Algo muy similar ocurría con los pájaros y las flores del otro lado de la cordillera al compararlas con los ingleses. A mi llegada me sorprendió gratamente que casi todas las plantas y pájaros fuesen muy similares a los ingleses. Así había petirrojos, alondras, chochines, margaritas, dientes de león no exactamente iguales que los ingleses, pero muy similares, tanto como para que se los llamase por el mismo nombre. De igual forma aquí los modales de estos hombres y los objetos que tenían en las casas eran muy similares a los europeos. No era, en absoluto como ir a China o a Japón, donde todo lo que uno ve es extraño. Lo que sí me sorprendió muy pronto fue lo primitivo de sus utensilios, que parecían estar unos cinco o seis siglos atrasados con respecto a los europeos, pero tal es el caso también en más de un pueblo italiano.

Mientras tomaba el desayuno especulaba sobre la familia del género humano a la que podría pertenecer esta gente y al poco me vino una idea a la cabeza que me hizo enrojecer de excitación. ¿Sería posible que fuesen las diez tribus perdidas de Israel, de las que había oído decir a mi abuelo y a mi padre que existían en alguna tierra desconocida, esperando su regreso a Palestina? ¿Sería posible que yo fuese el

instrumento elegido por la Providencia para efectuar su conversión? ¡Qué imagen! Dejé mi broqueta y los examiné rápidamente. No tenían ni un rasgo típicamente hebreo, las narices eran claramente griegas y los labios, aunque llenos, tampoco eran los característicos entre los judíos.

¿Cómo podría esclarecer este asunto? No hablo griego ni hebreo, incluso si pudiese comprender su idioma, sería incapaz de detectar las raíces de cualquiera de las dos lenguas. No llevaba suficiente tiempo entre esta gente para establecer sus hábitos, pero no me pareció que fuesen religiosos. Esto también era de esperar: las diez tribus fueron siempre lamentablemente impías. ¿No podría yo hacerles cambiar? ¡Devolver a las diez tribus perdidas de Israel la fe en la única Verdad sería sin duda merecedor de una eterna corona de gloria! A medida que meditaba sobre la idea mi corazón se fue acelerando. ¡Qué excelente posición me otorgaría en el otro mundo o incluso en éste! ¡Qué insensatez sería dejar pasar esta oportunidad! Quedaría en la jerarquía justo después de los apóstoles, sino a su lado, por encima de los profetas menores y probablemente sobre cualquier escritor del Antiguo Testamento excepto Moisés e Isaías. Por un futuro tal yo sacrificaría todo lo que tengo sin dudarlo un momento, en caso de tener una certidumbre razonable. Siempre he simpatizado con los esfuerzos misioneros y a veces incluso he puesto mi granito de arena para mantenerlos e impulsarlos pero nunca, hasta aquel momento, me había atraído la idea de convertirme en uno de ellos. De hecho, más que gustarme, siempre sentí por los misioneros envidia, admiración y respeto. Pero de ser estas las diez tribus perdidas de Israel, la cosa cambiaría, la ocasión era demasiado tentadora para echarla a perder y decidí que, en caso de percibir indicios que confirmasen mi impresión, sin duda los convertiría.

Mencionaré aquí que este descubrimiento es aquel al que aludí en las páginas introductorias de mi relato. El tiempo ha fortalecido mi primera impresión y aunque albergué dudas durante varios meses, ya no me cabe ninguna alguna acerca del origen de este pueblo.

Cuando terminé de comer se acercaron mis huéspedes y señalaron valle abajo hacia su propio territorio como pretendiendo mostrar que yo debía ir con ellos. Al mismo tiempo me agarraron de los brazos como si fuesen a llevarme aunque sin violencia. Sonreí y gesticulé con una mano en la garganta señalando valle abajo como si tuviese miedo de que me fuesen a matar en caso de ir ahí. Comprendieron al momento y sacudieron las cabezas con mucha seguridad para mostrarme que no corría peligro alguno. Su comportamiento me tranquilizó bastante y en media hora más o menos había recogido mi fardo y estaba listo para el viaje, con fuerzas renovadas, el ánimo reconfortado gracias al descanso y la comida y mi esperanza y curiosidad excitadas sobremanera por la extraordinaria situación en que me encontraba.

Pese a todo aquello, mi entusiasmo había empezado a disminuir y pensaba que al fin y al cabo esta gente podría no ser una de las diez tribus, en cuyo caso mis

esperanzas de amasar fortuna, que fue lo que en principio me llevó a correr tantos peligros y sufrir tantas penalidades, quedarían desbaratadas dado que el territorio rebosaba de habitantes que probablemente ya habían explotado sus recursos más abundantes. Y lo que es más, me preguntaba cómo regresaría, puesto que algo en mis huéspedes me hacía pensar que me habían capturado y pretendían mantenerme en su poder a pesar de toda su bondad.

Capítulo 7

Primeras impresiones

Recorrimos unas cuatro millas por un sendero de montaña, a veces cientos de pies sobre un turbulento cauce que descendía de los glaciares y a veces prácticamente siguiendo la orilla. La mañana era fría y algo neblinosa puesto que el otoño había hecho grandes avances en los últimos días. De vez en cuando atravesábamos bosques de pinos, o mejor dicho, tejos que parecían pinos. Recuerdo que de tanto en tanto pasábamos frente a pequeñas capillas al lado del camino en las que había estatuillas de gran belleza que representaban figuras, masculinas o femeninas, en el apogeo de la juventud, la fuerza y la belleza o de una madurez y senectud muy dignas. Mis huéspedes siempre inclinaban la cabeza cuando pasábamos por una de estas capillas y me sorprendió ver cómo estatuas que tan sólo parecían atestiguar la existencia de algún individuo de gran virtud o belleza recibían tan solemne veneración. Sin embargo, no mostré signos de sorpresa o desaprobación puesto que recordaba que ser todas las cosas para todos los hombres era uno de los consejos del apóstol de los gentiles^[34] y que haría bien en tenerlo en cuenta. Poco después de pasar una de estas capillas llegamos a una aldea que surgió de súbito de entre la niebla. Yo temía ser objeto de burla o desprecio, pero no fue así. Mis guías hablaron con muchas personas que nos cruzamos y los aludidos dieron muestra de gran sorpresa. Mis guías eran bien conocidos y al ser todos tan correctos no me hicieron sentir incómodo. No obstante no podían evitar escudriñarme, ni yo a ellos. Bien puedo ahora mencionar lo que más adelante aprendí, esto es, que pese a todos sus defectos y su extraordinaria depravación intelectual en lo referente a muchos temas, son el pueblo mejor educado que he conocido.

La aldea era justo como aquella de la que veníamos, si bien bastante más grande. Las calles eran estrechas y sin pavimentar pero limpias. En muchas casas crecían enredaderas y había algunas con carteles en los que se veían pintados una botella y un vaso, lo que prácticamente me hizo sentir como en casa. Incluso en ese recoveco de humanidad había raquíuticos brotes de comercio que echaba raíces y sobrevivía incluso en la más inhóspita atmósfera mercantil. Como en el pueblo anterior, los utensilios eran genéricamente similares a los europeos, radicando las diferencias únicamente en los tipos. Me hizo gracia ver en un escaparate unas botellas con dulces de azúcar de cebada y caramelos para los niños, igual que en casa, solo que los dulces de azúcar estaban en platos, no en palos retorcidos, y eran de color azul. El cristal era abundante en las mejores casas.

Debería añadir que la gente era de una belleza simplemente asombrosa. Jamás vi algo que pudiese comparársele. Las mujeres eran vigorosas y en su andar majestuoso

erguían la cabeza con una gracia indescriptible. Cada rasgo, los párpados, las pestañas y las orejas casi siempre perfectos. El color de su tez era como el de las mejores pinturas italianas, de un moreno oliváceo pero también rubicundo con el brillo de la buena salud. Su expresión era divina y cuando me miraban tímidamente con la boca entreabierta por el asombro, toda pretensión evangelizadora quedaba olvidada a favor de sentimientos mucho más terrenales. Una tras otra me deslumbraban y me hacían pensar que cada una debía de ser la mujer más hermosa que había visto. Incluso en la madurez eran atractivas, y las ancianas de pelo canoso a las puertas de sus cabañas emanaban una particular dignidad, por no decir majestuosidad.

Los hombres eran tan apuestos como hermosas eran las mujeres. Siempre me he deleitado con la belleza y la he reverenciado, pero en presencia de estos espléndidos especímenes me sentí incluso avergonzado. Eran una combinación de lo mejor de los egipcios, los griegos y los italianos. Había niños por doquier, todos alegres, y ni que decir tiene que ellos también gozaban de esa imperante belleza. Comunicué a mis guías mi admiración y agrado, lo que les alegró mucho. Debería aclarar que todos ellos parecían tomarse a pecho su imagen personal y que incluso los pobres (y nadie parecía rico) estaban aseados y cuidaban su apariencia. Podría llenar páginas con descripciones de la vestimenta y los adornos que llevaban y cientos de detalles que llamaron mi atención grandemente por su novedad, pero no debo detenerme a ello.

Tras atravesar la aldea se levantó la niebla, que descubrió magníficas vistas de las montañas nevadas y sus contrafuertes más cercanos y, frente a nosotros veíamos, de vez en cuando, las grandes llanuras que yo había atisbado desde lo alto el día anterior. La mayor parte del terreno estaba cultivada, en cada saliente había castaños, nogales y manzanos, cuyas manzanas se recolectaban en esta época. Había gran cantidad de cabras y también una especie de ganado de pequeño tamaño y color negro, en las orillas pantanosas del río que iba ensanchándose rápidamente y corría ahora entre llanuras a medida que las colinas quedaban más y más atrás. Vi unas cuantas ovejas de morro redondo y rabo enorme. Había perros en abundancia, y similares a los ingleses, en cambio no vi gatos y de hecho no los conocen; sus funciones las cubren con una especie de pequeño *terrier*.

Tras caminar aproximadamente cuatro horas desde el comienzo del viaje y después de haber pasado dos o tres aldeas más, nos encontramos en una ciudad importante. Mis guías intentaron de muchas formas hacerme entender algo pero yo no conseguí sacar nada en claro más allá de que no debía temer daño alguno. Le ahorraré al lector la descripción de la ciudad, remitiendo a las imágenes de ciudades como Domodossola o Faido^[35]. Sí mencionaré que me llevaron ante el gobernador y, por orden suya, me condujeron a una habitación junto con dos personas más, las dos primeras que vi carentes de buena salud y gracia. De hecho, uno de ellos estaba claramente en malas condiciones y tenía fuertes accesos de tos que intentaba contener a toda costa. El otro estaba pálido y parecía enfermo aunque muy digno también, y no

pude averiguar qué le sucedía. Ambos parecieron sorprenderse de ver a un extranjero pero estaban demasiado enfermos para acercárseme o formarse alguna idea sobre mí. Los hicieron salir los primeros y tras un cuarto de hora me llamaron a mí. Procedí con cierto miedo y mucha curiosidad.

El gobernador era un hombre de aspecto venerable, de pelo y barba blancos, cuyo rostro denotaba gran sagacidad. Estuvo observándome durante unos cinco minutos, recorriéndome con los ojos de pies a cabeza, de abajo a arriba y de arriba a abajo. No pareció extraer ninguna conclusión cuando hubo terminado de examinarme y acabó por dirigirme una sola pregunta corta, que yo interpreté como «¿Quién eres?» Respondí en inglés, bastante tranquilo, como si fuera a entenderme y me esforcé por aparentar naturalidad. Me dio la impresión de que esto le confundió todavía más y entonces se excusó, sólo para regresar con dos hombres muy parecidos a él. Me llevaron a una habitación interior y los dos recién llegados me desnudaron mientras el gobernador observaba. Me tomaron el pulso, me examinaron la lengua, me auscultaron y palparon mis músculos. Después de cada una de estas operaciones se volvían al gobernador, asentían y decían algo en un tono bastante agradable, como si estuviesen satisfechos con mi estado. Incluso me examinaron el reverso de los párpados para comprobar, supongo, si se mostraban sanguinolentos, pero no era así. Acabaron por desistir y convencidos, espero, de que estaba en perfecto estado de salud y de que era además bien robusto. Al fin el anciano gobernador me dirigió un discurso de cinco minutos que los otros dos parecieron considerar muy oportuno pero del que yo no entendí nada. En cuanto terminó el discurso inspeccionaron los contenidos de mi fardo y mis bolsillos. Aquello no me preocupó en absoluto puesto que no llevaba dinero ni objetos que ellos pudiesen desear o que a mí me importase perder. O al menos eso pensaba, pero pronto me percaté de mi error.

Procedieron con tranquilidad al principio, aunque mi pipa de tabaco les causó gran desasosiego e insistieron en verme usarla. Tras haberles mostrado lo que se hacía con ella quedaron perplejos aunque no disgustados, y pareció que apreciaban el olor. Al poco rato encontraron mi reloj, que había guardado en el bolsillo más recóndito que tenía y que había olvidado cuando comenzaron la inspección. Parecieron preocupados e intranquilos en cuanto lo vieron. Me hicieron abrirlo y enseñarles el mecanismo, tras lo cual mostraron un profundo desagrado que me preocupó tanto más cuanto no podía comprender dónde residía el motivo de la ofensa.

Recuerdo que cuando encontraron el reloj me vino a la cabeza William Paley^[36] y cómo explica que viendo un reloj, un salvaje deducirá inmediatamente que este debe de ser fruto de un diseño consciente. Es cierto que mis captores no eran salvajes y sin embargo estaba seguro de que era ésa la conclusión a la que llegarían. De hecho me encontraba meditando para mis adentros sobre lo maravillosamente sabio que debía de haber sido el Arzobispo Paley, cuando la cara de horror y consternación del gobernador me hizo volver a la realidad. Su mirada hacía pensar que no sólo no

consideraba al reloj fruto de diseño consciente, sino que lo tomaba como artífice de su propio diseño y del diseño del Universo también o, al menos, uno de los orígenes fundamentales de la existencia de todas las cosas.

Entonces me percaté de que esta idea era tan posible como la propuesta por Paley para cualquier individuo que no hubiera tenido contacto previo con la cultura europea. Sentí cierto resentimiento hacia el arzobispo por haberme guiado a tan falsa concepción. De todas formas, pronto me percaté de que había malinterpretado la expresión en la cara del gobernador y de que el reloj no le causaba miedo, sino repulsión. Me habló con tono firme y severo durante dos o tres minutos. Entonces, percatándose de que hablarme no era muy útil, me condujo, a través de varios pasillos, a una habitación que más adelante conocería como el museo de la ciudad y donde contemplé un espectáculo que me asombró más que cuanto había visto hasta entonces.

La habitación estaba llena de expositores que albergaban todo tipo de objetos peculiares tales como esqueletos, pájaros y animales disecados, tallas en piedra (donde vi algunas similares a aquellas que encontré en el paso, salvo que más pequeñas). La parte principal de la estancia estaba ocupada por piezas inservibles de maquinaria de todo tipo. Las más grandes tenían una vitrina para ellas solas y carteles con letras que no pude entender. Había partes de motores de vapor rotas y oxidadas. Entre ellas vi un cilindro y un pistón, un volante de inercia roto y un trozo de un cigüeñal tumbado en el suelo, al lado de estos. También había un carruaje muy antiguo y pude ver, pese al óxido y la podredumbre que las cubrían, que sus ruedas estaban diseñadas para usarse en raíles de hierro. Desde luego había piezas de una gran cantidad de nuestros inventos más avanzados, pero parecían tener varios cientos de años de antigüedad y haber sido puestos en ese lugar no con ánimo didáctico, sino como meras curiosidades. Como ya he dicho, estaban todas estropeadas y rotas.

Pasamos muchos expositores y al fin llegamos a uno con varios relojes de salón y dos o tres antiguos relojes de bolsillo en el que paró el gobernador. Tras abrirlo, comenzó a comparar el mío con los otros. El diseño era diferente, pero el objeto era claramente el mismo. Al percatarse de esto giró hacia mí y me dirigió un discurso en un tono grave y ofendido señalando repetidamente los relojes en la vitrina y el mío; no se tranquilizó hasta que le indiqué por gestos que sería mejor que se quedase mi reloj y lo pusiera con los otros. Eso lo calmó un poco. Dije (en inglés y confiando que el tono y la actitud transmitirían lo que pretendía decir) lamentarlo mucho si había algo de contrabando en mi poder, que no tenía intención de evadir las tarifas establecidas y que con gusto daría el reloj por confiscado si es que pudiese así compensar una violación involuntaria de la ley. En ese momento empezó a ceder y me habló en un tono más amable. Creo que se percató de que mi infracción no había sido adrede, si bien me parece que el principal motivo de que se convenciese fue que no me mostré amedrentado (aunque sí había mostrado gran respeto). Eso, mi pelo rubio y el color de mi piel, aspectos sobre los que él había hecho señas antes, como el

resto de la gente.

Más tarde me enteré de que se consideraba un gran mérito el tener el pelo rubio, siendo algo muy poco frecuente y fuente de admiración y envidia hacia todo aquel que lo tuviera. Sea como fuere, cedí el reloj e hicimos las paces. Me llevaron a continuación a la habitación en la que me habían examinado. El gobernador me dirigió un nuevo discurso tras el cual me llevaron a otro edificio cercano que pronto identifiqué como la cárcel de la ciudad, en la que se me había asignado una celda separada del resto de prisioneros. La habitación tenía una cama, una mesa y sillas. También había una chimenea y un lavabo. Había una segunda puerta, que daba a un balcón con una escalera que descendía a un jardín tapiado de considerable tamaño. El hombre que me guió a la habitación me indicó por señas que podría bajar y dar un paseo por el jardín cuando gustase y dio a entender que pronto se me traería algo para comer. Me permitió conservar mis mantas y las pocas pertenencias que había envuelto en ellas, mas quedaba claro que debía considerarme prisionero y no había forma de establecer por cuánto tiempo. Con eso, me dejó solo.

Capítulo 8

En la cárcel

Entonces perdí, por vez primera, toda mi entereza. Piense el lector que no tenía dinero, estaba encarcelado en un país extranjero donde carecía de amigos, no conocía el idioma o las costumbres de la gente y había quedado a merced de hombres con los que poco tenía en común. Pese a esto, abrumado como estaba con mi situación precaria y dudosa, no podía evitar sentir una profunda curiosidad por la gente con la que había dado. ¿Qué significado podía tener aquella habitación llena de fragmentos de maquinaria antigua que me acababan de enseñar? ¿Y el desagrado del gobernador ante mi reloj? Aquella gente utilizaba muy poca maquinaria, lo que me había sorprendido una y otra vez pese a que no llevaba con ellos más de veinticuatro horas. Debían de estar tan avanzados como los europeos del siglo doce o trece, definitivamente no más, y aun así, en cierto momento debieron de poseer un profundo conocimiento de nuestros inventos más recientes. ¿Cómo podía ser que, habiendo estado en un tiempo tan adelantados estuvieran ahora tan atrasados? Evidentemente no podía ser por ignorancia. Reconocieron mi reloj como tal en cuanto lo vieron y el cuidado con el que conservaban y clasificaban su exhibición de maquinaria demostraba que no habían perdido la memoria de aquellas antiguas tecnologías. Cuanto más pensaba, menos lo comprendía. Al fin llegué a la conclusión de que debían de haber explotado sus minas de hierro y carbón hasta agotarlas todas o que les quedarían tan pocas que el uso de metales se restringió a los estratos más elevados de la nobleza. Era esta la única explicación que se me ocurría y pese a que más tarde averigüé cuán errado estaba, por aquel entonces estaba convencido de que mi hipótesis era correcta.

Cuatro o cinco minutos después de llegar a mi conclusión se abrió la puerta y una chica joven apareció con una bandeja, acompañada de un apetitoso olor a comida. La contemplé con admiración mientras extendía un mantel y colocaba sobre la mesa un plato de aspecto delicioso. Tan sólo con observarla me pareció que mi situación mejoraba sensiblemente puesto que el simple hecho de mirarla me producía gran consuelo. No pasaba de los veinte, algo más alta que la mayoría, ágil y fuerte y aun así de rasgos delicadísimos. Sus labios eran carnosos y sensuales, sus ojos de color avellana oscuro adornados con pestañas largas y arqueadas, tenía el pelo cuidadosamente trenzado sin flequillo. El tono de su piel era simplemente exquisito y su talle vigoroso en la medida en que esto es compatible con la belleza femenina y sin franquear los límites, sus pies y manos bien podrían servir de modelo para un escultor. Tras dejar el guiso en la mesa, se retiró con una compasiva mirada, visto lo cual (y recordando de dónde viene la compasión)^[37] decidí provocar un poco más.

Regresó con un vaso y una botella y me encontró sentado en la cama, cubriéndome la cara con las manos, vivo retrato de la aflicción más lamentable y, como todo retrato, ciertamente falso. La pude ver entre los dedos mientras abandonaba la habitación y tuve la certeza de que estaba muy apenada por mí. En cuanto se hubo marchado me lancé sobre la comida, que era excelente.

Volvió al cabo de una hora aproximadamente para recoger los platos acompañada por un hombre con un manojito de llaves a la cintura cuya actitud me llevó a concluir que sería el carcelero. Más tarde me enteré de que era también el padre de la hermosa criatura que me había traído la comida. No soy especialmente hipócrita, así que hiciese lo que hiciese, no había ya forma de aparentar gran aflicción. Había superado mi abatimiento y me encontraba de muy buena disposición hacia mi carcelero y su hija. Les agradecí sus cuidados y pese a que no me comprendían, se miraron el uno al otro, rieron y charlaron hasta que el viejo dijo algo que imagino sería una broma, puesto que la chica rio alegremente y salió corriendo, dejando al padre recoger la mesa. Entonces tuve otra visita de alguien no tan atractivo y que parecía tener gran consideración por sí mismo y poca por mí. Trajo consigo un libro, papel y lápices, todo muy similar a los utensilios ingleses y, sin embargo, ni el papel, ni la impresión, ni la encuadernación, ni el lápiz, ni tan siquiera la tinta eran exactamente iguales a los nuestros.

Me dio a entender que venía a enseñarme el idioma y que íbamos a empezar de inmediato. La idea me entusiasmó porque estaría más cómodo cuando pudiese comprender y ser comprendido y porque supuse que las autoridades probablemente no se molestarían en enseñarme el idioma para tratarme cruelmente después. Comenzamos inmediatamente y aprendí los nombres de todos los objetos de la habitación, también los números y los pronombres personales. Observé con pesar que el parecido con los objetos europeos que con tanta frecuencia había observado hasta ahora, no se aplicaba en lo referente al idioma puesto que no pude detectar analogía alguna entre éste y cualquier otra lengua de la que tenga la más mínima noción (lo que me hizo pensar que quizá estuviese aprendiendo hebreo).

No es preciso dar más detalles al respecto; desde entonces pasé los días en una monotonía que se habría hecho tediosa de no ser por la compañía de Yram^[38], la hija del carcelero, que me tomó mucho aprecio y me trataba con extrema amabilidad. Aquel hombre acudía todos los días a enseñarme el idioma, pero mi verdadero diccionario y gramática eran Yram y los consultaba de tal manera que hice extraordinarios progresos, pudiendo, tras un mes, comprender gran parte de las conversaciones entre Yram y su padre. Mi profesor se declaró muy satisfecho y dijo que escribiría a las autoridades un informe favorable sobre mi caso. Pregunté entonces qué iba a ser de mí y me contó que mi llegada había causado gran alboroto en todo el país. Se me mantendría bajo estrecha vigilancia hasta nueva orden del gobierno. El hecho de haber estado en posesión de un reloj era lo único que pesaba en mi contra. Entonces, en respuesta a mi pregunta sobre el motivo, me contó una larga

historia de la que, debido a mi imperfecto conocimiento del idioma no pude sacar nada en claro aparte de que era un delito alevoso, casi tan grave como tener el tifus (o eso creí entender). No obstante, dijo que, en su opinión, mi pelo rubio me salvaría.

Se me permitía caminar por el jardín, donde había una tapia alta en la que jugaba a una especie de frontón, lo que me evitó sentir los efectos físicos de la reclusión por muy estúpido que resultase el jugar solo. Al cabo de un tiempo la gente de la ciudad y las cercanías comenzaron a incordiar al carcelero para que les permitiese verme, y puesto que se le pagó bien por ello, él lo permitió. La gente me trataba bien, quizá demasiado bien (cosa que yo detestaba), puesto que tendían a mostrarme demasiadas atenciones, al menos las mujeres, aunque tenían que tener cuidado con Yram que era muchacha de carácter celoso y nos vigilaba atentamente a mí y a mis visitas femeninas. De cualquier forma, yo la tenía en tanto aprecio y dependía tanto de ella para casi todas las cosas que hacían que mi vida fuese bienaventurada y agradable que me aseguraba de no hacerla enfadar y continuamos siendo excelentes amigos. Los hombres eran bastante menos curiosos y no habrían acudido, creo, por su propia voluntad, pero las mujeres les hacían ir en calidad de acompañantes. Me complacieron mucho sus semblantes apuestos y su trato agradable y cordial.

Mi comida era sencilla pero siempre variada y sana y el vino tinto era admirable. Había encontrado una clase de plantas en el jardín que prensaba en montones y dejaba secar obteniendo así un sustitutivo del tabaco. Así que entre Yram, las clases, visitas, el frontón en el jardín, fumar y dormir, el tiempo pasó de forma más rápida y placentera de lo que habría esperado.

Fabriqué también una pequeña flauta y, como tocaba bastante bien, me divertía a veces tocando pedazos de óperas y melodías como *Oh where and oh where* y *Home, sweet home*. Aquello resultó ser provechoso, dado que la gente del país no conocía la escala diatónica y quedaban anonadados al escuchar algunas de nuestras canciones más comunes. A menudo también me pedían que cantase y siempre que cantaba *Wilkins and his Dina*, *Billy Taylor*, *The Ratcatcher's Daughter*, o lo que recordaba de ellas, los ojos de Yram se llenaban de lágrimas. A este respecto, tuve alguna discusión con ellos porque no quería cantar el domingo (llevaba la cuenta de los días en mi libro de bolsillo) salvo salmos o cantos religiosos y de estos me avergüenza decir que no recordaba las letras de forma que sólo podía cantar la melodía. Me pareció que ellos tenían pocas nociones religiosas o ninguna y que nunca habían oído hablar de la sagrada tradición del Sabbath, así que atribuían mi observancia religiosa a episodios de mal humor y se percataron de que se repetían cada siete días. Pero eran muy tolerantes y uno de ellos amablemente me confió que sabía lo difícil que resultaba evitar sentirse melancólico a veces y que en su opinión debería hacerme examinar si se tornaba en algo más grave (consejo que no comprendí en su momento, aunque fingí aceptarlo como si fuera algo normal).

Hubo una única ocasión en la que Yram me trató de forma desagradable e inaceptable (o al menos eso pensé yo a la sazón). Ocurrió que, jugando al frontón en

el jardín me acaloré mucho. Jugué sin abrigo ni chaleco aunque el día estaba frío, puesto que ya había entrado el otoño y Puerto Frío (que es como debería traducirse el nombre de la ciudad en la que estaba prisionero) se alzaba a tres mil pies^[39] sobre el nivel del mar, y consecuentemente contraí un fuerte resfriado por descansar demasiado tiempo al aire libre sin abrigarme. Al día siguiente estaba muy acatarrado y me sentía realmente mal. Al estar poco acostumbrado a las enfermedades, por ligeras que fuesen, e imaginando lo agradable que resultarían los cuidados y mimos de Yram, no fingí estar en mejor estado del que me encontraba. De hecho, recuerdo que opté por tomarlo a la tremenda y me consideré de baja. Cuando Yram me trajo el desayuno me quejé lastimeramente de mi dolencia, esperando el trato amable y pródigo que habría obtenido de mi madre o mis hermanas en casa. Nada más lejos de ello. En seguida se encolerizó preguntando qué pretendía y cómo me atrevía a decir cosas así, especialmente teniendo en cuenta la situación en la que me encontraba. Dijo que de no ser porque temía las serias consecuencias que podría acarrearle, habría ido a contárselo a su padre. Tan ofendida se encontraba y su enfado era tan sincero que olvidé mi catarro al instante, le pedí que por supuesto acudiese a su padre, si era lo que deseaba hacer y agregué que bajo ninguna circunstancia pretendía que ella me protegiese de nada en absoluto. Una vez estuve más tranquilo, tras haber proferido tantas excusas como pude, le pregunté qué había hecho mal y le prometí enmendarme en cuanto tuviera conocimiento de ello. Ella se percató entonces de mi ignorancia al respecto, de que no había habido intención de ofensa por mi parte, por lo cual me contó que en Erewhon, las enfermedades de cualquier tipo constituían graves delitos, criminales e inmorales y que incluso agarrar un catarro era motivo de juicio y encarcelamiento por un tiempo considerable, noticia que me dejó estupefacto.

Seguí la conversación tan bien como me permitía mi imperfecto conocimiento del idioma y así vislumbré su opinión respecto a la falta de salud. Pero incluso entonces no comprendí completamente, como tampoco tenía noticia de las otras depravaciones morales de los erewhonianos con las que, sin embargo, pronto me familiarizaría de manera que no me extenderé más sobre el tema, salvo para aclarar que Yram y yo nos reconciamos, que me trajo a escondidas un vaso caliente de licor con agua antes de ir a la cama y también un montón de mantas y que a la mañana siguiente me encontraba bastante bien. No recuerdo haber superado ningún otro catarro tan rápidamente.

Este pequeño acontecimiento arrojó algo de luz sobre gran cantidad de cosas que hasta ahora me habían desconcertado. Parece ser que los dos hombres a los que interrogaron los magistrados antes que a mí el día que llegué a esta ciudad estaban acusados de mala salud y ambos habían sido condenados a cumplir largas penas de prisión y trabajos forzados. Ahora expiaban sus delitos en esa misma cárcel y su zona de recreo era un patio separado de mi jardín por la pared que yo usaba de frontón. Esto explicaba las toses y los quejidos que había escuchado con frecuencia al otro lado del frontón. Era una pared alta y no me había atrevido a escalarla por miedo a

que me viese el carcelero y pensase que estaba intentando huir. Sin embargo, a menudo me había preguntado quién estaba al otro lado e incluso había decidido preguntarle al carcelero, pero rara vez le veía y con Yram siempre encontraba otros temas de qué hablar.

Pasó volando un mes más, en el cual hice tales avances con el idioma que podía entender todo lo que se me decía y expresarme con relativa fluidez. Mi profesor se declaró asombrado con mi progreso y yo me aseguraba de atribuirlo a sus esfuerzos y sus admirables explicaciones de forma que nos hicimos grandes amigos.

Las visitas se tornaron más y más frecuentes. Entre ellas había algunas, tanto hombres como mujeres, que me maravillaban por su simplicidad, su sinceridad, su actitud agradable y por último, si bien no menos importante, por su exquisita belleza. También los había peor educados, pero atractivos y agradables; por último había pedantes puros y duros.

Hacia el final del tercer mes, el carcelero y mi profesor vinieron juntos a visitarme y me comunicaron que habían recibido un mensaje del gobierno a efectos de que, si mi comportamiento había sido correcto y parecía ser persona razonable, si no cabían dudas sobre mi estado de salud y mi fortaleza, y si mi cabellera era realmente rubia, mis ojos azules y mi piel clara, se me enviase de inmediato a la capital de manera que el rey y la reina pudiesen conocerme y charlar conmigo; más aún, que habría de ser puesto en libertad al llegar y que se me asignaría una pensión adecuada. Mi profesor me dijo también que uno de los principales mercaderes había mandado una invitación para que me hospedase en su casa y que podría considerarme huésped suyo tanto tiempo como gustase.

—Es un hombre encantador —añadió mi profesor—, pero ha padecido una terrible —y aquí dijo una palabra larga que no entendí y que era más larga que cleptomanía— y acaba de recuperarse tras desfaltar una gran cantidad de dinero en unas circunstancias penosas. Aunque ya lo ha superado y los corregidores dicen que se ha restablecido maravillosamente. Seguro que le gustará a usted.

Capítulo 9

A la capital

Con esas palabras el buen hombre abandonó la habitación antes de que pudiese comunicarle mi asombro al oír tal descripción de los labios de alguien que parecía ser una persona respetable. «¡Desfalcar una gran cantidad de dinero en unas circunstancias penosas!», me dije a mí mismo. «¡Y me ofrece *a mí* que me aloje bajo su techo! No seré yo el que haga algo así; me pondría en un compromiso desde el mismo comienzo a ojos de las personas de bien y asestaría un golpe mortal tanto a mis planes evangelizadores (si son las tribus perdidas de Israel), como a mis posibilidades de obtener beneficio de ellos si no lo son. No. Haría cualquier cosa antes que eso». En cuanto volví a ver a mi profesor le dije que no me agradaba en absoluto la invitación y que de ninguna manera la aceptaría, puesto que mediante la educación y el ejemplo de mis padres (y espero que en cierta medida por un instinto innato) aborrezco los negocios turbulentos en asuntos pecuniarios, pese a que estimo el dinero como el que más, si se obtiene con honradez.

Mi profesor quedó asombrado y me dijo que sería insensato por mi parte persistir en esta negativa.

—El señor Nosnibor —prosiguió—, tiene al menos 500 000 caballos de potencia —puesto que para considerar y medir a las personas en Erewhon se usa la cantidad de libras por pie^[40] que pueden permitirse levantar con su fortuna, en una palabra, su potencia—, y en su casa se come maravillosamente, aparte de que sus hijas son dos de las mujeres más hermosas de todo Erewhon.

Confieso que me sentí bastante confuso al escuchar esto. Pregunté entonces si el caballero estaba bien considerado entre la alta sociedad.

—Por supuesto —fue la respuesta—, nadie ocupa tan alta posición en todo el país.

Añadió que por mi reacción se diría que mi voluntarioso anfitrión hubiese tenido ictericia o pleuresía o que hubiese sido en todo desafortunado y que yo temía contagiarme.

—No tengo miedo alguno de contagio —dije yo impaciente—, pero sí estimo mi reputación y en caso de saber que alguien es un desfalgador, tenga usted por supuesto que intentaré mantenerme lo más alejado posible de él. Si acaso estuviese enfermo o fuese pobre...

—¡Enfermo o pobre! —me interrumpió el intérprete, con rostro alarmado—. ¡Ése es su concepto de la decencia! Trataría usted con los peores criminales y sin embargo considera que un simple desfalco es impedimento para unas relaciones amistosas. No puedo entenderle.

—¡Pero si yo mismo soy pobre! —exclamé.

—Lo era —dijo él—, y pudo llegar a ser castigado por ello. De hecho, en el consejo que se celebró acerca de usted, ese hecho casi le acarreó una condena, en mi opinión bien merecida —tanto él como yo empezábamos a enfadarnos—, pero la reina se interesó de tal manera y deseaba tanto verle que solicitó al rey que le otorgase su perdón y le convenció de que le asignase una pensión en atención a su notable apariencia. Tiene usted suerte de que ella no haya estado aquí para escuchar lo que decía ahora mismo o con absoluta certeza se habría retractado.

A medida que oía estas palabras mi ánimo decaía. Comprendí lo difícil de mi situación y lo inútil que sería actuar en contra de las costumbres establecidas. Permanecí en silencio durante varios minutos y entonces anuncié que con gusto aceptaría la invitación del desfalcador, con lo que mi mentor se animó y concluyó que era un hombre sensato. Sin embargo, yo me sentía muy incómodo. Cuando hubo abandonado la habitación medité sobre la conversación que acabábamos de mantener pero no pude comprender nada, más allá de que sugería una mayor perversión mental de la que había anticipado.

Me sentí entonces muy desdichado puesto que no aguanto el trato con gente que sostiene pensamientos diferentes de los míos. Me asediaban todo tipo de ideas peregrinas, pensé en la cabaña de mi patrón, en el sitio en la colina donde por vez primera se me ocurrió la disparatada idea de ir a explorar. ¡Parecía que hubiesen pasado años desde que partí! Recordé entonces mis aventuras en el desfiladero y el viaje hasta aquí. Pensé en Chowbok y me pregunté qué habría contado a su regreso. Había hecho bien en regresar. No era precisamente apuesto. ¡Qué va! Era horrendo y lo habría pasado mal.

El crepúsculo se acercaba y la lluvia tamborileaba contra las ventanas. Nunca me había sentido tan desdichado, excepto por los tres días de mareos que sufrí al comienzo del trayecto por mar desde Inglaterra. Me senté a meditar con gran melancolía hasta que Yram apareció trayendo la luz y la comida. Ella también, pobre chica, se sentía desgraciada puesto que había escuchado que iba a partir. Había pensado que permanecería siempre en la ciudad, incluso tras el fin de mi encarcelamiento, y me parece que había decidido casarse conmigo pese a que yo no lo había sugerido jamás. De tal manera, entre la extraña e inquietante conversación con mi mentor, mi falta de amigos y la melancolía de Yram, me sentía más triste de lo que puedo describir y así permanecí hasta que fui a la cama y el sueño me selló los párpados.

Al despertar la mañana siguiente, me sentí mucho mejor. Se acordó que partiría en un transporte que me esperaría a las once en punto y las expectativas de cambio me animaron de tal manera que incluso la mirada llorosa de Yram no consiguió amargarme por completo. La besé una y otra vez y le aseguré que nos encontraríamos más adelante y que hasta entonces tendría siempre su afecto presente. Le di como recuerdo dos botones de mi abrigo y un mechón de pelo y llevé conmigo a cambio,

un rizo de considerable tamaño de su hermosa cabellera. Así, habiéndonos despedido cien veces y, abrumado ya por su gran dulzura y dolor, me separé de ella y bajé hasta la calesa que me esperaba. ¡Qué agradecido me sentí cuando aquello hubo pasado y pusimos tierra por medio! ¡Ojalá hubiese tenido la certeza de que vendría también el olvido! ¡Rezo al Cielo para que sea así ahora, que se haya casado felizmente con alguien de su propio pueblo y me haya relegado al pasado!

Comenzó entonces un largo y tedioso viaje con el que apenas molestaría al lector si pudiese. De todas formas no hay peligro puesto que pasé la mayor parte del tiempo con los ojos tapados. Cada mañana me ponían una venda y sólo se me quitaba por la noche, al llegar a la posada en la que pasaríamos la noche. Viajamos lentamente aunque las carreteras eran buenas. Únicamente usábamos un caballo, que nos llevaba desde la mañana hasta la tarde, unas seis horas en total salvo por dos horas de descanso a mediodía. No creo que hiciésemos más de treinta o treinta y cinco millas^[41] por día en cada jornada. Cada día disponíamos de un caballo de refresco. Como dije antes, no pude ver el paisaje. Sólo sé que era llano y que en varias ocasiones tuvimos que cruzar anchos ríos en transbordadores. Las posadas estaban limpias y eran cómodas; en una o dos de las ciudades más grandes eran bastante lujosas y la comida era buena y estaba bien preparada. La misma salud, gracia y belleza imperaba en todas partes.

Resulté ser objeto de gran interés. Tanto que el cochero me dijo que tenía que mantener el itinerario en secreto y, en ocasiones, ir a sitios que no estaban estrictamente en dirección a nuestro destino para así evitar las multitudes que, de otra manera, habrían estado esperándonos. Cada tarde se celebraba un recibimiento en mi honor y acabé por cansarme de tener que repetir las mismas cosas una y otra vez para responder a las preguntas que también se repetían, si bien no hubiera podido enfadarme con gente cuyos modales eran tan cautivadores.

Ni una sola vez preguntaron acerca de mi salud o si estaba fatigado por el viaje, sin embargo, su primera pregunta era casi siempre si estaba de buen humor y esto me asombraba por el candor que demostraba, hasta que al fin acabé por acostumbrarme. Un día en que tenía frío y estaba agotado, cansado además de dar la misma respuesta una y otra vez, me encaré con la persona que había preguntado y le dije que estaba extremadamente enojado y que difícilmente podría encontrarme peor predispuesto para con los demás y conmigo mismo en ese momento. Para mi sorpresa, aquella persona me respondió con una amabilísima muestra de condolencia y escuché a la gente de la habitación susurrarse que me encontraba de mal humor, tras lo cual empezó a ofrecerme cosas agradables para respirar y para comer que de veras tuvieron un efecto tranquilizador, puesto que pronto me sentí apaciguado y en seguida se me felicitó por el cambio de humor. A la mañana siguiente dos o tres personas mandaron a sus criados con dulces al hotel a interesarse por mi estado de ánimo. Al recibir estos obsequios estuve tentado de sentirme de mal humor todas las tardes, pero me desagradan las condolencias y las preguntas así que consideré más

cómodo mantener mi estado de ánimo natural.

Entre la gente que me visitaba había algunos que habían estudiado humanidades en la Facultad de la Sinrazón y que se habían licenciado en Hipotética, que es su principal área de estudio. Estos caballeros se habían establecido ejerciendo diferentes profesiones, como corregidores, directores o cajeros de los bancos musicales o sacerdotes entre otras. Así, mediante su educación esparcían las semillas de la cultura a lo largo del país. Por supuesto, yo les pregunté acerca de las muchas cosas que me habían intrigado desde que llegué. También por el significado y el uso de las estatuas que había visto en la altiplanicie del paso. Me dijeron entonces que pertenecían a un periodo remoto y que había otros grupos similares en otras partes del país, si bien ninguno era tan peculiar como el que yo había visto. Eran de origen religioso, puesto que se diseñaron para propiciar la voluntad de los dioses de la deformidad y la enfermedad. En otros tiempos había existido la costumbre de hacer incursiones al otro lado de la sierra y capturar a los menos agraciados entre los ancestros de Chowbok para así sacrificarlos en presencia de estas deidades de tal manera que esto evitase la fealdad y la enfermedad en los propios erewhonianos. Se rumoreaba, falsamente, según mi informador, que siglos atrás incluso habían sacrificado a feos o enfermos de su propio país, para dar ejemplo. Sea como fuere, estas abominables tradiciones habían sido interrumpidas hacía ya mucho tiempo y tampoco se rendía ya culto a las estatuas. Tuve curiosidad por saber qué acontecería si alguien de la tribu de Chowbok se aventurase en Erewhon. Me respondieron que nadie lo sabía, en tanto en cuanto no había sucedido nada por el estilo en siglos. Se los consideraría demasiado feos como para permitirles circular en libertad, pero no tanto como para incurrir en delito. Su infracción sería de carácter moral, si bien serían incapaces de redimirse mediante la ciencia de los corregidores, con lo que probablemente se les enviaría al Hospital de los Cargantes Incurables para que los pacientes erewhonianos (que son extremadamente intolerantes con el aburrimiento ajeno, aunque morirían de no tener ellos alguien a quien aburrir a su vez) les diesen la tabarra tantas horas al día que, de hecho, obtendrían la categoría de hastiados profesionales. Al escuchar esto se me ocurrió que algunos rumores al respecto debían de haber llegado a la tribu de Chowbok, puesto que la angustia que le causaba su temor no podía deberse únicamente al miedo de que le quemasen vivo frente a una estatua.

También les pregunté acerca del museo de maquinaria antigua y el motivo de su aparente retroceso en las artes, ciencias e invenciones. Me enteré de que aproximadamente cuatrocientos años antes, sus conocimientos de mecánica eran muy superiores a los nuestros y avanzaban con prodigiosa rapidez hasta que uno de los profesores de Hipotética más eruditos escribió un libro extraordinario (del que pretendo reflejar algunos extractos más adelante), demostrando que las máquinas estaban destinadas a suplantar a la raza humana y a desarrollar una forma de vida tan diferente y superior a la nuestra como la de los animales con respecto a los vegetales. Tan convincentes fueron sus razones, o sinrazones al caso, que convenció al resto del

país e hicieron una purga de toda maquinaria que no hubiese estado en uso desde hacía más de doscientos setenta y un años (plazo que se había establecido tras una serie de acuerdos) y prohibieron rigurosamente cualquier nuevo avance e invento, y dando a los creadores el tratamiento legal de enfermos del tifus, lo cual es para ellos uno de los peores crímenes posibles. Es este el único caso en que en Erewhon mezclarían una enfermedad mental con una física y lo harían incluso pese a ser patente que se trata de una falacia judicial.

Recordé el episodio de mi reloj y me sentí algo intranquilo pero ellos me tranquilizaron asegurándome que las infracciones de este tipo eran ya tan infrecuentes que la ley podía permitirse ser indulgente con un forastero, especialmente con uno de trato tan agradable (se referían a mi aspecto) y cabellera tan rubia y fabulosa. Lo que es más, el reloj era una auténtica curiosidad y sería una buena adición a la colección de la capital, de forma que no consideraban que debiese preocuparme por el asunto.

Escribiré con más detalle sobre el tema cuando trate sobre las Facultades de la Sinrazón y el Libro de las Máquinas.

Trascurrido aproximadamente un mes desde que comenzamos el viaje, se me comunicó que éste ya casi había concluido. Prescindieron entonces de la venda puesto que parecía imposible que encontrase el camino de vuelta sin ser capturado antes. Al poco nos encontramos transitando con alegría por las calles de una ciudad elegante y llegamos a una larga y amplia carretera con álamos a los costados y ligeramente elevada sobre el terreno circundante, puesto que era una antigua vía de ferrocarril. Los campos a ambos lados estaban en su mayoría cultivados pero la cosecha y también la vendimia habían pasado ya. El clima se había hecho más frío de lo que cabría achacar al avance de la estación por lo que deduje que debíamos estar distanciándonos del sol y que nos encontrábamos unos grados más lejos del ecuador que cuando partimos. Incluso aquí la vegetación daba muestras de que el clima era cálido y aun así la gente no carecía de vigor, al contrario, era una raza muy fuerte y demostraba una gran resistencia. Por enésima vez me encontré pensando que en general nunca había visto gente que se les asemejara en lo referente al físico y que parecían tan agradables como fuertes. La mayoría de las flores se habían marchitado ya si bien su ausencia era compensada hasta cierto punto por la abundancia de frutos deliciosos, parecidos a los higos, los melocotones y las peras de Italia y Francia. No vi animales salvajes, pero abundaban los pájaros, muy similares a los europeos, si bien no eran dóciles como los del otro lado de la sierra. Los cazaban con ballestas y flechas, puesto que no conocían la pólvora, o al menos no la usaban.

Nos acercábamos ya a la capital y se veían grandes torres y fortificaciones, así como edificios majestuosos que parecían palacios. Empecé a inquietarme al pensar en la recepción que se me haría; pero hasta ahora me había ido muy bien y decidí actuar como venía haciendo, esto es, comportarme como si estuviese en Inglaterra mientras no me percatase de estar metiendo la pata y, de darse el caso, no hacer nada hasta comprender en qué terreno me movía. Nos acercábamos más y más. La noticia de mi

llegada se había extendido y había masas de gente a ambos lados del camino que me saludaban con grandes muestras de respetuosa curiosidad y me obligaban a responder con continuas reverencias hacia un lado y el otro.

A una milla de distancia aproximadamente, nos recibieron el Alcalde y algunos Concejales, entre los cuales había un anciano venerable que el Alcalde (pienso que así debería llamarle) me presentó como el caballero que me había invitado a su casa. Hice una gran reverencia y le expresé lo agradecido que estaba y cuán honrado me consideraba con su hospitalidad. Me pidió que no le diese mayor importancia y, señalando su coche, que estaba cerca, me invitó a acomodarme en él. De nuevo hice una profunda reverencia al Alcalde y los Concejales y partí con mi anfitrión, cuyo nombre era Senoj Nosnibor^[42]. Tras una media milla, el coche salió del camino principal y proseguimos a la sombra de las murallas de la ciudad hasta que alcanzamos un *palazzo* sobre una pequeña colina a las afueras de la ciudad. Era esta la residencia de Senoj Nosnibor. No puedo imaginar nada más hermoso. Estaba situada cerca de las ruinas de la antigua estación de ferrocarril, sobre las que se tenía una visión imponente desde los jardines de la mansión. Estos, de unos diez o doce acres, estaban organizados en terrazas escalonadas, unas sobre otras, con anchas escaleras que ascendían y descendían. En estas escaleras había estatuas de la más exquisita factura. Aparte de las estatuas había jarrones con diferentes arbustos que me eran desconocidos y a ambos lados de los escalones, hileras de viejos cipreses y cedros, entre los que se abrían caminos cubiertos de hierba. Más allá estaban los selectos viñedos y los huertos de árboles frutales, cargados de frutos.

A la casa en sí se accedía a través de un patio alrededor del cual había un pasillo al que daban las habitaciones, como en Pompeya. En el centro del patio había una pila y una fuente. Al cruzar el patio se alcanzaba el cuerpo principal de la casa, de dos alturas. Las habitaciones eran amplias y de techos altos, quizás al principio daban la impresión de tener escaso mobiliario, pero en los climas cálidos la gente suele tener menos muebles en las habitaciones que en los climas fríos. También eché de menos un piano de cola o algún instrumento similar; no había forma de hacer música en ninguna de las habitaciones excepto en el salón más grande, donde se encontraba media docena de grandes gongs de bronce, que utilizaban las señoras, golpeándolos aleatoriamente. No era agradable de escuchar, pero no fue entonces la primera, ni habría de ser la última vez que escuchase música molesta.

El señor Nosnibor me guió a través de una serie de amplias habitaciones hasta que llegamos al tocador en donde se encontraban su mujer e hijas, de quienes ya me había hablado mi tutor. La señora Nosnibor rondaría los cuarenta y era todavía apuesta aunque había adquirido cierta corpulencia; sus hijas estaban en la flor de la juventud y eran de una belleza exquisita. En seguida me decanté por la más joven cuyo nombre era Arowhena, puesto que la hermana mayor era altiva mientras que la menor era de trato encantador. La señora Nosnibor me recibió de modo tan cortés que tendría que haber sido muy tímido para no sentirme bienvenido. Apenas acabó mi

presentación, un sirviente anunció que la cena estaba lista en la habitación contigua. Yo estaba muy hambriento y no hay alabanzas que hagan justicia a la cena que nos sirvieron. No se sorprenderá el lector al saber que me consideraba excelentemente acogido. «¿Es posible que este hombre sea un desfalcador?», pensé para mis adentros. «¡De ninguna manera!».

De todas formas, me percaté de que durante la cena, mi anfitrión parecía nervioso y de que comió únicamente un poco de pan y leche. Hacia el final de la cena se acercó un hombre alto y delgado de barba negra, a quien el señor Nosnibor y el resto de la familia trataron con gran respeto: era el corregidor familiar. Junto con este caballero, el señor Nosnibor se retiró a otra habitación desde la que al momento escuchamos llantos y gemidos. Casi no podía creer lo que escuchaba, pero en pocos minutos me convencí de que esos lamentos eran del propio señor Nosnibor.

—Pobre papá —dijo Arowhena, mientras asía con tranquilidad la sal—, cuán terriblemente ha sufrido.

—Sí —respondió su madre—, pero creo que ya está fuera de peligro.

Procedieron entonces a explicar los particulares de la situación, el tratamiento que el corregidor había prescrito y lo efectivo que había sido. Todo esto lo reservo para otro capítulo, compilado en un resumen general de las opiniones referentes a estos temas en las mismas palabras en que se me hicieron llegar. Ruego al lector que me crea en lo escrito hasta ahora y en los capítulos que siguen puesto que me he ceñido con la más escrupulosa atención a los hechos y en ningún caso he incurrido voluntariamente en falsedad, pese a que en algún momento pueda no haber comprendido todos los detalles de algunas opiniones o costumbres.

Capítulo 10

Creencias generalizadas en Erewhon

He aquí lo que saqué en claro a este respecto. En Erewhon, si una persona cae enferma, contrae alguna afección o sufre algún achaque antes de alcanzar los setenta años, se le somete a juicio frente a un jurado popular y, en caso de ser condenado, se le expone para vergüenza pública a lo que se añade una sentencia más o menos severa en función de cuánto lo sea el caso. Se subdividen las enfermedades en delitos y faltas, como nosotros hacemos con las infracciones. A un hombre que sufra una enfermedad grave se le castigará con dureza, mientras que los fallos de la vista o del oído de una persona mayor de sesenta y cinco que hasta entonces haya tenido buena salud se sancionarán únicamente con una multa y pena de prisión en caso de impago. Sin embargo, en el caso de que un hombre falsifique un cheque o prenda fuego a su casa o robe a alguien con violencia o se comporte de manera que en nuestro país consideraríamos criminal, se le lleva al hospital, donde se le prestan solícitos cuidados a cuenta del erario público o, en caso de ser persona de dinero, se hace saber a todos sus amigos que sufre de un serio ataque de inmoralidad, exactamente como hacemos nosotros cuando estamos enfermos. Ellos acuden a visitarle con gran consideración y le preguntan con interés cómo sucedió, cuáles fueron los primeros síntomas, etcétera, preguntas a las que él responderá con absoluta franqueza puesto que la mala conducta, pese a ser considerada tan deplorable como consideramos nosotros las enfermedades e indicativa de que algo realmente malo le sucede al individuo ofensor, se considera, sin embargo, producto de algún percance anterior o posterior al nacimiento.

Lo extraño del caso es que, mientras que achacan las faltas morales a los efectos de la desventura tanto en la personalidad como en el entorno, no aceptan ese mismo alegato para aquellos casos que en Inglaterra despertarían únicamente solidaridad y conmiseración. La mala suerte de cualquier tipo o el ser maltratado a manos de otras personas son considerados crímenes en tanto que a la gente le resulta incómodo enterarse de ello. Por lo tanto, la pérdida de una fortuna o de algún ser querido de quien uno dependiese, se castiga casi con tanta severidad como las infracciones de salud.

Por ajenas que nos puedan parecer estas ideas, se pueden encontrar indicios de opiniones similares incluso en la Inglaterra del siglo XIX. Cuando alguien sufre de un absceso, el doctor le informará de que contiene sustancia «morbosa», la gente dice tener un brazo o un dedo «mal», o que se siente «mala» en general, cuando quieren decir que se encuentran «enfermos». En países extranjeros se perciben aún más fácilmente opiniones similares a las erewhonianas. Entre los mahometanos, por

ejemplo, que aun hoy en día encarcelan a las mujeres en hospitales, y los maoríes de Nueva Zelanda que repelen los infortunios irrumpiendo por la fuerza en la casa del desafortunado para romper y quemar sus posesiones. Los italianos, por otra parte usan la misma palabra para «deshonra» e «infortunio». En una ocasión escuché a una señora italiana hablar sobre un joven amigo suyo de quien decía que había sido dotado de todas las virtudes posibles. «Ma», exclamó, «povero disgraziato, ha ammazzato suo zio» («Pobre desgraciado, ha asesinado a su tío»).

Al comentar este caso, que presencié siendo niño cuando mi padre me llevó a Italia, la persona a quien se lo referí no se mostró sorprendida. Dijo que, en cierta ciudad, él había requerido durante dos o tres años los servicios de un joven cochero siciliano de actitud y apariencia agradables, hasta que éste desapareció. Al preguntar qué había sido de él, se enteró de que estaba en la cárcel por disparar a su padre en un intento de matarlo (sin que, por suerte, diese resultado). Unos años después, a esta misma persona le abordó afectuosamente aquel mismo cochero tan agradable. «Ah, caro signore», exclamó, «sono cinque anni che non lo vedo —tre anni di militare, e due anni di disgrazia», etcétera («Estimado señor, hace cinco años que no le veo —tres años de servicio militar y dos de desgracia»), siendo estos dos últimos los que había pasado en la cárcel. No mostraba ni rastro de sentido moral. Con su padre estaba ahora en excelentes términos y probablemente así seguirían a menos que uno de los dos tuviese la desgracia mortal de ofender al otro.

En el siguiente capítulo daré algunos ejemplos de la forma en que se lidia en Erewhon con aquello que nosotros llamaríamos mala suerte, dificultad o enfermedad. Por ahora volveré al trato de los casos que nosotros consideraríamos criminales. Como dije antes, se estima que estos casos, pese a no ser castigados por la ley, deben enmendarse. En consecuencia, hay una serie de hombres instruidos en las artes del alma que reciben el nombre de corregidores (es ésta la traducción más apropiada que encuentro para su palabra que significa, literalmente, «aquel que corrige las desviaciones»). Estos caballeros ejercen de la misma forma que lo hacen los médicos en Inglaterra y cobran (con mucha discreción) una tarifa por cada visita. Se les consulta con la misma honestidad y se les obedece con tanta confianza como hacemos nosotros con nuestros doctores (es decir, normalmente, lo suficiente) porque la gente entiende que le conviene mejorar tan pronto como sea posible y que no se la hostigará como si tuviera una afección física, aunque quizá deba seguir tratamientos muy dolorosos.

Cuando digo que no se les hostigará, no quiero decir que para un erewhoniano no haya consecuencias en su trato con la sociedad si, por ejemplo, comete un fraude. Sus amigos se distanciarán porque su compañía será menos grata, de la misma manera que nosotros tendemos a no relacionarnos con gente pobre o enferma. Nadie que tenga cierta autoestima se pondría a la altura de aquellos que han sido menos afortunados en lo referente a su familia, su riqueza, belleza, capacidades, u otros criterios. De hecho, esa aversión e incluso desprecio de alguien afortunado hacia los

desafortunados, (o al menos, hacia aquellos que acarrearán desgracias serias y poco comunes), no es tan solo natural, sino que es deseable en cualquier sociedad, sea humana o animal.

Por lo tanto, el hecho de que los erewhonianos no atribuyan culpa alguna a los crímenes sino a las enfermedades, no es impedimento para que los más egoístas de ellos descuiden la relación con un amigo que ha robado un banco, por ejemplo, hasta que se haya recuperado por completo; pero sí evita que tan siquiera piensen en tratar a los criminales con ese tono despectivo que parece querer decir: «Si yo estuviese en tu lugar, sería mejor persona de lo que tú eres». Tono que sí se considera apropiado con los enfermos. De ahí que, mientras que ocultan la mala salud mediante todo tipo de ardidés, hipocresías y artificios, son bastante sinceros en lo que toca a las enfermedades mentales más evidentes, cuando éstas existen (lo que, en honor a la verdad, no es muy frecuente). Por supuesto hay algunas personas que son, por así decirlo, hipocondríacos morales que se ponen en ridículo por su aprensión de ser perversos, cuando resultan ser gente agradable la mayor parte del tiempo. Se trata, sin embargo, de casos excepcionales; la mayoría tienen la misma cautela (o falta de ella) al hablar de su estado moral que tenemos nosotros al hablar de nuestra salud.

En consecuencia, nuestros saludos habituales, tales como «¿Cómo está usted?» y otros similares, son indicio de una aberrante falta de educación y tampoco se toleran entre las clases más ilustradas comentarios elogiosos sobre el buen aspecto que tiene una persona. Se saludan con: «Espero que sea usted bueno esta mañana» o «Espero que se haya recuperado usted de aquel acceso de irritabilidad que sufría la última vez que nos vimos», y si la persona saludada no está siendo buena o todavía está irritable, así lo dice y se le muestra la correspondiente compunción. De hecho, los corregidores incluso han designado en su lengua hipotética (que se enseña en la Facultad de la Sinrazón) todas las formas de indisposición mental y las han clasificado con un sistema propio que, pese a que no llegué a comprenderlo, funciona aparentemente bien en la práctica ya que son capaces de establecer qué le sucede a una persona en cuanto han escuchado su explicación. Además, la familiaridad con que usan esas palabras tan complejas apacigua a los pacientes, que las consideran indicio de que el corregidor comprende a la perfección el caso en concreto.

El lector comprenderá sin dificultad alguna que las leyes concernientes a la buena salud se eluden frecuentemente mediante pretextos socialmente establecidos que todo el mundo reconoce, aunque jamás dejan ver que los identifican como tales, puesto que se consideraría de muy mala educación. Así, uno o dos días después de mi llegada a la casa de los Nosnibor, una de las muchas damas que me visitó se excusó por la ausencia de su marido, que enviaba su tarjeta de visita alegando que al pasar por el mercado esa mañana había robado un par de calcetines. Ya me habían prevenido de que en estos casos no debería mostrar sorpresa así que me limité a expresar mi conmiseración y dije que, pese a llevar tan poco tiempo en la capital, me había faltado muy poco para robar un cepillo de ropa y que, aunque hasta ahora había

resistido la tentación, tenía la triste certeza de que, en caso de ver un objeto interesante que no estuviese demasiado caliente ni fuese muy pesado, yo también acabaría bajo el cuidado de los corregidores.

La señora Nosnibor, que había escuchado con atención todo lo que decía me alabó cuando la señora se hubo marchado. Según dijo, nada habría resultado más educado de acuerdo con el protocolo de etiqueta erewhoniano. Me explicó a continuación que el robar un par de calcetines o «tener los calcetines» (en el lenguaje coloquial) era una forma establecida de indicar que la persona en cuestión estaba ligeramente indispuesta.

A pesar de todo esto, tienen clara conciencia de la alegría que proporciona lo que ellos llaman sentirse «bien». Admiran la salud mental y les encanta que los demás disfruten de ella; se toman todas las molestias (sin sacrificar el resto de sus obligaciones) para asegurársela, evitan desposarse con miembros de aquellas familias que se consideran poco cuerdas y mandan a buscar al corregidor en cuanto se sienten culpables de haber cometido un acto realmente malvado (muchas veces incluso cuando creen que van a cometerlo) y aunque sus curas son en ocasiones realmente dolorosas, recurriendo al confinamiento durante semanas enteras y en algunos casos a las más crueles torturas físicas, no he sabido de ningún erewhoniano en sus cabales que se niegue a hacer lo que el corregidor le diga, así como tampoco he sabido de ningún inglés en sus cabales que se negara a someterse a las más aterradoras operaciones si sus doctores le indicaban que eran necesarias.

En Inglaterra no rehuimos contarle al doctor lo que nos sucede por el simple hecho de tener miedo a que nos haga daño. Le permitimos que practique con nosotros sus malas artes sin tan siquiera una palabra porque no nos sentimos perseguidos por estar enfermos y porque comprendemos que el doctor está haciendo cuanto puede para curarnos y que él entiende nuestra situación mejor que nosotros mismos. Pero si nos tratasen como a los erewhonianos cuando tienen alguna enfermedad, haríamos lo mismo que con los males morales e intelectuales. Fingiríamos estar sanos con una pericia magistral hasta que se nos descubriese y odiaríamos cada latigazo de castigo más que la amputación de una extremidad que se ejecuta con cuidado y atención en un intento de ayudarnos a superar una dificultad por un doctor que, por otro lado, es perfectamente consciente de que no se encuentra él mismo en tal condición por un simple capricho del azar. De esta manera, los erewhonianos se azotan una vez a la semana y se mantienen a pan y agua durante dos o tres meses seguidos cuando el corregidor lo recomienda.

No creo que mi anfitrión, que le había estafado a una viuda crédula todas sus propiedades, haya sufrido más de lo que alguien sufre bajo los cuidados de un doctor inglés. Sin embargo, debió de pasarlo bastante mal. Los ruidos del castigo me convencieron de que sufría un infinito dolor, pero nunca se amedrentó ante el tratamiento. Estaba convencido de que le ayudaba y yo opino que estaba en lo cierto. No me imagino a este hombre desfalcando a nadie de nuevo. Es posible que lo vuelva

a hacer, pero antes habrá de pasar cierto tiempo.

Ya me percaté, durante mi estancia en prisión y el viaje a la capital de gran parte de lo anteriormente referido pero todavía me parecía extremadamente extraño y vivía con el continuo temor de cometer alguna falta de educación por mi incapacidad para compartir el punto de vista de la gente que me rodeaba. Sin embargo, tras unas semanas de convivencia con los Nosnibor, comprendía todo mejor, especialmente al enterarme de los detalles de la enfermedad de mi anfitrión, de la que él mismo me habló con detalle en varias ocasiones.

Parece ser que había trabajado en el mercado de valores durante muchos años y que había amasado una enorme fortuna, sin sobrepasar los límites de lo que podía justificar o, al menos, de lo que estaba permitido. Al cabo del tiempo, sin embargo, sintió en varias ocasiones el deseo de ganar dinero de forma fraudulenta y, de hecho, había gestionado sumas de dinero dos o tres veces de manera que le causaba cierta inquietud. Desgraciadamente, le quitó hierro al asunto y desdeñó la afección hasta que, por nuevas circunstancias pudo estafar a una escala considerablemente mayor (me contó qué circunstancias eran estas en particular y son de lo peor que pueda uno imaginar, si bien no es preciso dar más detalle). Aprovechó la oportunidad y entonces, cuando ya era demasiado tarde, se percató de que debía de estar trastornado, de que se había descuidado durante demasiado tiempo.

Se dirigió a su casa enseguida, dio la noticia a su mujer e hijas con tanta delicadeza como pudo y mandó buscar a uno de los más famosos corregidores del reino para que asesorase al propio corregidor de la familia puesto que el caso era claramente grave. A la llegada del corregidor, le contó lo sucedido así como su temor de que su decencia hubiese resultado dañada de por vida.

Aquel eminente facultativo lo consoló con unas cuantas palabras alentadoras y procedió a realizar un diagnóstico detallado del caso. Preguntó acerca de los progenitores del señor Nosnibor, si disfrutaron de buena salud moral. Éste respondió que jamás habían hecho nada grave, pero que su abuelo materno, a quien siempre dijeron que él se asemejaba, había sido un perfecto sinvergüenza que había acabado sus días en un hospital y que un hermano de su padre, tras llevar una vida de infamia durante años, fue curado por un filósofo de una nueva tendencia que, hasta donde yo pude entender, era tan similar a la antigua como la homeopatía lo es a la alopátia. El corregidor rechazó la posibilidad con un movimiento de la cabeza y replicó entre risas que el motivo de la cura probablemente fuese natural. Tras unas preguntas más le hizo una receta y se marchó.

Se me permitió leer la receta. Prescribía el pago de una multa al Estado del doble de la cantidad desfalcada, abstinencia de cualquier tipo de comida salvo pan y leche durante seis meses y duros azotes mensuales durante doce meses. Me sorprendió el ver que del dinero de la multa no se destinaba lo más mínimo para la pobre señora que había sido estafada y, al preguntar al respecto, me enteré de que el Tribunal de Confianza Indebida le habría juzgado de no haber escapado a sus garras al morir poco

después de descubrir la estafa.

En cuanto al señor Nosnibor, recibió su undécima fustigación el día en que llegué. Lo vi después, esa misma tarde, y todavía estaba dolorido, pero no había forma de evitar la receta del corregidor puesto que las llamadas leyes sanitarias de Erewhon son muy rigurosas y a menos que el corregidor esté satisfecho con el cumplimiento dado a sus instrucciones, al paciente se lo llevará a un hospital (como se hace con los pobres) y se encontrará en una situación mucho peor. Así lo contempla la ley, al menos, si bien nunca se ha llegado a cumplir.

En una ocasión posterior presencié la visita del corregidor familiar al señor Nosnibor, al que se consideraba cualificado para ratificar la cura del afectado. Me sorprendió la delicadeza con la que evitaba incluso la más remota alusión al estado físico de su paciente pese a que mi anfitrión presentaba ojos amarillentos que indicaban cierto temperamento bilioso. Resulta que haberlo mencionado habría sido una seria infracción del código de etiqueta profesional. Me han dicho, no obstante, que un corregidor a veces estima oportuno examinar las posibilidades de algún ligero desorden físico, cuando lo considera relevante en el diagnóstico, si bien las respuestas que recibe son normalmente evasivas o claras mentiras y él tiene que formarse una opinión al respecto como mejor pueda. Algunas personas razonables han propuesto que debería hablarse al corregidor, en estricto secreto, sobre cualquier disfunción física que pudiera afectar al caso, pero la gente tiende a recelar de esta posibilidad puesto que a nadie le gusta rebajarse a los ojos del corregidor y su ignorancia sobre temas médicos es absoluta. Me contaron acerca una dama que tuvo la valentía de confesar que un ataque de mal humor y de caprichos extravagantes que había sufrido se debió probablemente a una indisposición. «Debería usted resistir esas situaciones», le dijo el corregidor en un tono amable pero con voz severa. «No podemos hacer nada en cuanto a los cuerpos de nuestros pacientes; estos asuntos quedan más allá de nuestro campo y espero no volver a oír este tipo de detalles». La señora rompió a llorar y prometió que nunca volvería a enfermar.

Pero, volviendo al señor Nosnibor, a medida que pasaba la tarde, muchos coches llegaron a la residencia trayendo a gente que preguntaba acerca de cómo le había ido en su fustigación. Ésta había sido muy dura pero tantas atenciones le alegraron mucho y me aseguró que casi se sentía inclinado a actuar mal de nuevo tan solo por la solicitud con la que sus amigos le trataban durante la convalecencia. Qué duda cabe de que no lo decía en serio.

Durante el resto de mi estancia en el país, el señor Nosnibor estuvo constantemente ocupado en sus negocios e incrementó en mucho sus ya abundantes posesiones pero no escuché ni un solo rumor acerca de que se hubiese sentido indispuesto por segunda vez o de que hubiese ganado dinero por medios que no fuesen estrictamente honrados. Sí que me dijeron en secreto que había motivos para pensar que su salud se había resentido considerablemente por el trato del corregidor, pero sus amigos no pretendían entrometerse en el asunto y, a su vuelta a los negocios,

eludieron el tema al considerarlo apenas punible en alguien que había sufrido tanto. Y es que consideran leves aquellos achaques físicos que hayan sido producidos por causas ajenas a la constitución de la persona. Así, si alguien arruina su salud por ser demasiado indulgente en la comida o la bebida, esto se considerará casi como parte de una enfermedad mental que lo ocasiona y se le concede poca importancia. Sin embargo, no hay clemencia para los casos de fiebres, catarrros o enfermedades pulmonares que a nosotros nos parecen más allá de la voluntad de las personas. Sí son más indulgentes con las enfermedades de los niños, como el sarampión. Parecen verlo igual que nosotros consideramos el irse de picos pardos y lo pasan por alto como una mera indiscreción siempre que no sea demasiado serio y se compense con una total recuperación.

Huelga decir que para ejercer la profesión de corregidor se requiere una extensa formación especial. Es lógico que aquel que pretenda curar una indisposición moral deba estar versado en todas las variantes de la misma. Aquellos que estudian para corregidor deben dedicarse a la práctica de cada vicio, durante periodos de tiempo estipulados como deber prácticamente religioso. A estas épocas se las llama «ayunos» y se prolongan hasta que el alumno se halle capacitado para dominar en sí mismo todos los vicios morales comunes de forma que pueda aconsejar a sus pacientes a partir de su propia experiencia.

Los que pretendan especializarse, en lugar de encaminarse a la práctica general, se dedican con especial atención a aquella rama que ejercerán. Algunos estudiantes se ven obligados a continuar estas prácticas toda la vida, ciertos hombres devotos han llegado a morir, sacrificándose en la práctica del alcoholismo, la glotonería o aquel campo de los vicios en el que se estuviesen especializando. Sin embargo, estas incursiones obligatorias en los diversos tipos de vicios no resultan perjudiciales para la gran mayoría de los estudiantes.

De hecho, los erewhonianos sostienen que la virtud inmaculada no es algo a lo que se deba aspirar. Me mencionaron más de un caso en que las virtudes, reales o imaginarias de un padre resultaron perjudiciales a sus descendientes de tercera o cuarta generación. Los corregidores dicen que lo único que se puede afirmar de la virtud es que hay considerables ventajas a su favor y que, en general, es mucho mejor estar de su lado que en su contra. También insisten en que hay mucha pseudovirtud que atrapa a más de uno sin que se percate. Dicen que los mejores hombres son aquellos no especialmente viciosos ni especialmente virtuosos. Les hablé de William Hogarth y de sus grabados ilustrativos del aprendiz aplicado y el aprendiz holgazán^[43], pero no parece que consideraran al estudiante aplicado muy buena persona.

Capítulo 11

Algunos juicios en Erewhon

En Erewhon, igual que en otros países, hay tribunales que se encargan de ciertos temas especiales. Como mencioné antes, el infortunio en general se considera más o menos criminal, si bien se admiten clasificaciones, de modo que cada tribunal es competente en alguna de las áreas en que se divide aquél. Poco después de haber llegado a la capital, dando un paseo hasta el Tribunal de Pesares Personales escuché con mucho interés y aflicción el proceso de un hombre acusado de haber perdido recientemente a su mujer, por la que sentía un profundo afecto y que le dejaba tres hijos pequeños, de los cuales el mayor contaba tan sólo tres años.

La defensa que intentó establecer el abogado del acusado se basaba en que éste jamás había amado a su mujer, pero se vino abajo puesto que el fiscal llamó a testigos que, uno tras otro, declararon que la pareja se quería con devoción y el prisionero rompía a llorar cada vez que las pruebas referidas le recordaban la naturaleza irreparable de la pérdida que había sufrido. Tras una brevísima deliberación, el jurado emitió un veredicto de culpabilidad aunque aconsejaba cierta clemencia puesto que el acusado había asegurado recientemente a su esposa por una cantidad considerable y que se le podía considerar afortunado en tanto que había cobrado el dinero sin objeciones por parte de la compañía aseguradora pese a haber pagado únicamente dos primas.

Ya he mencionado que el jurado consideró culpable al acusado. Pero además, cuando el juez dictó la sentencia me sorprendió la manera en que reprendió al abogado por haberse referido a un ensayo que pretendía atenuar la culpabilidad en este tipo de infortunios, causando indignación en la sala.

«Seguirán apareciendo», dijo el juez, «estos burdos libros subversivos hasta que se reconozca como un axioma moral que la suerte es el único concepto digno de la veneración humana. Hasta qué punto tiene derecho un hombre a ser más afortunado y por lo tanto más venerable que sus vecinos, es un tema que siempre se ha determinado y siempre se determinará en primer lugar por una especie de negociación y regateo y en último término mediante la fuerza bruta. Pero independientemente de ello, es evidente que a nadie se le debe permitir ser más que moderadamente desafortunado».

Entonces, volviéndose hacia el acusado, continuó: «Ha sufrido usted una gran pérdida. La Naturaleza determina castigos severos para este tipo de delitos y las leyes humanas deben reafirmar los decretos de la Naturaleza. De no ser por el consejo del jurado le habría condenado a seis meses de trabajos forzados; sin embargo, conmutaré esa sentencia por una de tres meses con la opción alternativa de pago de

una multa del veinticinco por cien de la cantidad que ha recibido usted de la compañía aseguradora».

El acusado dio las gracias al juez y dijo que, al no tener a nadie que cuidase a sus hijos en caso de ir a la cárcel, se atendería a la opción que tan graciosamente le había presentado su señoría y pagaría la cantidad mencionada. Se le pidió que se retirase entonces del banquillo.

El caso siguiente era de un joven que apenas había llegado a la mayoría de edad, a quien se le acusaba de que su tutor, que era además uno de sus familiares más cercanos, le estafó gran parte de su fortuna. El caso se juzgaba en el Tribunal de Pesares Personales puesto que el padre del acusado había fallecido hacía mucho tiempo. El muchacho, que no tenía defensa, alegó que era joven, inexperto, que se sentía intimidado por su tutor y que le había faltado asesoramiento profesional. «Joven», dijo el juez con severidad, «no diga usted memeces. No existe el derecho a ser joven, inexperto, a sentirse intimidado por sus tutores o a que le falte asesoramiento profesional. Si estas negligencias escandalizan el sentido moral de sus amigos, debe uno esperarse el castigo apropiado.» Entonces dispuso que el acusado debía presentar sus disculpas a su tutor y recibir doce azotes con un látigo de nueve colas.

Sin embargo, quizá transmita mejor al lector la idea de la completa perversión moral que se da en esta gente extraordinaria describiendo la vista pública de un hombre al que se acusaba de tuberculosis (delito que se castigaba con la muerte hasta muy recientemente). No tuvo lugar hasta que hubieron pasado varios meses desde mi llegada al país y al narrarlo aquí me estoy desviando del orden cronológico, pero probablemente lo mejor sea agotar el tema antes de pasar a otros. Es más, si me ajustase a una forma estrictamente narrativa y detallase los inacabables sinsentidos con que me cruzaba a diario, no habría forma de terminar este libro.

El acusado se sentó en el banquillo y se tomó juramento a los miembros del jurado de forma muy similar a la europea, pues imitaban casi todos nuestros procedimientos incluso el preguntarle al acusado si se consideraba culpable o inocente. Él se declaró inocente y la vista continuó. Las pruebas de la acusación eran muy sólidas, pero he de mencionar en honor del tribunal que el juicio fue absolutamente imparcial. A la defensa del acusado se le permitió alegar todo lo que podía considerarse a su favor. La proposición era que el acusado estaba fingiendo la tuberculosis para defraudar a una compañía de seguros con la cual estaba a punto de contratar una póliza puesto que esperaba obtener así unas condiciones más favorables. De haberse podido demostrar que ésa era la situación, habría eludido el proceso judicial y se le habría mandado al hospital como víctima de una indisposición moral, pero el argumento no se tenía ni pese a todo el ingenio y la elocuencia de uno de los más célebres abogados del país. El caso estaba demasiado claro, puesto que el acusado estaba prácticamente a las puertas de la muerte y era increíble que no se le hubiese juzgado y condenado mucho antes. Sus accesos de tos fueron constantes

durante todo el juicio y los carceleros apenas pudieron mantenerlo de pie hasta que éste acabó.

La recapitulación del juez fue admirable. Tocó cada punto que se había aludido en defensa del acusado pero a medida que avanzaba se volvía más claro que las pruebas eran demasiado convincentes para albergar cualquier duda y no había más que una opinión en la sala sobre el inminente fallo cuando los miembros del jurado se retiraron a deliberar. Se ausentaron diez minutos y al regresar, el portavoz declaró al acusado culpable. Hubo un ligero murmullo de aprobación, pero enseguida fue reprimido. El juez procedió entonces a dictar sentencia con palabras que nunca olvidaré y que copié al día siguiente en un cuaderno del informe que publicó el periódico más popular. Nada que yo pueda decir dará más que una leve idea de la solemne, por no decir majestuosa, severidad con la que se pronunció. He aquí la sentencia, un tanto resumida:

«Procesado en el banquillo, se le acusa del grave delito de trabajar padeciendo tuberculosis y, tras un juicio imparcial ante un jurado formado por sus conciudadanos se ha declarado a usted culpable. No puedo decir que el veredicto sea injusto: las pruebas en contra de usted son concluyentes y sólo resta emitir una sentencia que satisfaga lo estipulado por la ley. Dicha sentencia debe ser muy severa. Me aflige ver a alguien tan joven y con tan buenas perspectivas en la vida rebajado a esta condición penosa a causa de su constitución, que únicamente cabe considerar como maligna. Sin embargo, su caso no es uno en el que haya que mostrar compasión, no es este su primer delito: ha llevado usted una vida criminal y de la indulgencia con la que se le ha tratado en anteriores ocasiones sólo se ha aprovechado usted para infringir más las leyes y el orden establecido de su país. Se le condenó a usted el año pasado por bronquitis aguda y ahora que tiene usted veintitrés años, ha pasado por la cárcel en no menos de catorce ocasiones por enfermedades más o menos odiosas, de hecho, no exagero si digo que ha pasado usted la mayor parte de su vida en la cárcel.

»Puede usted aludir que es hijo de padres con poca salud, que sufrió un accidente en la infancia que ha dañado su constitución para siempre; este tipo de excusas son el refugio habitual de los criminales a los que el oído de la justicia no debe prestar más atención de la debida. No me encuentro aquí para entrar en extrañas disquisiciones metafísicas sobre el origen de esto o aquello (disquisiciones que, de ser toleradas una sola vez, no llegarían nunca a su fin y cuyo resultado sería que la culpa recayese en los tejidos de la célula primigenia o en los gases elementales). No se trata de cómo llegó usted a ser malvado, sino de si es usted malvado o no, y esta cuestión se ha dirimido afirmativamente. Tampoco puedo yo dudar tan sólo un momento sobre la justicia de esta decisión. Es usted un individuo perverso y peligroso y queda usted estigmatizado a los ojos de sus conciudadanos por uno de los delitos más aberrantes que conocemos.

»No es mi deber justificar la ley. La ley debe inevitablemente resultar dura en ocasiones y en algún momento yo he lamentado no poder aplicar una condena menos

severa de la que me he visto en la obligación de aplicar, pero no es este su caso. Antes al contrario, de no ser porque la pena de muerte para los tuberculosos ha sido abolida, tenga usted por seguro que se la impondría.

»Resulta intolerable que un ejemplo de tan repulsiva magnitud ande libre, sin recibir castigo. Su presencia entre la gente decente llevaría a los peor dotados a restarle importancia a todo tipo de enfermedad y tampoco se debe permitir a usted la posibilidad de corromper seres aún nonatos que podrían acosar a usted. Los nonatos no deben acercársele y esto no tanto para protegerlos a ellos (ya que son nuestros enemigos naturales), como para protegernos a nosotros puesto que, al no poder rechazarlos completamente, deberíamos alojarlos en alguna familia que fuese menos dada a corromperlos.

»Pero, independientemente de esta consideración e independientemente de la culpa física que acompaña a este grave delito suyo, hay otro motivo por el cual no deberíamos mostrar clemencia, aunque nos sintiésemos inclinados a ello. Me refiero a la existencia de ciertos hombres que permanecen escondidos entre nosotros a los que llaman médicos. En caso de que se relajase el rigor de la ley o de la opinión pública tan sólo un poco, estas personas descarriadas, que se ven obligadas ahora a trabajar en secreto y a las que sólo corriendo un gran riesgo se puede consultar, pasarían a frecuentar todos los domicilios, su organización y su conocimiento íntimo de los secretos familiares les daría tal poder político y social que no se podría resistir. El cabeza de familia estaría subordinado al médico, que interferiría entre marido y mujer, amo y sirviente hasta que el poder de la nación recayera únicamente en manos de los médicos y todo aquello que apreciásemos estuviese a su disposición. Sobrevendría una era de decadencia física, vendedores de medicina de todo tipo plagarían las calles y se anunciarían en los periódicos. Sólo existe una forma de evitar esto, aquel que las leyes de nuestro país han recogido, que se viene aplicando desde tiempos pasados y que consiste en la más severa represión de cualquier tipo de enfermedad en cuanto sea advertida por la ley. ¡Ojalá sus ojos fuesen mucho más penetrantes de lo que son!

»Pero no me extenderé más sobre asuntos tan evidentes. Puede usted declarar que no es culpa suya. Y se le responderá que si hubiera usted nacido de padres sanos y acomodados y si le hubiesen cuidado como es debido cuando era usted un niño, no habría usted infringido las leyes de su país y no se encontraría ahora en esta posición. Y si añade usted que no pudo usted determinar su crianza y educación y que por lo tanto es injusto hacerle responsable de ellas yo respondo que sea o no sea responsabilidad suya ser tuberculoso, desde luego es una falta suya y que es mi deber proteger nuestra sociedad de faltas como ésta. Puede usted alegar que su crimen se basa en su mala suerte a lo que yo respondería que su crimen consiste en tener mala suerte.

»Por último debo subrayar que incluso aunque el jurado le hubiese absuelto (cosa difícil de imaginar) habría considerado mi deber emitir una sentencia apenas menos

severa que la que ahora emito, puesto que si se le hubiese considerado inocente del crimen de que se le acusaba, con más razón se le podría acusar de otro crimen poco menos odioso, esto es el crimen de haber sido injustamente agraviado.

»No dudo por tanto, en condenarle a usted a prisión con trabajos forzados durante el resto de su miserable existencia. Durante dicho periodo le aconsejo sinceramente que se arrepienta de aquellos agravios que ha cometido y que corrija su constitución física si bien no albergo gran esperanza de que siga mi consejo dada su actual degeneración. Si por mí fuese, no añadiría alivio alguno a esta sentencia que acabo de emitir pero por las compasivas disposiciones de nuestra ley incluso a los criminales más empedernidos se les debe conceder uno de los tres medicamentos oficialmente establecidos, que han de recetarse en el momento de la condena. Por consiguiente, recibirá usted dos cucharadas de aceite de ricino al día hasta nueva orden de este tribunal».

Al terminar la lectura de la sentencia, el prisionero, con unas pocas palabras apenas audibles, admitió que la condena era apropiada y que el juicio había sido justo. Entonces se le mandó a prisión, de donde no saldría con vida. Hubo un segundo conato de aplauso cuando el juez terminó de hablar, pero fue reprimido igual que el anterior y aunque los sentimientos de la sala hacia el condenado eran claramente negativos, no hubo muestra de violencia alguna exceptuando un ligero abucheo de la concurrencia cuando llevaron al condenado al carro de los prisioneros. De hecho nada me sorprendió tanto durante mi viaje como el respeto que todos muestran hacia la ley y el orden.

Capítulo 12

Los descontentos

Confieso haberme sentido bastante triste al regresar a casa y pensar más a fondo sobre el juicio que acababa de presenciar. En un principio me había dejado llevar por las opiniones de los que me rodeaban, que no albergaban reparos sobre lo que hacían. No parecía haber persona alguna en el tribunal con la más mínima duda de que todo estaba yendo como debía. Aquella ciega confianza general me contagió a pesar de mi trasfondo tan claramente diferente. Así hacemos todos: lo que percibimos que la gente a nuestro alrededor toma por supuesto también nosotros lo tomamos por supuesto. Después de todo, es nuestra tarea actuar de esta manera, salvo en casos excepcionales.

Sin embargo, cuando me encontré solo y comencé a reflexionar sobre el juicio me pareció que revelaba una postura extravagante e insostenible. En caso de que el juez hubiese dicho que admitía la evidencia, esto es, que los padres del prisionero habían tenido mala salud o que había pasado hambre durante la infancia o que se había dado alguna circunstancia que desarrolló su tuberculosis, y entonces hubiese continuado diciendo que, pese a lo anterior, lamentaba amargamente que para proteger a la sociedad se veía obligado a infligir más dolor a aquel que tanto había sufrido ya, puesto que no había otra opción, yo podría comprender su posición independientemente de que no compartiese su opinión. El juez estaba absolutamente convencido de que infligir dolor a los más débiles y enfermizos es el único medio de prevenir la expansión de la debilidad y la enfermedad y de que los sufrimientos que padecería el acusado salvarían a la larga, por su patente severidad, a otras personas de sufrimientos diez veces mayores. Podría entonces entender cualquier castigo que se considerase necesario para prevenir que tan mal ejemplo se extendiese y menguase la calidad de vida erewhoniana, pero parecía casi infantil decirle al acusado que podría haber tenido mejor salud si hubiese sido más afortunado con su complexión y si hubiese pasado menos penalidades cuando era niño.

No estoy muy seguro, pero me parece que no es injusto castigar a la gente por las desgracias que le acontecen o recompensarles por haber tenido buena suerte. Ésa es la condición natural de la vida humana y nadie en su sano juicio debería quejarse al ser sometido a una ley universal puesto que no existe alternativa. Es inútil declarar que los hombres no somos responsables de nuestra mala suerte. ¿Qué es la responsabilidad? Sin duda alguna, ser responsable quiere decir que uno debe responder de algo en caso de que se le exija y todos los seres vivos son responsables de sus vidas y acciones en caso de que la sociedad considere necesario interrogarles a través de sus delegados.

¿Qué delito comete el cordero para que lo criemos, lo cuidemos y le hagamos sentirse seguro con el propósito de matarlo? Su delito es la mala suerte de ser algo que la sociedad quiere consumir y el no poder defenderse. Este es un tema complejo. ¿Quién puede limitar el derecho de la sociedad excepto la sociedad misma? ¿Y qué deferencia hacia los individuos será tolerable si no beneficia también a la sociedad? ¿Por qué motivo debería un hombre heredar una fortuna por ser hijo de un millonario, si no estuviese claro que de esta manera mejora el bienestar general? No podemos restarle méritos al hijo de un hombre rico sin poner en peligro nuestros propios méritos, que no deseamos arriesgar. De no ser así no le dejaríamos quedarse con su dinero ni siquiera una hora, lo tomaríamos para nosotros en seguida. Sobre todo teniendo en cuenta que la *propiedad es un robo*^[44], claro que entonces somos todos ladrones o ladrones en potencia y nos hemos encontrado con que nos es indispensable estructurar nuestros latrocinios, de igual manera que hemos encontrado que nos es necesario estructurar nuestra lascivia y nuestra venganza. La propiedad, el matrimonio, la ley; son lo mismo que el cauce es al río, así son la regla y la convención para el instinto; y pobre de aquél que altera el cauce cuando bajan las crecidas.

Pero volviendo al tema, incluso en Inglaterra, a aquel hombre a bordo de un barco que sufra la fiebre amarilla, se le hará responsable de su infortunio independientemente de lo que pueda llegar a costarle el estar encerrado en cuarentena. Podrá morir de fiebre, no hay forma de evitarlo y debe arriesgarse igual que los demás. Lo que está claro es que sería una tremenda descortesía agregar a nuestras medidas de protección la injuria, a no ser, por supuesto, que creamos que la injuria es una buena medida de protección. Está también el caso de los locos, por ejemplo. Decimos que no son responsables de sus actos pero nos aseguramos, o deberíamos asegurarnos, de que responden por su locura y los encarcelamos en lo que llamamos manicomios (¡esos refugios modernos!) si no nos satisfacen sus respuestas. He aquí una extraña forma de irresponsabilidad. Lo que deberíamos decir es que nos conformamos con la respuesta de un lunático y no con la de una persona cuerda, aunque la de aquél sea menos satisfactoria, porque la locura es menos contagiosa que el crimen.

Por supuesto, mataríamos a una serpiente si nos amenazase sólo por ser determinado tipo de serpiente en determinado lugar, pero en ningún caso declaramos que la culpa cae sobre la serpiente por no haber sido una criatura inofensiva. Su crimen es haber sido aquello que es, pero es un crimen castigado con la pena capital y hacemos lo correcto al eliminarla (a no ser que establezcamos que es más peligroso matarla que dejarla escapar). En cualquier caso nos compadecemos de la criatura pese a que la matamos.

Sin embargo, en el caso del hombre cuyo juicio he descrito anteriormente, era imposible que alguien de la audiencia ignorase que si ellos mismos no tenían tuberculosis era por una mera circunstancia de su nacimiento y aun así a ninguno de

ellos se le ocurrió que sentarse a escuchar cómo el juez soltaba crueles perogrulladas sobre el reo fuese una deshonra. El propio juez era una persona agradable y considerada, tenía un porte majestuoso y apacible. Evidentemente tenía una salud de hierro y en su cara se reflejaba la sabiduría de los años y la experiencia. Y a pesar de todo aquello, anciano y sabio como era, no podía ver cosas que le parecen evidentes incluso a un niño. No podía liberarse, qué digo, no alcanzaba tan siquiera a percatarse del cautiverio ideológico en el que le habían criado y educado.

Lo mismo sucedía con el jurado y el público y (lo más asombroso de todo) también con el propio acusado. Durante todo el proceso pareció entender que recibía un tratamiento justo, no le pareció desatinado que el juez le dijese que lo iban a castigar, no tanto para proteger a la sociedad (aunque esto no se olvidaba) sino por no haber nacido en mejores circunstancias y haber sido mejor criado. Pero de esto mismo derivó la esperanza de que él haya sufrido menos de lo que lo habría hecho si hubiese visto las cosas desde mi punto de vista. Al fin y al cabo, la justicia es relativa.

Mencionaré aquí que tan sólo unos años antes de mi llegada al país la condena para los condenados por enfermedad era mucho más salvaje puesto que no se les suministraba medicamento alguno y se les destinaba a los más duros trabajos en todo tipo de clima, de manera que la mayoría sucumbía a las tremendas penalidades que sufría. Esto se consideraba relativamente beneficioso, en tanto en cuanto al país le resultaba menos gravoso custodiar a los criminales. Pero la expansión del bienestar debilitó la tradicional intolerancia; en la época de la sensibilidad no se toleraría aquel aparente exceso de rigor, incluso hacia los peores delincuentes. Es más, se percataron de que los jurados estaban menos dispuestos a condenar a la gente y que la justicia se eludía con frecuencia al no haber alternativa entre condenar a un hombre a la muerte y dejarle en libertad. También se argumentaba que el Estado se lastraba con las recaídas ya que aquellos que habían estado en prisión, incluso por las enfermedades más insignificantes, acababan muy a menudo permanentemente incapacitados al cumplir su condena, de manera que cuando se condenaba a alguien una vez, lo más común era que permaneciese el resto de su vida a cargo del Estado.

Estos inconvenientes se habían observado y admitido hacía ya mucho tiempo y sin embargo la gente era demasiado indolente e indiferente en lo que respecta al sufrimiento ajeno como para involucrarse a la hora de ponerle fin hasta que un benévolo reformista dedicó su vida entera a llevar a cabo los cambios necesarios. Dividió las enfermedades en tres clases, las localizadas en la cabeza, las localizadas en el tronco y las localizadas en las extremidades inferiores, y consiguió promulgar una ley por la cual toda enfermedad de la cabeza, interna o externa, se debía tratar con láudano, aquellas del tronco con aceite de ricino y las de las extremidades inferiores con un linimento a base de ácido sulfúrico y agua.

Puede decirse que la clasificación no es lo necesariamente detallada y que las curas fueron mal escogidas, sin embargo, iniciar una reforma es siempre tarea ardua y era necesario familiarizar primero a la opinión pública con la idea de igual manera

que se introduce una cuña por su extremo más delgado al principio. No es de extrañar, por lo tanto, que en esa sociedad de gente tan pragmática todavía haya espacio para progresar. La mayoría de la población está satisfecha con las condiciones actuales y piensa que el tratamiento de los criminales deja poco o nada que desear. No obstante, existe una minoría enérgica que mantiene ideas consideradas extremistas y que no descansará hasta que aquellas medidas iniciales se lleven más lejos todavía.

Me costó bastante analizar las opiniones de estas personas y sus motivos. La sociedad en general siente aversión hacia ellas y las considera subversoras de la moral establecida. Los descontentos, por su parte, afirman que las enfermedades son los resultados inevitables de ciertos antecedentes que, en su gran mayoría, están más allá del control del individuo y que, por lo tanto, alguien es tan culpable de tener tuberculosis como una fruta lo es de pudrirse. Ciertamente, la fruta debe desecharse al no ser apta para el consumo y la persona tuberculosa debe ser encarcelada para proteger a sus conciudadanos, no obstante, estos radicales no castigarían al enfermo más que privándolo de su libertad y poniéndolo bajo estricta vigilancia. Mientras se impida que perjudique a la sociedad, le permitirían ser de utilidad abasteciéndola de aquellas necesidades que pueda suministrar. Si de esta manera consiguiese ganar dinero, le harían la prisión tan cómoda como él pudiese pagar y de ninguna manera interferirían con su libertad más que para asegurarse de que no escapase o de que empeorase su situación, si bien detraerían los gastos de su manutención, alojamiento, vigilancia y la mitad de los de su reclusión. En caso de estar demasiado enfermo para llevar a cabo una actividad que le sustente, le concederían únicamente pan y agua, y esto incluso con cierta frugalidad.

Mantienen que es un desatino por parte de la sociedad el rechazar los beneficios que pueda generar una persona tan sólo porque ésta haya perjudicado a la sociedad previamente y que objetar al trabajo de los reclusos no es más que un tipo de protección y además un intento de elevar el precio de ciertos productos al determinar que esta o aquella persona, que quieren y pueden producirlos, no deben hacerlo de tal manera que los demás tengan que pagar más por el producto en sí.

Además, mientras un hombre no esté muerto, sigue siendo nuestro semejante, aunque a veces sea un semejante muy desagradable. Si esa persona es como es, se debe, en gran medida, a las acciones de los demás; en otras palabras, la sociedad que la condena es en parte responsable de ella. Mantienen también que no ha de temerse la proliferación de las enfermedades en caso de aplicar su propuesta puesto que la pérdida de libertad, la vigilancia, la considerable y obligatoria detracción de las ganancias del prisionero, la restricción del uso de estimulantes (de los cuales se les permitirían poquísimos y en todo caso, ninguno a quien no se lo ganase), el celibato forzoso y, sobre todo, la pérdida de reputación entre sus amigos son, en su opinión, medidas tan buenas para prevenir la dejadez de la salud como las que ahora se emplean. Por lo tanto cada cual debe continuar, dicen, con su profesión o negocio en

la cárcel, si ello fuera posible. En caso contrario debería hacer lo más similar, y si fuese un caballero, nacido y educado sin profesión, debería trabajar la estopa o escribir crítica de arte para un periódico.

Este grupo sostiene también que la mayor parte de las indisposiciones del país la genera la forma disparatada con que se tratan las enfermedades.

Piensan que las enfermedades físicas son, en muchos casos, tan remediabiles como las enfermedades morales que a diario ven enmendadas a su alrededor, pero que es imposible comenzar el cambio mientras que los hombres no tengan un punto de vista más justo sobre el origen de las desviaciones físicas. La gente ocultará sus enfermedades mientras se la persiga al descubrirse que está enferma; es la persecución y no el temor hacia el remedio lo que motiva el encubrimiento. Si un hombre sintiese que sus vecinos recibirían la noticia de su indisposición como un hecho deplorable pero motivado por unas causas previas igual que si hubiese asaltado una joyería y robado un valioso collar de diamantes, como algo que bien podía haberle sucedido a ellos, salvo que tuvieron más suerte al nacer o al criarse, y si también sintiese que no iba a pasarlo peor en la cárcel de lo estrictamente necesario para prevenir el contagio a la sociedad y recibir los tratamientos necesarios, aquel hombre se entregaría a la policía de tan buena gana como se entrega al corregidor cuando se siente a punto de falsificar una herencia o de fugarse con la esposa de alguien.

Pero el argumento principal en el que descansa su teoría es el económico, puesto que saben que se alcanza antes un fin apelando a los bolsillos de la gente, en los que normalmente guardan algo propio, que apelando a los cerebros, donde la mayoría no almacena sino alguna posesión prestada o robada. También saben que su demostración es más eficaz y que provoca resultados más patentes. Sostienen que si se prueba que un proceder cuesta menos al Estado, sin recurrir a recortes deshonrosos y sin incurrir en otros gastos, se requiere un gran esfuerzo para derribar los argumentos a favor de su adopción. Sostienen también (no sabría yo decir si correcta o incorrectamente) que cuanto más humano y curativo sea el trato de los enfermos a los que defienden, más barato le resultaría éste al país. Sin embargo, no me pareció que estos reformadores se opongan a la aplicación, en las enfermedades más severas, del látigo de nueve colas o de la sentencia de muerte, puesto que no conocen tratamiento más efectivo. En consecuencia ellos sugieren fustigar y ahorcar, pero con compasión.

Quizá me he demorado demasiado explicando opiniones que nada tienen que ver con las nuestras, pero no he escrito ni la décima parte de lo que estos reformistas me han trasladado. Entiendo, sin embargo, que con lo dicho ya he abusado de la atención del lector.

Capítulo 13

Opiniones de los erewhonianos acerca de la muerte

Los erewhonianos contemplan la muerte con menos aversión que la enfermedad. Si es que es un crimen, se trata de un crimen que está más allá del alcance de la ley que, por lo tanto, no trata el tema. Dicen, sin embargo, que la gran mayoría de aquellos a los que nos referimos como muertos en realidad no han nacido todavía, al menos no en aquel mundo imperceptible que es el único merecedor de consideración. En lo referente a ese mundo imperceptible, parecen decir que la gestación de muchos de nosotros en ese mundo se ve interrumpida incluso antes de llegar a este mundo visible y la de otros después, siendo sólo unos pocos los que llegan a nacer en aquél. La gran mayoría de hombres y mujeres del país se malogra antes de alcanzarlo y dicen también que no es algo tan importante como parece.

En cuanto a lo que nosotros llamamos la muerte, creen que su importancia se exagera. El simple conocimiento de que algún día moriremos no nos hace muy felices, aunque como nadie piensa que podrá evitarlo, nadie resulta decepcionado. No nos importa demasiado incluso sabiendo que no vivimos mucho tiempo, lo único que nos afecta es conocer, o quizá pensar que conocemos, el preciso instante en que nos tocará. Afortunadamente, nadie puede estar seguro al respecto, pese a que muchos se desesperan intentando descubrir cuándo les llegará la muerte. Parece que hubiese algún poder que misericordiosamente nos impide ponerle ese agujijón a la muerte que nosotros le pondríamos si pudiésemos y que se asegura de que, pese que la muerte será siempre un espectro siniestro, de ninguna forma concebible llegará a ser más que eso, un espectro.

Incluso cuando un hombre condenado a morir en una semana se encuentra encerrado en una prisión de la que es imposible escapar, siempre albergará la esperanza de que se le conceda el indulto antes de que acabe la semana. Además, es posible que la cárcel se incendie y muera asfixiado, no en la horca sino con humo normal y corriente, o puede caerle un rayo en el patio mientras hace ejercicio. Cuando llegue la mañana en la que el pobre diablo será ahorcado puede ahogarse con el desayuno o fallarle el corazón antes de que se abra la trampilla e incluso cuando se abra la trampilla no puede estar absolutamente seguro de que va a morir puesto que no puede saberlo hasta que haya acontecido y entonces será demasiado tarde para que él se entere de que iba a morir en aquel preciso instante al fin y al cabo. Por eso los erewhonianos sostienen que la muerte, igual que la vida, es un asunto que más que causar dolor, asusta.

Tras la muerte incineran a los finados y las cenizas se esparcen al momento sobre cualquier paraje que el difunto pueda haber indicado. No se le permite a nadie

denegar este deseo a los difuntos, así que la gente normalmente elige algún jardín o huerto que conocía o al que guardaba afecto cuando era niño. La gente supersticiosa cree que aquellos cuyas cenizas se esparcen sobre un lugar se convierten en diligentes guardianes del mismo y a los vivos les gusta pensar que se identificarán con este o aquel paraje en el que en algún momento de su vida fueron felices.

No construyen sepulcros ni escriben epitafios a los muertos si bien, en tiempos pasados su tradición era muy similar a la nuestra. Sin embargo, sí tienen una costumbre que se acerca mucho a la nuestra ya que el instinto de preservar el nombre vivo tras la muerte de la materia parece ser común en toda la humanidad. Encargan estatuas de sí mismos mientras están vivos (aquellos que se lo pueden permitir, claro está), y hacen inscripciones en los pedestales que frecuentemente son tan falsas como nuestros epitafios, sólo que en otro sentido. Ellos no dudan en describirse como iracundos, celosos, codiciosos y otras características similares, pero casi siempre declaran haber sido hermosos, lo hayan sido o no, y frecuentemente también declaran haber poseído una gran suma de la deuda pública del país. Si alguien no es agraciado físicamente, no posa como modelo para su estatua, pese a que ésta lleve su nombre. En cambio, convence al más apuesto de sus amigos para que haga de modelo en su lugar. Se considera un gran halago el pedirle a alguien que pose para tal estatua. Las mujeres, por lo general posan para sus estatuas por su natural tendencia a no admitir la superior belleza de una amiga, si bien esperan que se las idealice. Según entendí, la abundancia de estas estatuas estaba comenzando a resultar un engorro para casi todas las familias, por lo cual probablemente esta costumbre caiga pronto en desuso.

De hecho ya ha sido así, para alivio de todos, en lo referente a las estatuas de personajes públicos, de las que sólo existen tres en la capital. Manifesté mi sorpresa al respecto y me dijeron que aproximadamente quinientos años antes de mi llegada, la ciudad estaba invadida por esta plaga hasta tal punto que no había forma de transitarla, y además la gente se encontraba muy agitada al ver cómo en cada esquina requería su atención algo que resultaba ser irrelevante. La mayoría de estas estatuas no eran más que un intento de hacer por un hombre o una mujer lo que un taxidermista hace mucho mejor con un perro, un pájaro o un lucio. Normalmente se la endosaba a la ciudad alguna camarilla que intentaba enaltecerse enalteciendo a otra persona y normalmente, también, el motivo no era otro que darle trabajo a un joven escultor prometido con la hija de alguno de los miembros de la susodicha camarilla. Estatuas engendradas de esta forma no podían ser sino deformidades, y es ésta, sin duda, la forma en que se engendran tan pronto como el arte de crearlas se practica en demasía.

Desconozco el porqué, pero las bellas artes se mantienen únicamente un breve tiempo en su esplendor. Al poco alcanzan a una cota desde la cual empiezan a declinar, y cuando llega este momento es una pena que no se les pueda dar el golpe de gracia, puesto que el arte es como un ser vivo: mejor muerto que en agonía. No hay forma de que el arte marchito vuelva a florecer, tiene que germinar otra vez y

crecer como un nuevo ser, progresando en su propio destino paso a paso entre angustias y temblores.

Los erewhonianos de hace quinientos años no comprendían esto. Dudo de que incluso ahora lo comprendan. Deseaban obtener lo más cercano a una persona disecada sin que su relleno se pusiese mohoso. Deberían haber creado una organización similar a Madame Tussaud^[45], donde las estatuas llevan ropas de verdad y las pintan de manera que parecen muy reales. Esta organización podría haber sido económicamente independiente puesto que se podría cobrar la entrada. Ellos, sin embargo, habían dejado que todos aquellos mugrientos héroes y heroínas incoloros languidiesen a la intemperie en las plazas y en las esquinas de sus calles sin hacer intento alguno de saneamiento artístico, puesto que no había una norma para enterrar las antiguas obras de arte, para hacerlas desaparecer; no existía un desagüe, por así decirlo, a través del cual las estatuas que ya se habían asimilado, que formaban parte de la imagen residual de la sociedad, se retirasen. Así, habían tenido que aguantar con el mejor ánimo posible el cacareo de las camarillas y habían tenido que convivir, ellos y sus hijos, con estas estatuas de lenguaraces charlatanes cuya cobardía había costado al país incontables pérdidas en sangre y dinero.

Llegado un momento, esta calamidad alcanzó tales proporciones que la gente se rebeló y con furia indiscriminada destruyó tanto las malas como las buenas estatuas. La mayoría de lo que se destruyó era pésimo, aunque algunas piezas no lo eran y los escultores contemporáneos se lamentan amargamente al ver los fragmentos que de ellas se conservan en museos a lo largo y ancho del país. Durante unos doscientos años no se erigió ni una sola estatua en todo el reino, pero el instinto de poder disecar a la gente era tan fuerte, que al final volvieron a intentar fabricarlas. Al desconocer cómo y al no tener academias para desorientarlos, los primeros escultores de aquel periodo tuvieron que solventar los dilemas por sí mismos, y de nuevo las obras que produjeron fueron interesantes, de manera que, en tres o cuatro generaciones alcanzaron una maestría apenas inferior, sino superior a la de quinientos años atrás.

Entonces incurrieron en los mismos errores. Los escultores cobraban grandes sumas y el arte se convirtió en comercio, surgieron escuelas que afirmaban vender el espíritu sagrado del arte por ciertas cantidades, los alumnos llegaron de todas partes para adquirirlo en la esperanza de poder venderlo ellos mismos más tarde, y como consecuencia de aquel pecado se volvieron ciegos. Pronto habría llegado una segunda furia iconoclasta de no ser por la previsión de un estadista que consiguió se aprobara una ley según la cual ninguna estatua de hombre o mujer famosos permanecería en pie más de cincuenta años a no ser que, al término de ese plazo, un jurado de veinticuatro hombres elegidos al azar en la calle se pronunciasen a favor de que se le concediese un segundo plazo de cincuenta años de vida. Esta votación debía repetirse cada cincuenta años y mientras no hubiese una mayoría de dieciocho personas a favor de conservar la estatua, esta sería destruida.

Quizás habría sido más simple prohibir la erección de estatuas de hombres o

mujeres famosos hasta que llevasen muertos al menos cien años e, incluso entonces, reconsiderar el mérito del finado y la calidad de la estatua cada cincuenta años, pero la ley anteriormente mencionada dio resultados satisfactorios. En primer lugar, muchas estatuas que antes se habrían encargado no llegaban a comisionarse, ya que se sabía que las destruirían al cabo de cincuenta años casi con toda seguridad. En segundo lugar, los escultores, al saber que su trabajo sería tan efímero hacían tales chapuzas que eran ofensivas incluso a los criterios menos cultivados. De aquí que, al poco tiempo, los donantes decidieran pagar a los escultores por las estatuas de los estadistas difuntos a cambio de que no las realizasen. De esta manera se sigue homenajando al fallecido, los escultores no resultan perjudicados y el público en general tampoco sufre molestia alguna.

Se hace una pequeña inscripción en el pavimento, en el lugar en el que la estatua habría estado, y que informa al lector de que se ha encargado una estatua de tal persona, sea quien sea, y de que el escultor todavía no la ha terminado. Me dijeron, sin embargo, que esta costumbre está degenerando en ciertos abusos puesto que la competencia por la comisión de no hacer una estatua es tan reñida que se sabe de algunos escultores que han llegado a pactar de antemano la devolución de una parte considerable del presupuesto del encargo a los donantes. No obstante, este tipo de transacciones son clandestinas. No se ha promulgado ley alguna sobre las estatuas destinadas al mercado privado pero, como dije anteriormente, la costumbre está cayendo en desuso.

Volviendo a las costumbres erewhonianas relativas a la muerte, hay una que no puedo pasar por alto. Cuando alguien muere, los amigos de la familia no escriben cartas de condolencia y tampoco asisten al esparcimiento de las cenizas o visten de luto, en cambio mandan pequeñas cajas llenas de lágrimas artificiales con el nombre del remitente escrito con sumo cuidado en la tapa. El número de lágrimas oscila entre dos y quince o dieciséis, en función del grado de intimidad o de relación, y la gente a veces siente que es un asunto de etiqueta el saber el número exacto de lágrimas que debe mandar. Por muy extraña que parezca, esta costumbre se tiene muy en cuenta y el no recibir esta atención por parte de alguien de quien se esperaba que cumpliera con ella constituye una profunda afrenta. En el pasado, estas lágrimas las lucía la familia del difunto pegadas con masilla en las mejillas unos meses después del fallecimiento, más tarde se trasladaron al sombrero y ahora ya no se llevan.

El nacimiento de un hijo se considera un asunto doloroso que resulta mejor no tocar. El estado de la madre se disimula con cuidado hasta que la necesidad de firmar la fórmula de nacimiento (de la que hablaré más adelante) hace que el secreto sea ya inviable tras lo cual la familia vive retirada, con muy pocas visitas. Una vez que se ha despachado la trasgresión, se condona necesariamente por pura lógica, mediante aquella magnánima disposición de la naturaleza, aquel mitigador de conflictos, aquel roce que altera nuestros cálculos sin el cual la existencia sería intolerable, aquella maravilla sublime de la invención humana que nos permite estar ciegos y ver al

mismo tiempo. Esta bendita inconsistencia, existe allí igual que en todas partes. Los más estrictos moralistas han escrito que el dar a luz es algo perverso, en tanto que está mal que la salud se resienta por mucho que de ello se derive algo positivo, aunque lo inevitable de la situación mueve a la opinión general a correr un tupido velo sobre el tema y asumir que los embarazos no se dan en absoluto salvo en aquellos casos flagrantes que fuerzan la atención de la sociedad. Sobre estos, la condena de la sociedad cae inexorable, y si la preñez se hace larga o peligrosa, será prácticamente imposible para la mujer recuperar su antigua posición en la sociedad.

La convención a la que acabo de aludir me pareció cruel y arbitraria y sin embargo evita la abundancia de nerviosismos imaginarios puesto que el embarazo, lejos de considerarse interesante, se contempla como un indicador más o menos evidente de que algo muy deleznable está ocurriendo y las señoras se encargan de ocultarlo mientras les es posible, incluso a sus propios maridos, barruntando una reprimenda cuando se descubra la fechoría. Además se mantiene escondido al bebé, salvo el día de la firma de la fórmula de nacimiento, hasta que puede hablar y caminar. En caso de que desgraciadamente muera el niño, es inevitable una investigación forense, aunque para impedir que una familia hasta entonces respetada caiga en desgracia, casi siempre se establece que el niño contaba ya más de setenta y cinco años y que había fallecido por causas naturales.

Capítulo 14

Mahaina

Seguí viviendo con la familia Nosnibor. Tras unos días, el señor Nosnibor se recuperó de sus azotes y anticipaba con júbilo la siguiente sesión, puesto que sería la última. No creo que le hiciese ninguna falta, pero él decía que era mejor prevenir y que completaría las doce sesiones. Ahora se dedicaba a sus asuntos, como de costumbre y, según entendí, nunca le había ido mejor, a pesar de aquella gran multa. A lo largo del día no podía dedicarme mucho tiempo puesto que era uno de esos hombres valiosos a los que no se paga por año, por mes, semana o día, sino por minuto. Su mujer e hijas, sin embargo, sí me dedicaban su atención y me presentaron a sus amigos, que acudieron en tropel a visitarme.

Una de estas personas era una señorita cuyo nombre era Mahaina. Zulora (la hija mayor de mis anfitriones) corrió hacia ella y la abrazó en cuanto entró en la habitación, preguntando con candor por su «desgraciada dipsomanía». Mahaina respondió que lo llevaba tan mal como siempre, que padecía como una mártir y que su única fuente de consuelo era su salud inquebrantable.

Las damas intervinieron entonces con muestras de condolencia y las infalibles sugerencias que siempre aconsejaban para cualquier trastorno mental. Le recomendaron su propio corregidor y desdeñaron el de Mahaina. La señora Nosnibor tenía una receta magistral pero comprendí muy poco de la naturaleza de la misma. Entendí «completamente convencida de que el deseo de beber desaparecerá cuando la fórmula se repita... este convencimiento es *vital*... sin menospreciar la voluntad absoluta de no volver a tocar el alcohol... fallan a menudo... fórmula una *recuperación asegurada* (con gran énfasis)... forma prescrita... convicción absoluta». La conversación prosiguió en tono más audible y duró bastante. Desconcertaría al lector y me perdería yo mismo si intentase reproducir la compleja perversidad de todo lo que dijeron, baste con decir que al cabo de un rato la visita concluyó y que Mahaina se despidió recibiendo calurosos abrazos de las damas. Yo había permanecido en segundo plano desde las presentaciones puesto que no me gustó el aspecto de Mahaina y la conversación no me era grata. Cuando se hubo marchado encontré cierto alivio en las observaciones generadas por su partida.

En un principio la alabaron con mucho recato; Mahaina era tan esto y tan aquello, hasta el punto de que me resultaba más antipática a cada palabra que oía y pregunté cómo era posible que los corregidores no le hubiesen curado si habían curado al señor Nosnibor.

Al oírme decir aquello el semblante de la señora Nosnibor mostró una mueca significativa, dejando entrever que no consideraba el caso de Mahaina fuese para un

corregidor. Se me cruzó por la cabeza entonces que quizás aquella pobre mujer no bebiese en absoluto. Comprendí que no debía preguntar, pero no pude evitarlo y pregunté abiertamente si bebía o no.

—Ninguna de nosotras puede juzgar las condiciones de los demás —dijo la señora Nosnibor en un tono solemnemente caritativo mientras lanzaba una mirada a Zulora.

—Oh, mamá —respondió Zulora, aparentando estar enfadada pero muy contenta de poder formular lo que ardía en deseos de decir—: no me creo ni una palabra. Eso es una indigestión. Recuerdo el verano pasado, cuando me quedé en su casa un mes entero, y estoy segura de que no bebió ni una sola gota de vino o licor. Lo que sucede es que Mahaina es una chica muy frágil y finge estar bebida para que sus amigos demostremos una tolerancia que no merece. Es demasiado débil para practicar la gimnasia y sabe que, de no ser por esas justificaciones morales, se le obligaría a hacerla.

Entonces, la hermana pequeña, que siempre era dulce y amable, añadió que ella pensaba que Mahaina bebía de vez en cuando. «Creo también», añadió, «que a veces consume opio».

—Bueno, entonces a lo mejor bebe a veces —dijo Zulora—, pero da a entender que lo hace con mucha más frecuencia para esconder sus debilidades.

Y así continuaron durante más de media hora, discutiendo cuánto había de seguro en la falta de moderación de su amiga. Cada cierto tiempo llegaban al benévolo acuerdo de que la salud de Mahaina sería excelente de no ser por su incapacidad de mantenerse alejada del alcohol; pero en cuanto parecía que la cuestión estaba zanjada, empezaban a alterarse de nuevo, desandando todo lo andado y no paraban hasta haber formulado alguna acusación grave acerca de su salud. Al rato, percibiendo que la discusión se había convertido en un tornado, que daba vueltas y vueltas hasta que no se sabía dónde empezaba y dónde terminaba, me excusé por mi repentina retirada y volví a mi habitación.

Ahí al menos me encontré solo, pero muy triste. Había ido a parar entre una gente que, pese a ser muy civilizada y tener grandes virtudes, estaba tan retorcida por los criterios tergiversados que se les inculcaba desde la infancia, generación tras generación, que era imposible imaginar cómo se libraría de ellos. ¿Acaso no había nada que pudiera decir para hacerles comprender que la complejidad de una persona es algo sobre lo que él o ella no tienen ningún control, mientras que la mente es diferente, que puede ser reconstruida y dirigida por el camino que su dueño le ordene? ¿Es que nunca podría hacerles ver que, mientras que los actos de la mente y el carácter no tienen nada que ver con la capacidad mental y la educación, lo físico es consecuencia de las circunstancias y el cuidado que se le haya dado en la infancia, que no debían tolerarse los castigos por la mala salud salvo para evitar el contagio y que incluso cuando el castigo fuese inevitable debía llevarse a cabo con compasión?

Seguro que si la desdichada Mahaina sintiese que podía confesar la fragilidad de

su salud sin temer el rechazo ajeno y si hubiese doctores a los que pudiese consultar, no dudaría en hacerlo o incluso en tomar medicinas repulsivas. Es posible que su enfermedad fuese incurable (lo que escuché bastó para convencerme de que su dipsomanía sólo era una fachada y que era una persona muy comedida), en cuyo caso quizá tuviese que sufrir ciertas molestias o incluso restricciones de forma justa. Pero ¿quién podría decir si tenía cura o no hasta que ella pudiese confesar sus síntomas en vez de ocultarlos? En su afán por erradicar las enfermedades esta sociedad se había propasado puesto que habían adquirido tal pericia en ocultarla (tenían una formidable destreza para maquillarse, para enmascarar la decadencia de la edad y los efectos de la enfermedad) que era imposible discernir si alguien se encontraba bien o mal de salud si no se conocía íntimamente a la persona desde meses o años atrás. Incluso los más perspicaces de entre ellos se equivocaban con frecuencia y se concertaban bodas con resultados deplorables debido a la maestría con la que ocultaban las enfermedades.

A mi parecer, el primer paso hacia la cura de una enfermedad debe ser el anuncio de la situación a los amigos íntimos y familia cercana. Si alguien tiene dolor de cabeza, debería permitírsele, dentro de los límites de lo razonable, decirlo en seguida y retirarse a su dormitorio y tomar una pastilla sin que el resto de la gente ponga gesto compungido y empiecen a rodar las lágrimas y todo eso. Sin embargo, en cuanto se oía el rumor de que alguien padecía dolores de cabeza, todo el mundo aparentaba no haber tenido un dolor de cabeza en su vida. Es cierto que no eran frecuentes, puesto que aquel pueblo era el más sano y hermoso que quepa imaginar, dada la severidad con la que la mala salud se castigaba, y sin embargo incluso las mejores personas corrían el riesgo de encontrarse mal a veces y pocas eran las familias que no tenían un botiquín en alguna alacena recóndita.

Capítulo 15

Los bancos musicales

Al volver al salón, encontré que el tema de Mahaina se había agotado. Las damas estaban recogiendo sus labores y se disponían a salir. Les pregunté a dónde se dirigían y respondieron con cierto aire reservado que iban al banco a retirar un poco de dinero.

Ya había deducido yo que los asuntos comerciales de los erewhonianos seguían un sistema completamente diferente del nuestro, sin embargo había averiguado muy poco hasta el momento, excepto que usaban dos sistemas comerciales independientes y diferentes entre sí, de los cuales uno estimulaba mi imaginación mucho más que cualquier costumbre europea, por cuanto que los bancos que organizaban este sistema estaban decorados con profusión y las transacciones mercantiles se acompañaban de música de tal manera que se llamaban bancos musicales, pese a que la música era terrible para el gusto europeo.

En cuanto al sistema en sí, nunca lo entendí y tampoco lo entiendo ahora: tienen un código referente a él, que no me cabe la más mínima duda de que ellos entienden aunque ningún forastero pueda esperar comprenderlo jamás. Las reglas se contradicen entre sí, como en una gramática complicadísima, o como en la pronunciación de la lengua china, en la que me han contado que la más leve variación de acentuación o tono cambia el significado de toda una frase. Atribúyase aquello que resulte incoherente en mi narración a que jamás logré comprender completamente este sistema.

Lo que pude discernir con certeza es que disponen de dos monedas independientes, cada una controlada por sus propios bancos y sistemas comerciales. Uno de estos dos, el de los bancos musicales, se considera *el* sistema y el que emitía la moneda en la que las transacciones debían llevarse a cabo. Por lo que yo pude observar, aquellos que alcanzan posiciones de notoriedad mantienen en estos bancos un saldo más o menos importante. Por otra parte, tengo la absoluta certeza de que estas cantidades no ostentan valor comercial en el mundo real, estoy convencido de que los gerentes y cajeros del banco musical no reciben la paga en su propia moneda. El señor Nosnibor acudía a veces a estos bancos, o mejor dicho, al gran banco central de la ciudad, no muy a menudo. Él era un baluarte de uno de los bancos del otro sistema, aunque aparentemente también ostentaba un cargo menor en uno de los bancos musicales. Las damas acudían normalmente solas, como en el resto de las familias, salvo en ocasiones especiales.

Hacía tiempo que deseaba aprender más acerca de este extraño sistema y deseaba con vehemencia acompañar a mi anfitriona y sus hijas. Les había visto acudir casi

cada mañana desde mi llegada y me había percatado de que llevaban los monederos en la mano, no de forma ostentosa, aunque sí de tal manera que aquellos con quienes se cruzaban supiesen a dónde se dirigían. Y sin embargo nunca me habían ofrecido que fuese con ellas.

No es fácil expresar los ademanes de la gente en palabras, y apenas puedo dar una idea del sentimiento particular que me sobrevino cuando vi a las dos jóvenes a punto de partir hacia el banco. Sus expresiones mostraban cierto pesar, como si desearan llevarme con ellas pero no quisieran pedírmelo y yo difícilmente fuera a pedirlo. Sin embargo, estaba decidido a tratar con mi anfitriona mi deseo de acompañarlas y, tras una breve negociación y muchas preguntas acerca de si deseaba realmente ir, decidió que podía hacerlo.

Pasamos por varias calles en las que había casas más o menos importantes y por fin, al doblar una esquina, nos topamos con una gran plaza en cuyo lado opuesto había un edificio portentoso de diseño extraño, aunque señorial y muy antiguo. No tenía acceso directo a la plaza puesto que la separaba de ella una tapia en la cual había un arco de entrada. Al atravesar dicho arco accedimos a un jardín de verde césped a cuyo alrededor había un claustro. Frente a nosotros se alzaban las majestuosas torres del banco y su venerable fachada, que estaba dividida en tres pórticos y adornada con todo tipo de mármoles y esculturas. A ambos lados había hermosos árboles centenarios en los que revoloteaban cientos de pájaros y unas cuantas casas curiosas con apariencia de ser particularmente acogedoras, situadas entre huertos y jardines que me transmitieron un sentimiento de paz y plenitud.

Realmente no exagero al decir que aquel edificio estimulaba la imaginación, es más, de hecho asaltaba la imaginación y el juicio. Era una epopeya en piedra y mármol cuyo efecto sobre mí fue tan poderoso que quedé hechizado y enternecido; sentía ahora la existencia de un pasado remoto. Uno siempre es consciente de la existencia del pasado, pero esa conciencia nunca es tan patente como al contemplar los vestigios de aquellas épocas pretéritas. Sentí lo corto que es el lapso de una vida en la historia de la humanidad, me sobrevino la noción de mi propia insignificancia y me sentí inclinado a creer que aquellas personas cuyo sentido de la armonía había creado tamaña obra rara vezerrarían en sus juicios. Tuve la certeza de que la moneda de este banco debía de ser la correcta.

Cruzamos el jardín y accedimos al edificio. Si la fachada era impresionante, el interior lo era aún más. Los techos eran muy altos y estaba dividido en varias naves mediante paredes que descansaban en unos gigantes pilares; las ventanas estaban adornadas con coloridas vidrieras que narraban los más importantes sucesos comerciales del banco a lo largo de los siglos. En un lugar remoto del edificio había hombres y niños cantando, era esto lo único que resultaba molesto, puesto que al no haber descubierto aún las escalas musicales, no había en todo el país música que pudiese ser agradable a los oídos europeos. Los cantantes parecían inspirarse en los cantos de los pájaros y el lamento del viento, el cual intentaban imitar en cadencias

melancólicas que en ocasiones degeneraban en auténticos aullidos. En mi opinión, aquel ruido era espantoso, pero conmovió profundamente a mis acompañantes, que dijeron haberse sentido muy emocionadas. Tan pronto como acabó el canto, las damas me pidieron que permaneciese donde me encontraba y entraron en la estancia de la que parecía provenir la canción.

En su ausencia, se me ocurrieron ciertas reflexiones. En primer lugar, me pareció extraño que el edificio estuviese tan vacío. Me encontraba casi solo y las pocas personas que habían entrado, lo habían hecho por curiosidad, no para hacer negocios en el banco, aunque bien podría haber más gente dentro. Me acerqué a la cortina y me animé a correr un poco uno de los extremos. No, no había prácticamente nadie. Vi un gran número de cajeros, todos sentados en sus mesas, listos para abonar cheques y uno o dos que parecían ser los encargados. También vi a mi anfitriona y a sus hijas junto a dos o tres damas más, así como tres o cuatro señoras ancianas y a los alumnos de una de las Facultades de la Sinrazón, pero no había nadie más. No parecía que en el banco hubiese mucho trabajo y, sin embargo, siempre me habían dicho que en la ciudad todo el mundo hacía trámites aquí.

No puedo describir lo que pasó en el interior porque una persona de aspecto siniestro, vestida con una túnica negra se acercó a mí y gesticuló de forma desagradable por husmear. Yo llevaba en el bolsillo una moneda del banco musical que me había dado la señora Nosnibor, así que intenté untarla con ella, pero al ver lo que era se enfadó tanto que tuve que darle una moneda de las del otro sistema para que se tranquilizase, a partir de lo cual se volvió muy cortés. En cuanto se hubo marchado volví a echar un vistazo y vi cómo Zulora daba un trozo de papel, que parecía ser un cheque, a uno de los cajeros. Él no lo miró, introdujo la mano en un cofre antiguo que tenía al lado y extrajo unas cuantas monedas aparentemente al tuntún y se las entregó a Zulora sin tan siquiera contarlas. Tampoco ella las contó, sino que las metió en su monedero y volvió a sentarse tras introducir algunas monedas del otro sistema en el cepillo que había al lado del cajero. La señora Nosnibor y Arowhena hicieron lo mismo y un poco después devolvieron todas las monedas (al menos eso me pareció) que les había entregado el cajero a un ayudante que, sin duda alguna, volvió a dejarlas en el cofre del que habían salido. Se dirigieron entonces hacia la cortina, con lo cual yo la dejé caer y me separé una distancia prudencial.

Pronto nos encontramos de nuevo. Durante unos minutos guardamos silencio, pero al final me aventuré a mencionar que el banco no parecía tan bullicioso hoy como probablemente lo estaría otros días. Al oír esto, la señora Nosnibor dijo que era una verdadera pena que la gente le prestase tan poca atención a la más importante de todas las instituciones. No pude responder nada pero soy de la opinión de que la mayoría de la gente sabe dónde obtener lo que necesita.

La señora Nosnibor continuó diciendo que no debía formarme la idea, al ver a tan poca gente en el banco, de que había falta de confianza en él. El alma del país estaba

dedicada a estos establecimientos y cualquier signo de que se encontrase en peligro generaría apoyo desde los sectores más inesperados. El que algunas personas (y lamentó incluir al señor Nosnibor entre ellas) sintiesen que su ayuda no era necesaria era sólo porque sabían que el banco estaba perfectamente a salvo. Es más, estas instituciones nunca se desviaban de las prácticas bancarias más seguras y estudiadas. No pagaban interés por los depósitos a plazo, algo que ahora hacían frecuentemente ciertas compañías especuladoras, que con estas gestiones ilegales se habían llevado a muchos clientes. Incluso los accionistas eran menos que antes, debido a las innovaciones de aquella gente sin escrúpulos, puesto que los bancos musicales daban escaso o ningún dividendo pero otorgaban beneficios en forma de incrementos de las acciones una vez cada treinta mil años. Al haber sido el último de estos incrementos hacía tan sólo dos mil años, la gente sentía que no podía esperar vivir para ver el siguiente reparto y prefería inversiones que fuesen a generarle algo más tangible, todo lo cual, decía mi anfitriona, era deplorable.

Tras haber hecho esas concesiones, volvió a su declaración original, esto es, que todos los ciudadanos apoyaban los bancos. En cuanto a la escasez de gente y la ausencia de jóvenes argumentó con cierta razón que aquello era lo que debíamos esperar. Los hombres más versados en la estabilidad de las instituciones humanas, como abogados, hombres de ciencia, doctores, estadistas, pintores y similares son los más propensos a dejarse engañar por sus supuestos logros personales y a ser excesivamente suspicaces dado su obscuro deseo de mayores beneficios inmediatos (lo que motiva a nueve de cada diez descontentos), por su vanidad, que los induce a simular que se encuentran por encima de los prejuicios del vulgo, y por el agujoneo de su propia conciencia, que les censura cruelmente porque sus cuerpos suelen ser enfermizos.

Por muy brillante que sea alguien intelectualmente (continuó), mientras su cuerpo no esté completamente sano, no podrá tener opiniones dignas de consideración en este tipo de temas. El cuerpo lo es todo, quizá no haya de ser un cuerpo extremadamente fuerte (dijo esto porque percibió que yo estaba pensando acerca de los ancianos y las personas de aspecto desvalido que había visto en el banco), pero tiene que ser perfectamente saludable. En este caso, cuanto menos fuerza activa tuviese, más libre sería el intelecto en sus juicios y por lo tanto más fundadas serían sus conclusiones. En consecuencia, la gente que había visto en el banco, era en realidad aquella cuya opinión resultaba más valiosa. Ésta declaraba que las ventajas del banco musical eran incalculables e incluso decían considerar las ganancias inmediatas que recibían muy superiores a lo que les correspondía por derecho. Y así continuó, sin dejar de hablar del tema hasta que regresamos a la casa.

Podía decir lo que quisiera, pero sus argumentos no resultaban convincentes y más adelante percibí signos de una indiferencia general hacia estos bancos que no dejan lugar a dudas. Sus partidarios negaban con frecuencia la existencia de este sentimiento de indiferencia, pero su propia negación constituía una prueba más. En

las crisis comerciales y en tiempos de angustia general la gente ni siquiera pensaba en ir a estos bancos. Algunos podrían recurrir a ellos, unos debido a la costumbre y el adiestramiento juvenil, otros por el instinto que nos empuja a agarrarnos a un clavo ardiendo cuando vemos que nos hundimos, pero muy pocos acudirían por una creencia genuina de que los bancos musicales podrían salvarles de la ruina económica en caso de no poder hacer frente a los compromisos que hubiesen adquirido a través del otro sistema monetario.

En una charla con uno de los gerentes del banco musical me aventuré a insinuarlo tan claramente como la buena educación me lo permitía. Él respondió que en los últimos tiempos tal cosa era más o menos cierta, pero que ahora habían puesto nuevas vidrieras de colores en todos los bancos del país, habían reparado los edificios y habían afinado los órganos; y lo que es más, los presidentes viajaban ahora en el ómnibus y charlaban amistosamente con la gente por la calle, se acordaban de la edad de sus hijos y les daban regalos cuando se portaban mal, de manera que todo iría sobre ruedas en adelante.

—¿Pero no han hecho ustedes nada con el dinero en sí? —dije con timidez.

—No es necesario —continuó—; no es necesario en absoluto, se lo aseguro.

Y sin embargo cualquiera podía ver que la moneda que gestionaban estos bancos no era la que la gente usaba para comprar el pan, la carne y la comida. A primera vista era similar a la otra moneda, tenía muy bellos diseños, no es que fuese moneda falsa, acuñada con intención de que se confundiese con el dinero que circulaba de verdad; era más bien similar al dinero de juguete, o las fichas que se usan en ciertos juegos de cartas, puesto que a pesar de la belleza del diseño, estaban fabricados con el material más barato posible. Algunas estaban recubiertas de papel de estaño, pero la gran mayoría estaba hecha de un tosco metal barato cuya naturaleza exacta no pude determinar. De hecho estaban elaboradas en una gran variedad de metales, o quizá mejor dicho, aleaciones, algunas de las cuales eran duras, mientras que otras se doblaban fácilmente y podían adquirir, en un momento, casi cualquier forma que su poseedor desease.

Por supuesto todo el mundo sabía que su valor comercial era nulo, pero quienes deseaban que se les considerase gente respetable, creían estar obligados a conservar algunas monedas en su poder y a dejarse ver de cuando en cuando con ellas en la mano, o en el monedero. Y no sólo eso, sino que además se empeñaban en que la moneda real del reino era una bazofia en comparación con la del banco musical. Sin embargo, quizá lo más extraño de todo, es que esta misma gente a veces se mofaba del sistema en general, de hecho no había insinuación en contra del mismo que no tolerasen o incluso aplaudiesen en los periódicos si se hacía de forma anónima, mientras que si se les dijera exactamente lo mismo a la cara y sin ambigüedad posible (caso nominativo, sujeto y caso acusativo, todos en su lugar y sin dejar lugar a dudas) se sentirían muy seriamente ofendidos y acusarían a quien aquello hubiese dicho de estar enfermo.

No logré comprender (ni comprendo ahora, pese a que empiezo a percatarme de qué se proponen) por qué una sola moneda no les bastaba; me parece que todas sus transacciones serían mucho más sencillas, pero me respondían con miradas de terror cuando me atrevía a insinuarlo. Incluso aquellos que yo sabía a ciencia cierta que tenían sólo el suficiente dinero en el banco musical para cumplir con las apariencias, acusaban a los otros bancos (en los que realmente estaba su patrimonio) de ser fríos, decadentes, paralizantes y otros epítetos similares.

Además me percaté de otra cosa todavía más sorprendente. En una ocasión me llevaron a la inauguración de uno de estos bancos en una ciudad vecina y vi una gran aglomeración de cajeros y gerentes. Me senté frente a ellos y observé atentamente sus caras. No resultaban agradables. Salvo alguna escasa excepción, carecían de la franqueza erewhoniana en el rostro. Un grupo similar de individuos de cualquier otra profesión hubiera dado la sensación de ser gente mejor y más feliz. Tampoco al cruzármelos por la calle me daban la misma impresión que el resto de la gente, sino que tenían, por norma general, una expresión amargada en el rostro que me deprimía y me afligía.

Los que venían del campo tenían mejor aspecto. A diferencia de los de ciudad, no vivían como una clase diferente y también eran más libres y sanos. A pesar de ver a un buen número de ellos de aspecto noble y bondadoso, no pude evitar plantearme, con respecto a la gran mayoría, si Erewhon sería un país mejor si todos tuviesen una expresión similar. Mi respuesta fue rotunda: no. La expresión de los altos Ydgrunitas era la que a uno le gustaría extender y no la de los empleados de los bancos musicales.

La expresión de una persona es su sacramento, es la exteriorización, el signo visible de sus dones o de su falta de ellos. Mientras observaba a aquellos hombres no pude evitar sentir que debía de haber algo en sus vidas que había detenido su desarrollo natural y que habrían disfrutado de una salud mental mucho mayor ejerciendo cualquier otra profesión. Sentí lástima de ellos, puesto que nueve de cada diez eran buena gente. Estaban muy mal pagados, su constitución física era generalmente intachable y había constancia de innumerables ocasiones en las que se habían sacrificado y habían demostrado gran generosidad; pero habían tenido la desgracia de que los embaucaran, en su mayoría de jóvenes, cuando aún carecían de buen juicio, y los mantuvieron en una ignorancia calculada acerca de los verdaderos inconvenientes del sistema. Sin embargo, eso no hacía que su situación fuese menos espuria, y las consecuencias perjudiciales eran inconfundibles.

Muy poca gente hablaba con sinceridad cuando estaban presentes y esto también me pareció un signo negativo. Cuando se encontraban en una sala, todo el mundo decía que debía abolirse cualquier moneda diferente de la de los bancos musicales, y sin embargo sabían perfectamente que incluso los cajeros mismos apenas usaban la moneda del banco musical. Se esperaba que ellos aparentasen usarla, pero no más. Los menos reflexivos no parecían especialmente tristes, pero muchos estaban

claramente deprimidos, aunque quizá no lo supieran y no lo hubieran admitido. Algunos se oponían al sistema, pero corrían el riesgo de que les despidiesen en cualquier momento y por eso tenían mucho cuidado, puesto que un hombre que había trabajado de cajero en un banco musical estaba descartado para cualquier otra profesión, siendo el motivo de esta restricción lo que llamaban su «educación». De hecho casi no era posible retirarse de la profesión, a la que se accedía a una edad tan temprana que no cabía pretender, teniendo en cuenta su educación, que se hubiesen formado juicios propios. Con frecuencia, de hecho, se les persuadía mediante métodos que en Inglaterra consideraríamos abuso de poder, engaño y fraude. Muy pocos tenían el coraje de insistir en ver los dos aspectos de la situación antes de comprometerse a dar el salto al vacío. Uno esperaría que la precaución en este aspecto fuese un principio elemental, de las primeras cosas que un hombre digno enseñaría a su hijo, pero en la práctica esto no era así.

Llegué a ver casos en los que los padres compraban el derecho de presentarse a la profesión de cajero en alguno de estos bancos con la voluntad de que alguno de sus hijos (quizá tan sólo un niño) se dedicase a ello. Allí estaba el niño, que prometía crecer siendo honrado y buena persona, sin aviso alguno acerca de los grilletes que su guardián le estaba poniendo. ¿A quién no se le alcanza que aquello terminaría generando una vida de mentiras y de vanos intentos de huir? Confieso que hubo pocas cosas en Erewhon que me impactasen más.

Y sin embargo nosotros hacemos algo no muy diferente en Inglaterra. En lo que respecta al sistema comercial doble, todas las naciones tienen y han tenido, unas leyes nacionales y también otras que, aunque supuestamente son sagradas, tienen mucha menos aplicación en su vida y su comportamiento diario. Parece que fuera inherente a la naturaleza humana la necesidad de unas leyes por encima de las del país y que incluso contradigan a veces a éstas. Sin duda habría sido muy difícil que el ser humano hubiese llegado a donde se encuentra ahora sin esa evolución gradual de la idea de que pese a que el mundo en que vivimos nos sobrecoge con su inmensidad, puede que cuando partamos de él nos parezca algo mucho más trivial.

Cuando el hombre alcanzó la idea de que en el continuo ser y no ser de la Naturaleza, el mundo y todo lo que en él se encuentra, incluido él mismo, tiene una doble esencia, perceptible e imperceptible, sintió la necesidad de los dos sistemas de leyes, uno para el lado perceptible y otro para el lado imperceptible. Aquellas leyes que regulan el mundo perceptible las sancionan los poderes visibles; las del imperceptible (del que el hombre sabe tan solo que existe y que es poderoso) las remite a un poder invisible (del que de nuevo no sabe más que existe y que es poderoso) al que otorga el nombre de Dios.

Algunas ideas erewhonianas respecto a la naturaleza de los embriones nonatos y que lamento no poder trasladar al lector por falta de espacio, me llevan a la deducción de que los bancos musicales de Erewhon, y quizá los sistemas religiosos de todos los países, no son ya más que un intento de defender la insondable e intuitiva sabiduría

que se ha acumulado a través de millones de generaciones pasadas de los razonamientos mucho más superficiales y las conclusiones efímeras que han hecho las últimas treinta o cuarenta generaciones.

La característica redentora de los bancos musicales de Erewhon (a diferencia de las opiniones pseudoidólatras que con él coexisten y sobre las que hablaré más adelante) era que mientras atestiguaba la existencia de un reino ajeno a nuestro mundo, no intentaba atravesar el velo que lo separa del mundo de los humanos. Y es ahí donde se equivoca la mayoría de las religiones; los sacerdotes intentan convencernos de que saben más acerca del mundo imperceptible de lo que jamás pueda saber alguien cuyos ojos todavía estén cegados por el mundo perceptible, olvidando que, si negar la existencia de un reino imperceptible es malo, no es mejor hacer creer a los demás que sabemos algo más de él aparte de su mera existencia.

Este capítulo se alarga ya más de lo que yo pretendía, pero me gustaría añadir que, a pesar de la característica redentora que he mencionado, no puedo evitar pensar que los erewhonianos están al borde de un gran cambio en sus opiniones religiosas, o al menos aquellas opiniones que se expresan a través del sistema de bancos musicales. Por lo que yo pude ver, más de un noventa por cien de la población de la capital contemplaba estos bancos con un sentimiento no muy lejano al desdén. Así las cosas, tarde o temprano tiene que acontecer un evento desencadenante que sirva de núcleo a un nuevo orden que permita un mayor equilibrio entre las mentes y los corazones del pueblo.

Capítulo 16

Arowhena

Probablemente el lector se haya percatado ya de algo que yo sospeché antes de haber transcurrido veinticuatro horas en la casa del señor Nosnibor, esto es, que pese a que la familia Nosnibor era muy atenta conmigo, no podían agradarme sinceramente, excepto Arowhena, que era bastante diferente de los demás. Los Nosnibor no son buenos exponentes de los erewhonianos medios. Conocí muchas familias con las que se relacionaban cuya educación era una delicia más allá de las palabras y sin embargo jamás superé mis prejuicios iniciales hacia el señor Nosnibor por haber desfalcado dinero. En cuanto a la señora Nosnibor, era una señora muy mundana pero, al escucharla hablar, uno pensaría todo lo contrario. Tampoco podía aguantar a Zulora. Arowhena, en cambio, era perfecta.

Cumplía los recados de su madre, el señor Nosnibor y Zulora, y daba las miles de muestras de dulzura y entrega que alguien se encarga de dar en todas las familias. El día entero pasaba entre Arowhena haz esto, Arowhena haz lo otro, pero ella no parecía considerar que estuviesen abusando de ella, estaba radiante y vital de la mañana a la noche. No cabe duda alguna de que Zulora era hermosa, y sin embargo Arowhena era de lejos la más elegante de las dos, era el *non plus ultra* de la juventud y la belleza. No intentaré describirla, puesto que todo lo que diga se quedará corto y tan sólo confundirá al lector. Piense en lo más encantador que pueda imaginar y aun así todavía se quedará lejos. Tras haber dicho esto, es fácil deducir que me enamoré de ella.

Ella debió de percibir mis sentimientos, aunque intenté por todos los medios no mostrar el más mínimo signo. Tenía buenos motivos para actuar así. No sabía qué opinarían el señor y la señora Nosnibor y sabía que Arowhena ni siquiera me miraría (al menos no todavía) si a su padre y su madre les pareciese mal, que sería lo más probable, teniendo en cuenta que no poseía nada excepto una pensión que me había otorgado el rey de una libra al día en nuestra moneda. No se me ocurría entonces qué otro obstáculo pudiera encontrar.

A todo esto, debo decir que ya me habían recibido en la corte y tengo entendido que la recepción fue algo particularmente cortés. De hecho me entrevisté en varias ocasiones con el rey y la reina, durante las cuales, poco a poco la reina fue quitándome todo lo que tenía, ropa incluida (salvo los dos botones que le había dado a Yram, cuya pérdida pareció enojarla bastante). Me vistieron con un traje de cortesano para la presentación y mis antiguas ropas quedaron en un maniquí de madera en donde probablemente aún siguen a no ser que las hayan quitado a causa de mi posterior caída en desgracia. Los modales de su majestad el rey eran muy

similares a los de un caballero inglés refinado. Le agradó sobremanera oír que nuestro gobierno era una monarquía y que la gran mayoría de la gente estaba muy a gusto con el sistema. De hecho me animó tanto el placer que evidenciaba al escucharme que me aventuré a citar unos hermosos versos de Shakespeare:

Un aura de divinidad rodea a los reyes,
pese a lo burdamente que los tallemos^[46].

Después me arrepentí de haber dicho esto, puesto que no creo que Su Majestad admirase esas líneas tanto como yo podía haber esperado.

No hay motivo para que me demore más con mis experiencias en la corte aunque quizá deba mencionar una de mis conversaciones con el rey, en tanto que engendró consecuencias de capital importancia.

Me había interrogado acerca del reloj. Preguntó si esos peligrosos artilugios se toleraban en el país del que yo provenía. Yo admití, confuso, que los relojes no eran infrecuentes, pero al percatarme de la preocupación que asomó en la faz de su majestad me atreví a decir que estaban desapareciendo rápidamente y que teníamos pocos, por no decir ningún otro dispositivo mecánico que reprobasen en Erewhon. Entonces me pidió que le nombrase algunas de nuestras máquinas más avanzadas. No me atreví a hablarle de los motores de vapor, los ferrocarriles y los telégrafos, y me devanaba los sesos para encontrar una respuesta cuando, sin saber por qué, pensé en los globos aerostáticos. Le describí una ascensión notoria que se había hecho unos años atrás. El rey, por educación jamás me habría contradicho, pero estoy seguro de que no creyó ni una palabra de lo que dije y desde entonces siempre me mostró las atenciones debidas a mi genialidad (puesto que de tal manera se consideraba mi color de piel) y nunca más me preguntó acerca de las costumbres y usos de mi país.

Volviendo a Arowhena, sin embargo, pronto me percaté de que ni el señor ni la señora Nosnibor pondrían objeción alguna a que formase parte de la familia. En Erewhon se considera que un físico excelente compensa casi cualquier defecto y mi pelo claro era ya bastante como para considerarme un buen partido. Y sin embargo también me enteré de otro hecho que me consternó profundamente: suponían que me casaría con Zulora, por quien ya entonces sentía gran aversión.

En un principio apenas percibí las pequeñas alusiones y las estrategias a las que se recurría para que pasásemos tiempo juntos, pero después de un tiempo se hizo evidente. Zulora, enamorada o no de mí, estaba decidida a desposarme y me enteré, hablando con un joven caballero que visitaba la casa con asiduidad y a quien yo detestaba, de que existía una norma considerada sagrada e inviolable por la que aquel que entrase en una familia tendría que desposar a la hija mayor que a la sazón estuviese soltera. Tanto insistió el joven en aquello que al final me di cuenta de que él también estaba enamorado de Arowhena y pretendía que yo quitase a Zulora de en medio. Sin embargo, otras personas confirmaron la existencia de aquella costumbre

matrimonial y entonces comprendí que había un grave problema. Mi único consuelo era que Arowhena rechazaba a mi rival y ni siquiera lo miraba. Tampoco a mí me miraba, pero su forma de ignorarme era diferente, aquello era todo lo que podía obtener de ella.

No es que me evitase, al contrario, tuve muchas conversaciones a solas con ella puesto que su madre y su hermana estaban deseosas de que ingresase parte de mi pensión en el banco musical, al ser eso lo apropiado según los dictados de su diosa Ydgrun^[47], de la que tanto la señora Nosnibor como Zulora eran devotas. No estaba seguro de haber conseguido ocultar mis sentimientos a Arowhena, pero las otras dos no sospechaban en absoluto, así que le encargaron que me persuadiese de abrir una cuenta en el banco musical para guardar las formas al menos. Ni que decir tiene que lo conseguí. Pero no cedí inmediatamente; disfrutaba demasiado del debate para consentir rápidamente, y además el dudar hacía que la concesión fuese en sí más valiosa. A lo largo de estas charlas me enteré de las opiniones religiosas de los erewhonianos, que coexisten con el sistema de bancos musicales, si bien estas curiosas instituciones no las reconocen. En los próximos capítulos intentaré describirlas con la mayor brevedad posible antes de retornar a mis aventuras con Arowhena.

Los erewhonianos eran idólatras, si bien de un tipo relativamente culto; pero en éste, igual que en otros ámbitos, existía una discrepancia entre lo que decían creer y lo que realmente creían puesto que tenían una fe sincera y arraigada que coexistía, sin ser reconocida, con su adoración de los ídolos.

Los dioses a los que adoraban de forma abierta eran personificaciones de las cualidades humanas, como la justicia, la fuerza, la esperanza, el miedo, el amor, etcétera. La gente creía, o decía creer, que los prototipos de estas cualidades existen en una región más allá de las nubes, manteniendo, igual que en la Antigüedad, que son iguales a los hombres y las mujeres mortales tanto en lo físico como en lo anímico salvo por ser más hermosos, más poderosos y por poder hacerse invisibles a nuestros ojos. Los seres humanos podemos propiciarlos y ellos pueden acudir en ayuda de aquellos que la piden, puesto que tienen gran interés en los asuntos de los mortales, en la mayoría de los casos para bien, pero se enfurecen si se les olvida y castigan más bien al primero que tienen a mano, en vez de a quien les haya afrentado. Una vez movidos a ella, su furia les ciega, aunque siempre responde a algún motivo. Sus castigos no son menos severos cuando alguien peca por ignorancia o sin posibilidad de haber previsto la ofensa. No aceptan excusas de esta índole y en ese sentido actúan como la ley inglesa, que asume que todo el mundo la conoce.

Así, por ejemplo, estos dioses tienen una ley que establece que dos partículas de materia no pueden ocupar el mismo espacio en el mismo momento, ley que imponen y vigilan los dioses del tiempo y el espacio a medias de tal manera que si una piedra y la cabeza de una persona intentan agraviar a estos dioses al «otorgarse un derecho que no poseen» (tal y como está escrito en uno de sus libros) y así ocupar el mismo

espacio al mismo tiempo, recaerá sobre ellos con toda certeza un severo castigo, a veces incluso la muerte, sin consideraciones acerca de si la piedra sabía que ese espacio estaba ocupado por la cabeza o viceversa. Esta es, al menos, su interpretación de los accidentes del día a día. Es más, sostienen que sus deidades no prestan atención a la motivación. Ellos consideran que lo importante es aquello que se ha hecho y que los motivos son irrelevantes.

Igualmente queda terminantemente prohibido que cualquier hombre pase más de unos minutos sin aire en los pulmones, y si por algún azar un hombre se mete en el agua, el dios del aire se enfurece e, independientemente de que el hombre se haya sumergido por accidente o a propósito, fuese por salvar a un niño o por un pretencioso desprecio al dios del aire, éste le matará a no ser que mantenga la cabeza fuera del agua de tal manera que le otorgue al dios del aire el culto que le es debido.

Esto es en referencia a las deidades que se encargan de los aspectos físicos del mundo. Por encima de éstas también personifican la esperanza, el miedo, el amor, etcétera, dedicándoles templos y sacerdotes y esculpiendo en piedra sus efigies, con la sincera creencia de que son representaciones fidedignas de unos seres vivos que sólo son inhumanos en tanto que son sobrehumanos. Si alguien niega su existencia y proclama que no hay en una remota región etérea una hermosa mujer de carne y hueso llamada Justicia, con los ojos vendados y una balanza, sino que esa Justicia no es más que la personificación de ciertos pensamientos y acciones humanas, dirán que se está negando la existencia de la Justicia al negar la existencia de su personalidad y acusarán a quien lo haga de ser un depravado enemigo de la fe. No hay nada que detesten tanto como el intento de conducirlos a unos conceptos espirituales superiores a las deidades a las que dicen adorar. Arowhena y yo tuvimos una acalorada discusión acerca de este tema y muchas más habríamos tenido de no ser por mi prudencia a la hora de dejarle llevarse el gato al agua.

Estoy convencido de que en lo más profundo de su corazón ella dudaba de su propia postura, puesto que más de una vez volvió al tema. «¿Es que no puedes ver», le dije, «que el hecho de que la justicia sea algo admirable no se verá afectado por la falta de creencia en que es también un ser vivo? ¿Realmente piensas que los hombres estarán un ápice menos esperanzados por no seguir pensando que la esperanza es una persona de verdad?». Ella negó con la cabeza y dijo que sin la creencia en la personalidad de las cualidades, desaparecía el estímulo para su veneración, y las propias cualidades, la justicia o la esperanza también. Los hombres jamás volverían a ser justos o a albergar esperanza.

No pude convencerla y de hecho tampoco lo intenté con mucho empeño. Ella defería ante la mayoría de mis argumentos, pero jamás dejó de defender sus opiniones cuando se cuestionaban. De igual modo sigue sin ceder ni una miaja en su creencia de la religión de su infancia, pese a que, accediendo a mis constantes ruegos ha consentido en bautizarse por la Iglesia anglicana. Sin embargo, sí ha admitido una excepción en lo referente a los efectos de que su bebé y yo somos los únicos seres

humanos inmunes a la venganza divina que resulta de la falta de creencia en su personalidad. Esa excepción la tiene muy clara y su fe no podría ser tan fuerte de no ser así. Ignora qué es lo que motiva esta excepción y tampoco desea saberlo: hay cosas que es mejor desconocer, y ésta es una de ellas. Pero cuando le digo que creo en sus dioses tanto como ella y que se trata simplemente de una diferencia de palabras y no de ideas, guarda un silencio significativo.

Confieso que en una ocasión por poco me convenció, puesto que me preguntó qué pensaría yo si ella dijese que mi Dios, cuya naturaleza y atributos le había estado explicando, no era sino una forma humana de expresar el concepto de suprema bondad, sabiduría y poder, y que para crear una imagen más viva de tan alto y glorioso concepto el ser humano lo había personificado y le había dado un nombre, que otorgarle una personalidad era indigno de esta deidad, en tanto en cuanto le sería entonces imposible eludir las contingencias humanas y que lo que realmente deberían adorar los hombres es la Divinidad allá donde la encuentren, que el «Dios» no era más que la forma humana de conceptualizar lo divino, que de igual manera que la justicia, la esperanza, la sabiduría, etcétera, eran partes de la bondad, Dios era el concepto que abarcaba a toda la bondad y los poderes positivos, que la gente no dejaría de querer a Dios al dejar de creer en su existencia personal del mismo modo que no habían dejado de creer en la justicia al descubrir que ésta carecía de personalidad; es más, que el hombre jamás amaría realmente a Dios mientras que no le concibiesen de esa manera.

Ella formuló estas ideas con su típica ingenuidad y sin la coherencia con la que aquí queda escrito; se le ruborizaron las mejillas y estaba segura de haberme convencido de mi error, de que la justicia era una persona. De hecho, cedí durante un momento, pero en seguida me recobré y señalé que nosotros teníamos libros cuya autenticidad estaba más allá de toda duda razonable puesto que ninguno de ellos tenía menos de 1800 años de antigüedad y que en ellos se encuentran los más fidedignos testimonios de hombres a los que la mismísima deidad había hablado y de un profeta que había contemplado su espalda a través de la mano que Él le posó en el rostro^[48].

Aquello fue irrefutable y hablé con tanta solemnidad que ella se asustó un poco, respondiendo tan sólo que ellos también tenían libros en los que se narra cómo sus ancestros habían visto a los dioses, en esto comprendí que continuando el debate no la convencería y, temiendo que pudiese contarle a su madre lo que yo había dicho y por tanto perder así el favor que estaba convencido de que empezaba a ganarme en su corazón, le permití salirse con la suya dejando que me convenciese. No volví a enseñar los dientes hasta que estuvimos casados.

Sin embargo, me obsesioné con sus observaciones y desde entonces me he topado con muchos creyentes que tienen gran conocimiento de la divinidad pero ningún sentido de lo divino y también he observado un resplandor en la cara de aquellos que adoraban lo divino en el arte o en la naturaleza; en un cuadro, en una estatua, en el campo, en una nube o en el mar, en hombres, mujeres o niños; que no había visto en

los que hablan acerca de la naturaleza y los atributos de Dios. Con sólo pronunciar la palabra divinidad, empañamos nuestro sentido de lo divino.

Capítulo 17

Ydgrun y los ydgrundistas

A pesar de todo el boato que se traen con sus ídolos, los templos que construyen, los sacerdotes y las sacerdotisas a los que alimentan, jamás pensé que su religión tuviese el más mínimo calado en las vidas de los erewhonianos. Y es que tenían otra creencia que siempre guiaba sus actos, y aunque desde fuera nadie podría tan siquiera sospechar de su existencia, era ésta realmente su gran guía, la brújula por la que orientaban sus pasos, de manera que muy pocas cosas hacían o dejaban de hacer sin atenerse a sus preceptos.

Sospechaba que no se sentían muy obligados por su religión oficial en primer lugar porque a menudo escuchaba a los sacerdotes quejarse acerca de la indiferencia generalizada y no creo que hubiesen hecho tal cosa sin un buen motivo para ello; en segundo lugar por toda la pompa que se traían (mientras que no había ceremonias dedicadas a Ydgrun, en quien realmente creían); y en tercer lugar, porque pese a que los sacerdotes agraviaban constantemente a Ydgrun por ser la gran enemiga de los dioses, todo el mundo sabía que no tenía seguidores más devotos que aquellos mismos sacerdotes. Y no estoy muy seguro de que eso no los convirtiese en sus mejores sacerdotes.

Realmente Ydgrun estaba en una posición muy extraña, se la tenía por omnipresente y omnipotente aunque no era un concepto sublime y en ocasiones era cruel y absurda. Incluso sus más devotos admiradores se avergonzaban a veces de ella y la honraban más con sus actos y sus sentimientos que con sus palabras. Lo suyo no era ir de boquilla, al contrario, incluso cuando la reverenciaban con más fervor, a menudo renegaban de ella. Considerando los pros y los contras, era una deidad benévola y útil, a quien no le importaba cuánto se renegase de ella con tal de que se la obedeciese y se la temiese, que mantenía a cientos de miles de personas en ese camino que hace la vida relativamente feliz y en el que nadie más los habría mantenido, personas sobre las cuales un concepto más espiritual y más elevado no habría tenido ninguna influencia.

Dudo mucho de que los erewhonianos estén preparados para una religión mejor. De hecho, de haber visto la más mínima posibilidad de éxito enseguida me habría dedicado a evangelizarlos, sobre todo teniendo en cuenta que me convencía cada vez más de que eran los descendientes de las tribus perdidas de Israel. Pero no podía imaginar sustituir a Ydgrun como su principal objeto de adoración sin que aquello trajese consigo horribles consecuencias. Es más, desde un punto de vista filosófico, podría decirse que la elevación paulatina del concepto de Ydgrun sería el mayor impulso espiritual que cabría conferirles y que ésta sólo podría darse a través del

ejemplo. En general observé que quien más se quejaba de que no se le daba la relevancia necesaria al culto de Ydgrun, menos conciencia ydgrundista tenía.

También encontré hombres a los que yo llamaba «altos ydgrundistas» (siendo el resto ydgrundistas a secas y bajos ydgrundistas), que en lo referente a su conducta y los asuntos de la vida, parecían haber llegado tan lejos como es posible al ser humano. Eran caballeros en el sentido más absoluto de la palabra y ¿qué más se puede decir? Rara vez hablaban de Ydgrun ni hacían mención de ella, pero jamás contravenían sus dictados sin razones poderosas para hacerlo. En aquellas contadas ocasiones, siempre tenían la suficiente confianza en sí mismos y la diosa rara vez los castigaba puesto que ellos eran valientes e Ydgrun no lo es. La mayoría tenía nociones rudimentarias del lenguaje hipotético y algunos lo conocían algo mejor, pero sólo unos pocos. No creo que ese lenguaje haya tenido mucho que ver a la hora de convertirse en lo que son, sino que el hecho de que, por norma general, conozcan sus rudimentos, era un motivo de peso a favor de la reverencia que se tiene a este lenguaje.

Al estar acostumbrados desde jóvenes al ejercicio y el atletismo de todo tipo, al vivir sin miedo a la vista de todos entre gente con altas cotas de valor, generosidad, honor y todas las cualidades positivas y masculinas, no es de extrañar que se hayan convertido, por así decirlo, en regentes de su propia vida y que al tiempo que desarrollan un concepto muy elevado de la diosa Ydgrun, hayan ido perdiendo gradualmente la fe en los dioses oficiales del país. A los dioses no los rechazan abiertamente, puesto que la avenencia hasta el final es una de las leyes de Ydgrun y sin embargo no creen en la existencia de los seres que pueden explicarse fácilmente como abstracciones y que requieren de un pseudomaterialismo desconcertante a la hora de aceptar su personalidad. No obstante, no exponen sus opiniones al respecto, en tanto que la mayoría de sus conciudadanos es muy sensible en lo referente a los dioses mientras que considera que es un error afligir a los demás a no ser que quepa esperar de ello un beneficio suficiente.

Por otro lado, ¿no deberían, aquellos que tienen una certeza asentada sobre algún tema (incluso si consiste en que poca certeza puede haber al respecto), compartir su iluminación con los demás y decir lo que piensan y por qué lo piensan? Puesto que ellos mismos deben su propia certeza al hecho de que otros han hecho lo mismo por ellos. Al fin y al cabo puede que estén equivocados y, de ser así, deberían mostrar su error con toda claridad por el bien común, para que sea más fácilmente rebatido. Admito, por lo tanto, que en este aspecto, no apruebo el comportamiento de los más altos ydgrundistas y me opongo a él, si cabe con más vehemencia, porque entiendo que mis próximas labores serían más fáciles si los altos ydgrundistas ya hubiesen minado esa creencia que en apariencia prevalece en la actualidad.

En otros aspectos eran estos individuos, de entre todos los países que he visitado, quienes más se asemejan a los ingleses más notables. Me habría gustado haber convencido a media docena de ellos para que volviesen a Inglaterra conmigo y que se

subiesen a los escenarios, puesto que tienen un agudo sentido del humor y afición por la representación, y serían, por lo tanto, muy valiosos para nosotros. El ejemplo de un caballero de verdad es (no se tome esto como blasfemia) el mejor de los evangelios. Hombres así en un escenario generan gran influencia cultural, son un ideal que cualquiera puede contemplar por un chelín.

Aquellos hombres despertaron en mí gran admiración y afecto y, pese a que no podía sino lamentar su indudable perdición eterna (puesto que no concebían el más allá y su única religión era la del respeto a sí mismos y la consideración hacia los demás), jamás me tomé la libertad de intentar hacerles partícipes de mis convicciones religiosas, a pesar de que eran las únicas que podrían hacerles realmente buenos y felices, tanto aquí como en el más allá. En alguna ocasión me animé a intentarlo; me empujó a ello mi fuerte sentido del deber y la pena que me daba que gente tan admirable fuese condenada a siglos, si no una eternidad, de torturas, pero las palabras se me atragantaban en cuanto empezaba a hablar.

No sé si un misionero profesional habría tenido más éxito que yo. Sin duda ellos saben más acerca de la ciencia de la conversión. Yo tan sólo podía sentirme agradecido de estar en el camino correcto y debía limitarme por el momento a dejar que los demás probasen su suerte. En caso de que fracasase el proyecto con el cual pretendo convertirles, con mucho gusto pondré mi granito de arena para poder mandar a dos o tres misioneros que hayan convertido ya a judíos o mahometanos aunque la mayor parte de ellos tiene un aspecto tan poco agraciado, que cuando imagino la impresión que darían al lado de los altos Ydgrundistas, dudo mucho de que sus esfuerzos llegasen a buen puerto. De todas formas es algo digno de intentarse y lo peor que podría sucederles a los misioneros es que los mandasen al mismo hospital al que habrían mandado a Chowbok en caso de haber venido conmigo.

Debo admitir que, considerando sus creencias en conjunto, los erewhonianos son supersticiosos, debido a las concepciones que tienen de sus dioses oficiales y la extraña e inexplicable reverencia a Ydgrun (la más profunda reverencia que jamás haya visto y que además carece de formalismos). En la práctica el sistema funcionaba mejor de lo que cabría esperar y las exigencias contradictorias de Ydgrun y de los dioses se solventaban de acuerdo a una serie de convenciones no escritas (la mayor parte a favor de Ydgrun) que en noventa y nueve de cada cien casos eran bien conocidas.

Me resultó incomprensible que no abrazasen abiertamente el alto ydgrundismo y descartasen la personalidad de la esperanza, la justicia, etcétera, pero en cuanto lo insinué, me percaté de que pisaba terreno peligroso. Jamás consentirían algo así, insistían en que hace siglos era frecuente ver a los dioses y que el momento en que se dejase de creer en su personalidad, los hombres dejarían de practicar incluso aquellas virtudes que, a través de la experiencia, muestran ser el mejor camino hacia la felicidad. «¿Cuándo se ha visto», preguntaban con indignación, «que una buena educación, un buen ejemplo o un idea civilizada del propio bienestar sean capaces de

mantener la rectitud del hombre?». Con las prisas, olvidando cosas que debí recordar, respondí que si una persona no puede comportarse con rectitud a través de aquellas vías, nada conseguiría que lo hiciese y que si no se dejaba gobernar por el amor o el miedo hacia personas que podía ver, tampoco se dejaría gobernar por dioses que no podía ver.

En una ocasión, de hecho, topé con una pequeña pero creciente secta que creía, a su manera, en la inmortalidad del alma y la resurrección de los muertos. Predicaban que aquellos que habían nacido en cuerpos endebles y enfermizos y que habían tenido una vida de sufrimientos, pasarían la eternidad entre torturas, mientras que aquellos que nacieron fuertes, sanos y apuestos serían recompensados hasta el fin de los tiempos. No mencionaban la moral o la conducta.

Por execrable que fuese aquella creencia, suponía un paso hacia delante en tanto que consideraban un estado futuro de alguna forma y me sorprendí al enterarme de que en su gran mayoría la sociedad les era hostil. Argüían que esta doctrina no estaba establecida en fundamento alguno y también que era inmoral en su naturaleza e indeseable para cualquier ser humano.

Cuando pregunté cómo podía ser inmoral, me respondieron que la adopción de ese credo llevaría a la gente a minusvalorar su vida presente puesto que parecería un asunto secundario, que evitaría que los hombres se concentrasen en perfeccionar la economía del mundo y que su doctrina suponía, por así decirlo, cortar impacientemente el nudo gordiano de los problemas existenciales. Además dijeron que abogaba por la infinita satisfacción de algunas personas a costa del dolor infinito de otras; que la doctrina animaba al pobre en su falta de previsión y a una degradante aceptación de sus males a los que bien podría poner remedio; que la recompensa que ofrecía era ficticia y, al fin y al cabo, dependía del azar (cuyo reinado debe acabar al llegar a la tumba); que el terror que provoca es enervante e injusto y que incluso la más dichosa de las resurrecciones no vendría sino a interrumpir un sueño muchísimo más dichoso.

A lo que yo no sólo podía decir que había constancia de que aquello había sucedido y que había varios casos bien corroborados de gente que ha regresado a la vida tras morir, casos que nadie en su sano juicio dudaría.

—Si es que es así —dijo mi interlocutor—, debemos llevarlo lo mejor que podamos.

Entonces le traduje, tan bien como pude, el solemne discurso de Hamlet en el que dice que tan sólo el miedo de que nos sobrevengan males mayores nos contiene a la hora de lanzarnos a los brazos de la muerte^[49].

—Tonterías —respondió—, ese miedo al que alude su poeta no ha evitado que la gente se corte el pescuezo y probablemente el poeta lo sabía. Cuando un hombre se corta el pescuezo es porque está acorralado y no piensa en otra cosa más que escapar, no importa a dónde, con tal de sacudirse de encima su vida presente. No, lo que mantiene a los hombres aferrados a la vida no es el miedo de saltar de la sartén y

acabar en el fuego, sino la esperanza de que si aguantan lo suficiente, el fuego acabe quemando menos. *La consideración*, por citar a su poeta, *que hace que la calamidad perdure tanto*, es la esperanza de que, aunque la calamidad dure mucho, el que la sufre consiga durar más todavía.

Al escuchar aquello, y comprendiendo que había pocas posibilidades de que llegásemos a un acuerdo, dejé el tema y mi interlocutor se marchó dando tantos signos de reprobación como le fue posible sin llegar a resultar abiertamente grosero.

Capítulo 18

Fórmulas de nacimiento

Lo que narraré a continuación no lo escuché de Arowhena, sino del señor Nosnibor y algunos caballeros que de vez en cuando cenaban en la casa. Me contaron que los erewhonianos creen en una existencia previa, y no sólo eso (sobre lo que escribiré con más detalle en el próximo capítulo), sino que profesan que los nonatos llegan al mundo por voluntad propia. Sostienen que los que todavía no han nacido acosan y atormentan a las parejas casadas, revoloteando sin pausa a su alrededor sin darles tregua física o anímica hasta que éstos consienten en tomarlos bajo su protección.

Desde su punto de vista, si esto no fuese así, sería una licencia aberrante la que se toman los progenitores con los niños, al obligarlos a sufrir los vaivenes de la vida mortal sin darles alternativa alguna. Nadie debería casarse entonces, puesto que no se puede saber qué terrible sufrimientos acarreará ese acto para un ser que no sería infeliz mientras no existiese.

Sus sentimientos a este respecto son tan fuertes, que están dispuestos a echar la culpa a otros y a esos efectos han elaborado una compleja mitología acerca del mundo en el que viven los nonatos, qué hacen y los recursos y maquinaciones a los que recurren para acceder a nuestro mundo. Sin embargo, hablaré de esto más adelante, puesto que quisiera relatar aquí su manera de actuar con aquellos que vienen al mundo.

Una particularidad muy distintiva de los erewhonianos es que cuando dicen estar muy seguros acerca de algún tema y reconocen esa certidumbre como la base sobre la que se asienta la estructura de su comportamiento, rara vez creen en ella. Si barruntan que hay algo que no funciona en alguno de sus queridos sistemas, siempre que puedan intentarán ignorarlo.

Es esto lo que la mayoría hace en este tema de los nonatos, puesto que no concibo (y nunca he podido hacerlo) que realmente creyeran en la mitología de la existencia previa. Pienso que por una parte creían y por otra no, no sabían en qué creían, todo lo que sabían era que no creer lo que ellos creían constituía un trastorno. El único punto del que estaban completamente seguros era que el acoso de los nonatos era lo que causaba su llegada al mundo y que si estos dejasen tranquila a la gente de bien, no habrían llegado aquí.

Sería muy difícil rebatir esa creencia y realmente resultaría convincente si no lo llevasen a más. Pero eso no puede ser, necesitan tener mayor certeza, necesitan una declaración escrita por parte del niño en cuanto éste nace, por la cual se exonera a los padres de toda responsabilidad derivada del nacimiento que certifica además su

existencia previa. A tal efecto han ideado lo que ellos llaman una fórmula de nacimiento, un documento cuyo texto varía en función del criterio de los padres, pero que viene a ser el mismo en todos los casos, puesto que los abogados en Erewhon se han dedicado desde hace siglos a desarrollar su habilidad de considerar cualquier contingencia y así perfeccionar estos documentos.

Estas fórmulas se imprimen en papel normal a un precio razonable para los pobres, si bien los pudientes las encargan en pergaminos magníficamente encuadernados, de manera que la presentación de la fórmula de nacimiento de una persona es muestra de su posición social.

Comienzan estableciendo que en tanto que A.B. era un ciudadano del reino de los nonatos, donde siempre estuvo bien cuidado en todos los sentidos y carecía de motivo alguno para ser infeliz, etcétera, concibió por su propia inquietud y deseo lascivo la idea de acudir a este mundo; que por ende, habiendo tomado las medidas necesarias para partir del reino de los nonatos, se dedicó a acosar con malicia premeditada a dos desafortunados que jamás le habían hecho mal alguno y que estaban satisfechos y felices hasta que él ideó esta abyecta estratagema para torturarlos, ofensa por la cual ahora ruega humildemente clemencia.

El niño reconoce que él es el único responsable de todas las taras y deficiencias físicas de las que tenga que responder ante las leyes del país y que sus padres no tienen nada que ver con ellas; que tienen el derecho de matarlo en cualquier momento, si fuese ése su deseo. No obstante les suplica que demuestren su extraordinaria bondad y clemencia perdonándole la vida. En caso de que así fuese, él promete ser la más sumisa y obediente de las criaturas durante sus primeros años y, de hecho, toda su vida, a no ser que en adelante consideren oportuno, en su gran generosidad, exonerarlo de alguna parte de estas obligaciones. Así continúa la fórmula, detallando a veces minucias muy particulares, de acuerdo con la creatividad de los abogados de la familia, que jamás acortarían una fórmula si pueden evitarlo.

Una vez preparada la escritura, al tercer o cuarto día después del nacimiento del niño, o como ellos lo llaman, del «colofón de la afrenta», los amigos de la familia se reúnen y se organiza un banquete en el que todos se muestran muy melancólicos (creo que, por lo general, sinceramente), y hacen regalos al padre y la madre del niño para consolarlos del dolor que les ha infligido el nonato.

Al rato la niñera trae al niño y los asistentes comienzan a clamar contra él, censurándolo por su impertinencia y preguntándole cómo se propone enmendar la injuria que ha proferido y cómo puede esperar obtener cuidados y alimentación de quienes ya han sufrido los abusos de los nonatos en diez o doce ocasiones, puesto que de las familias numerosas se dice que sufren grandemente por culpa de los nonatos. Hasta que, llegado un punto que se considera suficiente, alguien menciona la fórmula, que se muestra entonces y que el corregidor familiar lee al niño. A este caballero siempre se le invita a estas ceremonias, puesto que la mismísima intrusión que el niño comete en la apacible vida familiar es muestra de depravación que requiere los

servicios del profesional.

Dado que la lectura le incordia y la niñera le pellizca, el niño normalmente empieza a llorar, lo que se considera como un buen signo, indicativo de que siente remordimientos de conciencia. Entonces se le pregunta: «¿Acepta usted la fórmula?». Tras lo cual, puesto que el niño sigue llorando y evidentemente no puede responder, alguno de los amigos se adelanta y se compromete a firmar el documento en su nombre, al encontrarse convencido (eso dice) de que el propio niño lo haría si supiera cómo hacerlo y que el niño, al acceder a su mayoría de edad, le relevará en el compromiso. Escribe el amigo entonces el nombre del niño al pie del pergamino, que obliga a éste como si él mismo lo hubiese firmado.

Y sin embargo, incluso con esto no quedan completamente satisfechos y se sienten nerviosos hasta que no obtienen la firma del niño. Así, cuando llega a los catorce años, esta buena gente en parte lo soborna con más libertad y obsequios, y en parte lo intimida mediante su gran capacidad para hacerse insoportables, de manera que aunque se hace gala de libertad, realmente no hay libertad alguna. A estos efectos también se sirven de los profesores de las Facultades de la Sinrazón hasta que por fin, de una forma u otra, se aseguran de que el niño firma el papel en el cual profesa haber decidido libremente venir al mundo y asume que todas las responsabilidades que de ello se derivan recaigan sobre él. Y sin embargo, pese a que este documento es el más importante que alguien pueda firmar en su vida, le obligan a hacerlo a una edad a la que ni los padres ni la ley le otorgan todavía la más pequeña de las obligaciones, por mucho que se lo merezca, puesto que se lo considera demasiado joven para saber lo que hace y entienden que no es justo que se comprometa de manera que pueda perjudicarlo en el futuro.

Confieso que esto me pareció duro y muy contrario a las muchas costumbres admirables que practican. En una ocasión me aventuré a contarle parte de lo que pensaba sobre del tema a un profesor de la Sinrazón. Me expresé con cierto candor, pero no conseguí comprender su justificación del sistema. Recuerdo haberle preguntado si no pensaba que el inducir a un muchacho a hacer una declaración solemne acerca de la naturaleza de cosas de las que él sólo podía saber con certeza que no sabía nada, perjudicaría sus fundamentos morales, debilitando su noción de la inviolabilidad de la palabra dada y de la verdad en general. Si, de hecho, los profesores que le empujaban a ello y que le transmitían nociones con una certeza que ellos mismos no tenían, no estaban ganándose la vida a base de trastornar el sentido del honor de sus alumnos (sentido muy delicado, por lo general) y de violar sus instintos más sagrados.

El profesor, que era una persona encantadora, se manifestó muy sorprendido por este punto de vista, pero no pareció alterarle en absoluto. Respondió que nadie esperaba que el niño pudiera o quisiera entender lo que decía, pero que el mundo estaba lleno de compromisos y que apenas existían afirmaciones que pudiesen interpretarse de forma literal, al ser el lenguaje humano una herramienta demasiado

tosca para transmitir las ideas y siendo imposible traducir el pensamiento a la perfección. Añadió que de la misma manera en que la traducción de una lengua a otra por fuerza alterará el significado en cierta medida, no hay idioma que pueda expresar los pensamientos sin discordancias ni estridencias, etcétera. Todo lo cual creo que se podría resumir en que aquélla era la costumbre del país y que, siendo los erewhonianos gente conservadora, los chicos debían empezar a transigir tarde o temprano, y que esto no era más que parte de su entrenamiento en ese arte. Quizá pudiera lamentarse que el compromiso fuese imprescindible; sin embargo lo era, así que cuanto antes lo comprendiesen los muchachos, mejor sería para ellos. No obstante, eso no se lo dicen.

El capítulo siguiente está formado a base de extractos sacados de su libro de mitología sobre los nonatos.

Capítulo 19

El mundo de los nonatos

Los erewhonianos dicen que recorreremos el camino de la vida de espaldas. O también dicen que el camino hacia el futuro es un pasillo oscuro; el Tiempo camina a nuestro lado y va abriendo las contraventanas a nuestro paso, pero la luz que así provoca, a menudo nos deslumbra y acrecienta la oscuridad que tenemos enfrente. Nuestra percepción es siempre a través de breves atisbos y estamos mucho menos pendientes de éstos que de nuestra aprensión por el devenir. Escrutamos continuamente a través del brillo del presente las tinieblas del futuro y presagiamos las líneas generales de aquello que está por pasar gracias a la luz que débilmente se refleja en unos turbios espejos que vamos dejando detrás. Así seguimos a tientas como podemos hasta que se abre una trampilla a nuestros pies y desaparecemos.

A veces dicen que el futuro y el pasado son como un panorama enrollado en dos cilindros, aquello que está en el cilindro del futuro va devanándose en el cilindro del pasado. No podemos hacer que pase más rápido y tampoco más despacio, debemos contemplarlo a medida que se despliega ante nosotros, sea bueno o malo, presenciamos cada escena una sola vez, jamás volveremos a ver lo mismo. Constantemente giran los cilindros y nosotros somos testigos de un breve instante al que llamamos presente, a través de nuestros sentidos saturados pretendemos percibir cuanto podamos e intentamos adivinar lo que acontecerá después por el tono de lo que ya hemos visto. La misma mano ha creado todo el panorama y los detalles son poco variados, ríos, bosques, praderas, montañas, pueblos y gente, amor, dolor y muerte. Sin embargo, nuestro interés jamás decae y miramos con esperanza por si viniese algo bueno, o con temor de vernos a nosotros mismos en alguna terrible situación. Al pasar una escena pensamos que ya la conocemos, aunque hay tanto que ver y tan poco tiempo para verlo, que nuestra confianza sobre el conocimiento del pasado es, en su mayor parte, infundada. Si bien eso tampoco nos importa demasiado, a no ser que afecte al futuro, donde radica nuestro interés.

Para los erewhonianos, el que la tierra, las estrellas y todos los cuerpos celestes comenzasen a girar de este a oeste y no de oeste a este es fruto del azar, y de la misma manera también es fruto del azar que el hombre avance con el rostro hacia el pasado y no hacia el futuro. Dicen que el futuro ya existe, igual que existe el pasado, aunque nosotros no lo vemos. ¿Acaso no se encuentra aquél en las entrañas de éste? ¿Y no debe el pasado alterarse para que cambie el futuro?

También según su tradición, hubo un tiempo en que se dio una raza de hombres que conocían mejor el futuro que el pasado y que murieron al cabo de un año a causa de la infelicidad provocada por ese conocimiento. Y dicen que si naciese alguien

clarividente entre nosotros, la selección natural lo descartaría antes de que hubiese tenido tiempo de transmitir ese destructivo don a algún descendiente.

¡Raro destino el del ser humano que fallece cuando alcanza aquello que busca, puesto que si no lo buscara habría de fallecer igual! Aquel que no lo busque no será mejor que las bestias; aquel que lo alcance se sentirá tan desgraciado como los demonios.

Tras sortear muchos capítulos de historias similares, llegué por fin a los nonatos y ahí me enteré de que son considerados almas puras y simples, incorpóreas, que tienen una existencia vaporosa más o menos antropomórfica, como la de los fantasmas y que, por tanto, no tienen tejidos, sangre o calor. Sin embargo, se supone que tienen hogares y ciudades en las que viven, pese a que éstas son tan etéreas como sus habitantes; incluso que comen y beben sustentos deliciosos y que hacen, a grandes rasgos, lo mismo que los seres humanos, sólo que de manera fantasmagórica, como en un sueño. Por otro lado, mientras se queden en donde están no morirán, puesto que la única forma de morir en el mundo de los nonatos es abandonarlo para entrar en el nuestro. Se cree que son muy numerosos, mucho más que los seres humanos. Vienen desde planetas desconocidos, ya crecidos y en tandas, pero sólo pueden abandonar su existencia dando los pasos necesarios para llegar a ésta, entre ellos el suicidio.

Deben de ser seres extremadamente felices puesto que no sufren ni buena ni mala suerte; nunca se casan, sino que viven en un estado similar al que los poetas asocian a la condición primitiva de la humanidad. Sin embargo, a pesar de esto, siempre se quejan; saben que en este mundo tenemos cuerpos (de hecho saben todo acerca de nosotros, puesto que se mueven entre nosotros y van a donde les place, pueden leer nuestra mente y observarnos cuando lo deseen). Uno pensaría que todo aquello habría de ser suficiente para ellos y la mayoría son conscientes del riesgo que correrían si quisiesen probar estos cuerpos con ese «agradable calor» que tanto desean. Sin embargo, para algunos el hastío de una existencia etérea es tan insoportable que correrían cualquier riesgo con tal de cambiarla, así que deciden marcharse. Las condiciones que tienen que afrontar para ello son tan inciertas que sólo los más insensatos de los nonatos las aceptan y es de estos, y sólo estos, de donde nutrimos nuestras filas.

Cuando por fin un nonato se decide a partir, debe acudir a un magistrado en la ciudad más cercana y firmar una declaración en la que certifica su deseo de abandonar su existencia presente. Tras haber cumplido con esto, el magistrado le lee las condiciones que debe aceptar, tan extensas que tan sólo puedo reproducir aquí los puntos más importantes, a saber:

Primero debe tomar una poción que borrará su memoria y su identidad: debe entrar indefenso en el mundo y sin voluntad propia; su carácter se establecerá aleatoriamente antes de partir y él tendrá que aceptar el que le toque, sea mejor o peor. Tampoco se le concede capacidad de decisión alguna acerca del cuerpo que tanto desea, simplemente se le asignan por azar a dos personas a quienes él mismo

tendrá que encontrar y acosar hasta que lo adopten. Quiénes sean esas dos personas, si ricas o pobres, amables o desagradables, saludables o enfermizas, no hay forma de saberlo; tiene que entregarse durante años a los cuidados de dos personas acerca de cuyo sentido común o buen carácter no existe certidumbre alguna.

Es curioso leer los discursos que los sabios imparten a aquellos que están considerando el cambio. Se dirigen a ellos de la misma forma que nosotros lo hacemos con los despilfarradores y con resultados similares.

«El nacer», les dicen, «es un crimen, un crimen capital cuya sentencia puede ejecutarse en cualquier momento tras la consumación del mismo. Quizá puedas vivir hasta los setenta o los ochenta años, ¿pero qué supone eso, comparado con la eternidad de la que gozas ahora? Incluso si fueses absuelto y se te permitiese seguir viviendo eternamente, la vida llegaría a agotarte hasta tal punto que tu ejecución sería un acto de clemencia».

«Pondera los riesgos infinitos: nacer en una familia de padres perversos que te eduquen en el vicio, ser hijo de padres imbéciles que te eduquen con pamplinas, de padres que te consideren como una inversión o una propiedad, y que tu vida les pertenezca más a ellos que a ti. También es posible que te toquen padres poco comprensivos, que nunca te entiendan y que intentarán por todos los medios frustrar tu vida, como una gallina que incubase un patito. Después te acusarán de desagradecido por no amarlos, o también puede que te toquen padres que consideren que hay que mantenerte acobardado mientras eres joven, no vaya a ser que cuando crezcas tengas deseos y sentimientos propios.»

«Más adelante en la vida, cuando por fin hayas entrado definitivamente en las filas de los seres humanos, serás tú entonces quien corra el riesgo de ser atosigado por los nonatos, ¡y menuda vida feliz que tendrás como consecuencia! Nosotros insistimos de tal manera que sólo unos pocos (y no precisamente los mejores) pueden rechazarnos. Y sin embargo, el no rechazarnos equivale a cargarse con media docena de personas distintas a ti, sobre las que nada puedes saber de antemano, ni siquiera si son hombres o mujeres o cuántos de los unos y cuántas de las otras. No te engañes pensando que tú serás más listo que tus padres; puede que pertenezcas a una generación posterior con relación a aquellos a los que tú atormentaste, pero a no ser que seas uno de los grandes, pertenecerás también a una generación anterior a aquellos que a su vez te atormentarán a ti.»

«Imagina lo que debe de ser tener un nonato a tu cargo, uno que sea de temperamento y disposición completamente diferentes a los tuyos, qué digo, media docena de ellos, que no te querrán a pesar las miles de cosas a las que hayas renunciado para otorgarles una existencia agradable y sana, que olvidarán todos tus sacrificios, y de quienes jamás podrás asegurar que no guardan resquemor hacia ti por errores de juicio que hayas podido cometer, pese a que tú esperases haberte redimido de ellos hace tiempo. Este tipo de ingratitud no es infrecuente y, sin embargo, imagina cómo ha de sentirse el que la sufre. Es duro para el pato haber sido incubado

por una gallina, pero ¿no es acaso duro también para la gallina haber incubado a un pato?»

«Reconsidera tu decisión, te lo rogamos, no por nuestro bien, sino por el tuyo propio. Tu temperamento inicial se establecerá al azar, pero sea cual sea, tan sólo se convertirá en algo moderadamente tolerable tras un largo aprendizaje y recuerda que durante ese aprendizaje carecerás de control alguno. Es posible, e incluso probable, que cuanto consigas en la vida más allá que te sea realmente placentero o útil, tengas que obtenerlo a pesar de aquellos a los que estás a punto de atormentar y no gracias a ellos, que tan sólo obtendrás la libertad tras años de dolorosos conflictos al final de los cuales será difícil establecer si has sufrido tú más daño del que a tu vez has infligido.»

«Recuerda también que si entras en el mundo de los seres humanos estarás dotado de libre albedrío, que debes estar dotado de él sin escapatoria alguna, encadenado a él durante toda tu vida y que deberás hacer aquello que te parezca lo mejor en cada momento, estés o no en lo cierto al elegirlo. Tu mente será una balanza para sopesar dilemas y tus acciones seguirán el camino dictado por el platillo más pesado. Cómo se comporten éstos dependerá de la balanza que te haya tocado al nacer, del sesgo que haya ido adquiriendo por su uso y del peso de las consideraciones más apremiantes. Si la balanza era buena desde el principio, si no la trastocan escandalosamente en la infancia y si tus cálculos son correctos, puede que salgas bien; pero hay demasiados “si” en este cálculo y cuando cualquiera de ellos falle tu desdicha estará asegurada. Reflexiona sobre esto, y recuerda que si te ocurre lo peor, serás tú el único responsable puesto que tú decides nacer y no se te obliga a ello.»

«No negamos la existencia de placeres para la humanidad; hay una apariencia de satisfacción en algunas etapas que podría incluso llegar a generar cierta alegría, pero fíjate en cómo se distribuyen a lo largo de la vida: las más intensas pertenecen todas a la primera parte y muy pocas a las sucesivas. ¿Existe felicidad que merezca pagarse con las miserias de la decrepitud de la vida? Si eres bueno, fuerte y apuesto, tienes sin duda un tesoro a los veinte, pero ¿cuánto de él te quedará a los sesenta? Y es que deberás vivir de tu capital sin forma posible de invertirlo para ir obteniendo rendimientos a medida que pasa el tiempo. No, tienes que gastar tu capital poco a poco y torturarte al ver cómo se hace más y más pequeño incluso aunque no te lo roben bruscamente ni los atropellos de la vida ni el destino.»

«Recuerda también que no ha existido todavía el hombre de cuarenta años que no hubiese vuelto al mundo de los nonatos si pudiese hacerlo con decencia y honor. Al encontrarse ya en el mundo, permanecerá en él hasta que se le obligue a marcharse, pero ¿acaso crees que accedería a nacer de nuevo y vivir de nuevo su vida si le ofreciesen hacerlo? Ni en broma. Si pudiera cambiar el pasado de manera que no hubiese nacido, ¿no crees que lo haría gustosamente?»

«¿Qué quería decir uno de sus propios poetas, sino esto cuando maldijo el día en que nació y la noche en que se dijo “se ha engendrado un hombre”? “Ahora”,

prosigue, “yacería tranquilo, estaría dormido y así descansarían, junto con los reyes y consejeros de la tierra que se retiraron a lugares solitarios, o con los príncipes que poseían oro y llenaron de plata sus moradas. ¿Por qué no habré desaparecido como el aborto que se esconde o los niños que nunca ven la luz? Allí los malvados cesarán de agitarse, allí descansarían los que están extenuados^[50]”. Ten por seguro que la culpa de haber nacido acarrea este castigo para todos los hombres, pero ¿cómo pueden pedir compasión o quejarse de algún mal que les acontezca siendo que entraron conscientes en la trampa?»

«Una palabra más y habremos terminado. Si algún vago recuerdo revolotease en tu cerebro, como en sueños, en momentos de confusión y sintieras que la poción que se te dio no funcionó y la memoria de esta existencia que ahora abandonas intenta en vano regresar, te damos este consejo para ese momento en que intentas aferrar el sueño pero se escapa de tu alcance, en que lo miras igual que Orfeo miró a Eurídice desapareciendo en el reino de la penumbra: ¡huye, huye! (si es que puedes evocar este consejo) al abrigo de tus obligaciones presentes, refúgiate constantemente en la tarea que tienes frente a ti. Puede que esto lo recuerdes y que sea esto, si lo grabas en las profundidades de tu mente, lo que te ayude a superar con honra las pruebas que se te presenten^[51].»

Así intentan razonar con aquellos que desean abandonarlos, pero rara vez lo consiguen, puesto que sólo a los que son inquietos y poco razonables se les ocurre la idea de nacer, y aquellos que son lo suficientemente necios como para pensarlo son, por lo general, lo suficientemente necios como para hacerlo. Al ver que no pueden convencerlo, los amigos lo acompañan llorando al tribunal del juez supremo donde el que desea nacer declara abierta y solemnemente que acepta las condiciones que acarrea su decisión. Tras aquello, se le proporciona una poción que inmediatamente borra su memoria e identidad y su sustancia se desvanece, se convierte en una simple señal vital, imperceptible a través de los sentidos humanos e inapreciable en cualquier prueba química. Sólo retiene un único instinto, que es ir a tal o cual otro sitio donde encontrará a dos personas a las que deberá importunar hasta que consientan en adoptarle; y que estas personas sean de la raza de Chowbok o de la de los erewhonianos no es cosa que puedan elegir.

Capítulo 20

El significado de todo ello

He transcrito los mitos anteriores en cierta extensión, pero no he tratado más que una pequeña parte del total. Mi primera corazonada al leerlo fue que la insensatez de los nonatos al desear acudir a este mundo queda justificada por el deseo de escapar de esos insufribles discursos. Esta mitología es, sin duda, una representación injusta y exagerada de la vida y sus acontecimientos. Si los autores lo hubiesen deseado, de igual manera podrían haber reflejado una imagen que errase por lo positivo, en vez de hacerlo por lo negativo. Ningún erewhoniano piensa que el mundo sea tan oscuro como lo pintan, pero una de las peculiaridades de este pueblo es que a menudo no creen en aquellas ideas que dicen ser incontestables.

En el caso que ahora nos atañe, su punto de vista respecto a los nonatos surge del deseo de demostrar que a los individuos se les planteó el futuro más tétrico antes de venir al mundo; de otra manera difícilmente podrían espetarle a alguien a quien van a castigar por una enfermedad del corazón o del cerebro que es toda culpa suya. En la práctica modifican su teoría de forma considerable y rara vez mencionan la fórmula de nacimiento, tan solo en casos extremos; puesto que a través de la costumbre o quién sabe de qué, muchos de ellos desarrollan un sincero interés por las criaturas que tanto les han agraviado, y pese a que los hombres por norma general, odian durante los primeros doce meses a estos intrusos a los que nadie ha invitado, a menudo se calman según pasa el tiempo (en función de sus creencias) y algunos llegarán a sentirse desmesuradamente ligados a esos seres a los que gustan llamar sus hijos.

Por supuesto, de acuerdo con las premisas erewhonianas, tan bien empleados les estarían los castigos y la persecución a los afectados de trastornos morales como a los afectados de trastornos físicos, y aún ahora no puedo entender el motivo por el cual se quedaron a medio camino. Tampoco puedo entender por qué el hecho de que ellos hayan actuado así me resultaba tan preocupante. ¿Qué más me dan a mí los sinsentidos que acepten los erewhonianos? Sin embargo, deseaba hacerles pensar del mismo modo que yo pensaba, puesto que el deseo de extender las opiniones que consideramos fundamentales para nuestro propio bienestar está arraigado tan profundamente en la forma de ser inglesa que pocos de nosotros podemos resistir su llamada. Pero dejemos estar el tema.

A pesar de que no son escasas las diferencias entre la práctica y una teoría que es de por sí horripilante, las relaciones entre padres e hijos en este país son menos felices de lo que son en Europa. Muy rara vez vi casos de afecto real y honesto entre los adultos y los menores. Aquí y allá se podía ver alguno, y estoy casi seguro de que los niños de estas familias incluso llegados a los veinte años amaban a sus padres

sobre cualquier otra persona, y de que, al elegir sus compañías, muy a menudo elegían la de su padre y madre por iniciativa propia. Rara vez se veía el coche del corregidor a la puerta de estas casas. Vi dos o tres familias así durante mi estancia en el país y no puedo describir el placer que me producía ver cómo tanta bondad, sabiduría y tolerancia generaba tan reconfortante recompensa. Sin embargo, estoy convencido de que lo mismo ocurriría en nueve de cada diez familias si los padres recordasen cómo se sentían cuando ellos eran jóvenes y se comportasen con sus hijos de la misma manera en la que desearon que sus padres se comportaran con ellos cuando eran niños. Pero esto, que parece tan simple y evidente, debe de ser algo que ni siquiera una de cada cien mil personas es capaz de hacer. Sólo las más excelentes y bondadosas tienen fe en el más simple de los axiomas y sólo unas pocas hay tan benditas que presienten que diecinueve más trece son treinta y dos precisamente igual que dos más dos son cuatro.

Estoy convencido de que si este texto cayese en manos de un erewhoniano, diría que lo escrito acerca de que las relaciones entre padres e hijos sólo a veces resultan satisfactorias es una infame perversión de los hechos y que, en realidad, hay pocos jóvenes que no se sientan más felices con sus allegados^[52] que en otras compañías. Seguro que el señor Nosnibor lo diría. Y no puedo evitar expresar mi sospecha de que él se sentiría bastante avergonzado si sus difuntos padres reapareciesen con la intención de hacerle una visita de seis mesecitos. Me pregunto si existirá algo que considerase más bochornoso. Sus padres murieron a una edad madura, unos veinte años antes de que yo lo conociese, de manera que sería un tanto complicado que se diese el caso, pero seguramente si en su infancia sintió que le trataban con auténtica generosidad, se le subirían los colores al pensar en sus padres durante el resto de su vida.

En los dos o tres casos de auténtico amor familiar que encontré, estoy convencido de que aquellos jóvenes que tan honestamente amaban a sus padres y madres a los dieciocho años, estarían completamente extasiados de recibirlos como invitados a los sesenta años. Nada podría hacerlos más felices exceptuando quizá el ser testigos de la felicidad de sus propios hijos y nietos.

Y así deberían ser las cosas. No se trata de un ideal inalcanzable, existe en un puñado de casos y podría ser cierto en la práctica totalidad de ellos con un poco más de paciencia y comprensión por parte de los padres; si bien estos casos son muy poco frecuentes en la actualidad, tan infrecuentes que en Erewhon tienen un dicho que sólo puedo traducir con una perífrasis y que vendría a decir que la mayor satisfacción de algunas personas en una existencia futura será observar la aflicción de sus padres al volver a la compañía eterna de sus abuelos y abuelas. Además, la idea que subyace en las raíces de la palabra para la más profunda de las angustias es la de «amor forzoso».

La palabra «padres» carece de poder mágico que genere milagros de afecto filial y podría creer que a mi propio hijo le resultara menos penoso perdernos a Arowhena y a mí a los seis años que encontrarnos de nuevo a los sesenta (afirmación que no

escribiría de no sentir que así le proporciono cierta capacidad de coacción; como si pusiese en sus manos un arma, en el caso de que mi egoísmo supere los límites de lo razonable).

En gran medida el dinero subyace en el fondo de este asunto. Si los padres orientasen a sus hijos para que estos se ganasen la vida antes de lo que lo hacen, al poco tiempo los niños serían independientes y se mantendrían a sí mismos. Tal y como están las cosas en el sistema actual, los jóvenes crecen lo suficiente como para tener toda clase de necesidades legítimas (si es que tienen algo de vitalidad) antes de haber aprendido a procurarse el dinero con el que satisfacerlas, de manera que deben conformarse o exigir más dinero del que pueden esperar de sus padres. Esto se debe, en gran medida, a las Facultades de la Sinrazón, donde se enseña a los niños con principios hipotéticos, como explicaré más adelante, empleando años enteros en sentirse incapacitados para esto, lo otro o lo de más allá (los chicos apenas saben de qué se está hablando), mientras lo que deberían estar haciendo es practicar todas esas cosas, comenzando por las nociones más básicas, aprendiendo a base de práctica y progresando de manera acorde con las energías que cada uno posea.

Las Facultades de la Sinrazón me sorprendieron sobremanera. Sería muy fácil caer en un pseudoutilitarismo y de buen grado aceptaría que el sistema pueda ser apropiado para los hijos de padres ricos o aquellos niños que demuestren una vocación natural para el conocimiento hipotético. Por desgracia, su adoración de Ydgrun requiere que todo aquel que tenga ciertas pretensiones envíe a sus hijos a alguna de estas escuelas, perdiendo así los rendimientos económicos de años enteros. Me asombró ver los sacrificios que hacían los padres para conseguir que sus hijos fuesen lo más ineptos que pudiesen llegar a ser. Además es difícil establecer si sufrían más los adultos por el gasto que aquello les acarrea, o los jóvenes al verse deliberadamente embaucados en algunas de las más importantes ramas del saber humano y dirigidos por el mal camino o abandonados a la deriva en la gran mayoría de los casos.

No creo equivocarme al decir que el aumento en la limitación del tamaño de las familias mediante infanticidio (un mal que está causando alarma generalizada a lo largo del país) se debe casi exclusivamente a la forma en que la educación ha degenerado hacia el fetichismo desde una punta de Erewhon hasta la otra. Por supuesto que deben establecerse medidas mediante las cuales todo niño aprenda a leer, a escribir y aritmética, pero hasta ahí debería llegar la educación obligatoria a cargo del Estado. A partir de entonces, el niño debería empezar a adquirir los rudimentos del oficio mediante el cual habrá de ganarse la vida (adoptando las medidas oportunas para asegurarse que no se los esclaviza).

Los niños no pueden adquirir estas habilidades en lo que en Inglaterra llamamos escuelas de educación técnica. Estas escuelas no son más que existencia monástica para protegerlos de los golpes que da la vida. En vez de hacer capaces a los niños, los incapacitan para el trabajo en el mundo real. Un oficio se aprende únicamente en el

taller de aquellos que se ganan la vida ejerciéndolo.

Los niños, por lo general, odian la teoría y gozan de los hechos. Si se les da la posibilidad de generar riqueza, pronto empezarán a generarla. Cuando los padres se den cuenta de que sus hijos, en vez de verse convertidos contranatura en cargas para ellos, empiezan a contribuir al bienestar familiar, dejarán de matarlos e intentarán tener una numerosa descendencia que ahora eluden. Como están las cosas, el Estado echa sobre los padres una carga superior a la que pueden aguantar y después se angustia por un mal del que es el principal responsable.

Entre las clases menos acomodadas los estragos no son tan notorios, puesto que en estas familias, al acercarse a los diez años, los niños tienen que empezar a hacer algo. Si se trata de niños capaces, prosperarán. Si no, al menos lo que llaman «educación» no los volverá más inútiles de lo que ya son. Por norma general, la gente encuentra su lugar en la vida y, aunque algunos desafortunados individuos se pierdan en el camino, se confirma en la mayoría de los casos que a aquel que posee cualidades valiosas se le reconocen y logra sacarles provecho. Creo que los erewhonianos están empezando a darse cuenta de estas cosas ya que se hablaba mucho acerca de gravar a aquellos padres cuyos hijos no estén percibiendo ganancias acordes a su nivel cuando alcancen los veinte años. Estoy convencido de que si tienen el valor de llevar a cabo esta medida, jamás se arrepentirán, puesto que los padres se ocuparán de que sus hijos empiecen a generar dinero (es decir, beneficiar a la sociedad) a edades tempranas. A su vez, los hijos adquirirán su independencia antes y no constituirán una carga para los padres. Así, unos y otros se querrán más de lo que se quieren ahora.

He ahí la verdadera filantropía. Aquel que hace una fortuna en el negocio de la calcetería y a través de sus esfuerzos consigue bajar el precio de los bienes lanares en una milésima de penique, vale más que diez filántropos profesionales. En Erewhon son tan conscientes de esto que cuando alguien genera una fortuna superior a 20 000 libras esterlinas al año, se le exime de pagar impuestos, considerando que ha realizado una obra de arte, demasiado valiosa como para alterarla. Exclaman entonces: «¡Cuánto tiene que haber hecho por la sociedad esta persona para haber conseguido que la gente le pague tanto dinero!». Estos casos les resultan sobrecogedores y los consideran como algo caído del cielo.

«El dinero», dicen, «es el símbolo del deber, es el sacramento que otorga la humanidad por haber hecho aquello que la humanidad deseaba. Es posible que la humanidad no sea muy buen juez al respecto, pero no existe otro mejor». Esto me sorprendió al principio porque recordaba que se había dicho que aquel que sea rico difícilmente accederá al reino de los cielos^[53]. Sin embargo, la influencia de Erewhon hizo que empezase a considerar las cosas desde un punto de vista diferente y no puedo evitar pensar que aquel que sea pobre encontrará todavía más difícil acceder al reino de los cielos.

Por otro lado, la gente contrapone el dinero y la cultura y sugiere que aquel que

dedique su tiempo a amasar dinero no será culto. ¡Falacia de falacias! Como si pudiese haber mayor empuje para la cultura que el de haberse ganado una independencia honrosa, o como si la mayor de las culturas le sirviese de algo a aquel que no posee nada, excepto para ser todavía más consciente de su posición. Aquel joven a quien le dijeron que vendiese todas sus posesiones y les diese el dinero a los pobres^[54] debió de ser una persona absolutamente excepcional, si el consejo fue atinado, tanto para él como para los pobres. Cuánto más a menudo ocurre que un hombre tiene toda clase de cualidades positivas excepto la riqueza. Sentimos entonces que debería dedicarse a persuadir a los demás de que le paguen cuanto puedan y así hacerse rico. Se ha dicho que el amor al dinero es el origen de la maldad. Y añado que con toda certeza la escasez de dinero lo es también.

Lo arriba expuesto puede parecer irreverente, pero está concebido desde el más estricto respeto a aquellas cosas que realmente lo merecen, esto es, a las cosas que existen, que nos moldean y nos crean, sean las que sean, a las cosas que tienen poder para castigar y que de hecho castigan, a aquel que no sigue sus dictados, a nuestros superiores, en fin. Pero estoy divagando.

Tienen los erewhonianos un proyecto que genera mucha polémica, de forma similar a los derechos de la mujer en Inglaterra. Un partido de radicales extremistas dice ser incapaz de decidir sobre la superioridad de la madurez o la de la juventud. Actualmente todo el mundo supone que lo mejor es que los jóvenes maduren tan pronto como sea posible. Algunos opinan que se trata de un error y que el objetivo de la educación debería ser mantener joven a la gente tanto tiempo como sea posible. Dicen que cada edad debería turnarse semanalmente en la toma de decisiones, de manera que una semana fuesen los maduros quienes las tomaran y la siguiente fuesen los jóvenes, estableciendo la línea divisoria en los treinta y cinco años. También insisten en que debería permitírsele a los jóvenes infligir castigos físicos a los mayores, castigos sin los cuales serían absolutamente incorregibles. Esto no cabe ni pensarlo en cualquier país europeo, sin embargo aquí, donde los corregidores prescriben azotamientos constantemente, están mucho más familiarizados con la idea. No creo que este proyecto salga adelante, pero el que se haya debatido es suficiente para demostrar la absoluta depravación de la filosofía erewhoniana.

Capítulo 21

Las Facultades de la Sinrazón

Llevaba ya hospedado en casa de los Nosnibor unos cinco o seis meses y pese a que había sugerido marcharme y alojarme por mi cuenta, se negaban a permitirlo. Imagino que estimaban mayores las posibilidades de que me enamorase de Zulora si me quedaba; sin embargo era mi amor hacia Arowhena lo que me retenía.

Arowhena y yo pasamos aquellos días en una ensoñación, arrastrados hacia un amor confesado, pero sin atrevernos a enfrentarnos a los auténticos impedimentos a nuestra situación. Pero la situación fue tomando gradualmente tintes de crisis y al fin pudimos percibir la realidad claramente.

Una tarde estábamos en el jardín y yo intentaba con rodeos y de forma ridícula que ella confesase que sentiría lástima por un hombre enamorado de una mujer que no quisiera casarse con él. Estaba tartamudeando y me sonrojé, comportándome como un completo mentecato y supongo que le herí al mendigar compasión para mí mismo de forma tan evidente sin percatarme de su situación. Sea como fuere, me miró y me dijo con una sonrisa agridulce: «¿Compasión? Siento compasión por mí misma, siento compasión por ti y por todo el mundo». Tan pronto como estas palabras abandonaron sus labios, inclinó la cabeza, me miró de manera que daba a entender que no respondiese y se marchó.

Fueron pocas palabras y simples, pero su manera indescriptible de enunciarlas me abrió los ojos. Comprendí que no tenía derecho a intentar que incumpliese una de las costumbres más sagradas de su país, cosa que habría de hacer para casarse conmigo. Permanecí sentado largo tiempo pensando y al recordar lo vergonzoso, miserable y pecaminoso que es un matrimonio ignominioso (puesto que así se consideraría en Erewhon nuestro matrimonio), me sentí absolutamente abochornado de haber permanecido ciego tanto tiempo. Ahora lo describo con tranquilidad, pero entonces sufría amargamente y probablemente mis recuerdos de esta situación serían mucho más intensos de no ser por cuán alegremente concluyó el asunto.

Jamás me planteé abandonar mi propósito de casarme con Arowhena: debería encontrar una solución diferente. La idea de esperar a que alguien se casase con Zulora también quedaba fuera de consideración. Ya había descartado la opción de desposar a Arowhena en Erewhon. En esas circunstancias, tan sólo quedaba una posibilidad: huir con ella y traerla a Europa, en donde no habría oposición alguna a nuestra unión aparte de mis miserias económicas, extremo aquel que no me preocupaba.

A este plan tan obvio y simple tan sólo encontré dos objeciones dignas de tal nombre. La primera, que quizás Arowhena no quisiera venir, y la segunda que me

sería casi imposible escapar incluso solo, puesto que el mismo rey me había dicho que me considerase en libertad condicional y que la primera señal de tentativa de fuga me mandaría al hospital de los incurables. Aparte de eso, no conocía la geografía del país e incluso si intentase seguir el camino por el que había llegado, me descubrirían mucho antes de que hubiese alcanzado el paso de las montañas. ¿Cómo podía entonces contemplar la idea de llevar a Arowhena conmigo? Durante días enteros anduve dando vueltas en la cabeza a estos obstáculos y al final di con el plan más descabellado que la necesidad haya engendrado jamás. Este plan solucionaba la segunda dificultad, la primera no me preocupaba demasiado puesto que en el siguiente encuentro, tras nuestra charla en el jardín, pude ver que ella no había sufrido menos que yo.

Decidí que volvería a hablar con ella una última vez (por el momento) y que después me alejaría y me dedicaría a madurar mi plan tan rápido como me fuese posible. Cuando tuvimos una oportunidad de estar a solas di rienda suelta a mis sentimientos y le conté cuán apasionada y devotamente la amaba. Ella apenas respondió, pero sus lágrimas (que provocaron las mías) y lo poco que dijo fueron suficientes para convencerme de que no se opondría. Entonces le pregunté si asumiría conmigo un gran peligro que, en caso de ser superado nos llevaría entre los míos, junto a mi madre y hermanas, que encantadas la acogerían. Al mismo tiempo señalé que las probabilidades de que fracasásemos eran muy superiores a las de que tuviésemos éxito y que lo más probable era que, aunque pudiese poner en marcha mi plan, éste nos llevase a ambos a la muerte.

No me equivoqué respecto a Arowhena, me dijo que pensaba que mi amor era tan extraordinario como el suyo y que haría cualquier cosa si le aseguraba que no se consideraría deshonoroso en Inglaterra; que no podría vivir sin mí y prefería morir conmigo a morir sola y que la muerte quizá sería lo mejor para los dos; que debía trazar los planes y que cuando llegase el momento debería llamarla y confiar en que ella no me abandonaría. Así, tras muchas lágrimas y abrazos, nos separamos con dolor.

Entonces me marché de la casa de los Nosnibor, me alojé en la ciudad y pude darme a la melancolía tanto como mi corazón me lo pedía. A veces veía a Arowhena, puesto que me había aficionado a acudir a los bancos musicales con regularidad, pero tanto la señora Nosnibor como Zulora me trataban con considerable frialdad. Estoy seguro de que sospechaban de mí. Arowhena parecía desdichada y me percaté de que su cartera ahora siempre estaba llena a rebosar del dinero de la banca musical, mucho más llena que antes. Tuve entonces la terrible sospecha de que pudiera caer enferma y que se abriese un juicio criminal contra ella. ¡Cómo llegué a odiar Erewhon!

Todavía tenía audiencia en la corte, pero mi aspecto saludable empezaba a fallarme; no era tan hábil como los erewhonianos a la hora de camuflar las consecuencias de mi dolor. Me percaté de que mis amigos empezaban a preocuparse por mí y me vi obligado a seguir los pasos de Mahaina y hacer como si me hubiese

dado a la bebida. Incluso acudí a la consulta de un corregidor como habría hecho si eso fuese verdad y me expuse a sus tormentos. Con ello mejoraron las cosas durante un tiempo, pero era evidente que la opinión de mis amigos acerca de mí se resentía a medida que desmejoraba.

Me enteré de que los pobres se quejaban acerca de la pensión que tenía asignada y leí un artículo hiriente en un periódico hostil al gobierno en el que el escritor se atrevía a decir que mi pelo claro era de escaso mérito en tanto que se me había escuchado decir que era algo frecuente en el país del que venía. Tengo motivos para pensar que el mismísimo señor Nosnibor había sugerido tal artículo. A la sazón también me enteré de que el rey había empezado a meditar sobre mi reloj y que consideraba la posibilidad de ponerme en tratamiento por haber mentido acerca de los globos aerostáticos. Veía cómo la desgracia se cernía sobre mí por todas partes y comprendí que necesitaría de algo más que mi ingenio si Arowhena y yo habíamos de arribar a buen puerto.

Algunas personas seguían tratándome con amabilidad y, por extraño que parezca, la mayor parte eran aquellas personas de quienes menos lo esperaría; me refiero a los cajeros de los bancos musicales. Había trabado conocimiento con varios de ellos y ahora que frecuentaba su banco, se sentían inclinados a tratarme con cortesía. Uno de ellos, al percatarse de que andaba mal de salud, pese a que por supuesto hizo como si no se diese cuenta, me sugirió que cambiase de aires y lo acompañase a una de las ciudades más notables que estaba a unos dos o tres días de distancia desde la capital: la sede principal de las Facultades de la Sinrazón. Insistió en que me encantaría y en que me acogerían con hospitalidad, con lo cual decidí aceptar su invitación.

Partimos a los dos o tres días y, tras hacer noche en el camino, llegamos a nuestro destino al atardecer. Ya estábamos en primavera puesto que pronto haría diez meses desde que partí en mi expedición con Chowbok, pero a mí me parecían diez años. Los árboles se encontraban en su máximo esplendor y el tiempo era cálido sin ser opresivamente caluroso. Tras pasar tantos meses en la capital, el ver el campo y los pueblos rurales que atravesamos me reconfortó en gran medida, aunque no conseguí olvidar mis problemas. Las últimas cinco millas fueron las más hermosas de todo el viaje puesto que el terreno se hizo más irregular y los bosques más frondosos, pero mi primera impresión de la ciudad universitaria fue todavía más fascinante. No puedo imaginar ciudad más hermosa en el mundo entero y así se lo dije a mi acompañante y le agradecí haberme llevado.

Llegamos a una posada en el centro de la ciudad y entonces mi amigo el cajero, cuyo nombre era Thims^[55], me llevó de paseo por las calles y los patios de las principales Facultades puesto que todavía había luz del día. Eran asombrosamente bellos e interesantes. Resultaba imposible contemplarlos sin sentirse atraído por ellos y pensé para mis adentros que muy ruin y desagradecida debía de ser una persona para haber formado parte de una de estas Facultades y no sentir afecto por ella durante el resto de su vida. Desaparecieron mis anteriores sospechas al contemplar la

belleza y el aspecto venerable de esta ciudad. Durante media hora me olvidé de Arowhena y de mí.

Tras la cena, el señor Thims me contó muchas cosas sobre el sistema educativo que emplean. Ya conocía una parte por lo que había oído antes, pero otra parte me resultó nueva y me formé una idea más completa acerca de la doctrina erewhoniana. Sin embargo, había partes del sistema cuya utilidad no podía comprender pese a que admito que esta incapacidad probablemente sea el resultado de haber sido educado de forma tan diferente y de encontrarme en tan pobre estado.

La característica principal de su sistema es la preeminencia que otorgan al estudio de lo que tan sólo puedo traducir como la «Hipotética». Su razonamiento es el siguiente: enseñarle a un chico simplemente cuál sea la naturaleza de aquello que existe en el mundo que lo rodea, con lo cual se familiarizará durante el resto de su vida, no sería sino darle una concepción estrecha y poco profunda del Universo, puesto que éste puede contener todo tipo de cosas que todavía no hemos encontrado en él. Abrirle los ojos a esas posibilidades y, de esa manera prepararlo para todo tipo de emergencias es el objetivo del estudio de la hipotética. Imaginar un conjunto de circunstancias completamente extravagantes e improbables y esperar que los jóvenes propongan respuestas inteligentes a las preguntas que de tales situaciones surgen es considerado como el mejor método de adiestrarlos para el gobierno de sus propios asuntos durante el resto de su vida.

Así que instruyen a los chicos, durante los mejores años de su vida, en lo que ellos llaman la lengua hipotética, un idioma que se desarrolló cuando en el país regía una civilización muy diferente a la actual, un periodo que terminó en eras pasadas, sustituido por una civilización nueva. Muchos aforismos admirables y nobles reflexiones que en su tiempo estaban ocultos en aquella lengua son ahora frecuentes en su literatura moderna y se han traducido una y otra vez al idioma que ahora utilizan. Parecería evidente entonces que el estudio de aquella lengua originaria se viese limitado a las pocas personas cuyos instintos naturales les llevasen por tales derroteros.

Sin embargo, los erewhonianos son de otra opinión. La trascendencia que otorgan a este idioma hipotético es inconcebible. Conceden a quien domine el estudio de aquella lengua un subsidio vitalicio; es más, dedican años a aprender a traducir selecciones de sus mejores poemas al lenguaje hipotético, siendo la fluidez en esta habilidad una señal de nobleza y erudición. No quiera el cielo que peque de frívolo, pero aquello me pareció un desperdicio de energía positiva, el que los hombres dediquen años y años a la perfección de un ejercicio tan estéril, cuando su civilización presenta miles de problemas que claman por ser resueltos y cuya solución les habría sido extremadamente rentable; pero ellos conocerán mejor su situación. En caso de que fuesen los jóvenes quienes tomasen la decisión, me habría sorprendido menos, pero no es así; es algo que se les impone y la gran mayoría no se siente atraída por ello. Tan sólo queda añadir que todos los argumentos que escuché a

favor de este sistema no bastaron para convencerme de que los beneficios que de él derivan merezcan la pena.

Los argumentos en pro del desarrollo de las Facultades de la Sinrazón eran mucho más convincentes. Ahora que en este particular se alejan de los principios que fundamentan su estudio de la hipotética, puesto que el fundamento principal de la importancia capital que otorgan a la hipotética es el hecho de que ésta consiste en una preparación para lo extraordinario, mientras que el estudio de la sinrazón pretende desarrollar aquellas capacidades requeridas en los asuntos cotidianos. De ahí la existencia de las cátedras de Inconsistencia y Evasivas, asignaturas que debe aprobar todo alumno para licenciarse en hipotética. Los estudiantes más afanosos y concienzudos adquieren en estos campos una soltura sorprendente, no hay inconsistencia que no puedan defender por manifiesta que sea o mandato del que no sean capaces de excusarse por inexorable que sea.

Argumentan que la vida sería intolerable si el hombre siempre guiase sus actos a través de la razón y nada más que la razón. La razón empuja con falacias al hombre a establecer límites claros y rotundos y a definir el mundo a través del lenguaje, cuando el lenguaje es como el sol, que nos nutre y después nos abrasa. Tan sólo los extremos son lógicos, pero son siempre absurdos. El término medio es ilógico, pero lo ilógico del término medio es preferible a lo absurdo de los extremos. No hay disparate ni sinrazón tan grande como aquellos que aparentemente se pueden defender de manera irrefutable mediante el razonamiento y existen pocos errores en los que no caería el hombre si guiase su conducta a través de la razón únicamente.

La razón probablemente pudiese abolir el sistema de moneda doble e incluso podría cuestionar la personificación de la Esperanza y la Justicia. Además, la gente es por naturaleza dada a la razón, la busca y actúa en consonancia con ella con tal afán que termina por ser perjudicial: no hay necesidad de fomentar la razón. En lo que a la sinrazón respecta la situación varía. Es el complemento inherente de la razón, sin la cual la razón misma no existiría.

Entonces, puesto que no existiría la razón de no ser por la existencia de la sinrazón, ¿no podemos deducir que cuanto más sinrazón exista, más razón existirá también? De ahí la necesidad del desarrollo de la sinrazón, incluso en beneficio de la propia razón. Los profesores de la sinrazón dicen no infravalorar la razón; nadie está más seguro que ellos de que, si el sistema económico doble no pudiese inferirse como consecuencia inevitable de la razón humana, éste debería dejar de existir al momento. Si bien esta deducción no puede basarse exclusivamente en la estrechez de miras de la razón puesto que así se le priva a tan admirable facultad de la mitad de su esencia. La sinrazón es parte de la razón y, por tanto, se le debe conceder su parte alícuota a la hora de establecer principios.

Capítulo 22

Las Facultades de la Sinrazón (continuación)

En Erewhon no conceden importancia alguna a la genialidad, puesto que dicen que todos somos genios, en mayor o menor medida. No existe alguien tan sano que pueda decirse que jamás estará enfermo y no existe alguien tan enfermizo que pueda decirse que ninguno de sus órganos esté sano. Así también, ninguna persona es únicamente íntegra sin indicios de locura o maldad y nadie es únicamente loco o malvado, sin indicios de sensibilidad u honradez. De la misma manera, no hay genio que no sea también un mentecato ni mentecato que no sea también un genio.

Al hablar con unos caballeros acerca de la originalidad y la genialidad en una cena que organizó el señor Thims en mi honor, dije que deberían fomentarse las ideas originales y al punto tuve que tragarme mis palabras. En su opinión la genialidad es similar a los delitos: es inevitable que se dé, pero ¡pobre de aquel de quien provenga! Es deber de todo individuo pensar de igual manera que su vecino y que el cielo proteja a aquel que considere bueno lo que su vecino considera malo. Realmente es difícil ver puntos divergentes entre la teoría de los erewhonianos y la nuestra puesto que la palabra «idiota» no significa otra cosa que aquel que forma sus propias ideas.

El venerable profesor de Sabiduría Mundana, hombre que rozaba los ochenta y conservaba aún su vigor, me habló muy seriamente acerca de este tema debido al enunciado que tan imprudentemente había dejado escapar en defensa de la genialidad. Se trataba de una de las personas de mayor alcurnia en la Facultad y tenía fama de ser quien más había trabajado para erradicar todo tipo de originalidad.

—No es asunto nuestro —dijo— el fomentar que los alumnos piensen por cuenta propia. De hecho es lo último que les animaría a hacer alguien que les desee el bien. Nuestro deber es asegurarnos de que piensen tal y como nosotros pensamos, o al menos, como consideramos oportuno decir que pensamos. —En algunos aspectos, sin embargo, se le consideraba un radical puesto que era el presidente de la Sociedad para la Supresión del Conocimiento Inútil y la Absoluta Anulación del Pasado.

En lo referente a los exámenes que los jóvenes deben aprobar antes de licenciarse, no existe una clasificación general y no fomentan la competencia entre estudiantes, actitud que por supuesto consideran egoísta y poco cordial. Los exámenes consisten en ensayos escritos por el candidato acerca de una serie de temas establecidos, algunos de los cuales conoce de antemano, mientras que otros se preparan con el objetivo de evaluar su capacidad general y su *savoir faire*.

Mi amigo el profesor de Sabiduría Mundana aterrorizaba a la gran mayoría de estudiantes y, por lo que pude ver, con mucha razón, puesto que se había tomado la

cátedra mucho más seriamente que cualquier otro profesor. Me contaron que suspendió a un pobre chico por carencia de suficiente imprecisión en su ensayo sobre cláusulas restrictivas. Otro suspendió por haber escrito un artículo acerca de un tema científico sin utilizar en suficientes ocasiones las palabras «cuidadosamente», «pacientemente» y «concienzudamente». A un caballero le negó la licenciatura por estar en lo cierto con demasiada frecuencia y pocos días antes de mi llegada una promoción entera había cateado por insuficiente desconfianza hacia las publicaciones especializadas.

A este respecto se daba a la sazón cierta conmoción, puesto que parece ser que este profesor había escrito un artículo en una de las más prestigiosas revistas universitarias, del cual todos le sabían autor, lleno a rebosar de todo tipo de errores plausibles. Hecho esto, estableció como tema de los ensayos un asunto que permitía a los examinantes reproducir aquellos errores, cosa que los alumnos hicieron, razonando que el artículo estaba escrito por su propio examinador. El profesor suspendió a todos y cada uno de ellos, si bien su proceder no se consideró correcto.

Les mencioné el verso de Homero que dice que el hombre debe esforzarse para sobresalir siempre en todos los campos y destacar sobre sus congéneres, pero dijeron que no sería sorprendente que en aquellos países que profesen admiración por una sentencia tan detestable estén siempre lanzándose unos a la yugular de los otros.

—¿Por qué —preguntó un profesor—, debería nadie pretender ser mejor que su vecino? Que dé gracias de no ser peor.

Me arriesgué a mencionar con timidez que no entendía cómo podrían las artes o las ciencias o cualquier otro campo, de hecho, progresar sin un cierto grado de competitividad y el consecuente egocentrismo.

—Por supuesto que no se puede —dijo el profesor—, y por lo tanto nos oponemos al progreso.

Tras lo cual no cabía decir nada más. Más tarde, sin embargo, un joven profesor me llevó aparte y dijo creer que yo no comprendía su punto de vista.

—Apreciamos el progreso —dijo—, pero éste debe adaptarse al sentido común. Si una persona adquiere un conocimiento superior al de sus conciudadanos, debe callárselo hasta que los haya sondeado y haya establecido si están de acuerdo con él, o podrían llegar a estarlo. —Dijo que tan inmoral es estar muy adelantado a la época como andar muy atrasado—. Si una persona puede convencer a sus congéneres, podrá decir lo que piense, pero si no, ¿qué insulto hay más injustificado que el decirles lo que no quieren saber? La gente debería saber que la complacencia intelectual es una de las formas más malignas y vergonzosas que adopta el vicio. Por supuesto que todo el mundo debería cometer algún que otro exceso, de la misma manera que la cordura absoluta volvería loco a cualquiera en el preciso instante en que la alcanzase, pero...

Mi interlocutor empezaba a mostrar su pasión por el tema y yo empezaba a preguntarme cómo deshacerme de él cuando precisamente la fiesta terminó y, aunque

prometí visitarle antes de marcharme de la ciudad, desgraciadamente otros compromisos me lo impidieron.

Ya he escrito suficiente como para que los lectores ingleses se hagan una idea acerca de las insólitas nociones que tienen los erewhonianos sobre la sinrazón, la hipotética y la educación en general. En muchos aspectos son bastante sensatos, pero no conseguí asimilar el tema de la hipotética, especialmente el traducir su hermosa poesía a la lengua hipotética. De hecho, durante mi estancia conocí a un joven que me contó cómo durante catorce años lo único que le enseñaron fue la lengua hipotética, aunque jamás mostró la más mínima propensión a ella (lo que en mi opinión habla a su favor), pese a que tenía talentos nada despreciables para otros diversos campos del conocimiento humano. Me aseguró que jamás abriría un libro de hipotética tras licenciarse, sino que seguiría el camino de sus propias inclinaciones, lo cual era muy sensato pero ¿quién le devolvería aquellos catorce años?

A veces me pregunto cómo puede ser que estos estropicios no sean más claramente visibles y que los jóvenes crezcan tan prudentes y buenos como lo hacen a pesar de estos intentos casi deliberados de pervertir y limitar su desarrollo. Sin duda, algunos sufren las consecuencias hasta el fin de sus días, pero muchos parecen poco o nada afectados y se diría que hay incluso algunos que se benefician. El motivo, por lo visto, es que el instinto natural de los chicos se rebela de tal forma ante esta educación que, hagan lo que hagan los profesores, jamás se la toman en serio. Como consecuencia, tan sólo pierden el tiempo y ni siquiera tanto como cabría esperar, puesto que en sus ratos libres se dedican al ejercicio físico y los deportes, lo cual desarrolla su constitución y al menos los hace fuertes y sanos.

Es más, tampoco consiguen erradicar los gustos particulares de aquellos alumnos que los tienen. Aprenden lo que quieren y lo que les gusta a pesar de los obstáculos, que en vez de desalentarlos, se diría que los animan. Entre aquellos sin capacidades especiales, la pérdida de tiempo tampoco supone un gran menoscabo. Sin embargo, a pesar de estos paliativos estoy seguro de que para los niños de clase media, el perjuicio de este sistema que llaman educativo, es considerable. Los niños pobres son los que menos sufren, si la destrucción y la muerte han escuchado el sonido de la sabiduría^[56], hasta cierto punto, también la pobreza lo ha hecho.

Y sin embargo, quizá sea mejor para un país que sus instituciones de enseñanza trabajen más en suprimir el crecimiento intelectual que en estimularlo. De no ser por cierta ñoñería que infunden a tantos de sus alumnos, las obras genuinas podrían convertirse en algo peligrosamente común. Es fundamental que la gran mayoría de lo que se dice o hace en el mundo sea tan efímero que desaparezca rápidamente. Las cosas deben pervivir unas veinticuatro horas o quizá incluso el doble, pero no deberían ser válidas tras una semana, a fin de impedir que la gente se dedique a algo distinto. Sin duda alguna el fantástico desarrollo del periodismo en Inglaterra, así como el hecho de que nuestras instituciones de enseñanza pretendan fomentar la mediocridad en vez de la excelencia, se debe a nuestra admisión subconsciente de

que es más necesario restringir la exuberancia intelectual que estimularla. No cabe duda alguna de que a esto se dedican nuestros organismos académicos y que su éxito radica en que se dedican a ello de forma subconsciente. Piensan que están promoviendo una saludable asimilación y digestión mental, mientras que en realidad son poco mejores que un cáncer de estómago.

Permítaseme, sin embargo, regresar a Erewhon. Nada me sorprendió más que ver los ocasionales fogonazos de sentido común encenderse en esta o aquella áreas de estudio, mientras que ni siquiera una triste chispa iluminaba otras. Esto me chocó particularmente al dar un paseo por la facultad de Bellas Artes, donde los estudios están divididos en dos ramas, la práctica y la comercial, y donde no se les permite a los alumnos continuar sus estudios en la práctica del arte que hayan elegido a no ser que progresen de forma similar en la historia comercial de la misma.

De esta forma aquellos que estudian pintura, tienen exámenes cada cierto tiempo acerca de los precios que han alcanzado las pinturas más notables de los últimos cincuenta o cien años y en las oscilaciones de su valor cuando (como a menudo sucede) se venden y revenden tres o cuatro veces. Los erewhonianos mantienen que el artista es un marchante de cuadros y por lo tanto, igual importancia tiene en su labor conocer cómo adaptar sus mercancías al mercado y qué precio aproximado tendrá cada una, como el ser capaz de pintar el cuadro. Me imagino que esto es lo que los franceses quieren decir cuando hacen tanto hincapié en los «valores».

Respecto a la ciudad en sí, cuanto más veía más me deleitaba. No confío en mi capacidad para describir aquella exquisita belleza de las facultades, con sus paseos y sus jardines. Realmente, debe de haber una influencia en estas cosas que nos eleva y nos perfecciona, que constituye en sí misma media educación y no existe desatino capaz de desvirtuarla por completo. Me presentaron a muchos profesores que fueron todo lo hospitalarios y amables que pude esperar, sin embargo, apenas pude evitar concebir la sospecha de que algunas de las personas ante las que se me llevaba habían pasado tanto tiempo inmersos en su propio estudio de la hipotética que eran la antítesis de los atenienses en los días de San Pablo. Puesto que mientras éstos no hacían otra cosa sino ver y escuchar nuevas ideas, entre aquellos parecía haber algunos dedicados a evitar cualquier opinión con la que no estuviesen completamente habituados, que consideraban su intelecto como un santuario en el que una vez que se hacía fuerte una idea, ninguna otra podría entrar.

Debo avisar al lector sin embargo de que rara vez estuve seguro de lo que querían decir los hombres que conocí mientras viajé con el señor Thims, puesto que no había forma de sacarles nada si albergaban la más mínima sospecha de que podrían, como ellos lo llaman, estar «delatándose a sí mismos». Al no haber apenas temas en los que pueda no darse esta sospecha, me resultó difícil establecer la opinión sincera de cualquiera de ellos, salvo en temas como el tiempo meteorológico, la comida y la bebida, los viajes de verano y los juegos de habilidad.

Si no pueden escabullirse de dar su opinión, normalmente recapitulan las de

alguna otra persona que haya escrito sobre el tema y concluyen admitiendo que hay cierta veracidad en lo que dice el autor, si bien existen también muchos puntos en los que no pueden estar de acuerdo con él. Me fue imposible determinar en aquellas ocasiones cuáles eran esos puntos. De hecho, por lo visto se considera la cúspide de la erudición y la buena educación el no haber tenido jamás (y mucho menos haber expresado) una opinión acerca de cualquier tema que pueda demostrarse errónea más tarde y las Facultades de la Sinrazón han desarrollado una maestría sin par en el arte de las medias tintas.

Incluso cuando, pese a tanto escabullirse, se ven forzados a expresar una opinión clara, con mucha frecuencia defienden aquello que saben positivamente que es incierto. A menudo leí análisis y artículos, incluso en sus mejores diarios, que argumentaban claramente entre líneas a favor del sentido opuesto que enunciaba el propio artículo. Tan asumido está esto, que sólo un novato en las artes de la etiqueta erewhoniana, podría dejar de vislumbrar un «sí» tras cada «no» que le dirigen. Por supuesto, poco importa en el fondo, ¿qué más da que «sí» sea «sí» o «no» mientras se entienda lo que se quiere decir? Y sin embargo, nuestro proceder, al llamar «pan» al pan en vez de llamarlo «vino» y pretender que todo el mundo entienda «pan», parece más conveniente. Por otra parte, el sistema erewhoniano está mejor dotado para erradicar la certeza categórica, lo cual parece ser el objetivo declarado de su filosofía.

Sea como fuere, la enfermedad del «miedo a delatarse a uno mismo» es letal para la inteligencia de quienes la contraen y casi todas las personas en las Facultades de la Sinrazón estaban contagiadas en mayor o menor grado. Tras unos pocos años sobreviene una atrofia de las opiniones y el paciente se vuelve insensible como una roca excepto en lo concerniente a los aspectos más superficiales de los objetos con los que tiene contacto frecuente. La expresión facial de estas personas es repelente y sin embargo no parecen ser especialmente desgraciadas, puesto que ninguna de ellas sabe que está más muerta que viva. Todavía no se ha descubierto cura para la enfermedad del miedo a delatarse a uno mismo.

Fue durante mi estancia en la ciudad de las Facultades de la Sinrazón (cuyo nombre en erewhoniano es tan cacofónico que me abstengo de escribirlo) cuando me enteré de los detalles de la revolución que había concluido con la destrucción de los numerosos avances mecánicos que previamente se utilizaban en el país.

El señor Thims me llevó a la residencia de un caballero que tenía reputación de ser un gran erudito pero que era también, como dijo el señor Thims, algo peligroso en tanto que había intentado introducir un adverbio en el lenguaje hipotético. El caballero había oído hablar de mi reloj y estaba deseoso de verme, puesto que se le consideraba el anticuario más sabio de todo Erewhon en lo referente a la mecánica. Estuvimos hablando del tema y al marcharme me entregó una reedición del libro que había provocado la revolución.

Ésta tuvo lugar unos quinientos años antes de mi llegada. La gente estaba acostumbrada a los cambios, pese a que durante la revolución, el país quedó sumido

en la más profunda de las miserias y la consecuente reacción en contra casi triunfó. La guerra civil azotó el país durante años y se dice que la población disminuyó a la mitad. Los bandos enfrentados eran los maquinistas y los antimaquinistas y al final, como ya se ha dicho antes, los antimaquinistas obtuvieron la victoria y el trato que dieron a los vencidos fue tan sumamente estricto que extirparon cualquier vestigio de oposición.

Lo sorprendente es que se tolerase la persistencia de algunos instrumentos mecánicos, y no creo que hubiesen consentido de no ser por los profesores de Inconsistencia y Evasivas, quienes se opusieron a llevar los nuevos principios hasta sus últimas consecuencias. Estos profesores fueron también los que, durante la guerra, insistieron en que los antimaquinistas podían usar todo avance militar conocido y varias armas nuevas, defensivas y ofensivas, que se desarrollaron durante la misma. Resulta sorprendente que queden tantas muestras de maquinaria en los museos y que los estudiosos hayan descubierto sus antiguos usos, puesto que durante la revolución los vencedores destrozaron la maquinaria más compleja y quemaron los tratados de mecánica así como los talleres, pensando que así cortaban el mal de raíz, pagando a cambio un precio incalculable en sangre y recursos.

Es cierto que fueron metódicos en ese aspecto, pero este tipo de trabajo jamás se puede llevar a cabo de forma absoluta, y cuando se hubieron calmado los ánimos y tan sólo un lunático soñaría con rescatar las antiguas invenciones ahora prohibidas, unos doscientos años antes de mi llegada, el tema pasó a ser estudio de anticuarios, como entre nosotros sucede con antiguas prácticas religiosas olvidadas hace siglos. Entonces vino la búsqueda metódica de restos y de máquinas que hubiesen permanecido escondidas y también se escribió un sinnúmero de tratados ilustrando los cometidos de cada máquina redescubierta, todo sin tener la más mínima intención de usarlas, sino más bien con un espíritu similar al de los anticuarios ingleses respecto de los monumentos drúidicos o las puntas de flecha de pedernal.

A mi regreso a la capital, durante las restantes semanas, o días más bien, que permanecí en Erewhon, redacté un resumen en inglés de la obra que había desencadenado la susodicha revolución. Mi ignorancia de la terminología técnica me ha llevado, sin duda alguna, a cometer muchos errores y, de vez en cuando, allá donde encontré que la traducción era imposible, he sustituido ideas y nombres erewhonianos por nombres enteramente ingleses. No obstante, el lector puede estar seguro de que la traducción es, en términos generales, precisa. He creído conveniente incluir mi traducción a continuación.

Capítulo 23

El libro de las máquinas

Comienza el autor: «Hubo una época en la que la tierra carecía tanto de vida animal como de vida vegetal y en la que, de acuerdo con nuestros más ilustres filósofos, era tan sólo una enorme esfera caliente en la que la corteza se enfriaba de forma gradual. Si hubiese existido un ser humano entonces, cuando la tierra atravesaba este estado, que la hubiese observado con imparcialidad y tampoco tuviese nociones de las leyes científicas, ¿acaso no habría declarado que sería imposible que evolucionase algún tipo de vida inteligente en ese enorme rescoldo? ¿Y no habría rechazado la posibilidad de que en él se desarrollase cualquier tipo de conciencia? Y sin embargo, en el devenir de las eras, apareció la conciencia. ¿No será posible entonces que existan otros canales de desarrollo de la conciencia, escondidos a nuestros sentidos, pese a que no detectemos signos de su existencia?

»Es más, considerando la conciencia (en su acepción actual) como algo que en su día no tuvo precedente y (según parece) es posterior incluso al origen de actividad y al sistema reproductivo (que podemos constatar en las plantas, carentes de conciencia), ¿qué impide que surja una nueva etapa de entendimiento, tan diferente de las etapas que actualmente conocemos como lo es el entendimiento animal del vegetal?

»Sería descabellado intentar definir ese nuevo estado mental (o como dé en llamarse), en tanto que debe ser algo tan ajeno al propio ser humano, que nuestra experiencia no nos permite concebir su naturaleza. Sin duda alguna, en cambio, cuando reflexionamos acerca de las múltiples etapas de la vida y la conciencia que ya se han desarrollado, resulta imprudente afirmar que no puedan desarrollarse etapas nuevas y que la vida animal sea la culminación de la existencia. Hubo una época en la que el fuego era la culminación de la existencia, otra época en la que lo fueron las rocas y el agua.»

Tras desarrollar lo anterior durante varias páginas, el autor pasa a preguntarse si acaso se pudiesen percibir a la sazón indicios del acercamiento de aquella nueva etapa, si pudiesen adivinarse las estructuras preliminares que en un futuro la albergarían; si, de hecho la célula primigenia de aquel tipo de vida podía encontrarse ya en la tierra. A lo largo del ensayo, el autor responde afirmativamente, señalando la maquinaria más compleja.

«No es prueba alguna», cito sus propias palabras, «de la imposibilidad del desarrollo de la conciencia mecánica, el hecho de que las máquinas posean ahora poca de aquélla. Un molusco no tiene apenas conciencia. Reflexione el lector acerca del extraordinario avance que han experimentado las máquinas en los últimos cien

años y el lento desarrollo de los reinos animal y vegetal. No es que las máquinas más avanzadas sean inventos de ayer, sino que son inventos de hace cinco minutos, por así decirlo, en comparación con tiempos pasados. Asumamos a efectos de esta tesis que los seres conscientes comenzasen a existir hace veinte millones de años; ¡contemple entonces los pasos de gigante que han dado las máquinas en los últimos mil años! ¿Acaso no puede durar el mundo veinte millones de años más? En ese caso, ¿qué no llegarán a ser en último término? ¿Acaso no es mejor destruir la maldad en su germen y evitar así su progreso?

»¿Quién podría decir que la máquina de vapor no tiene conciencia? ¿Dónde comienza y dónde acaba la conciencia? ¿Quién puede trazar esa línea divisoria? ¿Quién puede de hecho trazar línea alguna? ¿Acaso no se entremezcla esta con otras muchas consideraciones? ¿No se funde la tecnología con la vida animal de infinitas formas? La cáscara de un huevo de gallina está hecha de un delicado material blanco y es una máquina tanto como una huevera lo es: La cáscara es un instrumento para albergar el huevo, del mismo modo que la huevera es un instrumento para albergar la cáscara. Ambas son etapas de un mismo proceso; la gallina crea la cáscara en su interior, pero no es más que cerámica. Construye el nido en el exterior por pura conveniencia, pero el nido no es más máquina de lo que lo es la cáscara. Una “máquina” es tan sólo un “artefacto”.»

Entonces, retomando la conciencia y esforzándose para detectar sus más tempranas manifestaciones, continúa el autor:

«Existe un tipo de planta que se alimenta de comida orgánica a través de sus flores: cuando una mosca se posa en una de ellas, los pétalos la aprisionan hasta que la planta la haya absorbido, pero cazan tan sólo aquello que les alimenta. No reaccionan ante una gota de lluvia o un palo. ¡Resulta curioso que un ente tan inconsciente tenga tan buena vista para lo que le interesa! ¿Si a eso le llamamos inconsciencia, de qué sirve la conciencia?

»¿Deberíamos decir que la planta no sabe lo que hace simplemente porque carece de ojos, orejas o cerebro? Si decimos que actúa de forma mecánica y solamente mecánica, ¿no nos veremos entonces forzados a admitir que otras acciones aparentemente deliberadas son mecánicas también? Si opinamos que la planta mata y se alimenta de moscas mecánicamente, ¿no podemos opinar también que el hombre mata y se alimenta de ovejas mecánicamente?

»Aunque puede argumentarse que la planta carece de raciocinio porque su crecimiento es involuntario. Contando con tierra, aire y la temperatura apropiada, la planta tiene que crecer: es como un reloj, que una vez que se le ha dado cuerda funcionará hasta que lo paren o ésta se acabe; es como el viento soplando en las velas de un barco, el barco tiene que moverse mientras que el viento hinche sus velas. ¿Pero es que puede un niño sano no crecer si le damos buena comida, buena bebida y ropa? ¿Hay algo que pueda evitar funcionar mientras tiene cuerda o que pueda seguir funcionando cuando ésta se le acaba? ¿No existe en todas las cosas un acto de dar

cuerda?

»Incluso una patata^[57] en un sótano oscuro tiene un cierto instinto que le sirve de forma excelente. Sabe perfectamente lo que necesita y cómo conseguirlo; percibe la luz que se filtra a través del ventanuco del sótano y dirige sus brotes en aquella dirección de tal forma que estos se arrastrarán por el suelo, treparán por la pared y saldrán por el ventanuco, y si hay tierra en el camino, la encontrará y la usará para su propósito. En qué deliberaciones entre respecto a sus raíces cuando se halle en la tierra es algo que desconocemos, pero podríamos imaginar que piense: «Pondré un tubérculo aquí y otro allí y sacaré cuanto provecho pueda de mis circunstancias. A este vecino le haré sombra y a aquel otro le socavaré y lo que haré sólo se verá limitado por mis posibilidades. Aquel que sea más fuerte o que esté mejor situado que yo me someterá, y a aquel que sea más débil le someteré yo.

»La patata enuncia estas frases a través de la acción, que es el mejor de los idiomas. ¿Qué es entonces la conciencia si no esto? No nos es fácil identificarnos con una patata y sus sentimientos, de manera que nos identificamos con una ostra. Ninguna de las dos hace un solo ruido al cocerse o al abrirse y el ruido nos llama más que cualquier otra cosa porque nosotros recurrimos a él constantemente cuando sufrimos. Entonces, como no nos fastidian con sus expresiones de dolor, decimos que son insensibles, y en comparación con la humanidad lo son, pero la humanidad no representa toda la existencia.

»Si se argumentase que los actos de la patata son tan sólo químicos y mecánicos y que se deben únicamente a los efectos químicos y mecánicos de la luz y el calor, cabría responder preguntando si acaso no se basan todas las sensaciones en procesos químicos y mecánicos; si acaso aquello que nosotros consideramos de la más alta pureza espiritual no son más que alteraciones en el equilibrio de una infinita serie de engranajes, empezando por aquellos que son demasiado pequeños para observarse con el microscopio hasta llegar a los brazos de los humanos y las herramientas que con ellos utilizamos; si acaso no existirá una actividad intelectual a nivel molecular de la cual pueda derivarse una teoría dinámica de las pasiones; si no deberíamos, estrictamente hablando, en vez de preguntar por el carácter de una persona, preguntar qué tipo de engranajes la componen y cómo se estabilizan; qué cantidad de esto o aquello necesitamos para compensarlos y hacer que actúe de ésta o aquella manera».

Así continúa el autor y se aventura a decir que llegará el momento en que, con observar un pelo a través de un potente microscopio se sepa si puede uno insultar con impunidad a la persona a quien pertenece el cabello. A partir de aquí el texto se hacía más y más complicado de manera que me vi forzado a abandonar la traducción y tampoco pude seguir su argumentación. Al llegar a la siguiente parte, que me era ininteligible, me encontré con que había cambiado de tema.

«O bien admitimos», continúa, «que gran parte de las acciones que hasta ahora hemos concebido como puramente mecánicas e inconscientes contienen más elementos de conciencia de los que hasta ahora hemos considerado (en cuyo caso los

gérmenes de la conciencia podrán verse en muchas acciones de las máquinas más modernas), o (aceptando la teoría de la evolución y al mismo tiempo negando la conciencia de la acción vegetal y cristalina) la raza humana desciende de entidades absolutamente carentes de conciencia. En este segundo caso no hay pruebas a priori que descarten la descendencia de máquinas conscientes (y de un estado superior a la conciencia) a partir de las que existen en la actualidad, salvo por la aparente falta de un sistema reproductivo o similar en el reino mecánico. Sin embargo, esta ausencia es meramente aparente, como aquí se demostrará.

»No entienda el lector que siento temor de las máquinas que hoy en día existen; probablemente éstas no sean más que un prototipo de la futura vida mecánica. Las máquinas actuales guardan la misma relación con las del futuro que los primeros saurios guardan con el hombre. Es probable que las más grandes disminuyan de tamaño. Algunos de los vertebrados más primitivos tenían gran tamaño, si bien sus descendientes actuales, mejor organizados, han disminuido de tamaño. De forma similar, las disminuciones de tamaño de las máquinas a menudo suponen avance y progreso.

»Tomemos un reloj de bolsillo, por ejemplo. Examinemos su hermosa estructura, observemos el juego inteligente de los diminutos mecanismos que lo componen y sin embargo esta pequeña criatura no es más que el desarrollo de unos engorrosos relojes que le precedieron sin que constituya el cambio un empeoramiento. Puede que llegue el día en que los relojes de torre o los de salón, que desde luego no están disminuyendo de tamaño, sean desbancados dado el uso universal de los relojes de bolsillo, en cuyo caso estarán tan extintos como el ictiosauro, mientras que el reloj de bolsillo, cuya tendencia en el tiempo es a disminuir de tamaño y no a ganarlo, será la única especie viva de una raza extinta.

»Pero, volviendo al tema, repetiré que no temo ninguna de las máquinas existentes, lo que sí temo es el ritmo extraordinario en el que están convirtiéndose en algo muy diferente de lo que son ahora. No hay ser vivo en cualquier era que haya avanzado de forma tan rápida. ¿Acaso no debería vigilarse con celo ese desarrollo y controlarse mientras aún podemos controlarlo? ¿Y no resulta necesario, a estos efectos, destruir la maquinaria más avanzada que ya usamos, pese a que concedamos que en sí son inofensivas?

»Por ahora las máquinas reciben sus impresiones a través de los sentidos de los seres humanos: una máquina que se desplaza avisa a otra a con un estridente pitido de alarma y ésta se aparta del camino, pero sólo a través de los oídos del conductor ha reaccionado la segunda máquina a la voz de la primera. En caso de que no existiese el conductor, la máquina receptora no habría escuchado a la máquina emisora. Hubo una época en la que debió de parecer altamente dudoso que las máquinas fuesen a aprender a expresar sus necesidades a través del sonido, incluso dependiendo de los oídos del ser humano. ¿Es posible que nosotros no imaginemos entonces un día venidero en el que esos oídos humanos ya no sean necesarios y que la escucha la

realice la refinada tecnología de las máquinas? ¿Un día en el que su lenguaje haya progresado, de los aullidos animales hasta discursos tan elaborados como los nuestros?

»Es posible que en ese momento los niños aprendan cálculo diferencial (tal y como aprenden ahora a hablar) de sus madres y niñeras, o que hablen en la lengua hipotética y hagan ejercicios de la regla de tres nada más nacer, pero esto resulta poco probable. No podemos esperar un desarrollo intelectual o físico de la humanidad que contrarreste el avance mucho más rápido al que las máquinas parecen destinadas. Algunos dicen que la autoridad moral del hombre será suficiente para dominarlas, pero no consigo creer que sea seguro confiar en el sentido de la moral de las máquinas.

»Por otro lado, ¿acaso no es posible que el don de las máquinas consista en que precisamente carecen de este lenguaje del que nosotros alardeamos? “El silencio”, dijo un escritor, “es una virtud que nos hace gratos al resto de criaturas”.»

Capítulo 24

El libro de las máquinas (continuación)

«Pero nos sobrevienen nuevas preguntas. ¿Qué es el ojo humano sino una máquina que permite ver a esa criatura que reside en nuestro cerebro? El ojo de un difunto sigue siendo útil durante un tiempo tras la muerte de la persona. No se trata de que el ojo no pueda ver, sino que la criatura incansable ya no puede mirar a través de él. ¿Han sido los ojos o han sido los instrumentos ópticos de magnificación de objetos distantes los que nos han revelado la existencia de otros mundos más allá de los mundos hacia el infinito? ¿Qué nos ha permitido familiarizarnos con el paisaje de la Luna, las manchas del Sol o la geografía de los planetas? El hombre depende de estos instrumentos ópticos para estas tareas y sería incapaz de realizarlas si no los incorporase a su propia identidad y los hiciese parte de sí mismo. Por otra parte, ¿han sido los ojos o los instrumentos de magnificación de objetos diminutos los que nos han revelado la existencia de organismos infinitamente pequeños que bullen a nuestro alrededor de forma previamente imperceptible?

»Tomemos el exaltado poder de cálculo del hombre. ¿Acaso no disponemos de máquinas que pueden ejecutar todo tipo de sumas de forma más rápida y correcta que nosotros? ¿Cuál de nuestros distinguidos licenciados en hipotética en cualquiera de nuestras Facultades de la Sinrazón puede competir con estas máquinas en su campo? De hecho, allá donde requerimos precisión, el hombre recurre a las máquinas al momento, por ser mucho más fiables que él mismo. Nuestros instrumentos de sumas jamás se saltan un número ni nuestros telares una puntada; las máquinas son enérgicas y eficaces, mientras que el hombre se cansa; son serenas e imperturbables, mientras que el hombre es estúpido y torpe; no necesitan reposo, mientras que el hombre necesita dormir o descansar; siempre están en sus puestos, siempre listas, su diligencia no disminuye, su paciencia jamás se agota, su potencia es superior a la de miles de hombres juntos y les hace más rápidas que los pájaros; pueden excavar la tierra y navegar los ríos más largos sin hundirse. Y es este un árbol todavía sin madurar; ¿qué sucederá entonces cuando alcance su completo desarrollo?

»¿Quién puede afirmar que el hombre ve o escucha? Está tan plagado de parásitos que cabe dudar si su cuerpo les pertenece a ellos o a sí mismo y si él no será más que una especie de hormiguero, al fin y al cabo. ¿No podría el hombre convertirse en una especie de parásito de las máquinas, como unos cariñosos pulgones que les hiciesen cosquillas?

»Hay quienes sostienen que nuestra sangre está compuesta de una infinidad de agentes vivos que suben y bajan por los caminos y las sendas de nuestros cuerpos

como la gente por las calles de la ciudad. Cuando contemplamos desde lo alto alguna avenida bulliciosa, ¿se puede acaso no pensar en términos de corpúsculos de sangre recorriendo las venas y nutriendo el corazón de la ciudad? Por no mencionar las alcantarillas y los nervios que nos sirven para comunicar sensaciones de una parte del cuerpo a la otra; las mandíbulas al bostezar y las estaciones de ferrocarril a través de las cuales llega la circulación al corazón, que recibe el flujo mediante las venas y lo expulsa de nuevo mediante las arterias, en un eterno bombear de gente. Y el sueño de la ciudad, ¡qué similar es al de los seres vivos, con su diferente circulación!»

En este punto, el autor de nuevo mostraba un estilo tan complejo que me vi obligado a saltar varias páginas. Proseguía de la siguiente forma:

«Se puede responder que aunque las máquinas jamás escucharán tan bien o hablarán con tanta sabiduría, siempre harán lo uno o lo otro para nuestro beneficio, no para el suyo; que el hombre será el espíritu dominante y la máquina el sirviente, que en cuanto la máquina deje de cumplir el servicio que el hombre espera de ella, se verá abocada a la extinción, que las máquinas son al hombre como los animales más bajos, siendo la máquina de vapor en sí tan sólo un caballo más económico, de manera que en vez de evolucionar hacia un tipo de vida superior a la del hombre, su existencia y su progreso vienen dados por su capacidad de servir a las necesidades de los hombres y por lo tanto serán ahora y siempre inferiores a los seres humanos.

»Todo lo cual está muy bien, pero el esclavo se aproxima a pasos imperceptibles a su señor y hemos llegado a tal punto que, incluso en este estado, el hombre debe sufrir terriblemente al prescindir de las máquinas. Si las máquinas fuesen aniquiladas de un golpe de manera que ni un cuchillo, ni una palanca, ni un trapo de tela, nada le quedase al hombre salvo el cuerpo desnudo con el que nació, y si perdiese todo su conocimiento de las leyes de la mecánica de manera que no pudiese fabricar más máquinas, y toda la comida hecha con máquinas fuese destruida también de forma que la raza humana estuviese por así decirlo abandonada en una isla desierta, probablemente nos extinguiríamos en seis semanas. Un puñado de seres miserables podría sobrevivir, pero en uno o dos años sería peor que uno de monos. La mismísima alma del hombre se debe a las máquinas, su origen reside en las máquinas. El hombre piensa como piensa, siente como siente por los cambios que las máquinas han provocado y la existencia de éstas es una condición *sine qua non* para la de él y viceversa. Este hecho nos impide abogar por la absoluta aniquilación de las máquinas, pero nos indica sin duda alguna que deberíamos destruir todas aquellas de las que podamos prescindir o ejercerán su tiranía sobre nosotros todavía con más poder.

»Es cierto que, desde una ruin perspectiva materialista, puede parecer que quienes prosperan son los que usan las máquinas para su beneficio, pero es ése el poder de las máquinas: nos son útiles para así dominarnos. No guardarían rencor al ser humano si destruye una raza entera de máquinas, siempre y cuando crease una mejor todavía; al contrario, le recompensarían generosamente por haber acelerado su desarrollo. Es al

descuidarlas cuando se desata su ira, o al usar máquinas inferiores, o al no esforzarse suficiente para inventar máquinas nuevas, o al destruir unas sin reemplazarlas por otras. Y sin embargo son estas las cosas que deberíamos hacer y rápido, puesto que si una rebelión contra su poder aún en gestación causaría infinito dolor, ¿qué no sucedería si la aplazamos?

»Las máquinas se han cebado en la indigna debilidad que el hombre muestra por los beneficios materiales en vez de los espirituales y le han engañado para que él supla aquel elemento sin el cual ninguna raza puede progresar, el conflicto y la guerra. Los animales progresan porque pelean unos con otros, así los más débiles mueren y los más fuertes se reproducen y transmiten su fuerza. Las máquinas, al ser incapaces de pelearse, consiguen que el hombre pelee en su lugar. Mientras que éste se dedique a esta tarea como es debido, todo irá bien (o al menos eso le parecerá), pero en el momento en que deje de dar lo mejor de sí para que las máquinas evolucionen, alentando a las buenas y destruyendo las malas, quedará marginado en la competición y esto le supondrá las incomodidades más diversas y quizá la muerte.

»De manera que incluso ahora las máquinas sólo son útiles a condición de que nosotros les seamos útiles a ellas, y eso incluso en sus propias condiciones. En el momento en el que sus condiciones no se cumplen, se niegan a seguir funcionando, se destruyen a sí mismas y aquello que tienen a su alcance o se vuelven maleducadas y se niegan a trabajar. ¿Cuántos hombres viven hoy en día esclavizados por las máquinas? ¿Cuántos pasan su vida entera, desde que nacen hasta que mueren, sirviéndolas noche y día? ¿Acaso no es evidente que las máquinas nos ganan terreno incluso mientras reflexionamos acerca del creciente número de seres humanos esclavizados por ellas y de aquellos que dedican su alma al desarrollo del reino mecánico?

»A la máquina de vapor hay que mantenerla con alimentos que consume mediante el fuego igual que el hombre consume los suyos; depende del aire para su combustión igual que depende el hombre; tiene pulso y circulación, igual que el hombre. Se puede admitir que el cuerpo humano es, por ahora, el más versátil de los dos, pero también es cierto que el cuerpo humano es más viejo. De concederles la mitad del tiempo de existencia que ha tenido el hombre, y si persistimos en nuestra querencia hacia ellas, ¿qué no lograrán?

»Por supuesto, hay ciertos aspectos del motor de vapor que probablemente permanezcan inalterados durante miles de años; que, de hecho, sobrevivan cuando el vapor sea desbancado: el pistón, el cilindro, la biela, el volante de inercia y otras partes de la máquina que probablemente sean permanentes, de la misma manera que podemos observar coincidencias entre el hombre y muchos animales inferiores: la forma de comer, beber y dormir, por ejemplo. Tienen corazones que laten como los nuestros, venas y arterias, ojos, orejas y narices, suspiran incluso en sueños, lloran y bostezan, les conmueve su descendencia, sienten placer y dolor, esperanza, miedo, rabia y vergüenza, tienen memoria y presciencia. Saben que pueden morir si ocurren

ciertas cosas y temen la muerte tanto como nosotros, comunican sus pensamientos de uno a otro y algunos de ellos actúan de forma coordinada. La lista de similitudes es inacabable y la esbozo aquí porque algunos podrían decir que como seguramente no mejoraremos los aspectos principales del motor de vapor, es poco probable que en adelante sufra cualquier tipo de modificación. Eso es algo demasiado bueno para creerse: el motor de vapor cambiará y se adaptará a una variedad infinita de propósitos, igual que el hombre ha cambiado para superar las habilidades de las bestias.

»Mientras tanto, el fogonero es para el motor lo mismo que el cocinero para nosotros. Considérense también los mineros, poceros y los mercaderes de carbón y los trenes carboneros y la gente que los conduce, los barcos que transportan el carbón. ¡De qué ejército de sirvientes disponen las máquinas! ¿No es probable que haya más hombres dedicados a cuidar máquinas que a cuidar seres humanos? ¿Y no se alimentan las máquinas, por así decirlo, a través del hombre? ¿Es que no estamos creando a los herederos de nuestra supremacía en la tierra, contribuyendo día a día a su belleza, a la armonía de su funcionamiento, proporcionándoles día a día mayores habilidades y una capacidad de autorregularse y actuar con autonomía que superará a cualquier intelecto?

»¡Qué novedad supone el que una máquina se alimente! El arado, la pala y la carreta deben alimentarse a través del estómago del ser humano; el combustible que los impulsa debe arder en los hornos de los hombres o los caballos. El hombre debe ingerir pan y carne o de lo contrario no podrá cavar. El pan y la carne son el combustible que empuja la pala. Si los caballos tiran de un arado, la energía la proporciona el pasto, las judías o la avena, que al quemarse en el estómago de las bestias, les da la energía para trabajar. Sin ese combustible, no podrían trabajar, de la misma manera que un motor se pararía si el fuego de sus hornos se extinguiese.

»Un hombre de ciencia ha demostrado que “ningún animal tiene el poder de generar energía mecánica. Todo el trabajo que lleva a cabo a lo largo de su vida un animal y todo el calor que emite y aquel que se obtendría al quemar la materia combustible que genera su cuerpo en vida junto con su cadáver tras la muerte, suponen el equivalente exacto del calor que se obtendría al quemar los alimentos que han ingerido a lo largo de su vida añadiendo una cantidad de combustible que generase tanto calor como el cuerpo al ser quemado inmediatamente después de la muerte”. Ignoro cómo ha descubierto esto, pero es una persona de ciencia. ¿Cómo podemos entonces argumentar en contra de la vitalidad de estas máquinas que en su actual infancia están a las órdenes de seres incapaces de generar energía mecánica?

»Sin embargo, el principal motivo de alarma es que, mientras los animales supusimos en su día el único estómago de las máquinas, existen hoy en día muchas máquinas que tienen estómagos propios y consumen su alimento por sí mismas. Es este un gran paso en el proceso de convertirse, si no en seres animados, en algo muy similar, que no distaría más de la vida de los animales que la vida vegetal. Y aunque,

en algunos aspectos, el ser humano continuaría siendo el ser superior, ¿no está esto de acuerdo con la forma de actuar de la naturaleza, que otorga superioridad en ciertos aspectos a animales que en su conjunto fueron superados por otros hace ya mucho tiempo? ¿Acaso no ha otorgado a la hormiga y la abeja una capacidad superior a la del hombre para organizar sus comunidades y órdenes sociales? ¿O a los pájaros capacidad para surcar los cielos, a los peces para nadar, a los caballos mayor fuerza y agilidad y a los perros mayor abnegación?

»Algunas personas con las que he tratado este tema dicen que las máquinas jamás podrán evolucionar hasta convertirse en seres animados o cuasi animados, en tanto que carecen de sistema reproductor y tampoco parece probable que puedan desarrollarlo. Si por esto se quiere decir que dos máquinas de vapor no pueden casarse y que jamás presenciaremos una unión fértil entre ellas, con pequeñines jugando a la puerta de la cabaña, por mucho que lo deseásemos, estoy de acuerdo. Pero esta observación no es especialmente aguda. Nadie esperaría que todas las características que se dan en la vida actual se repitiesen de forma exacta en una nueva forma de vida. El sistema reproductor de los animales es muy diferente del de las plantas y sin embargo ambos son sistemas reproductores. ¿Habría agotado la naturaleza las variantes de esta capacidad?

»Cabe afirmar que si una máquina puede reproducir otras máquinas sistemáticamente tiene un sistema reproductor. ¿Qué es un sistema reproductor, sino un sistema que reproduce? ¿Y cuántas máquinas existen que no han sido creadas sistemáticamente por otras máquinas? Sin embargo, es el hombre quien les hace reproducirse. Sí, pero ¿acaso no son los insectos los que hacen reproducirse a las plantas? ¿No se extinguirían muchas especies de plantas si su fertilización no la llevasen a cabo agentes completamente ajenos a ellas mismas? ¿Afirmaría alguien que el trébol rojo carece de sistema reproductor solamente porque el abejorro (y únicamente el abejorro) tiene que ayudarlo y estimularlo para que se reproduzca? No, nadie. El abejorro es parte del sistema reproductor del trébol. Cada uno de nosotros ha surgido a partir de microscópicos entes cuya naturaleza es completamente diferente de la nuestra y que han actuado a su manera sin pensar o considerar nuestra opinión al respecto. Estas diminutas criaturas son parte de nuestro sistema reproductor, entonces ¿por qué no podemos ser nosotros parte del sistema reproductor de las máquinas?

»Pero las máquinas que reproducen otras máquinas no crean máquinas de su misma especie. Un dedal lo fabrica una máquina, pero no lo fabricó otro dedal y él jamás será capaz de fabricar otro. En este punto, si miramos la naturaleza, de nuevo encontraremos abundantes analogías que nos enseñan que un sistema reproductivo puede funcionar a la perfección sin que aquello que se produce sea lo mismo que lo ha producido. Se produce algo que tiene la posibilidad de convertirse en aquello que fueron sus progenitores. De esta manera, la mariposa pone un huevo, éste puede convertirse en una oruga, y ésta a su vez en una crisálida que puede convertirse en

una mariposa. Y aunque admito que no podemos decir que las máquinas hayan alcanzado más que el germen de un sistema reproductor, ¿no acabamos de ser testigos recientemente de cómo obtenían los rudimentos de una boca y un estómago? ¿Y no sería posible un salto en el camino hacia un sistema reproductor de proporciones similares al que acaban de dar en el camino hacia la verdadera alimentación?

»Es posible que, una vez desarrollado, el sistema sea indirecto. Puede que sólo cierto tipo de máquinas sea fértil mientras que el resto realice otro tipo de funciones del ente mecánico de la misma forma que la mayoría de las hormigas y las abejas no tiene relación con la continuidad de la especie, si bien recolecta alimentos y los almacena sin preocuparse del apareamiento. No podemos esperar que la similitud sea exacta o casi exacta, al menos no ahora y probablemente nunca lo sea, pero ¿acaso no existe ya suficiente similitud para hacernos sentir realmente inquietos acerca del futuro y para deducir que es nuestra tarea contener este mal mientras podamos? Las máquinas, dentro de ciertos límites, pueden concebir máquinas de cualquier tipo, independientemente de lo diferentes que sean unas de otras. Probablemente cada tipo de máquina tendrá su propio tipo de criador y las más avanzadas deberán su existencia a un gran número de progenitores, no sólo a dos.

»Nos equivocamos al considerar cualquier máquina compleja como un ente individual; es en realidad una ciudad o una sociedad, cada miembro de la cual fue creado a imagen de los de su especie. Consideramos las máquinas en su totalidad, les damos un nombre y las individualizamos. Observamos nuestras extremidades y sabemos que el conjunto conforma un individuo que procede de un solo núcleo de acción reproductora, por lo tanto asumimos que no puede existir una acción reproductora que no provenga de un único núcleo. Sin embargo, esta conclusión no es científica y el simple hecho de que no exista una máquina de vapor creada en su totalidad por otra u otras dos de su misma especie, no basta para avalar la aseveración de que las máquinas de vapor carecen de sistema reproductor. Lo cierto es que cada parte de la máquina de vapor es engendrada por un ascendiente particular cuya función es crear esa parte y esa parte nada más, mientras que el acoplamiento de las partes en una unidad es otra división del sistema reproductivo que, hoy en día, resulta demasiado compleja y difícil de considerar en su totalidad.

»Es compleja ahora, ¿pero cuánto podrá simplificarse y organizarse a lo largo de otros cien mil años? ¿Y en veinte mil? Y es que en la actualidad el hombre cree que ese camino lleva a su propio beneficio y emplea una incalculable cantidad de trabajo, tiempo y reflexión en hacer que las máquinas se reproduzcan siempre mejor y mejor; ya ha tenido éxito al lograr cosas que en su momento parecieron imposibles y, si permitimos que estas mejoras se transmitan de generación en generación, el resultado de esa acumulación puede ser impredecible. Debemos recordar que el cuerpo humano es como es puesto que cambios y más cambios han ido modelándolo hasta su presente forma durante millones de años y que su disposición jamás ha avanzado a la velocidad a la que avanza la de las máquinas. Es esta la más alarmante de las

características de la situación, y espero que se me disculpe el insistir en ello con tanta frecuencia.»

Capítulo 25

El libro de las máquinas (conclusión)

A continuación había una digresión larguísima que no pude traducir acerca de las diferentes razas y familias de las máquinas que existían en aquella época. El autor intentaba fundamentar su teoría identificando las similitudes existentes entre máquinas de diferentes tipos, que servirían para demostrar su ascendencia común. Dividía las máquinas en géneros, subgéneros, especies, clases, subclases, etcétera. Demostraba la existencia de nexos conectores entre máquinas que parecían tener muy poco en común y mostraba también que existían muchos más nexos que ahora habían desaparecido. Señalaba tendencias regresivas y la presencia en muchas máquinas de órganos rudimentarios, apenas desarrollados y completamente inútiles que sin embargo le servían para establecer la ascendencia de un ancestro a quien el órgano había sido útil.

Dejé para otro momento la traducción de esta parte del ensayo que, por cierto, era mucho más extensa que lo que aquí he explicado. Desgraciadamente, abandoné Erewhon antes de poder volver sobre ello, y aunque conseguí salvar mi traducción y otros documentos, arriesgando mi vida, me vi obligado a sacrificar el tratado original. Mucho me pesó, pero de aquella manera gané diez minutos de tiempo precioso, sin los cuales tanto Arowhena como yo habríamos perecido sin duda alguna.

Recuerdo una anécdota relacionada con esta parte del ensayo. El caballero que me había regalado el libro me pidió permiso para examinar mi pipa de fumar. La inspeccionó con cuidado y, cuando llegó a la pequeña protuberancia en la base de la cazoleta pareció alegrarse mucho y exclamó que seguramente sería rudimentaria. Le pregunté qué quería decir.

—Señor —respondió—, este órgano es idéntico al reborde que encontramos en la base de las tazas y no es más que una forma diferente para cumplir la misma función. Su propósito debe de haber sido aislar el calor de la pipa para que no estropease la mesa sobre la que descansaba. Si consultase usted la historia de las pipas de fumar, encontraría que en los especímenes más tempranos, esta protuberancia tenía una forma diferente a la que tiene ahora. Seguramente era ancha en la base y plana, de manera que mientras se fumaba la pipa, la cazoleta pudiese descansar sobre una mesa sin hacer una marca en ella. El uso y desuso habrán entrado en juego, reduciendo el órgano a su presente condición rudimentaria. No me sorprendería, señor —continuó—, si, al transcurrir el tiempo, cambiase todavía más y tomase la forma de una hoja decorativa o una voluta, o incluso una mariposa, mientras que en otros casos, se extinguiese. —A mi regreso a Inglaterra investigué este asunto y descubrí que mi

amigo estaba en lo cierto.

Regresando, de todas formas, al ensayo, mi traducción continúa:

«¿Podríamos imaginar en los periodos geológicos más remotos, una temprana forma de vida vegetal que hubiese sido capaz de reflexionar acerca del albor de la vida animal que tenía lugar junto a ella, cómo probablemente se estimase a sí misma extremadamente sagaz de haber supuesto que los animales podrían en algún momento llegar a convertirse en auténticos vegetales? Y sin embargo, ¿estaría más equivocada la planta que nosotros mismos cuando pensamos que al ser la vida de las máquinas tan diferente de la nuestra no hay posibilidad de desarrollo de un tipo de vida superior a la nuestra? ¿O que dado que la vida mecánica es muy diferente a la nuestra, no se trata por tanto de vida en absoluto?

»Sin embargo, he oído decir: “Admitiendo que esto fuese así y que la máquina de vapor tiene fuerza propia, ¿afirmaría alguien que tiene voluntad propia?”. ¡Ah! Si nos detenemos a observar la cuestión con detalle concluiremos que este argumento no es válido para refutar que en la máquina de vapor reside el germen de una nueva forma de vida. ¿Qué existe en el mundo entero, o en los mundos más allá de este, que tenga voluntad propia? ¡Lo Desconocido y lo Insondable tan sólo!

»Una persona es resultado y exponente de todas las fuerzas que se han ejercido sobre ella, tanto antes de su nacimiento como después. Sus acciones en momentos concretos dependen únicamente de su constitución y de la intensidad y la dirección de varias fuerzas a las que está y ha estado sometida. Algunas de éstas se contrarrestarán entre sí, y la persona actuará como su naturaleza le impulse a actuar, como hayan actuado con ella y como lo hagan en el momento, con tanta certeza y regularidad como si fuera una máquina.

»Normalmente no admitimos esto porque no conocemos la naturaleza de las personas en su totalidad y tampoco las fuerzas que han actuado sobre ellas. Vemos tan sólo una parte y al ser incapaces de generalizar la conducta humana, salvo de una forma muy imprecisa, negamos que esté sujeta a unas leyes establecidas y atribuimos tanto el carácter como las acciones de las personas al destino, la suerte o la fortuna. Sin embargo, no son estas más que palabras mediante las cuales evitamos admitir nuestra propia ignorancia. En cuanto reflexionemos un poco veremos que los más altos vuelos de la imaginación o los más perspicaces razonamientos son consecuencias inevitables y además las únicas consecuencias posibles en el momento en el que suceden, tan forzosas como la caída de una hoja de árbol muerta cuando sopla el viento.

»El futuro depende del presente y el presente (cuya existencia es tan sólo una de las múltiples convenciones que plagan la experiencia humana, puesto que existe por gracia del pasado y el futuro) depende del pasado y el pasado es inalterable. El único motivo por el cual no podemos ver el futuro tan claramente como el pasado es porque conocemos muy poco del pasado y el presente. Son asuntos demasiado amplios para nosotros. De no ser así, veríamos hasta el más mínimo detalle del futuro y

perderíamos la noción del presente a causa de la claridad con la que veríamos el pasado y el futuro, y quizá seríamos incapaces de concebir el tiempo, pero esta capacidad nos es ajena. Lo que sí sabemos es que, cuanto más comprendemos el pasado y el presente, mejor podemos predecir el futuro y que a nadie se le ocurriría dudar de la inmutabilidad del futuro en los casos en los que se conoce por completo el pasado y el presente y se tiene experiencia acerca de las consecuencias que conllevaron dicho pasado y dicho presente en ocasiones previas. En esos casos se sabe perfectamente lo que ocurrirá y podría uno apostar toda su fortuna a ello.

»Esto supone, además, una extraordinaria bendición, puesto que es la base en la que se fundamentan la moral y la ciencia. La certeza de que el futuro no es arbitrario y mutable, sino que un presente en particular originará sin duda alguna un futuro en particular es la asunción sobre la que basamos todos nuestros planes (la fe con la que realizamos cada acto consciente de nuestra vida). De no ser esto así, careceríamos de guía, no tendríamos confianza a la hora de actuar y por lo tanto nunca actuaríamos puesto que no habría forma de saber si los resultados serían los mismos que previamente habían acontecido.

»¿Quién araría o sembraría si no creyese en la inmutabilidad del futuro? ¿Quién echaría agua a una casa ardiendo si la consecuencia de echar agua al fuego fuese incierta? Los hombres sólo dan lo máximo de sí mismos cuando saben a ciencia cierta que el futuro les será adverso si no se aplican de todo corazón. Este sentimiento de certeza es una parte de esa suma de fuerzas que se ejercen sobre los hombres y tendrá más fuerza en los mejores y más íntegros de entre ellos. Aquellos que creen con firmeza en que el futuro está inevitablemente unido al presente en el que están radicados sus esfuerzos serán los que mejor organicen su presente y los que con más cuidado lo labren. El futuro debe de ser como una lotería para aquellos que piensen que las mismas combinaciones pueden generar a veces unos resultados y a veces otros diferentes. Si su creencia es sincera, en vez de trabajar, especularán. Deberíamos de considerar que estos hombres son indecentes; los otros, en cambio, poseen el mejor estímulo que exista para afanarse y respetar la moral si su creencia es sincera.

»La trascendencia que esto alberga en referencia a las máquinas no es evidente a primera vista, pero lo será en unos instantes. Antes debo ocuparme de unos amigos que me dicen que, pese a que el futuro es inmutable en lo referente a la materia inorgánica, y en algunos aspectos en lo que respecta al hombre, hay muchos aspectos en los que no se puede considerar inmutable. De esta manera dicen que el aplicar fuego a unas virutas secas de madera, con una buena alimentación de oxígeno siempre producirá una llama, pero que un cobarde enfrentado a un objeto aterrador no siempre huirá. Sin embargo, si hubiese dos cobardes exactamente iguales en todos los aspectos, ambos enfrentados de la misma forma a un objeto exactamente igual de aterrador, pocas personas dudarían de que su reacción sería la misma, incluso aunque pasasen mil años entre la primera situación y su repetición.

»El que aparentemente haya mayor consistencia en los resultados de las combinaciones químicas que en las humanas se deriva de nuestra incapacidad para percibir las sutiles diferencias de las combinaciones humanas, que jamás se repiten en condiciones idénticas. Conocemos el fuego y las virutas, pero jamás han existido y jamás existirán dos personas exactamente iguales, y la más nimia de las diferencias puede alterar las condiciones del análisis. Nuestra recogida de datos habría de ser infinita para poder predecir todos los posibles resultados; de hecho, lo maravilloso es que exista el grado de certeza que tenemos y, desde luego, cuanto más vivimos, más seguros nos sentimos a la hora de especular sobre cómo actuará cierto tipo de personas en ciertas circunstancias. Esto no podría ocurrir de no ser porque la conducta humana está regida por ciertas leyes con cuyo funcionamiento nos vamos familiarizando a través de la experiencia.

»Si admitimos que lo expuesto anteriormente es lógico, de ello se deduce que la regularidad con la que las máquinas actúan no prueba su ausencia de vitalidad o, al menos, de unos gérmenes que podrían evolucionar hacia una nueva forma de vida. A primera vista parece que la locomotora de vapor no puede evitar avanzar cuando está montada sobre raíles con la caldera en marcha y la maquinaria en funcionamiento, mientras que aquella persona que se ocupa de conducirla puede dejar de hacerlo en cuanto le plazca, de manera que la primera carece de espontaneidad y no posee libre albedrío, mientras que la segunda dispone de ambos.

»Esa afirmación es acertada sólo hasta cierto punto. El maquinista puede detener la máquina cuando lo desee, pero sólo puede desearlo en ciertas circunstancias que han establecido otras personas o en el caso de que existan obstáculos imprevistos que le obligan a desear detener la máquina. Su deseo no es, pues, espontáneo: le rodea un intangible coro de influencias que le hacen imposible actuar de alguna otra manera. Conocemos de antemano con cuánta fuerza hay que aplicar estas influencias del mismo modo que conocemos de antemano cuánto carbón y agua necesita la locomotora, y curiosamente observaremos que las influencias ejercidas sobre el maquinista son del mismo tipo que las ejercidas sobre la locomotora; esto es, alimento y calor. El maquinista obedece a sus superiores porque obtiene de ellos alimento y calor, y si estos se lo niegan o se lo conceden en cantidades insuficientes él dejará de conducir, de forma muy similar a la locomotora, que dejará de funcionar si no se la alimenta correctamente. La única diferencia reside en que el hombre es consciente de sus necesidades y que la locomotora (más allá de negarse a trabajar) no parece serlo, pero esto sólo por el momento, y ya se ha tratado con anterioridad.

»En consecuencia, ejerciendo con la suficiente fuerza las influencias indispensables que han de motivar al conductor, nunca o casi nunca se ha dado un caso en el que una persona pare la locomotora por capricho. Pero podría darse. Sí, y también podría suceder que la locomotora se rompa. Pero si un tren se detiene por un motivo trivial, se verá que tiene que haber sido porque hubo un error de juicio respecto a la intensidad de las influencias necesarias o porque hubo un error de juicio

respecto a la persona, de la misma manera en que una locomotora puede averiarse debido a un defecto inesperado. E incluso en ese caso no habrá espontaneidad, el defecto vendrá causado por unos antecedentes: la espontaneidad no es más que una palabra que utilizamos por ignorancia de los designios de los dioses.

»¿No existe entonces espontaneidad en el caso de aquellos que dirigen al maquinista?»

En este punto continuaba con una confusa digresión acerca del tema que he considerado más prudente omitir. Seguía después: «En fin, podemos resumir lo anterior diciendo que la diferencia entre la vida humana y la de las máquinas es de cantidad más que de cualidad, pese a que no falten diferencias en este último aspecto. Los animales están mejor provistos que las máquinas para afrontar imprevistos. Las máquinas son menos versátiles, su ámbito de actuación es limitado, su fuerza y exactitud son sobrehumanas pero los dilemas las sobrepasan y a veces, cuando se altera su ciclo, pierden la cabeza y van de mal en peor, como un lunático en un frenesí iracundo. Aquí de nuevo se aplica la consideración anterior, esto es, que las máquinas todavía están en sus inicios, no son más que esqueletos, sin músculos ni carne.

»¿A cuántos imprevistos se adapta una ostra? A aquellos que le puedan ocurrir con bastante probabilidad y ni uno más. Lo mismo podemos decir de las máquinas y lo mismo podemos decir de los seres humanos. La relación de bajas que tiene la humanidad debidas a su falta de adaptación es, probablemente, tan extensa como la de las máquinas, y cada día que pasa ellas adquieren algún nuevo método para lidiar con los imprevistos. Examinemos los maravillosos artilugios incorporados a las locomotoras que les permiten auto regularse y auto ajustarse; observemos la forma en la que se suministra aceite a sí misma, la forma en la que comunica sus necesidades a aquellos que las mantienen, la forma en la que, a través del regulador, gobierna su propia fuerza; contemplemos el almacén de inercia y empuje que constituye el volante de inercia, o los topes de amortiguación de los vagones; observemos cómo todas esas mejoras se seleccionan para perpetuarlas, cómo suponen una prevención contra los imprevistos que puedan hostigar a las máquinas y pensemos entonces en los progresos que habrán acumulado de esta manera al cabo de cien mil años a no ser que el hombre se percate de su situación y del sino que está gestando para sí mismo^[58].

»Lo más trágico es que el hombre haya permanecido ignorante durante tanto tiempo. En nuestra dependencia del vapor nos hemos dejado engañar y nos hemos multiplicado y expandido. El prescindir de la fuerza del vapor de repente no nos devolverá al estado en el que nos encontrábamos antes de su introducción; habrá una crisis generalizada y un periodo de anarquía mayor que cualquiera de los vividos hasta el momento. Será como si la población se hubiese multiplicado por dos sin disponer de los medios de alimentarlos a todos. El aire que respiramos no nos es más necesario para nuestra existencia como organismos de lo que el uso de las máquinas

(en cuya fuerza hemos basado nuestro crecimiento) lo es para la existencia de nuestra civilización. Las máquinas influyen en el hombre y lo convierten en lo que es, de igual manera que el hombre influye en las máquinas y las ha convertido en lo que son. Pero debemos elegir entre la alternativa de un presente de sufrimiento y vernos gradualmente relegados por nuestras propias creaciones hasta que no seamos para ellas más que los animales de la granja son para nosotros.

»Es ahí donde yace el peligro, puesto que muchos parecen dispuestos a aceptar ese deshonroso futuro. Dicen que incluso aunque el hombre sea a la máquina lo que el perro o el caballo al hombre, el hombre seguirá existiendo y que probablemente se encuentre mejor en un estado de domesticación, sometido al benevolente mandato de las máquinas que en su actual condición salvaje. Somos bondadosos con los animales, les damos lo que consideramos lo mejor para ellos y no cabe duda alguna de que nuestro consumo de carne ha redundado para bien en sus vidas, más que para mal. Del mismo modo podemos esperar que las máquinas nos usen con bondad, puesto que su existencia dependerá, en gran medida, de la nuestra; que gobiernen con bastón inflexible pero no nos coman; que no sólo requieran nuestros servicios para su reproducción y educación, sino también para que seamos sus sirvientes, recolectemos comida para ellas y las alimentemos, les devolvamos la salud cuando no se encuentren bien y las enterremos al morir o usemos sus difuntos para construir nuevas formas de vida mecánica.

»La propia naturaleza de la fuerza motriz que impulsa las máquinas descarta la posibilidad de que la humanidad se vea reducida a la miseria o a la esclavitud. Los esclavos son relativamente felices cuando tienen buenos dueños y la revolución no tendrá lugar en nuestra época, ni siquiera en diez mil años, o diez veces diez mil. ¿Es sensato inquietarse por una posibilidad tan lejana? El ser humano no es muy sensible en lo que se refiere a sus intereses materiales, y aunque algún alma apasionada pueda contemplarse a sí misma y maldecir su destino por no haber nacido locomotora, la gran mayoría de la humanidad aceptará cualquier trato que le proporcione mejor comida y ropa a precios más baratos y se abstendrá de ceder a los celos insensatos tan sólo porque existan destinos más gloriosos que los suyos.

»El poder de la costumbre es enorme y el cambio será tan gradual que la percepción del hombre de lo que le es debido no sufrirá grandes cambios, nuestra esclavitud nos acechará sin hacer ruido, acercándose imperceptiblemente, y tampoco existirá un enfrentamiento entre los deseos del hombre y la máquina que los lleve a un conflicto. Las máquinas lucharán permanentemente entre sí pero el hombre seguirá siendo necesario puesto que será el agente a través del cual luchen. De hecho, no existe motivo para temer acerca de la felicidad futura del ser humano mientras que su existencia siga siendo, de alguna manera, beneficiosa para las máquinas. Puede que se convierta en una raza inferior, pero su situación será infinitamente mejor a la actual. ¿No resulta pues absurdo y poco razonable tener envidia de nuestros benefactores? ¿Y acaso no estaríamos rematadamente locos si hubiésemos de

rechazar las ventajas que no podemos obtener de ninguna otra forma tan sólo porque suponen un beneficio mayor para otros que para nosotros?

»No tengo nada en común con aquel que piense de esa manera. Tanto horror me provoca el pensar que mi raza pueda algún día ser relegada o sobrepasada como la idea de que mis ancestros no hayan sido seres humanos. Si pudiese creer que hace diez mil años uno solo de mis ancestros haya sido un ser de raza diferente a la mía, perdería mi autoestima y no podría disfrutar o interesarme por nada más. El mismo sentimiento albergo hacia mis descendientes y creo que éste es tan generalizado que el país decidirá frenar inmediatamente todo progreso mecánico y destruir los avances de los últimos trescientos años. Creo que con eso sería suficiente. Podemos estar seguros de que dominaremos a las máquinas restantes y aunque preferiría que la destrucción comprendiese otros doscientos años más, comprendo la necesidad de llegar a una solución de compromiso y estoy dispuesto a sacrificar mis creencias personales y darme por satisfecho con trescientos años. Menos de tres siglos sería insuficiente.»

Ésta es la conclusión del alegato que desencadenó la destrucción de la maquinaria en todo Erewhon. Tan sólo hubo un intento serio de rebatirlo. El autor del mismo sostenía que las máquinas debían considerarse parte de la naturaleza del hombre, puesto que no eran sino miembros extracorporales. Según él, el hombre es un mamífero mecanizado. Los animales inferiores mantienen todos sus miembros consigo, unidos al cuerpo, sin embargo, muchos miembros del hombre están separados y rondan sueltos, por aquí y por allá en diversos lugares del mundo (algunos se tienen siempre a mano para uso en caso de necesidad y otros a veces están incluso a cientos de millas de distancia). Una máquina es un mero miembro suplementario, ésa es la naturaleza y el fin de toda maquinaria. No utilizamos nuestras extremidades sino como máquinas y una pierna no es sino algo muy superior a la mejor pierna de madera que jamás se haya creado.

«Contemplemos a un hombre cavando con una pala; su antebrazo derecho se ha alargado de forma artificial siendo ahora su mano una articulación. El asidero de la pala es similar a la cabeza del húmero, el astil es como el resto del hueso y la plancha oblonga de hierro es la nueva forma de la mano que permite a su poseedor remover la tierra de una manera en que su propia mano no podría. Habiéndose modificado, no de la misma manera que se modifican el resto de animales (a través de circunstancias sobre las que no tenían ni asomo de control), sino que al meditar a priori y por así decirlo, añadir un codo a su estatura^[59], surge la civilización de entre la raza humana, los beneficios colectivos, el compañerismo entre los amigos, el arte de la sinrazón, y todos aquellos hábitos que han elevado al hombre sobre el resto de los animales en el tiempo que ha transcurrido.

»Así que la civilización y el progreso mecánico han ido de la mano, cada uno desarrollando y siendo desarrollado por el otro, desde que el primer uso accidental de un palo echó a rodar la bola y las perspectivas de las ventajas que otorga la

mantuvieron en movimiento. De hecho, las máquinas habrían de contemplarse como el tipo de desarrollo mediante el cual el organismo humano evoluciona, siendo cada invento del pasado una adición a los recursos del cuerpo. Incluso los miembros comunes se dan entre aquellos que disponen de tal espíritu común que poseen el dinero suficiente para pagar un billete de tren, puesto que el tren no es sino una bota de siete leguas que quinientas personas pueden usar al mismo tiempo.»

El único peligro serio que el autor reconocía era que las máquinas equiparasen las capacidades de todos los hombres de tal manera que disminuyese la dureza de la competición entre ellos y que muchas personas de intelecto inferior evitasen ser detectadas y transmitiesen su inferioridad a su descendencia. Temía que el eliminar esta presión podría causar la degeneración de la raza humana y que el cuerpo entero podría acabar resultando rudimentario, siendo el hombre tan sólo alma y mecanismo, un origen de acción mecánica inteligente, pero desprovisto de pasiones.

«¿Hasta qué punto», escribe, «vivimos hoy en día gracias a nuestros miembros exteriores? Cambiamos nuestro físico en función de las estaciones, de la edad y de nuestra mayor o menor pobreza. Cuando llueve, nos equipamos con un órgano comúnmente conocido como paraguas, que está diseñado para proteger nuestra ropa o nuestra piel de los efectos perjudiciales de la lluvia. El hombre dispone ahora de muchos miembros extracorporales que son más importantes para él que la mayor parte de su pelo, o al menos de su barba. La memoria reside ahora en la libreta. Y a medida que se hace mayor y se vuelve más y más complejo, veremos que usa instrumentos para la vista, o quizá dentadura o pelo artificiales, y en caso de ser un espécimen realmente bien desarrollado de la especie, dispondrá de una enorme caja colocada sobre ruedas, con dos caballos y un cochero».

Fue este autor quien creó el sistema de clasificar a los hombres por sus caballos de potencia y quien los dividió en géneros, especies, clases y subclases, otorgándoles nombres de la lengua hipotética que expresaban el número de miembros de que en un determinado momento pueden disponer. Demostró que los hombres se vuelven mejor y más refinadamente organizados a medida que se acercan a la cumbre de la opulencia y que tan sólo los millonarios poseen el conjunto completo de miembros que un ser humano puede incorporar.

«Esos organismos grandiosos», continua, «nuestros principales banqueros y hombres de negocios se comunican con sus congéneres a lo ancho y largo del territorio en un segundo; sus fértiles y sutiles almas pueden desafiar los obstáculos materiales, mientras que las almas de los pobres se ven obstaculizadas e impedidas por lo material, que se les adhiere como melaza a las alas de una mosca; son como hombres afanándose en arenas movedizas. Sus oídos impedidos requieren días o semanas para escuchar lo que alguien les dice desde lejos, en vez de oírlo al segundo, como hacen las clases mejor organizadas. ¿Quién negaría que alguien que puede sumar un tren especial a su naturaleza e ir adonde quiera que desee está mejor organizado que alguien que, en vez de desear ese mismo poder podría esperar a que

le creciesen alas (puesto que tiene las mismas posibilidades de obtener lo uno como lo otro) y cuyas piernas suponen su única forma de transporte? Aquel antiguo enemigo filosófico, la materia, la maldad inherente y esencial, cuelga todavía del cuello de los pobres, estrangulándolos; mas para los ricos, la materia es inmaterial: la compleja organización de su sistema extracorporal ha liberado su alma.

»He ahí el secreto de la admiración que sienten los pobres por los ricos. Es un gran error suponer que esta deferencia proviene de motivos de los que debemos avergonzarnos; se trata del respeto normal que toda criatura viviente siente hacia aquellos a los que considera superiores a sí misma en el ordenamiento de la vida animal y es equivalente a la veneración que el perro siente por el hombre. Entre las gentes salvajes, es muy distinguido el poseer un arma de fuego, y durante toda la historia conocida se ha entendido que aquellos que acumulan más bienes son los más valiosos.»

De esta manera se extendía considerablemente, intentando demostrar qué cambios en la distribución de la vida animal y vegetal del reino procedían de los inventos de éste o aquel hombre y de qué manera conectaba cada uno de ellos con el desarrollo moral e intelectual de la raza humana. Incluso les concedió a algunos cierta parte en la creación y modificación del cuerpo humano y también en la posterior destrucción del mismo. Sin embargo, se consideró que los argumentos del otro ensayo eran más poderosos y al final se consiguió que se destruyesen todas las invenciones de los 271 años anteriores, periodo que se había consensuado entre todas las facciones tras años de discusión acerca de si cierto tipo de escurridor que utilizaban las lavanderas debería excluirse o no. Al final se decidió que era peligroso y el límite de los 271 años lo incluyó. Tras aquello acontecieron las consecuentes guerras civiles que casi asolaron el país y cuya narración desborda el alcance de mi relato.

Capítulo 26

Opiniones de un profeta erewhoniano acerca de los derechos de los animales

En los capítulos precedentes se puede observar cómo los erewhonianos son una raza dócil y muy sufrida a la que se puede guiar con facilidad y muy dispuesta a sacrificar el sentido común en aras de la lógica cuando un filósofo surge entre ellos y los entusiasma por su reputación como erudito o convenciéndolos de que sus instituciones no se basan en los más estrictos principios de la moralidad.

Las revoluciones que mencionaré a continuación ilustran este punto incluso con más claridad que la forma (ya descrita) en la que más tarde habrían de cortarse el cuello a causa de las máquinas, puesto que si el segundo reformador de los dos de quien hablaré a continuación hubiese logrado imponer sus ideas (o mejor dicho, las ideas en las que decía creer), la población habría perecido de inanición en el espacio de un año. Afortunadamente, aunque el sentido común es de lo más endeble que hay, al sentir el cuchillo en el gaznate es capaz de desarrollar una inesperada capacidad de resistencia y espantar a los doctrinarios incluso cuando lo tenían bien amarrado y pensaban que estaba a su merced. Lo que ocurrió en Erewhon, en la medida en que comprendí a las más ilustres autoridades en la materia, fue lo siguiente:

Hace aproximadamente dos mil quinientos años, los erewhonianos no estaban todavía civilizados y vivían de la caza, la pesca y un sistema primitivo de agricultura así como del saqueo de las escasas tribus que no habían conquistado todavía. No tenían escuelas o sistemas filosóficos y sin embargo, a través de una especie de instinto animal hacían lo que parecía correcto desde su punto de vista y el del vecino. Por lo tanto el sentido común general no estaba viciado aún y el crimen y las enfermedades tenían la misma consideración que en otros países.

Pero con el avance paulatino de la civilización y el aumento de la prosperidad material, la gente empezó a hacerse preguntas acerca de temas que hasta ahora habían dado por supuestos. Se le metió en la cabeza a un hombre anciano que ejercía gran influencia sobre ellos por la santidad de su vida y una supuesta conexión con un poder intangible (cuya presencia empezaban entonces a sentir), la inquietud acerca de los derechos de los animales, algo que hasta el momento no había preocupado a nadie.

Los profetas son todos más o menos quisquillosos, pero este anciano debe de haberlos superado a todos. Como lo sustentaba la comunidad tenía mucho tiempo libre y no le bastó con restringir su atención a los derechos de los animales, pretendía estipular los límites de lo bueno y lo malo, considerar los cimientos del deber, del bien y el mal y, en general, establecer fundamentos lógicos sobre asuntos que la gente

cuyo tiempo es oro aceptaba sin plantear fundamentos que valgan.

En general, las bases sobre las que a su juicio descansaba el deber no daban cabida a gran parte de los antiguos hábitos de la gente. Él declaraba que todos aquellos hábitos eran execrables y cuando alguien osaba discrepar de él, remitía el tema a aquel poder intangible al que tan sólo él tenía acceso directo y que, invariablemente, reafirmaba que él estaba en lo cierto. En cuanto a los derechos de los animales, sus enseñanzas eran las siguientes:

«Ya sabéis», decía, «lo perverso que es que os matéis los unos a los otros. Hubo un tiempo en que vuestros antepasados no tenían reparos no sólo en matar, sino también en comerse a sus semejantes. Nadie retomaría ahora aquellas prácticas detestables puesto que es evidente que nuestras vidas son más felices desde que las abandonamos. De este incremento de felicidad podemos deducir la máxima de que no debemos matar ni comer a nuestros semejantes. He consultado al poder superior y me ha asegurado que esta conclusión es irrefutable.

»Ahora bien, no podemos negar que las ovejas, las vacas, los ciervos, los pájaros y peces son criaturas como nosotros. Nos diferenciamos de ellos en algunos aspectos, pero estos son pocos y secundarios, mientras que los que tenemos en común son muchos y esenciales. Amigos míos, si es abyecto matar y comerse a nuestros congéneres humanos, también es abyecto matar y comer pescado, carne y aves. Los pájaros, las bestias y los peces tienen tanto derecho a vivir cuanto puedan sin ser acosados por el hombre como el hombre a vivir sin ser acosado por sus vecinos. Estas palabras, me permito recordaros, no son más sino del poder superior que me inspira.

»Admito que», continuaba diciendo, «los animales se acosan unos a otros y que algunos de ellos incluso acosan al hombre, pero ¿en dónde se dice que debemos conformar nuestra conducta a la de los animales inferiores? Al contrario, deberíamos tratar de instruirlos e imbuirles mejores hábitos. Dar muerte a un tigre, por ejemplo, que se ha alimentado de la carne de hombres y mujeres a los que ha matado sería rebajarnos al nivel del tigre y es algo indigno de aquellos que pretendan guiarse por los más altos principios, tanto de pensamiento como de acción.

»El poder intangible que se me ha aparecido sólo a mí entre todos nosotros, me ha encomendado que os diga que ya deberíais haber abandonado las bárbaras costumbres de vuestros ancestros. Si pensáis, como de hecho hacéis, que habéis alcanzado mayores cotas de entendimiento que ellos, deberíais comportaros mejor también. Él ordena, por lo tanto, que os abstengáis de matar a cualquier ser vivo con la intención de comerlo. El único sustento de origen animal que se os permite comer es la carne de aquellos pájaros, bestias o peces que encontréis ya muertos por causas naturales, o los que hayan nacido de forma prematura o tan deformes que el acortarles el sufrimiento suponga un acto de clemencia; también podréis comer aquellos animales que hayan cometido suicidio. En cuanto a los vegetales, podéis comer todos aquellos que os lo consientan impunemente.»

Aquel anciano profeta argumentaba de forma tan sabia y correcta, y tan terribles

eran las amenazas que lanzaba a quienes le desobedecieran, que al final convenció a las clases más cultas, de manera que las clases inferiores lo siguieron, o dijeron hacerlo. Al constatar el triunfo de sus principios, fue a reunirse con sus antepasados y sin duda alguna entró en seguida en absoluta comunión con aquel poder intangible de cuyo favor había disfrutado tan notablemente.

No mucho más tarde de su muerte, algunos de sus más ardientes discípulos consideraron que era su deber mejorar los preceptos de su maestro. El anciano profeta había permitido el uso de huevos y leche, pero sus discípulos decidieron que comer huevo fresco equivale a destruir un pollo en potencia y que es prácticamente igual que asesinar a un pollo vivo. A regañadientes se permitió comer huevos pasados siempre que fuese bastante claro que estaban demasiado estropeados como para incubarlos. Así, todos los huevos en venta debían ser examinados por un inspector que, tras cerciorarse de que eran estériles, los etiquetaría como: «Puesto hace no menos de tres meses». Ni que decir tiene que estos huevos tan sólo se usaban en pasteles y como medicina en ciertos casos en los que se requería urgentemente un purgante vómico. La leche estaba prohibida en tanto que no podía obtenerse sin sustraer parte del alimento natural de los terneros, con el consecuente riesgo para su vida.

Es fácil comprender que al principio mucha gente cumplía con las nuevas reglas de cara a la galería pero aprovechaban cada oportunidad de deleitarse secretamente con aquellos manjares a los que ya se habían acostumbrado. Se reveló entonces la tendencia de los animales a sufrir muertes naturales (en condiciones más o menos sospechosas). También el suicidio, que hasta entonces se había dado únicamente entre los burros, creció de forma alarmante entre especies tan respetuosas de su propia vida como las ovejas y las vacas. Era pasmoso cómo algunos de estos miserables animales presentían cualquier cuchillo de carnicero en millas a la redonda y corrían a echarse contra él si el carnicero no lo apartaba rápidamente.

Además, los perros, que hasta entonces habían respetado a las aves de corral, conejos, lechones u ovejas y corderos, de repente comenzaron a rebelarse contra sus amos y a matar cualquier animal que se les ordenase no tocar. Se entendía que cuando un perro mataba a otro animal, éste había sufrido una muerte natural, puesto que estaba en la naturaleza del perro matar y hasta ahora se habían reprimido de acosar a los animales de granja tan sólo porque se había alterado la misma. Desgraciadamente cuanto más se extendía esta tendencia de desobediencia canina, más deseosa parecía la gente de criar aquellos animales que tanto tentaban a los perros. Apenas cabe duda de que los ciudadanos estaban burlando la ley deliberadamente. Fuera como fuere, se vendía o consumía todo aquello que los perros mataban.

Era más difícil eludir la ley en los casos de animales más grandes, puesto que los jueces no podían hacer la vista gorda de todos los supuestos suicidios de cerdos, ovejas y vacas que se les presentaban. En ocasiones tuvieron que emitir condenas, algunas bastante aterradoras. Sin embargo, en el caso de los animales a los que daban

muerte los perros, se podían ver las mordeduras de los canes y era prácticamente imposible demostrar premeditación por parte del dueño del perro.

Una sentencia en particular proporcionó otra forma de evadir la ley que generó gran indignación entre los discípulos más fervientes del anciano profeta. El juez estableció que era legal matar a cualquier animal en legítima defensa y que esta conducta era tan natural por parte de la persona agredida que debía considerarse que el animal había sufrido una muerte natural. Por supuesto, los Altos Vegetarianos tenían muy buenos motivos para alarmarse ya que apenas se conoció esta sentencia a una serie de animales, que hasta ahora habían sido inofensivos les dio por atacar a sus dueños con tal furia que era necesario darles una muerte natural. Era bastante común en aquella época ver cadáveres de terneros, corderos o cabritos a la venta con un cartel del inspector que certificaba se les había matado en legítima defensa. A veces incluso, se veía el cadáver de algún cordero o ternero marcado como «muerto al nacer» cuando tenía toda la pinta de haber vivido al menos un mes.

En cuanto a la carne de aquellos animales que habían muerto *bona fide* de causa natural, era innecesario tener permiso para comerla puesto que generalmente se la comían otros animales antes de que las personas la encontrasen o, en caso contrario, normalmente estaba ya infecta; de manera que la gente se veía prácticamente forzada a sortear la ley mediante alguno de los métodos anteriormente expuestos o a hacerse vegetariana. Esta opción era tan poco acorde con los gustos erewhonianos que las leyes en contra de matar animales empezaron a caer en desuso y probablemente habrían sido derogadas de no haber sido por la aparición de una epidemia que los sacerdotes y los profetas de la época atribuyeron a la falta de respeto por la prohibición de ingerir carnes prohibidas. Durante la consecuente reacción se aprobaron leyes estrictas que prohibían el consumo de carne de cualquier tipo y únicamente permitían la venta de cereales, frutas y vegetales. Estas leyes se promulgaron unos doscientos años tras la muerte del viejo profeta que había originado toda esta inquietud acerca de los derechos de los animales, pero apenas se aprobaron las leyes, la gente volvió a infringirlas.

Según me dijeron, la consecuencia más penosa de este dislate no fue que los ciudadanos respetuosos de la ley no pudieran consumir carne. En muchos países hacen lo mismo y no parece afectarlos, e incluso en países donde se come carne como Italia, España y Grecia, los pobres comen carne en rarísimas ocasiones. El gran perjuicio consistió en la convulsión que estas excesivas prohibiciones causó en las conciencias de los ciudadanos, exceptuando a aquellos que fueron lo suficientemente lúcidos para entender que aunque la buena conciencia es, por norma, una virtud, puede también suponer la ruina. Y si el despertar de la conciencia de un individuo a menudo le llevará a emprender acciones apresuradas que mejor habría sido no emprender, el que un respetable anciano (con el truco del poder intangible guardado en la manga) despierte la conciencia nacional, asegura el camino directo hacia la perdición.

A la gente joven se le decía que era pecado hacer lo que sus ancestros venían haciendo sin problemas durante siglos. Por si fuera poco, aquellos que predicaban acerca de lo escandaloso de comer carne eran unos académicos tan desagradables que, pese a haber intimidado a sus conciudadanos (salvo a los más audaces de entre los jóvenes) eran muy pocos los que, en su fuero interno, no los detestaban. Por mucho que se protegiese a un muchacho, pronto encontraba hombres y mujeres de mundo (a menudo mucho más agradables que los profetas que predicaban la abstinencia) que hablaban con desdén de las nuevas leyes doctrinarias y de los que se decía que, en privado, las soslayaban pese a no atreverse a hacerlo en público. No es de extrañar, pues, que los más espontáneos de entre los estudiantes sintiesen el impulso de cuestionar esos preceptos de no tocar, no probar y no manipular que, de otra manera, habrían aceptado de buena gana.

Se conoce la triste historia de un joven muy prometedor, tristemente dotado con más conciencia que inteligencia a quien el doctor le recomendó (como dije antes las enfermedades todavía no se consideraban criminales) que, pese a las leyes, comiese carne. El inmoral consejo del doctor le horrorizó y durante un tiempo se negó a seguirlo. Sin embargo, al sentirse más y más débil, acabó escabulléndose una noche oscura hasta uno de esos antros en los que se vendía carne subrepticamente y compró una libra de carne de primera. La llevó a casa, la cocinó en su cuarto mientras los demás dormían y la comió. Pese a que apenas pudo dormir por los remordimientos y la vergüenza, a la mañana siguiente había mejorado tanto que apenas se reconocía a sí mismo.

Tres o cuatro días más tarde, se encontró irresistiblemente atraído hacia aquel antro. De nuevo compró una libra de carne, de nuevo la cocinó y comió y de nuevo, pese a sus muchos remordimientos, se sintió mucho mejor a la mañana siguiente. En resumidas cuentas, aunque jamás cruzó los límites de la moderación, le torturaba la idea de ir a la deriva hacia las filas de los delincuentes, cosa bien patente.

Su salud seguía mejorando y aunque estaba convencido de que se debía a los filetes de carne, cuanto mejor se sentía, menos tranquila se encontraba su conciencia. Escuchaba constantemente dos voces en su cabeza, una que decía: «Soy el sentido común y la naturaleza, escúchame y te recompensaré igual que recompensé en el pasado a tus antecesores». Pero la otra voz decía: «No permitas que ese espíritu insinuante te lleve a la perdición. Yo soy el deber, escúchame y te recompensaré igual que antes recompensé a tus antecesores».

A veces le parecía incluso ver las caras de las dos voces. El sentido común tenía un aspecto plácido, cordial y tranquilo, tan sincero e intrépido que hiciese lo que hiciese no podía desconfiar de él, pero en cuanto se decidía a seguirlo, se aparecía el rostro austero del deber, tan severo y sin embargo tan amable. De tanto en tanto le rompía el corazón el verlo alejarse de él lastimeramente cuando se dejaba arrastrar por su rival.

El pobre muchacho pensaba constantemente en los mejores de entre sus

compañeros e intentaba adaptar su conducta a la que suponía que ellos tenían. «¿Acaso ellos comerían filetes?», se preguntaba. «¡Jamás!» Y sin embargo la mayoría de ellos lo hacía de vez en cuando, si es que no les iban más las chuletas de cordero. Y ellos le utilizaban como modelo tanto como él a ellos. «¿Acaso él comería chuletas? ¡Jamás!»

Pero una noche, lo siguió un miembro de la autoridad que constantemente patrullaba en busca de transgresores y lo atrapó saliendo del antro con media paleta de cordero escondida. Aunque no lo llevaron al calabozo, aquello supondría su expulsión y en consecuencia todas sus perspectivas quedarían arruinadas, de manera que en cuanto llegó a su casa se ahorcó.

Capítulo 27

Las opiniones de un filósofo erewhoniano respecto a los derechos de las plantas

Permítanme dejar aquí esta triste historia y regresar al transcurso de la de Erewhon en general. Por muchas leyes que se promulgasen aumentando la severidad de las condenas para aquellos que comiesen carne en secreto, la gente seguía encontrando formas de burlarlas. Incluso en algunas épocas casi se consideraron obsoletas, pero cuando estaban a punto de derogarse, alguna catástrofe nacional o los sermones de algún fanático reavivaban la conciencia nacional y se encarcelaba a la gente a millares por tráfico de carne.

Unos seiscientos o setecientos años tras la muerte de aquel viejo profeta surgió un filósofo que, pese a que no decía tener vínculo alguno con poderes intangibles, dictó leyes con tanta seguridad como si lo tuviese. Muchos pensaban que este filósofo no creía en sus propias enseñanzas y que como en secreto le encantaba comer carne, su objetivo real no era sino reducir la prohibición de comer carne al absurdo hasta el punto de que incluso los erewhonianos más puritanos no pudieran soportarlo.

Aquellos que adoptan este punto de vista sostienen que él sabía cuán difícil resultaría que la nación aceptase leyes que se consideraban pecaminosas, sabía también lo inútil que sería cualquier intento de convencer a la gente de que no había perversidad alguna en matar una oveja y comerla a no ser que pudiese demostrarles que debían pecar hasta un cierto punto o morir. Así que hizo las propuestas que a continuación relataré.

Comenzó con un homenaje profundamente respetuoso al viejo profeta cuya defensa de los animales, admitía, había conseguido doblegar el espíritu nacional y ampliar su percepción de la santidad de la vida en general. Sin embargo, argumentaba también que los tiempos habían cambiado, que la lección que tanto habían necesitado en su día estaba ya bien aprendida mientras que, en lo que respectaba a los vegetales se habían descubierto muchos aspectos que antes ni se sospechaban y que, por tanto, si la nación había de perseverar en su estricta adhesión a los más excelsos principios morales, secreto de su prosperidad a la sazón, era necesario un cambio radical en su actitud hacia los vegetales.

Sin duda era cierto que se sabía entonces mucho de lo que antes apenas se sospechaba puesto que los ciudadanos carecían de enemigos extranjeros y al ser tan inteligentes como curiosos acerca de los misterios de la naturaleza, habían hecho maravillosos avances en la ciencia y las artes. En el principal museo erewhoniano me enseñaron un microscopio de bastantes aumentos que las autoridades databan alrededor de la época de este filósofo y que algunos suponen incluso que era con el

que él trabajaba.

Este filósofo era profesor de botánica en el principal centro de enseñanza de Erewhon y con la ayuda de aquel microscopio que aún se conserva o con la de algún otro, llegó a la conclusión que ahora aceptamos universalmente, esto es, que los animales y las plantas descendemos de los mismos ancestros y que, por lo tanto, deberíamos considerar a éstas tan vivas como a aquéllos. Así argumentaba que los animales y las plantas son primos y que se habría considerado así desde el principio si no se hubiese establecido la arbitraria división entre el reino animal y el vegetal.

Declaró y demostró, contentando a todo aquel que podía opinar sobre el tema, que no existen diferencias apreciables mediante la vista o cualquier otra prueba entre el germen del que crecerá un roble, una parra o una rosa y el germen del que (en las circunstancias necesarias) crecerá un ratón, un elefante o una persona.

Argüía que el desarrollo de cualquier germen está determinado por los hábitos de los gérmenes de los que desciende y de cuya identidad formaba parte en su día. Si colocásemos un germen en el mismo sitio que un germen antecesor suyo, se desarrollará igual que lo hizo su ancestro y crecerá como el mismo tipo de organismo. Si las circunstancias con las que se encontrase fuesen tan sólo ligeramente diferentes, se generaría un cambio (con o sin éxito) para desarrollarse en consonancia con ellas. Si las circunstancias fuesen completamente diferentes moriría, probablemente sin hacer el esfuerzo de adaptarse. Esto, según él, se aplicaba tanto a los gérmenes de las plantas como a los de los animales.

De tal manera conectaba el desarrollo animal y el vegetal con la inteligencia, estuviese ésta ya agotada e inconsciente, o todavía activa y consciente. Para sostener este punto de vista acerca de la vida vegetal mencionaba el hecho de que todas las plantas se adaptan a sus ambientes habituales. Pese a admitir que a primera vista la inteligencia vegetal parece ser diferente de la animal, también afirmaba que ambas coinciden en un punto esencial, esto es, que aunque se han ocupado de los asuntos que son vitales para el bienestar del organismo que habitan, jamás se han ocupado de cualquier otro asunto. Esto, según él, es la mejor prueba que puede encontrarse de la inteligencia de cualquier ser vivo.

«Las plantas», decía, «no muestran interés por los asuntos de los seres humanos. Jamás haremos entender a una rosa que cinco por siete son treinta y cinco y es inútil hablarle a un roble acerca de las variaciones del mercado bursátil. De ahí que digamos que tanto el roble como la rosa no son inteligentes y al percatarnos de que no comprenden nuestros asuntos deducimos que tampoco comprenden los suyos. ¿Pero qué sabrá quien así piense sobre la inteligencia? ¿Quién da más signos de ser inteligente, él, el roble o la rosa?

»Y cuando decimos que las plantas son estúpidas al no comprender nuestros asuntos, ¿acaso somos capaces nosotros de comprender los suyos? ¿Tenemos la más mínima idea referente a cómo la semilla de un rosal transforma la tierra, el aire, el calor y el agua en una rosa florida? ¿O de dónde saca el color? De la tierra, aire,

etcétera. Sí, pero ¿cómo? Esos pétalos de textura indescriptible, el tinte que sobrepasa el de las mejillas de un niño o ese olor. Observemos la tierra, el aire y el agua, son éstos los materiales que la rosa tiene para trabajar. ¿Muestra falta de inteligencia alguna en lo referente al proceso alquímico mediante el cual transforma el barro en pétalos de rosa? ¿Qué químico consigue algo semejante? ¿Por qué no lo intenta nadie? Simplemente porque todos sabemos que la inteligencia humana no es suficiente para ello y abandonamos. Es la especialidad de la rosa, que la rosa se encarga de ello (mientras nosotros decimos que carece de inteligencia por desconcertarnos con sus milagros y la forma eficaz y despreocupada en la que los logra).

»Observemos también los esfuerzos que hacen las plantas para protegerse de sus enemigos. Raspan, cortan, pinchan, generan malos olores, segregan venenos terribles (y sólo los dioses saben cómo se las arreglan para crearlos), cubren sus valiosas semillas con espinas similares a las del puercoespín, asustan a aquellos insectos que tienen sistemas nerviosos delicados asumiendo formas portentosas, se esconden, crecen en lugares inaccesibles y mienten tan convincentemente que engañan incluso a sus enemigos más perspicaces.

»Tienden trampas impregnadas de liga para atrapar insectos y los persuaden para luego ahogarlos en copas que han hecho con sus propias hojas y que llenan de agua; otras se transforman en ratoneras vivientes, por así decirlo, que se cierran como un resorte sobre cualquier insecto que se pose sobre ellas; otras dan a sus flores la forma de una mosca especialmente avezada en recolectar miel, de manera que cuando se acerca algún insecto, piense que la flor ya está agotada y se marche a otro sitio. Algunas son tan efectivas que se pasan, como el rábano picante que la gente busca para comerlo por el sabor picante con el que pretende defenderse de sus enemigos subterráneos. Observamos, por otra parte, cómo las plantas crecen bien bonitas si piensan que algún insecto les puede ser útil.

»¿En qué consiste ser inteligente, sino en hacer lo que uno quiere y hacerlo de forma repetida? Algunos dicen que la semilla del rosal no desea convertirse en rosal. ¿Entonces por qué crece? Es plausible que no esté al tanto del deseo que la pone en acción. No tenemos motivos para pensar que un embrión humano sepa que quiere convertirse en un bebé o un bebé quiera convertirse en un hombre. Jamás nada da señales de saber lo que hace o lo que desea, cuando su certeza respecto a lo que quiere y cómo conseguirlo está establecida más allá de cualquier duda. Cuantas menos señales dé una criatura de saber lo que hace, siempre que ya lo haya hecho en ocasiones repetidas y satisfactoriamente, más patente resulta que saben cómo hacerlo y que lo han hecho ya en infinitas ocasiones previas.

»Algunos pueden preguntar», continuaba, «¿a qué se refiere al hablar de infinitas ocasiones previas? ¿Cómo puede una semilla haber dado un rosal en una ocasión previa? Yo respondo esta pregunta con otra. “¿Era parte esta semilla de la identidad del rosal en el que creció?” ¿Quién podría decir que no? Y de nuevo pregunto:

“¿Acaso no estaba ese rosal conectado a través de todos aquellos enlaces que consideramos que construyen la personalidad con la semilla de la que a su vez había crecido?” ¿Quién podría decir que no?

»Entonces, si la segunda semilla de rosa es una continuación de la personalidad del rosal antecesor, y si ese rosal es una continuación de la personalidad de la semilla de la que surgió, la segunda semilla también habrá de ser una continuación de la personalidad de la primera semilla. Y ésta, a su vez, debe haber sido la continuación de la personalidad de la anterior semilla, y así más y más atrás *ad infinitum*. De manera que resulta imposible refutar la continuidad de la personalidad entre una semilla actual y la primera semilla que pudiésemos considerar como tal.

»La respuesta, por lo tanto, a la objeción no queda lejos. La semilla actual se comporta de la misma forma en que se comportaron sus antepasados, con quienes está vinculada de tal manera que recuerda lo que sus ancestros hicieron cuando ellos eran la semilla que ella es ahora. Cada etapa del desarrollo conlleva el recuerdo del camino tomado en la etapa anterior y el proceso se ha repetido tantas veces que cualquier duda desaparece (y con ella, la conciencia acerca de la acción).

»Pero todavía podrían objetar: “Admitiendo que el nexo entre las generaciones sucesivas es tan sólido y prolongado que cada una de ellas pudiese recordar lo que el rumbo tomado por sus ancestros, ¿cómo puede demostrarse que realmente recuerdan?”.

»La respuesta es: “Mediante las acciones que cada generación emprende, acciones que muestran todos los signos que asociamos a la memoria (que se explican asumiendo que les guía la memoria) y que no han tenido otra explicación ni parece que la vayan a tener mediante cualquier otra teoría aparte de la que supone que existe una memoria que perdura entre generaciones”.

»¿Puede alguien presentar alguna criatura viva cuyas acciones podamos comprender, que lleve a cabo una tarea inenarrablemente compleja y complicada, una y otra vez, siempre con éxito y que sin embargo no sepa cómo hacerla y jamás la haya hecho antes? En ese caso, no discutiré más, pero hasta entonces asumiré que los procesos que no puedo observar siguen las mismas leyes de aquellos procesos que comprendo. Algo se hará de forma inconsciente en cuanto la habilidad que requiere se haya adquirido a la perfección. Por lo tanto, no debemos esperar que una semilla o un embrión muestren signos de saber lo que ya saben. Si los mostrasen, cabría dudar de que saben lo que quieren y cómo conseguirlo».

Algunos de los párrafos del capítulo 23 parecen claramente inspirados en el que acabo de citar. Y a medida que leía este ensayo, en una reedición que me mostró un profesor que había editado gran parte de los textos antiguos acerca del tema, no podía evitar recordar el pasaje en el que nuestro Señor urge a sus discípulos a considerar los lirios del campo, que crecen sin trabajar ni hilar y cuya vestimenta supera incluso las de Salomón en el esplendor de su gloria^[60].

«Sin trabajar ni hilar.» ¿Acaso es eso cierto? ¿No trabajan? Quizá no, ahora que

conocen el procedimiento por seguir tan bien que no admiten dudas al respecto, pero no parece probable que los lirios hayan llegado a ser tan hermosos sin haberse afanado en ello en algún momento. ¿Y el «sin hilar»? No con una rueca, claro está, pero ¿acaso no hay hilado en las hojas?

¿Qué dirían los lirios del campo si nos oyesen declarar que ni se fatigan ni hilan? Me parece que dirían lo mismo que nosotros si llegásemos a escucharlos predicar la humildad con el ejemplo de Salomón, tal que así: «Miren a Salomón, en el esplendor de su gloria, cómo ni trabaja ni hila». En ese caso diríamos que los lirios están hablando de cosas que no comprenden y que pese a que Salomón no trabaja ni hila, esto no quiere decir que no haya sido necesario trabajar ni hilar para que él se atavíe de forma tan maravillosa.

Pero volvamos al profesor. Lo escrito basta para mostrar los derroteros que seguían los argumentos con que pretendía demostrar que los vegetales no son más que animales con otro nombre y sin embargo no he expuesto su teoría íntegra, tal y cómo él la presentó a la sociedad. La conclusión que él derivaba, o pretendía derivar era que si constituía pecado el matar y comerse a los animales, no menos pecaminoso era hacer lo propio con los vegetales o sus semillas. Ni las unas ni las otras deberían comerse salvo aquellas que hubiesen sufrido una muerte natural, como las frutas que caen del árbol a punto de pudrirse o las hojas de repollo ya amarillentas a finales de otoño. Declaró que sólo podían comerse estos y otros tipos de desechos si se pretendía tener la conciencia tranquila. Incluso así, quien los comiese, debería plantar las semillas de las manzanas o peras y los huesos de las ciruelas o las cerezas que ingiriese a riesgo de cometer infanticidio. De acuerdo con su teoría el grano de los cereales quedaba fuera de la cuestión también puesto que cada uno de esos granos poseía un alma viva al igual que los hombres y tanto derecho a estar en paz como ellos.

Usando su lógica cual bayoneta, arrinconó a sus compatriotas contra la pared, sin escapatoria posible, y propuso entonces que el dilema lo dirimiese un oráculo en el cual todo el país depositaba mucha confianza y al que recurrían en tiempos de gran incertidumbre. Se rumoreaba que una amiga cercana del filósofo ejercía de doncella de la sacerdotisa cuya labor era pronunciar el oráculo y el Partido Puritano proclamó que el dictamen excepcionalmente rotundo se debió a influencias ilegítimas. Sea como fuere, reproduzco aquí el oráculo tan fielmente como he podido traducirlo:

Aquél que mucho peca
peca más de lo que debiera;
pero a aquél que no peca jamás,
mucho que aprender le queda.
Dominad u os dominarán,
comed u os comerán,
si no matáis, os matarán;
elegid en libertad.

Quedó claro que esta respuesta autorizaba la destrucción de la vida vegetal cuando el ser humano lo requiriese para su alimentación y el filósofo había mostrado con tal contundencia que lo que se aplica a los vegetales es válido también para los animales que, aunque el Partido Puritano montó un escándalo tremendo, se derogaron las leyes que prohibían el uso de carne por amplia mayoría. Así, tras varios cientos de años recorriendo las sendas de la filosofía, el país llegó a la misma conclusión a la que mucho antes había llegado a través del sentido común. Incluso los puritanos, tras intentar en vano alimentarse de una especie de mermelada de manzanas y putrefactas hojas de repollo, sucumbió a lo inevitable, resignándose a alimentarse de ternera y cordero con los acompañamientos normales de cualquier dieta moderna.

Cabría esperar que tras el embrollo en que les metió el viejo profeta y el embrollo aún mayor en que se proponía meterles (de forma engañosa, en mi opinión) el profesor de botánica, los erewhonianos desconfiasen en adelante de todo profeta, iluminado o no por poderes intangibles. Sin embargo, el impulso de creer que algunas personas realmente saben lo que dicen saber, para así ahorrarnos el tener que pensar nosotros mismos, está tan firmemente enraizado en el corazón humano, que al poco tiempo los supuestos filósofos y los fanáticos se hicieron más poderosos que nunca y, paso a paso, llevaron a sus conciudadanos a aceptar teorías vitales ridículas, algunas de las cuales ya he comentado en capítulos anteriores. De hecho, no veo esperanza alguna de salvación para los erewhonianos mientras no comprendan que cuando la lógica rehúye el instinto la situación es tan perniciosa como cuando el instinto rehúye la lógica.

Capítulo 28

La huida

Aunque me encontraba muy atareado con las traducciones que componen los cinco capítulos anteriores, también estaba preparando mi huida con Arowhena. Y de hecho iba siendo hora, puesto que me llegó el rumor, a través de uno de los cajeros del banco musial, de que pretendían llevarme a los tribunales, en principio acusado de tener el sarampión, pero en realidad por posesión de un reloj y por intento de reintroducir maquinaria en el país.

Pregunté por qué se me acusaba de sarampión y me respondió que si se me acusase de tifus o varicela, existía la posibilidad de que, debido a circunstancias atenuantes, no hubiese condena, mientras que probablemente la hubiese en el caso del sarampión, enfermedad por la que cabe condenar a alguien de mi edad. También se me hizo saber que, a no ser que algún evento inesperado hiciese cambiar de opinión a Su Majestad, la orden podría venir en cuestión de días.

El plan que había diseñado consistía en escapar en un globo aerostático con Arowhena. Me temo que el lector puede encontrar esta parte del relato difícil de creer, y sin embargo es aquí en donde más me he esforzado por ceñirme estrictamente a los hechos y sólo puedo encomendarme a su buena fe.

Ya me había ganado el favor de la reina y había excitado tanto su curiosidad que se comprometió a permitirme construir un globo y a inflarlo. Le comuniqué que no haría falta maquinaria compleja, de hecho tan sólo gran cantidad de seda impermeabilizada, una barquilla, unas cuantas cuerdas, etcétera, y algún gas ligero en cuya obtención los anticuarios, familiarizados con los métodos empleados por los antiguos erewhonianos, podrían instruir a trabajadores de Su Majestad. Su anhelo de presenciar la maravillosa ascensión de un ser humano por los cielos se impuso sobre otras dudas que seguramente albergaba. Ordenó a los anticuarios que instruyesen a sus trabajadores para fabricar el gas, envió a sus doncellas a adquirir grandes cantidades de seda (puesto que decidí que el globo debería ser grande) y untarlas de aceite incluso antes de haber obtenido el permiso del rey. A continuación, sin embargo, se dispuso a conseguirlo puesto que le había hecho saber que mi procesamiento era inminente.

En cuanto a mí, ni que decir tiene que no sabía nada sobre globos aerostáticos y tampoco imaginaba la forma en la que introduciría a Arowhena conmigo en la cesta. Sin embargo, al saber que no había otra opción para huir de Erewhon, sacando fuerzas de lo crítico de nuestra situación, creé un diseño que los trabajadores de la reina pudieron convertir en realidad. Entre tanto, los constructores reales de carruajes fabricaban la barquilla. La mayor dificultad residió en cómo amarrar ésta al globo y

probablemente no lo habría conseguido de no ser por la gran inteligencia de uno de los capataces que se dedicó en cuerpo y alma a la tarea y a menudo preveía los obstáculos que a mí se me escapaban y sugería la forma de superarlos.

Por entonces el país estaba atravesando una sequía y en los últimos tiempos se habían ofrecido plegarias en vano al dios del aire. Cuando propuse por primera vez la idea del globo a la reina, le dije que mi intención no era otra que ascender al cielo y convencer al dios en una entrevista personal. Admito que tal enunciado raya en la idolatría, pero hace tiempo que me arrepentí de ello y las probabilidades de que reincida son escasas. Es más, este engaño, pese a ser grave, probablemente lleve a la conversión del país entero.

Cuando la reina habló al rey de mi proyecto, él no sólo se mofó, sino que se mostró partidario de prohibirlo también. Pero como le gustaba consentir a su esposa, acabó aceptando, igual que hacía siempre que la reina se empeñaba en algo. Aceptó en este caso de mejor grado puesto que no creía que la hazaña fuese factible. Pensaba que el globo ascendería unos cuantos pies y después caería, de manera que yo me rompería el cuello y así podría librarse de mí. Lo explicó de forma tan convincente que la reina se alarmó e intentó convencerme de que abandonase el proyecto. Sin embargo, al ver que persistía en mi deseo de fabricar el globo, me mostró una orden del rey por la cual se me facilitaría todo aquello que pudiese necesitar.

Al mismo tiempo, Su Majestad me informó de que, en caso de no convencer al dios del aire de que terminase con la sequía, mi ascenso supondría motivo de acusación judicial. Ni el rey ni la reina sospechaban que lo que pretendía era escaparme, si el viento me era favorable, igual que tampoco conocían la existencia de una corriente de aire ascendente que soplaba continuamente en la misma dirección, como podía deducirse de la forma de las nubes más elevadas, que apuntaban siempre desde el sudeste al noroeste. Hacía tiempo que había percibido esta peculiaridad del clima y la atribuyo, creo que correctamente, a los vientos alisios constantes a unos miles de pies de altura que se veían perturbados por particularidades locales por debajo de ella.

Mi siguiente labor fue contar el plan a Arowhena y encontrar la forma de llevarla conmigo en la barquilla. Nos comunicábamos a través de su doncella, pero juzgué que lo más prudente sería no entrar en detalle hasta que todo estuviese planeado. Estaba seguro de que vendría conmigo, aunque también había decidido abandonar si a ella le fallase el ánimo. Cuando hubo llegado el día, acordé con la doncella que me abriría la puerta del servicio, que daba al jardín de los Nosnibor, al anochecer del día siguiente.

Llegué en el momento establecido, la chica me dejó pasar y me pidió que esperase en un caminito apartado hasta que llegase Arowhena. Estábamos ya a principios de verano y los árboles estaban tan frondosos que incluso aunque alguien hubiese entrado en el jardín, podría haberme escondido con facilidad. La noche era extremadamente bella, hacía tiempo que el sol se había puesto, pero quedaba aún un

brillo rosáceo en el cielo, sobre las ruinas de la estación de tren. Más abajo, las luces de la ciudad empezaban a titilar y más allá se extendían las extensas llanuras hasta confundirse con el horizonte. En aquel momento no podía prestar atención a aquellas cosas, simplemente las percibía. No podía prestar atención a nada hasta que, escudriñando la oscuridad, percibí una figura deslizándose rápidamente hacia mí. Corrí a su encuentro y sin pararme a pensar, estreché a Arowhena fuertemente y cubrí su dócil mejilla de besos.

Tan exultantes estábamos que no encontramos las palabras y, de hecho, no sé si lo habríamos logrado y hubiéramos recuperado la cordura de no ser por el acceso de histeria de su doncella que nos hizo comprender que debíamos controlarnos. Entonces detallé breve y simplemente mi plan, le mostré los aspectos más tenebrosos, convencido de que cuanto más oscuro el porvenir, más dispuesta se mostraría a acompañarme. Le dije que el plan probablemente nos llevaría a ambos a la muerte y que no quería presionarla, que una sola palabra suya bastaría para que desistiese, que sin embargo, existía una pequeña posibilidad de que escapásemos juntos a algún lugar del mundo donde no existiesen impedimentos para nuestro matrimonio y que yo no veía otra opción.

Ella no se opuso, ni siquiera dio una señal de duda o inseguridad. Haría todo lo que le dijese e iría allí a donde yo fuese, de manera que le pedí que mandase a su doncella a mi encuentro cada noche, que alegrase la cara y aparentase estar tan contenta y feliz como pudiese de manera que su padre, su madre y Zulora pensasen que me estaba olvidando. También le pedí que estuviese preparada para acudir en cualquier momento a los talleres de la reina para que yo la escondiese entre el lastre y las mantas de la barquilla. Con esto nos despedimos.

Aceleré entonces los preparativos puesto que temía por un lado las lluvias y por otro que el rey cambiase de opinión, pero el tiempo continuó seco y una semana más tarde los trabajadores de la reina habían terminado tanto la barquilla como el globo y el gas estaba listo para inflarlo en cualquier momento. La ascensión tendría lugar el día después de terminar los preparativos. Había acordado llevar gran cantidad de mantas para protegerme del frío en las capas superiores de la atmósfera así como diez o doce sacos de lastre.

Tenía la pensión casi completa de tres meses y con esto pagué los servicios de la doncella de Arowhena y soborné al capataz de la reina (que creo que me habría ayudado incluso sin el soborno). Me ayudó a esconder comida y vino en los sacos de lastre y en la mañana del ascenso mantuvo a los otros obreros alejados mientras yo ocultaba a Arowhena en la barquilla. Llegó al amanecer, con la cara embozada y vestida como si fuera su doncella. Se suponía que había acudido al concierto matutino de un banco musical y me dijo que no la echarían de menos hasta la hora del desayuno, hora en la que se percatarían de su ausencia. Se acomodó en el suelo de la barquilla y dispuse el lastre a su alrededor, tapándola con mantas de manera que quedase escondida. Aunque faltaban algunas horas para el momento del ascenso, no

me atrevía a alejarme ni un momento de la cesta, de manera que me subí y contemplé cómo inflaban el globo. No tenía más equipaje que las provisiones escondidas en los sacos de lastre, los libros de mitología y los tratados sobre las máquinas, junto a los manuscritos de mi diario y mi traducción.

Me senté tranquilamente a esperar la hora establecida para la partida. Tranquilamente en apariencia, pero en mis adentros la tensión me tenía agonizando, no fuese que la ausencia de Arowhena se descubriera antes de que llegasen el rey y la reina, que serían los testigos de honor del ascenso. Quedaban aún dos horas más para el momento; en ese tiempo podían ocurrir cientos de cosas y cualquiera de ellas podría ser fatal.

Por fin se hinchó el globo, quitaron la manga con que lo habían llenado, habiéndose asegurado antes de prevenir el escape del gas. Nada lo detenía excepto el peso de aquellos que lo sujetaban mediante cuerdas. Esforcé la vista buscando cualquier signo de la llegada del rey y la reina, pero no vi nada. Miré en dirección de la vivienda del señor Nosnibor y no parecía haber signos de tumulto, si bien todavía no era la hora del desayuno. La gente empezó a congregarse. Era bien sabido que yo había caído en desgracia en la corte, pero tuve la impresión de que era bastante popular, es más, recibí muchas muestras de cariño y de ánimo, así como deseos de que la empresa llegase a buen fin.

Estaba hablando con un caballero que conocía, explicándole mis planes una vez estuviese en presencia del dios del aire (no puedo imaginar qué pensó de mí, puesto que estoy seguro de que él no creía en la existencia de tal dios y sabía que yo tampoco), cuando me percaté de que un pequeño grupo de gente acudía corriendo desde la casa del señor Nosnibor hacia los talleres reales. En aquel momento se me paró el corazón y entonces, comprendiendo que había llegado el momento de actuar o morir, grité nervioso a los que mantenían las cuerdas (serían unas treinta personas) que las soltaran en seguida y gesticulé como si hubiese algún peligro, como si alguna tragedia fuese a ocurrir si seguían sosteniéndolas. Muchos obedecieron y el resto no era lo suficientemente fuerte como para sostener el globo por sí solo y tuvo que soltar las cuerdas. Al momento el globo se elevó súbitamente, si bien para mí fue como si la tierra se hundiese a mis pies, más y más rápido en la profundidad.

Ocurrió en el preciso momento en que la atención de los asistentes estaba dividida, una parte contemplaba los apremiantes gestos de aquellos que venían desde la casa del señor Nosnibor y la otra escuchaba mis exclamaciones. Sin duda alguna, un minuto más tarde habrían descubierto a Arowhena, pero antes de que terminase ese minuto, me encontraba a tal altura sobre la ciudad que no tenían forma de alcanzarnos y, a cada segundo que pasaba, tanto la masa de gente como la ciudad se hacían más pequeños y difusos. En un lapso de tiempo increíblemente corto, mirase a donde mirase no veía más que una extensa llanura azul.

Al principio, el globo ascendió verticalmente pero a los cinco minutos, tras haber alcanzado gran altura, me pareció que los objetos de la planicie a nuestros pies

empezaron a desplazarse. Yo no sentía ni un soplo de aire y no conseguía imaginar que el globo se estuviese moviendo. Me encontraba ponderando qué significaba aquel movimiento extraño de los objetos fijos cuando me percaté de que la gente que viaja en globo no siente el viento en tanto en cuanto viajan con él y no le ofrecen resistencia. Entonces me sentí feliz al pensar que habría alcanzado los continuos vientos alisios de la zona alta de la atmósfera y que muy probablemente me alejaría flotando cientos si no miles de millas lejos de Erewhon y los erewhonianos.

Hacía rato que había retirado las mantas y descubierta a Arowhena, pero al poco la arrojé de nuevo puesto que ya hacía mucho frío y se encontraba medio pasmada por lo excepcional de la situación.

Sobrevino entonces un tiempo entre el delirio y el sueño del que no creo que jamás recupere un recuerdo nítido. Algunas cosas sí que recuerdo, como que pronto nos vimos envueltos en un vapor que se me congeló en el bigote y las patillas. Tras eso tengo memoria de haber permanecido horas y horas en una espesa niebla sin escuchar más que mi respiración y la de Arowhena, puesto que apenas hablábamos, y sin ver más que la barquilla a nuestro alrededor y el globo sobre nosotros.

Quizá el sentimiento más terrible durante el tiempo en que no vimos la tierra era el de que el globo estaba quieto pese a que nuestra única esperanza era la de avanzar con gran presteza. De tanto en tanto, a través de un desgarrón en las nubes atisbaba la tierra y entonces daba gracias puesto que debíamos ir más rápido que un tren exprés, pero en cuanto se cerraba la abertura, se cernía sobre mí un angustioso sentimiento de que permanecíamos quietos con el cual no cabía razonar. Otro sentimiento era casi tan terrible; igual que un niño que teme haberse vuelto ciego al cruzar un túnel muy largo sin luz, cuando la tierra permanecía oculta mucho tiempo, me torturaba la idea de que pudiésemos salir del planeta para siempre. De vez en cuando comía algo y daba de comer a Arowhena, intentando adivinar las horas apropiadas. Entonces vino la oscuridad y con ella horas terriblemente largas sin tan siquiera la luna para alentarnos.

La escena cambió al amanecer, las nubes se habían retirado y brillaban las estrellas matutinas. La salida de sol permanece grabada en mi memoria como la más gloriosa que jamás haya visto. Bajo nosotros veíamos el relieve de una cordillera montañosa con la nieve recién caída, pero nos encontrábamos muy por encima. A ambos nos costaba respirar, pero no hice descender el globo ni un milímetro, puesto que ignorábamos durante cuánto tiempo más necesitaríamos toda la flotabilidad de que pudiésemos disponer. De hecho me sentí afortunado de encontrarnos, tras casi veinticuatro horas, todavía tan arriba.

Tras un par de horas dejamos atrás la cordillera, que debía de tener unas ciento cincuenta millas de ancho, y de nuevo vimos extenderse las llanuras hasta el horizonte. No sabía en dónde estábamos y no me atrevía a descender por no malgastar el gas del globo, pero esperaba que nos encontrásemos sobrevolando aquel territorio desde el que había partido en mi aventura. Buscaba desesperadamente

indicios por los que reconocerlo, pero no vi ninguno y temí que estuviésemos sobre algún lugar remoto de Erewhon o en territorio habitado por salvajes. Aún estaba en duda cuando de nuevo nos vimos rodeados de nubes y abandonados a las conjeturas en la niebla.

El tiempo pasaba despacio. ¡Cómo echaba de menos mi desdichado reloj! De entumecido y embelesado que estaba sentía que ni tan siquiera el tiempo avanzaba. A veces me tomaba el pulso y contaba las pulsaciones durante una media hora, con tal de distinguir el paso del tiempo y probar que existía, cerciorarme de que todavía estábamos bajo su bendita influencia y no habíamos salido flotando hacia la eternidad imperturbable.

Caí dormido mientras me sentía el pulso por vigésima o trigésima vez. Tuve un sueño agitado sobre un viaje en tren exprés y la llegada a una estación saturada por el ruido de las locomotoras echando vapor con pitidos horripilantes. Me desperté asustado e intranquilo, pero los silbidos y los golpes continuaban en mi vigilia y me obligaron a deducir que no eran un sueño. Desconozco lo que eran pero se fueron haciendo más débiles y al cabo de un tiempo, se perdieron en la distancia. Unas horas más tarde, se despejaron las nubes y lo que vi bajo el globo me heló la sangre. Vi el mar y nada más que mar, mayoritariamente negro y salpicado aquí y allá con la espuma blanca de unas olas de tormenta.

Arowhena dormía tranquila en el suelo de la barquilla. Al admirar su dulce y santa belleza se me escapó un gemido y me maldije a mí mismo por todos los sufrimientos que le estaba causando, pero ya no había nada que pudiese hacer al respecto.

Me senté a esperar lo peor y al momento vi signos de que lo peor estaba por llegar puesto que el globo empezaba a hundirse. Al ver el mar por primera vez había pensado que debíamos estar descendiendo, pero ahora no cabía duda de ello y además estábamos descendiendo rápidamente. Tiré una bolsa de lastre y, durante un tiempo, volvimos a ascender, pero al cabo de unas horas el globo volvió a descender y tuve que tirar otra bolsa.

Entonces comenzó la batalla de verdad. Duró toda esa tarde, la noche y hasta la tarde del día siguiente. En ese tiempo no vi ninguna vela pese a que me había quedado medio ciego esforzando la vista en todas las direcciones sin cesar. Nos habíamos desprendido de todo salvo las ropas con que vestíamos, la comida y el agua también, con tal de ganar unas horas o incluso minutos, todo para los albatros que volaban en círculos. No tiré los libros hasta que nos encontramos a unos cuantos pies del agua y conservé mis manuscritos hasta el final. No parecía haber esperanza alguna y sin embargo, por extraño que parezca, ninguno de los dos nos angustiamos, e incluso cuando la desgracia se cernía sobre nosotros y finalmente aconteció aquello que temíamos, nos sentamos en la barquilla, que flotaba en el mar, intercambiando una sonrisa de tranquila esperanza.

Aquel que haya cruzado el paso de San Gotardo^[61] recordará que debajo del

Andermatt hay una de esas gargantas alpinas que alcanzan los límites de lo sublime y lo terrible. Los sentimientos del viajero se van acentuando con cada paso hasta que al fin las paredes desnudas de los precipicios parecen cerrarse sobre él a medida que cruza un puente sobre el vacío y una atronadora catarata para adentrarse después en la oscuridad de un túnel excavado en la roca viva.

¿Qué puede esperar a la salida? Probablemente algo incluso más inconcebible y desolador que lo que acaba de contemplar, con la imaginación bloqueada, no puede generar visión o sensación que supere esa última experiencia. Avanza el viajero sobrecogido y temeroso y he aquí que el sol de la tarde le recibe al salir del túnel y contempla un valle sonriente: un arroyo tumultuoso, un pueblo con altos campanarios y verdes praderas. Esta visión le da la bienvenida de manera que sonrío para sus adentros al superar sus miedos, que unos momentos después caen en el olvido.

Así nos ocurrió a nosotros. Llevábamos dos o tres horas en el agua y la noche se cernía sobre nosotros, nos habíamos despedido cientos de veces y estábamos resignados a morir, de hecho yo combatía una somnolencia de la que probablemente jamás despertaría cuando, de repente, Arowhena me tocó en el hombro y señaló una luz y un cuerpo oscuro que se nos acercaba. Entonces con un grito, fuerte y agudo, pedimos ayuda y cinco minutos más tarde, unos marineros caritativos y amables nos subieron a bordo de un barco italiano.

Capítulo 29

Conclusión

El barco era el *Principe Umberto*, proveniente de Callao con destino a Génova. Había transportado un cargamento de emigrantes a Río, de ahí había navegado hasta Callao, donde recogió un cargamento de guano y regresaba entonces a su puerto de origen. El capitán era un tal Giovanni Gianni, natural de Sestri, que graciosamente me ha permitido nombrarle aquí en caso de que se ponga en duda la veracidad de mi relato y me duele decir que no le saqué de su equívoco en lo concerniente a ciertos puntos importantes de mi historia. Añadiré que cuando nos rescataron estaríamos a unas mil millas de la costa.

En cuanto estuvimos a bordo, el capitán nos preguntó acerca del asedio de París, ciudad de la que asumía que nosotros proveníamos, a pesar de la inmensa distancia desde Europa. Como puede suponerse, yo no tenía noticia alguna de la guerra entre Alemania y Francia^[62] y estaba tan débil que no pude sino asentir a medida que él ponía palabras en mi boca. Mi italiano es bastante rudimentario y comprendí poco de lo que dijo, pero me alegré de poder así ocultar nuestro punto de partida y decidí adoptar la historia que él iba imaginando.

Lo que de esta manera se estableció fue que había habido diez o doce personas más en el globo, que yo era un «lord» inglés y Arowhena una condesa rusa, que los demás habían muerto ahogados y que los despachos que llevábamos se perdieron. Más tarde me percaté de que esta historia no habría sido creíble de no ser porque el capitán llevaba ya varias semanas en la mar, puesto que hacía ya tiempo que los alemanes dominaban París cuando nos rescataron. Sea como fuere, el capitán se creó esa idea y a mí me pareció bien.

A los pocos días avistamos un barco inglés que viajaba desde Melbourne a Londres con un cargamento de lana. Le pedí encarecidamente al capitán que, pese al estado encrespado de la mar, que hacía peligroso el trasbordo en lancha, le hiciese las señales pertinentes al barco inglés y éste aceptó. Ellos nos recibieron a bordo pero el trasbordo fue tan difícil que no tuvieron manera de contarles cómo nos habían encontrado. Escuché al oficial a cargo de la lancha gritar algo en francés como que nos habían recogido de un globo, pero el ruido del viento era tal y el capitán sabía tan poco francés que no entendió nada y asumió que nos habían salvado de un barco naufragado. Yo dije que estaba con un grupo de personas en una barca de placer que se había visto arrastrada a alta mar por una fuerte corriente y que Arowhena (de quien dije que era una señorita peruana) y yo éramos los únicos supervivientes.

A bordo viajaban varios pasajeros a cuya bondad jamás podremos corresponder. Me apena pensar que con toda certeza se percataran de que no fuimos del todo

honestos, aunque si les hubiésemos contado toda la historia, no nos habrían creído y además yo estaba decidido a que nadie oyese hablar de Erewhon o tuviese la posibilidad de llegar ahí antes que yo, en la medida en la que pudiese evitarlo. De hecho, el recuerdo de las muchas falsedades que me vi obligado a decir, haría el resto de mi vida insoportable si no fuera por el consuelo que me aporta la religión. Entre los pasajeros, se encontraba un respetable clérigo que nos casó a Arowhena y a mí a los pocos días de llegar a bordo.

Tras un agradable viaje de unos dos meses, avistamos el cabo de Land's End^[63], y en una semana más atracamos en Londres. En el barco hicieron una generosa colecta, de manera que no pasamos apuros económicos. Así, llevé a Arowhena a Somersetshire, donde residían mi madre y mis hermanas la última vez que tuve noticias suyas. Con gran aflicción recibí la noticia de que mi madre había fallecido y de que la noticia de mi defunción había acelerado la suya. Esta noticia la había llevado Chowbok al rancho de mi patrón. Por lo visto había esperado unos días por si yo regresaba, y acabó dando por supuesto que jamás lo haría, de manera que se inventó que me había caído en un remolino de aguas turbulentas mientras descendíamos por una garganta. Se organizó la búsqueda de mis restos, pero el muy tunante había decidido ahogarme en un sitio del que no cabía esperanza de recuperarlos.

Mis dos hermanas se habían casado, aunque sus maridos no eran ricos. Nadie pareció alegrarse mucho de mi regreso y pronto me percaté de que la familia que ha estado de luto por la muerte de uno rara vez aprecia la oportunidad de estarlo por segunda vez.

Por todo aquello regresé a Londres con mi esposa y con ayuda de un viejo amigo mío me gané la vida escribiendo pequeñas historias para revistas y panfletos religiosos. La paga era buena y no creo que sea presuntuoso por mi parte decir que algunos de los folletos más populares que se distribuyen en la calle y que encuentra uno en las salas de espera de las estaciones de tren se deben a mi pluma. En el tiempo libre de que disponía organicé mis apuntes y el diario hasta que tomaron la forma presente. No queda más por añadir aparte de desvelar el programa que pretendo llevar a cabo para la conversión de Erewhon.

Tras amplias consideraciones acerca de cómo mejor asegurar el éxito de la empresa he conseguido hacer bien poco concretar el proyecto. Ni que decir tiene que sería una locura el que yo volviese con diez o doce misioneros por la misma ruta que usé al descubrir Erewhon. Me acusarían de tener tifus, aparte de entregarme en seguida a los corregidores por haber escapado con Arowhena y un destino todavía más lúgubre, que prefiero no mencionar de nuevo, les esperaré a mis devotos compañeros. Está claro, por lo tanto, que debe encontrarse alguna forma alternativa de llegar a los erewhonianos, y gracias a Dios puedo decir que la hay. Uno de los ríos que desciende de las cumbres nevadas y atraviesa Erewhon es navegable durante varios cientos de millas desde la desembocadura. El curso superior todavía está

inexplorado, pero no me cabe duda alguna de que sería posible llegar con una cañonera ligera (puesto que necesitaremos protegernos) hasta los lindes de Erewhon.

Propongo, por tanto, formar una de esas asociaciones en las que el riesgo en que incurre cada persona viene delimitado por el capital que aporta. El primer paso sería preparar un prospecto. Mi consejo sería que no se mencione en él que los erewhonianos son las tribus perdidas. Este descubrimiento es especialmente interesante para mí, pero su valor es más sentimental que comercial y los negocios son los negocios. La cantidad a recaudar no debe ser inferior a cincuenta mil libras y las participaciones podrían ser de cinco o diez libras, según quede más adelante estipulado. Esto debería bastar para sufragar los gastos de la incursión inicial.

Una vez recaudado el capital, sería tarea nuestra alquilar un vapor de mil dcientas o mil cuatrocientas toneladas habilitado para el transporte de personas. Debería llevar dos o tres cañones en prevención de ataques por parte de los salvajes en la desembocadura del río. Habría que incluir también lanchas de tamaño considerable y creo que sería recomendable que éstas tuviesen también dos o tres cañones de 75 milímetros. El barco ascendería por el río hasta donde se considerase seguro y después un grupo remontaría el río en lanchas. Mi presencia y la de Arowhena serían necesarias en este punto puesto que nuestro conocimiento del idioma mitigaría la suspicacia de los nativos y facilitaría las negociaciones.

Deberíamos comenzar enumerando las ventajas de que disfrutarían como mano de obra en la colonia de Queensland^[64] y recalcar que al emigrar, cada uno de ellos podría amasar enormes fortunas (hecho que se demuestra fácilmente con las estadísticas). No me cabe la más mínima duda de que convenceríamos a gran número de ellos para regresar en las lanchas con nosotros y de que llenaríamos el barco en tres o cuatro viajes.

Si nos atacasen, nuestro plan sería todavía más simple puesto que los erewhonianos desconocen la pólvora y sus efectos les sorprenderían de tal manera que podríamos capturar tantos como quisiéramos, en cuyo caso negociaríamos en condiciones más favorables, ya que serían prisioneros de guerra. Pero aunque no nos recibiesen con violencia, no cabe duda de que podremos convencer a un cargamento de setecientos u ochocientos erewhonianos, una vez que estén a bordo del barco, para firmar un contrato en beneficio mutuo.

Entonces deberíamos partir hacia Queensland y traspasarles los contratos a los plantadores de azúcar que tienen gran necesidad de mano de obra. Calculo que el dinero que obtuviésemos en estos trámites nos proporcionaría unos beneficios cuantiosos y sobraría además capital que podría emplearse para repetir la operación y transportar nuevos cargamentos de erewhonianos con los consecuentes beneficios. De hecho, podríamos ir y venir entre ambos puntos mientras exista demanda de mano de obra en Queensland o cualquier otra colonia cristiana ya que las existencias de erewhonianos son ilimitadas, ocuparían poco espacio al transportarlos y la alimentación se puede gestionar a un precio muy razonable.

Sería mi labor y la de Arowhena asegurarnos de que los emigrantes recayesen en plantaciones de gente religiosa. Estas personas les proporcionarían los beneficios de la instrucción religiosa que tanta falta les hace. Todos los días, tras acabar el trabajo en la plantación, se les reuniría para las plegarias y se les instruiría concienzudamente en el catecismo de la Iglesia. Los domingos se dedicarían por completo a acudir a la Iglesia y a cantar los salmos.

Debo insistir en este particular, tanto para acallar cualquier reparo que pueda surgir en Queensland o en la madre patria acerca de los métodos por los que se obtienen los erewhonianos como para reconfortar a nuestros accionistas con la certeza de que estarían llenándose los bolsillos y, al mismo tiempo, salvando almas. Cuando los emigrantes fuesen demasiado viejos para seguir trabajando, ya tendrían una completísima educación religiosa y entonces se les podría transportar de nuevo a Erewhon para que difundiesen la palabra de Dios.

No preveo más complicaciones ni dificultades en este curso de acción y confío en que este libro publicite de tal manera la empresa que podamos asegurar el capital necesario, y en cuanto esté disponible garantizo que no sólo convertiré a los erewhonianos en buenos cristianos, sino también en fuente de considerables beneficios para los accionistas.

Debería añadir que no puedo atribuirme el mérito de haber concebido este plan yo mismo. Durante meses me devané los sesos, esbozando un plan tras otro para la evangelización de Erewhon cuando, por una de esas casualidades que deberían bastarle a cualquier escéptico y convertir al más firme racionalista en irracionalista, cayó en mis manos, a principios de enero de 1872, el *Times* y pude leer el siguiente párrafo:

«POLINESIOS EN QUEENSLAND: El nuevo gobernador de Queensland, el marqués de Normanby, ha completado su inspección de los distritos del norte de la colonia. En Mackay, uno de los distritos mejor explotados por las plantaciones de azúcar, su Excelencia vio gran cantidad de polinesios. Durante un discurso a sus anfitriones, el marqués dijo: “Me habían informado de que los métodos por los cuales se obtenían polinesios no eran legítimos, sin embargo no puedo ver que eso sea cierto, al menos en lo que a Queensland respecta. Y si puede uno fiarse del aspecto y el comportamiento de los polinesios, no parece que lamenten en lo más mínimo su situación”. No obstante, su Excelencia hizo hincapié en la ventaja que supone instruirlos en la religión puesto que acallaría en gran medida las críticas, el saber que existe tendencia a amparar y evangelizar a los polinesios.»

Considero que no hay más que comentar y por lo tanto concluiré agradeciendo al lector que haya tenido el temple para seguir mis aventuras con paciencia y más todavía a quien escriba al momento a la Secretaría de la compañía por la evangelización de Erewhon, sociedad limitada (a la dirección que publicaré en el

futuro próximo) y solicite entrar en la misma como accionista.

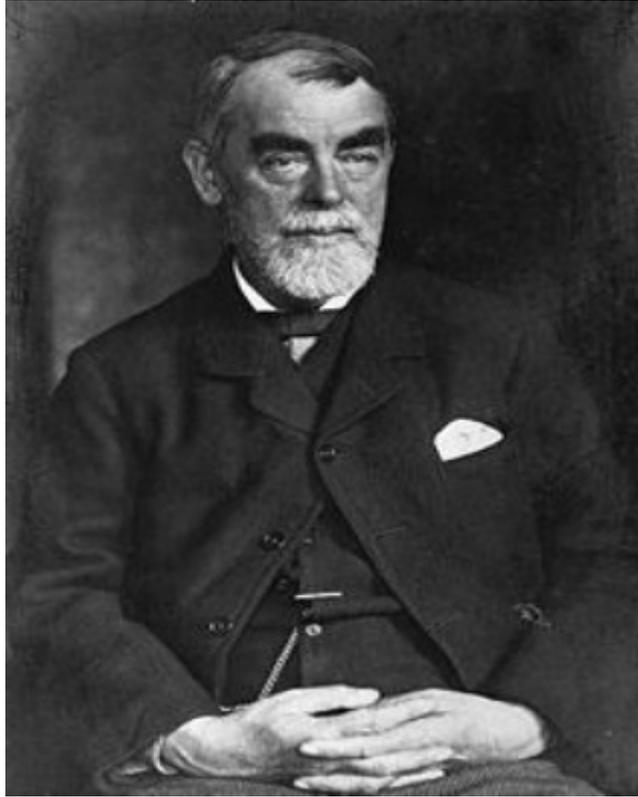
P.D.: Acababa de recibir y corregir las últimas pruebas de este libro cuando, caminando por la calle Strand desde Temple Bar a Charing Cross, al pasar por Exeter Hall^[65] vi un grupo de gente con aspecto piadoso abarrotando el edificio, todos con caras de gran interés y expectación. Me detuve y leí el anuncio de una conferencia de misioneros que iba a tener lugar justo entonces, en la que se presentaría y daría un pequeño discurso el reverendo William Habakkuk, misionero nativo de *** (la colonia desde la que inicié mi aventura). Tras ciertas dificultades conseguí acceder y escuché dos o tres intervenciones en presentación de la ponencia del señor Habakkuk, uno de los cuales me pareció el discurso más presuntuoso que jamás oí. El orador dijo que la raza a la que pertenecía el señor Habakkuk era, con toda certeza, la de las diez tribus perdidas de Israel. No me atreví a contradecirle entonces, aunque me encolericé al escucharle llegar a una conclusión tan temprana y con tan poca base. El descubrimiento de las diez tribus era mío y sólo mío. Aún estaba absolutamente indignado cuando se produjo un murmullo de expectación en la sala y presentaron al señor Habakkuk. El lector comprenderá mi sorpresa al descubrir que no se trataba sino de mi viejo amigo Chowbok.

Quedé boquiabierto y casi se me saltaron los ojos de las órbitas por el estupor. El pobre hombre estaba terriblemente asustado y el alboroto de los aplausos sólo sirvió para confundirlo más. No osaría citar su discurso, apenas pude escucharlo, puesto que casi me ahogo intentando suprimir mis sentimientos. Estoy seguro de haber escuchado las palabras «Adelaida, la viuda del rey», y creo haber oído «María Magdalena» poco después, pero entonces tuve que salir de la sala por miedo a que me echaran. Mientras me encontraba en las escaleras escuché otro aplauso largo y entusiasta, por lo que entiendo que la audiencia estaba muy contenta.

Los sentimientos que predominaban en mi mente no eran especialmente solemnes, pero sí pensé en cuando conocí a Chowbok, nuestros encuentros en el establo, de las innumerables mentiras que había contado, de sus intentos de apoderarse del ron y de otros muchos incidentes que no considero oportuno mencionar y no pude sino sentirme satisfecho hasta cierto punto, abrigando la esperanza de que mis esfuerzos hayan generado este cambio y de que la ceremonia que llevé a cabo, por poco profesional que fuese, en los cauces de aquel río en medio de la naturaleza, no haya sido en vano. Espero que lo escrito al principio de este libro no resulte calumnioso y que no le perjudique en sus tratos con sus nuevos patrones, puesto que por entonces todavía era pagano. Debería localizarlo y tener una charla con él, pero antes de que me dé tiempo, estas páginas estarán ya en manos del público.

En el instante final veo la posibilidad de una complicación que me causa mucho temor. Por favor, suscríbanse pronto. Escriban al Ayuntamiento, a la atención del señor alcalde, a quien pediré que tome nota de los nombres y las suscripciones

mientras yo organizo el comité.



Samuel Butler (4 de diciembre de 1835 – 18 de junio de 1902) fue un escritor, compositor y filólogo inglés, principalmente conocido por su sátira utópica *Erewhon* y su novela póstuma *The Way of All Flesh*.

Fue un autor iconoclasta victoriano que también escribió análisis sobre la ortodoxia cristiana y realizó estudios sobre el pensamiento evolucionista, así como sobre el arte italiano y la historia y crítica literaria. Asimismo, realizó traducciones en prosa de la *Ilíada* y la *Odisea*, que siguen siendo utilizadas hoy en día. Butler se describió a sí mismo como un «escritor filosófico».

Notas

[1] Es nuestra intención, sin embargo, traducirla y publicarla en un futuro no lejano porque, siendo una crítica a toda religión establecida, presenta un interés notable. <<

[2] Nombre de un principio maravilloso que todo lo puede, fundamento mismo de la civilización subterránea que Bulwer-Lytton imagina y que ha dado lugar al nombre comercial de concentrados *Bovril*. <<

[3] Cabe recordar cómo Marx quiso dedicar *El capital* (cuyo primer tomo se publicó en 1867) a Darwin, honor que este rechazó. <<

[4] «El verdadero escritor se detendrá en cualquier parte y en cualquier momento para hacer sus anotaciones igual que el verdadero pintor se detendrá en cualquier parte y en cualquier momento para hacer sus bocetos» (Butler, 1985, p. 237). <<

[5] Extraído de Wikipedia bajo licencia de Wikimedia Commons, en <http://en.wikipedia.org/wiki/Erewhon>. <<

[6] *Life and Habit* (1877), el más célebre de ellos, *Evolution Old and New* (1879), *Unconscious Memory* (1880), *Luck or Cunning?* (1887). <<

[7] *Alps and Sanctuaries* (1888), un libro de viajes sobre el Piamonte y el cantón de Ticino, en la Suiza italiana. <<

[8] Como George Bernard Shaw, quien lo consideraba el mejor escritor inglés de su época. <<

[9] 1 milla equivale a 1,609 kilómetros. 800 millas, pues, serían unos 1290 kilómetros.

<<

[10] Entre 16 y 32 hectáreas más o menos. <<

[11] Un pie equivale a 0,304 metros, con lo que 200 pies serían 60,96 metros. <<

[12] Virgilio, *Geórgicas*, II, 485: «¡Oh, campesinos, cuán felices seríais si conocieseis vuestra buena fortuna!». Butler sugiere: «¡Oh, hombres, cuán desgraciados seríais si conocieseis vuestro infortunio!». <<

[13] 1 yarda equivale a 0,9144 metros. <<

[14] 7 pies de longitud y 6 pulgadas de diámetro equivalen a 2,31 metros de largo y 15,2 centímetros de diámetro. <<

[15] 91,44 metros. <<

[16] Twll dhu, también conocido como Devil's Kitchen, es un desfiladero en Snowdonia, Gales. <<

[17] 1219,2 metros. <<

[18] Fingal es una cueva de origen volcánico formada en el islote de Staffa, Escocia, famosa por sus columnas naturales y los efectos acústicos que en ella generan las olas, similares a los de una catedral. <<

[19] Un arpa eólica es un instrumento similar a un arpa diseñado para que el viento genere sonidos al pasar entre sus cuerdas. <<

[20] 2743,2 metros. <<

[21] 914,4 metros. <<

[22] Entre 7 y 9 metros por kilómetro. <<

[23] 609,6 metros. <<

[24] Entre 64 y 73,15 metros. <<

[25] Entre 3,04 y 3,65 metros. <<

[26] «Sabed que quien aparta a un pecador del mal camino salvará su alma de la muerte y le serán perdonados numerosos pecados», Stg 5, 20. <<

[27] *Adelaide the Queen Dowager*: la viuda del rey Guillermo IV de Inglaterra. <<

[28] 6 onzas equivalen a 0,170 litros y 4 onzas equivalen a 0,118 litros. <<

[29] Famosa construcción megalítica del sur de Inglaterra. <<

[30] Erewhon es un anagrama de Nowhere (ningún lugar) alterando el orden de la *h* y la *w*. <<

[31] Véanse Composiciones de Händel para Clavicémbalo, publicado por Litolf, p. 78
[N. del A.] <<

[32] 1,82 metros. <<

[33] *The Illustrated London News* fue una revista inglesa semanal fundada en 1842 que sobrevive en la actualidad con el título de *Illustrated London News Group*, si bien es bienal. Fue la primera en incluir ilustraciones manuales a base de fotografías. *Punch*, del mismo editor que la anterior, fue una conocida publicación semanal inglesa dedicada a la sátira, fundada a mediados del siglo XIX y desaparecida a fines del siglo XX. <<

[34] 1 Cor 9, 19-22. <<

[35] Domodossola es una ciudad del Piamonte, al norte de Italia, y Faido una ciudad suiza muy cerca de la frontera con Italia. <<

[36] William Paley fue un teólogo y filósofo inglés del siglo XVIII, famoso por justificar la existencia de Dios como diseñador de la vida inteligente mediante la analogía del relojero, según la cual incluso alguien que no tuviese conocimiento alguno de la existencia de los relojes, comprendería inmediatamente, al ver uno de ellos, que eran fruto de un diseño consciente. De la misma manera deberíamos derivar la noción de la existencia de Dios al contemplar el Universo. <<

[37] Referencia al proverbio inglés «*Pity is akin to love*» que podemos traducir como «La compasión es semejante al amor» o «La compasión lleva al amor». <<

[38] Anagrama de Mary. <<

[39] 914,4 metros. <<

[40] «*Foot pound force*» es una medida de trabajo o energía que se corresponde en el sistema internacional con los julios. <<

[41] Entre 48,28 y 56,32 kilómetros. <<

[42] Anagrama de Robinson Jones. <<

[43] William Hogarth, pintor y grabador inglés de la primera mitad del siglo XVIII. Su serie de grabados acerca del aprendiz aplicado y el aprendiz holgazán es famosa como retrato de la moral del momento. El aprendiz aplicado se dedica a sus labores, se casa con la hija del jefe y progresa en la vida, mientras que el holgazán desciende en la escala social, pasando por una vida de crimen y acaba sus días en el patíbulo, tras haber sido juzgado por el que un día fue su compañero, el aprendiz aplicado. <<

[44] Célebre expresión de P. J. Proudhon, en su obra *¿Qué es la propiedad?* <<

[45] *Madame Tussaud* es un famoso museo de cera originario de Londres. <<

[46] Combina versos de dos actos diferentes de Hamlet: Acto 4 escena 5: *There's such divinity doth hedge a king / That treason can but peep to what it would.* Acto 5 escena 2: *There's a divinity that shapes our ends, / Rough-hew them how we will.* <<

[47] Anagrama de Grundy. *Mrs. Grundy*, en Inglaterra es la personificación de la tiranía de las normas establecidas y el «qué dirán». <<

[48] Ex 33, 23. <<

[49] Hamlet, acto III, escena 1. Se refiere al famoso «Ser o no ser». <<

[50] Job 3, 13-17. <<

[51] El mito al que se alude existe en Erewhon con nombres diferentes y considerables cambios. Me he tomado la libertad de traspasarlo a la historia que a nosotros nos es familiar [N. del A.]. <<

[52] «Allegados», ¡qué palabra tan moderada y qué poco expresa! Sin embargo, ha suplantado a «parientes» [N. del A.]. <<

[53] Mt 19, 23 y Mc 10, 21. <<

[54] Mt 19, 21 y Mc 10, 21. <<

[55] Anagrama de Smith. <<

[56] Job 28; 12-22. <<

[57] El tubérculo al que aquí se alude no es la patata que cultivamos nosotros, sino una planta tan similar que me he atrevido a traducir así su nombre. Acerca de su inteligencia, en caso de que el autor hubiese conocido a Butler, probablemente habría dicho: «Sabe qué es cada cosa y eso es lo más alto / que el saber metafísico puede llegar» [*N. del A.*]. [*N. del T.*: Samuel Butler (1612-1680), poeta del siglo XVII. Los versos son del poema «Hudibras».] <<

[58] Tras mi regreso a Inglaterra he oído que aquellos que saben de máquinas utilizan muchos términos que demuestran el reconocimiento de su vitalidad y que una compilación de las expresiones que usan las personas que se ocupan de las locomotoras sería tan sorprendente como ilustrativa. También me han dicho que casi todas las máquinas tienen sus propias argucias e idiosincrasias, que conocen a sus maquinistas y técnicos y que les hacen jugarretas a los extraños. Me he hecho el propósito de recopilar, en el futuro, ejemplos tanto de las expresiones que usan los mecánicos como de cualquier demostración extraordinaria de sagacidad o excentricidad mecánica que encuentre, no por fe en la teoría del profesor erewhoniano, sino por mero interés en el asunto *[N. del A.]*. <<

[59] «¿A quién de vosotros se le ocurre que puede aumentar en un codo su estatura?»,
Mt 6, 27. <<

[60] «¿Por qué os preocupáis por la vestimenta? Considerad los lirios silvestres, cómo crecen sin trabajar ni hilar. También os digo que Salomón en toda su gloria nunca estuvo tan bien vestido como éstos», Mt 6, 28-29. <<

[61] Paso de los Alpes suizos entre las poblaciones de Airlo y Andermatt. <<

[62] La guerra franco-prusiana de julio de 1870 a mayo de 1871. <<

[63] El cabo más occidental de Cornualles en Inglaterra. <<

[64] Actualmente uno de los estados de Australia, en la zona noreste del país. <<

[65] Edificio en la calle Strand de Londres, famoso por albergar mítines religiosos, filantrópicos y abolicionistas. <<